

Caz Frear

**DULCES
MENTIRAS**



Lectulandia

Cat Kinsella siempre ha sido el ojito derecho de su padre, hasta el verano de 1998, cuando ve a su padre coqueteando con Maryanne Doyle, una chica de diecisiete años. Cuando más tarde Maryanne desaparece y su padre niega conocerla, la relación con él cambia para siempre.

Han pasado dieciocho años y ahora Cat es una agente de la Policía Metropolitana de Londres. Cuando acude al escenario del crimen de un asesinato cometido en King's Cross, descubre el cuerpo de una mujer, Alice Lapaine, que ha sido estrangulada no muy lejos del *pub* que ahora regenta su padre.

Cuando las pruebas relacionan a Alice con Maryanne, que aún continúa desaparecida, afloran de nuevo todos los antiguos miedos que Cat tenía respecto de su padre. ¿Es posible que de verdad sea un asesino? Decidida a enfrentarse al pasado y a averiguar qué le sucedió realmente a Maryanne tantos años atrás, Cat empieza a investigar el caso. Pero cuando uno desentierra el pasado, lo que descubre no siempre resulta agradable...

Lectulandia

Caz Frear

Dulces mentiras

ePub r1.0

Karras 08-04-2018

Título original: *Sweet Little Lies*
Caz Frear, 2018
Traducción: Cristina Martín Sanz

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Alex, Chessy, Fifi y William, y para Mick

Recuerdo con una nitidez propia de la alta definición el día en que me hablaron de Maryanne, aunque desconozco totalmente qué fue lo que le sucedió y la forma en que se marchó.

No digo esto pretendiendo que sirva de coartada. Tampoco es un ensayado mecanismo de defensa. Al fin y al cabo, nunca he tenido que dar explicaciones —en la escala de los posibles sospechosos siempre he estado firmemente situada al lado de la abuela, en una posición intermedia entre «ridícula» y «casi imposible»—, y sin embargo, con el fin de poder entender los demonios que me acosan, y haciendo honor al juramento policial que tengo en tan alta estima, considero necesario dejar claro que no sé nada de lo que le ocurrió a Maryanne Doyle, la chica que fue a Riley's a comprar laca para el pelo y jamás regresó.

Tengo mis sospechas, naturalmente.

Especulo mucho, sobre todo después de tomarme un vino blanco. Pero a la hora de la verdad, lo cierto es que no sé nada.

No se puede decir lo mismo de mi padre.

Estábamos a 31 de mayo de 1998, y llevábamos una semana larga holgazaneando en Mulderrin. Yo tenía ocho años y era una niña regordeta, con la cabeza cubierta por una masa de rizos grasientos y una boca llena de dientes que se movían, y estoy casi segura de que llevaba puesta mi camiseta de Pokemon. En Londres mis amigas estaban preparándose para volver a las clases tras las vacaciones del trimestre, pero mi padre acababa de anunciar, mientras masticaba una tostada, que contábamos con una dispensa especial para quedarnos otra semana más en casa de la abuela, lo cual le valió un «choca esos cinco» por parte de Jacqui, mi hermana mayor, y una bofetada en la cara por parte de mi madre.

Intentando suavizar una tensión que no entendía, levanté la vista de mis tortitas rellenas.

—Mamá, ¿qué quiere decir «dispensa»?

Mi madre se remangó igual que si fuera un matón a punto de liarse a puñetazos.

—Búscalo en el diccionario, cariño. Lo encontrarás al lado de «deshonesto» y «deshonra».

Jacqui se estiró por encima de la mesa para coger un yogur y, al hacerlo, su melena rubia y enredada ocultó su sonrisa de gallito arrogante.

—Quiere decir que papá le ha dicho al colegio que se vaya a tomar por el culo.

Mi madre perforó a mi padre con la mirada como si este fuera un trozo de carne podrida.

A mi padre, no a Jacqui.

Pero claro, es que todo era culpa de mi padre. La lengua sucia de Jacqui, las notas que había sacado Noel, el hecho de que yo estuviera regordeta. Hasta las cosas buenas, como los regalos que aparecían sin cesar a los pies de nuestras camas y el nuevo reproductor de alta fidelidad, que según aseguró mi padre era de la gama más alta, terminaban empañadas por la mirada reprobatoria de mi madre. Incluso aquel viaje para ver a la abuela, las primeras vacaciones que disfrutábamos en tres años.

—¿Esto te parece que sean vacaciones? —se quejó mientras hacíamos cola para tomar el barco en Holyhead—. Es continuar cocinando y limpiando, solo que en una casa distinta. Una casa en la que ni siquiera hay secadora ni una aspiradora como Dios manda.

Tras sopesar la escena que tenía ante mí como la pequeña y astuta policía detective que había aprendido a ser, me escondí una tortita en la cinturilla de los leotardos y me escabullí, pues calculaba que solo era cuestión de tiempo que el foco de atención cambiase de sitio y yo dejara de ser un observador pasivo para convertirme en un blanco fácil. Cuando mi madre se ponía así, había que andarse con pies de plomo.

Recuerdo algunas cosas más.

Aquel día comí bizcocho de malta a modo de almuerzo. Cuatro porciones bien gruesas, untadas con mantequilla de verdad. A la abuela le encantaba ver comer a la gente, siempre se quejaba de que la única persona que iba de visita a su casa era aquella muchacha delgaducha del Departamento de Servicios Sociales, y que se pasaba el día entero intentando convencerla de que se comiera una galleta. «Al contrario que tú», me decía al tiempo que me jaleaba viéndome comer un plato de sándwiches de jamón que no se comería un campeón de lucha libre. «Así no te llevará el viento, querida Catrina».

Luego, como me había portado bien en misa (y no le había contado a mi madre que en el camino de vuelta habíamos hecho un alto en una cabina telefónica), mi padre me dio dos libras para que me las gastase en Riley's, en chucherías y dulces.

También fue el día en que Geri se separó de las Spice Girls.

Dado que en aquella época todos mis seres queridos y todas las mascotas de mi familia estaban aún vivos y coleando, el abandono de Geri me provocó el primer sentimiento de pérdida que experimentaba yo en mis cortos ocho años de vida. La primera puñalada traperera. Fue Jacqui la que me lo dijo —un fantástico notición para una niña inglesa que se encuentra en un país extranjero—, y todavía la recuerdo viniendo a mí a la carrera por el prado de Duffy, tan escandalizada, que estaba sin resuello, una actitud que desmentía totalmente la imagen de indiferencia total que venía fingiendo toda la semana, desde que conoció a Maryanne Doyle.

—¡No me lo puedo creer, será cabrona! Es una Judas, esa traidora, gorda como una foca. ¡La que decía que la amistad nunca tiene fin! ¿Estás bien, peque?

Me refugié bajo su brazo lloriqueando con la misma fuerza y la misma persistencia que un niño pequeño que sufre los cólicos del lactante.

—Puedes llamar al teléfono de la esperanza —me dijo Jacqui al tiempo que me abrazaba como solo pueden abrazar las hermanas mayores, ahogándome en una nube de cigarrillos mentolados y colonia CK—. Si quieres, luego te acerco a la cabina telefónica. Espera, me parece haber visto a esa Maryanne con un móvil... A lo mejor nos lo presta si le damos algo. ¿Todavía tienes esas dos libras?

Yo no tenía las dos libras, y tampoco tenía pegatinas ni dulces que demostraran en qué me las había gastado. No llevaba ni un segundo con ellas en la mano cuando me las arrebató Noel, que es mi hermano mayor y un cabrón monumental, con la advertencia de que si se me ocurría siquiera chivarme, no llegaría a ver mi noveno cumpleaños. Si bien estaba bastante segura de que mi hermano no iba a hacerme ningún daño —para empezar, porque le asustaba demasiado mi padre—, la mera amenaza que representaba la presencia de Noel, con la nariz enrojecida y goteante y las uñas sucias y rotas, bastaba para que yo cerrase la boca, y, francamente, la mayoría de los días deseaba verlo muerto.

De modo que con la bofetada que le dio mi madre a mi padre y el hecho de que

Geri se hubiera convertido en una traidora y de que Noel me hubiera robado la recompensa que me había ganado yo con mi silencio, el 31 de mayo de 1998 no fue para mí exactamente lo que se dice un día maravilloso. De hecho, escribí en mi diario que había sido el «peor día de toda la historia del mundo entero». Incluso peor que el día que vomité en las escaleras mecánicas de Brent Cross y Noel le dijo a todo el mundo que yo tenía el sida.

Fue tan horrible que ni siquiera me percaté de que Maryanne había desaparecido.

Maryanne era amiga de Jacqui, así que Jacqui insistió de todas maneras. Yo nunca las había visto intercambiarse nada, a excepción de un porro de vez en cuando y algún que otro cumplido con doble intención. Si tuviera que resumirlo, diría que Maryanne se mostraba totalmente displicente con Jacqui, la cual, como tenía solo catorce años, era tres años más pequeña que ella y aún estaba aprendiendo a llevar sujetador.

La palabra «displicente» la busqué en el diccionario una noche en que Jacqui entró como una exhalación en la casa de la abuela despotricando contra Maryanne y sus amigas, que se habían ido con unos «descerebrados», con lo cual había tenido que volver de noche a casa andando.

—Hazme caso, esa Doyle es displicente con los sentimientos de todo el mundo —dijo mi madre al tiempo que removía la leche que estaba calentando en un cazo para que la abuela se la tomase con cacao y un chorrito de coñac—. Su madre era igual, aunque, que Dios me perdone, no debería criticar a los muertos.

Yo, desde luego, no me mostraba displicente con Maryanne. Desde el mismo momento en que le puse los ojos encima, me empeñé en perseguir a todas horas a aquella criatura tan llamativa que usaba vestiditos de muñeca y pendientes de aro del tamaño de una noria. Iba detrás de ella y de su pandilla, guardando un silencio reverencial con dolorosa timidez, con la esperanza de poder participar en cualquier cosa, literalmente, que ellas me permitieran. Pero nunca me permitían nada. De hecho, tan solo en una ocasión pareció percatarse Maryanne de mi presencia: en el mercadillo que se organizaba todos los viernes en la plaza del pueblo.

Eso fue dos días antes de que desapareciera.

—Oye, qué chula tu Campanilla —me dijo tocando el diminuto colgante de color rosa que llevaba yo alrededor del cuello, regalo de primera comunión de una tía mía lejana que no era demasiado beata—. ¿Dónde te la has comprado? ¡Es genial! Mira, hasta hace juego con el aro que llevo en el ombligo, ¡es perfecta!

Se levantó un poco la camiseta y al instante un grupo de adolescentes borrachos que estaban devorando unos helados empezaron a decirle a voces que enseñase algo más que el ombligo. Pero Maryanne ni se inmutó; simplemente los mandó a la mierda con un gesto y se volvió hacia mí.

Pero es que a Maryanne no le faltaban admiradores precisamente. Con su

melena ondulada y de color negro azabache y sus morritos pintados de rosa, la mayoría de los chicos se quedaban petrificados cuando la veían: los ojos salidos de las órbitas, las orejas echando humo y el corazón latiendo como loco en su enclenque pecho de adolescentes.

Y no eran solo los chicos. También eran los hombres adultos.

Los maridos.

Los padres.

En el curso de aquellas vacaciones, mi padre dijo una mentira. Una mentira enorme, monstruosa. De las que los adultos siempre enseñan que no se deben decir. De las que siempre vuelven para atormentarte.

Solo había una persona que sabía que se trataba de una mentira, pero las niñas de ocho años no cuentan, ¿no? Las niñas de ocho años están demasiado ocupadas con sus pegatinas, sus chucherías, sus Pokemon y sus Spice Girls para percatarse de lo que está sucediendo en realidad.

Aquellas vacaciones, mi padre cometió muchos errores, pero el más grande de todos fue el de dar por sentado que tener ocho años era lo mismo que ser tonto.

Porque yo sé que dijo una mentira acerca de Maryanne Doyle. Y estoy más segura de ello que de que me llamo Katrina.

Cuatro de la tarde. Todos los lunes. Durante una hora. A lo largo de las ocho semanas siguientes.

Aproximadamente dentro de esa misma franja horaria, si me dejasen hacer lo que me diera la gana, obtendría algún logro tangible. Aprendería a enviar mensajes cifrados como todo joven *millennial*, o llegaría a hornear el suflé perfecto.

Pero lo que no puedo hacer es cambiar el pasado. No puedo reescribir el horrendo final ni dar una mano de cal para tapar las manchas. Estas conversaciones semanales, tan acogedoras, a media tarde, por muy bienintencionadas que sean, de ningún modo pueden borrar el recuerdo de unas minúsculas huellas de pisadas teñidas de rojo sobre las baldosas color crema de la cocina, ni lavar los plastones de sangre seca de un cabello fino como el de un bebé. Nada de lo que hablemos en esta habitación podrá cambiar lo que ocurrió, de modo que para mí todo ello carece de sentido. Es simplemente una invitación semanal a recrearme en la autocompasión.

—¿Por qué estás aquí, Catrina?

La doctora Dolores Allen, muy metida en su papel, mira furtivamente el reloj: la maniobra característica de su profesión. Le sigo la mirada y veo que me quedan ocho minutos.

De modo que no me alargo más.

—Porque la inspectora Steele necesita hacer una marca en la casilla, de modo que le ha pasado el problema a usted. —La ventana está entreabierta, y a lo lejos se oye el gorjeo de un grupo de niños pequeños que cantan un villancico desafinado y sin ritmo. Es un sonido que primero me tranquiliza y después me irrita con cada nota discordante—. Fundamentalmente, ella opina que necesito aclararme la cabeza, y, por suerte para usted, considera que usted es la persona indicada para ayudarme.

—¿Y qué piensas tú?

Hacia Belén va una burra, rin, rin...

—Que quizá tenga razón. —Señalo con la cabeza una pared cubierta de diplomas de reconocimiento—. ¿No? Másteres de Queens, de la BPS, de la BACP^[1]. Muy impresionante. ¿Sabe lo que tengo yo? Un título universitario en Diseño de Telas. O en Coloreado de Telas, como lo denomina Steele.

La doctora sonrío. O, por lo menos, eso es lo que parece. Tiene una de esas bocas al estilo de la Mona Lisa, de las que le hacen pensar a uno que no ha comprendido el chiste. Si se piensa bien, es una boca poco afortunada para un psicólogo; las sonrisas irónicas rara vez generan confianza en los demás.

—Catrina, me suscita interés el hecho de que hace un momento te hayas referido a ti misma como un «problema». ¿Así es como te ves tú?

Me remuevo incómoda en la silla, y el crujido del cuero llena el silencio mientras

intento pensar una manera de responderle sin hundirme aún más en el lodo.

—Todo el mundo se define en función de sus problemas, ¿no?

—¿Tú crees?

—Naturalmente: «Estoy gorda», «estoy soltera», «estoy sin blanca». Mi hermana Jacqui, por ejemplo...

—Tu hermana no entró en el cuarto de una prostituta ni se encontró con una niña cubierta de sangre acariciando el pelo a su madre, que estaba horriblemente mutilada.

Mazazo emocional.

La doctora Allen adopta un semblante inexpresivo y un tono totalmente neutro, pero lo que acaba de decir es como un cuchillo que, de un empujón, me ha hecho volver a aquella habitación, a la sangre, la orina, los muebles baratos y llenos de salpicaduras. Me quedo mirándola mientras busco desesperadamente en mi cerebro algo anodino en lo que centrar la atención. Lo que sea, con tal de bloquear las otras imágenes. Me viene a la memoria un chiste pueril que me ha enviado el detective Craig esta mañana. Tenía algo que ver con su pene y un cubo de Rubik, pero no recuerdo dónde estaba la gracia.

La doctora se inclina hacia delante, con lo cual yo, de forma instintiva, me inclino hacia atrás igual que un animal que acaba de ser reprendido por su dueño.

—Siento mucho provocarte, pero tienes que pensar en lo sucedido. Tienes que enfrentarte a ello.

Hacia Belén va una burra, rin, rin, cargada de chocolate...

Me cubro con el abrigo: un gesto defensivo de manual.

—Lo único a lo que tengo que enfrentarme es a la necesidad de impedir que Steele me traslade a otro departamento en comisión de servicio. ¿Se ha enterado de la última? ¡La unidad de Inteligencia Financiera! Yo tendré muchas cualidades, doctora Allen, pero la «inteligencia financiera» no es una de ellas.

—Debes mantener la mente abierta. Puede que Homicidios no resulte apropiado para ti. —He aquí una frase cargada de implicaciones, disfrazada de sugerencia. No es jugar limpio—. ¿Por qué consideras un traslado algo negativo? Según me ha contado la inspectora Steele, es más bien todo lo contrario. Una comisión de servicio podría ser...

—¿Beneficiosa? ¿Algo bueno para mi progreso? Veo que tiene usted el mismo informe.

—El escepticismo es una actitud muy común en las personas que han sufrido una experiencia traumática.

Río en silencio, bajando la barbilla.

—El escepticismo es una actitud muy común en los detectives de policía, doctora Allen. De hecho, estoy bastante segura de que forma parte de los requisitos de entrada en el cuerpo. Junto con la capacidad de levantar treinta y cinco kilos.

Sin apartar los ojos de mí, la doctora alarga la mano para coger su taza de café.

—¿Tienes fe en que yo puedo ayudarte?

Me miro las palmas de las manos fingiendo reflexionar. En cierta ocasión me dijo un vidente que la curva que describía mi línea del corazón significaba que yo solo me abro en la intimidad. No estoy segura de que la doctora Allen fuera a estar de acuerdo con dicha afirmación.

Al fin levanto la vista.

—¿Sinceramente? No. Pero no es por usted. Ya he acudido otras veces a un psicólogo, por otros temas, y tampoco me ha servido de nada.

Ella mantiene un tono de voz informal.

—¿Fue por algo que consideres interesante comentar aquí?

—La verdad es que no. Fue un tema cognitivo-conductual en relación con un desorden alimentario leve. Con mediación de la familia después de haber arañado con una llave el Audi TT de mi padre y de que él me amenazara con romperme el brazo.

La doctora no muestra reacción alguna.

—¿Consideras que no puede ayudarte nadie, Catrina?

—Es lo que me han dicho.

—No me digas. ¿Quién?

Me resisto al impulso de empezar a contar con los dedos de la mano; soy consciente de que podría parecer un poquito neurótica. Y no quiero que en mi informe aparezca también el diagnóstico de «desorden paranoide de la personalidad». Aunque casi valdría la pena solo por ver la cara que pondría la inspectora Steele.

¿De modo que para esto estoy pagando noventa libras a la hora? ¿Para que me digan lo que ya sé? Cat Kinsella salió del útero de su madre pensando que la comadrona la miraba de un modo raro, eso te lo puede decir cualquiera...

—Mi padre —digo—. Repetidamente. Y la inspectora Steele, como es obvio.

La doctora vuelve a esquivar el tema de mi padre. Corresponde a una terapia distinta y tiene una tarifa distinta.

—Sin duda, el hecho de que estés aquí demuestra que la inspectora Steele considera que merece la pena ayudarte.

—Oh, venga ya. Usted no ha obtenido todos esos títulos por ser una persona crédula. Steele se está protegiendo el culo, lisa y llanamente. La preocupa que yo empiece a quejarme de sufrir un trastorno de estrés postraumático solo con que vea a alguien sangrando por la nariz, de modo que le ha pasado el problema a usted. —Ya sé que parezco sarcástica, irrespetuosa y un montón de cosas más que me esfuerzo por no ser, pero es que aún no tengo la personalidad totalmente formada, qué puedo decir—. Disculpe, no era mi intención ofenderla...

—No me has ofendido, Catrina.

Le quita importancia a mi disculpa con un gesto de su mano huesuda y cargada de bisutería en la que descubro un pequeño Peridot, similar al que sacaba yo subrepticamente del joyero de mi madre para fingir que estaba casada con Gareth Gates.

—A propósito, nadie me llama Catrina. Prefiero Cat, si puede ser.

—Perfectamente. Aunque no tenías por qué haber esperado tres sesiones para decírmelo. —Apoya las manos en el hueco del regazo, y me doy cuenta de que está a punto de adoptar una actitud de consejera—. ¿Es frecuente que te resulte difícil expresar lo que deseas?

Et voilà.

—No —contesto al tiempo que apuro los posos de mi café—. Aunque, ya que estamos, la verdad es que prefiero el té.

La doctora sonrío y hace una breve anotación en su cuaderno. Sospecho que será algo así como «utiliza el humor para desviar sentimientos de incomodidad» más que «acuérdate de comprar bolsitas de té».

Fuera, los niños han dejado de cantar.

—Mire, en serio, no va a pasarme nada —le digo, un poco demasiado llena de energía para convencer a cualquiera—. La que me preocupa es la niña. —Ralentizo mi respiración y adopto un tono de voz más sereno—. Dígame: ¿recordará todo lo ocurrido, o podrá olvidarlo con el tiempo?

La llamo «niña» para que la doctora Allen no empiece a quejarse de un «exceso de empatía», pero su nombre es Alana-Jane y su canción favorita es *Five Little Ducks*. Lo sé porque ella misma me contó que se la cantó a su madre en un intento de despertarla, y yo sé que pasó dos días alimentándose de galletas para perros porque no alcanzaba ninguna otra cosa, aunque se subió al cubo de color rosa. Y también sé que debajo de la sudadera salpicada de sangre llevaba puesta una camiseta que decía «Niña de papá», y sé con toda seguridad que a su madre la mató su padre, aunque el fiscal afirmase que nos enfrentaríamos a una tarea imposible para probarlo.

—Como profesional, lo único que me interesa a mí es lo que recuerdes tú, Cat. Lo que podrías olvidar con el tiempo. —Cierra el cuaderno, gesto que indica que hemos llegado al final del *tête à tête*—. En nuestra primera sesión mencionaste que no estabas durmiendo muy bien. ¿Ha habido alguna mejoría al respecto?

—No. Pero es que nunca he dormido demasiado bien.

Cambia de postura, brevemente animada por mi afirmación.

—¿Se te ocurre a qué puede deberse?

Respondo con un encogimiento de hombros.

—Hasta los ocho años viví encima de un bar, lo cual no es precisamente lo mejor para establecer una pauta de sueño regular. O a lo mejor es que ceno demasiado tarde. Y luego están esa mierda de almohadas baratas...

De pronto la doctora Allen se pone de pie y camina despacio en dirección a la puerta. No se la nota muy molesta por mi frívola respuesta, aunque no sé si la expresión «molesta» está incluida en la «Lista de expresiones apropiadas para los psicólogos». Pero se advierte con toda nitidez que ha habido un destello de humanidad. El grito mudo de «¿Por qué me dedico a este puto trabajo?» que seguramente todos tenemos derecho a emitir cuando hemos llegado al final de un año difícil.

—Y entonces... ¿qué opina de la niña? —Decidida a obtener una respuesta, me entretengo unos momentos para ganar tiempo y me concentro en abrocharme los botones del abrigo con tanto teatro que casi resulta cómico—. ¿Usted cree que quedará afectada sin remedio, durante mucho tiempo?

—Dado que tiene tres años de edad, resulta difícil hacer predicciones —termina diciendo—. Es poco probable que recuerde los detalles; incluso podría darse el caso de que olvide o que bloquee el suceso en sí. Pero es probable que se acuerde de lo que sintió, y que dichos sentimientos los lleve consigo durante toda su vida, que influyan en sus relaciones personales, en su trabajo... Serán sentimientos intensos e innatos de miedo, ansiedad e inseguridad que tal vez nunca llegue a comprender del todo.

«Punzadas de profundo malestar cuando una menos se las espera. Ese constante miedo de baja intensidad que impregna todo lo que haces».

—Y, como es natural, a sus tres años de edad no es lo bastante mayor para entender la rotundidad de la muerte de su madre. El hecho de que sea algo irreversible. Dentro de unos años, ese concepto añadirá otra complejidad totalmente nueva.

Me viene a la mente mi sobrino Finn, que tiene seis años y está bregando con los conceptos de lo que es el brécol, nadar a espaldas y las sumas de tres cifras.

—Le he comprado un regalo de Navidad —me apresuro a decir, solo para interrumpir tan deprimentes predicciones—. Una de esas muñecas inspiradas en la película *Frozen*. Me parece que representa al personaje de Anna; el de Elsa estaba agotado.

La doctora Allen no dice nada. En el reducido tiempo que llevamos juntas me he dado cuenta de que «nada» por lo general quiere decir «malo» y de que más adelante se me exigirá que dé explicaciones por ese regalo de Navidad «excesivamente empático», probablemente cuando menos me lo espere. Pero es que es posible que la haya interpretado mal. Es posible que simplemente tenga que continuar. Es posible que tenga otra alma que salvar, o que deba salir a comprar regalos navideños. Es posible que, una vez que ya han pasado los sesenta minutos, pierda todo interés. No tengo ni idea de qué es lo que impulsa a la doctora a hacer su trabajo. Y lo más seguro es que ella opine lo mismo de mí.

—Feliz Navidad, Cat. —Retira el pestillo de la puerta, y al instante siento que me inunda una oleada de alivio—. Cuídate. Vas a estar con tu familia, ¿no es así?

—Naturalmente —miento—. Doce horas de comida succulenta y mala conversación, como todo el mundo. Feliz Navidad también para usted, doctora Allen.

La suposición de que «familia» equivale a «amor y cuidados» parece un tanto utópica viniendo de una persona que se dedica a la ciencia de lo disfuncional, sobre todo después del comentario que he hecho respecto de la «mediación de la familia», pero es que ese es el efecto que ejerce en las personas una Navidad heladora en un Londres repleto de luces y de gente, y sería una mezquindad por mi parte no seguirle

la corriente, aunque no esté segura de tener estómago para pasar las Navidades con mi familia.

Puestos a pensarlo, no estoy segura de que me hayan invitado.

Enfebrecidos y morbosos, como si fuéramos pequeños vástagos de Satanás, tomamos asiento y esperamos en habitaciones en penumbra, deseando que la muerte nos haga cobrar vida.

Bienvenidos a un lento turno de noche con el Equipo 4 de Investigación de Homicidios. En donde el único delito que se está investigando es «¿Quién se comió la última tartaleta de frutas del sargento Parnell?» y las únicas preguntas llegan por cortesía de Chris Tarrant en las reposiciones de *¿Quiere ser millonario?* que se emiten a las tres de la madrugada.

Verán, cuando se trabaja para los muertos, se trabaja para un jefe notoriamente poco de fiar. A veces uno lo tiene encima, reclamando justicia a gritos a cada rato. Tú, agobiado por esos fantasmas torturados, ves que la necesidad de atenderlos nunca desaparece, ni siquiera mientras duermes. Fermentan en el interior de tu estómago como si fueran un plato de curri ingerido a altas horas de la noche, te despiertan a horas intempestivas y te tienen agotado e inquieto durante varios días.

Pero otras veces no hay nada. Nada nuevo, al menos. Únicamente una avalancha de papeleo y de reposiciones de concursos en la tele.

Nunca pueden prepararte para cuando no hay nada que hacer, para esa etapa de sedentarismo que sigue a un asesinato. Cuando uno está encerrado en Hendon —el centro de formación de la policía metropolitana para nuevos reclutas— y lo marean continuamente con simulaciones de vistas judiciales y luces azules estroboscópicas, nunca llega a creer que el trabajo administrativo no tardará en convertirse en su dios y los datos llegarán a ser su religión. Desde luego yo no podría, aunque, para ser sincera, es posible que me lo hayan advertido. Es muy posible que simplemente no lograra oírlo por culpa del estruendo de mi propio corazón, que se ponía a latir como loco cada vez que un detective de Homicidios, sobre todo la legendaria inspectora jefa Kate Steele, subía al sacrosanto entarimado.

La niña boquiabierta desmayándose frente a la *prima ballerina*.

—«Muy bien, por treinta y dos mil libras, ¿quién es el patrón de los cocineros?».

El sargento Luigi Parnell (principal vástago del turno de noche, y por casualidad tan italiano como un sándwich de beicon) señala en mi dirección con su taza del Arsenal y me guiña un ojo como si fuéramos antiguos colegas de las trincheras, aunque han pasado menos de seis meses desde que él se subió a bordo de la Nave de la Lucha contra el Crimen y eligió Homicidios.

—Vamos —me dice—, se supone que aquí los lumbreras sois Seth y tú. Iluminadnos a Renée y a mí.

El detective Seth Wakeman levanta la vista de un libro de texto a la vez que, subrepticamente, se barre las migas de tartaleta que se le han quedado en el jersey.

—No tengo ni idea, sargento.

—Yo tampoco —apunto—. Lo buscaré en Google.

Parnell pone una falsa expresión de disgusto y se gira de nuevo hacia la televisión murmurando algo acerca de la educación en los colegios privados y de que Google ha acabado con el pensamiento independiente. La detective Renée Akwa lanza una risotada y me ofrece una patata frita. Yo agarro un puñado con ademán distraído, aunque no me gusta cómo saben y hace solo una hora que inundamos la sala de reuniones con una fuerte peste a *pizza* con ajo.

Renée Akwa es una persona asombrosa. Lleva veinticinco años como policía detective y es más constante que el mismo sol. Yo antes me habría reído de ello, en la época en que albergaba la idea de progresar dentro del cuerpo, pero es increíble cómo influye el hecho de haberse llevado un susto en el cuarto de una prostituta para echar una capa de hormigón sobre tu techo de cristal.

Leo la pantalla guiñando los ojos, demasiado aletargada para ir a buscar las gafas.

—Pues el patrón de los cocineros es san Lorenzo. Por si os interesa, el patrón de los polis es san Miguel, que también es el santo de los enfermos y de los que sufren.

Parnell no se inmuta al oírlo; prefiere chincar a Seth.

—Oye, Einstein, ¿estás listo para otro examen? Te hará falta utilizar mucho Google el mes que viene, cuando no te acuerdes de las «Revisiones del Código G de la Ley de Policía y Medios de Prueba en Materia Criminal» cuando te las pregunten tus superiores.

Seth deja escapar un gemido y finge ahorcarse con un trozo de espumillón, y las risas que provoca consiguen disolver un poco el nudo de ansiedad que llevo yo dentro desde que salí de la cámara de introspección de la doctora Allen esta misma tarde. Luego, mientras Parnell se pone a discutir con Chris Tarrant sobre la cuestión de si el Nilo es claramente más largo que el Amazonas, y Seth nos canta la versión de su club de *rugby*, políticamente incorrecta, del antiguo villancico *Los Doce Días de Navidad*, me invade el deseo urgente de hacer lo mismo que Miss Havisham^[2]: cerrar las puertas con llave, parar los relojes y acurrucarnos los cuatro para siempre en nuestra acogedora sala de reuniones.

Pero de repente aparece un empleado que trae en la mano una caja de pastillas para el catarro y lo estropea todo.

—Luigi, te llaman —grazna desde la puerta. Mientras conversan, me esfuerzo por oír los detalles de lo que dicen; el corpachón de lanzador de pesos que tiene Parnell bloquea todas las ondas sonoras, pero capto la idea general.

Un cadáver. Una mujer. Leamington Square, junto a la entrada de los jardines. Justo detrás de Exmouth Market.

Parece sospechoso. La policía de Islington ha acordonado la zona. Se ha notificado a la inspectora jefa Steele.

Exmouth Market.

Dicho en sentido estricto, no es nuestra zona, pero cuando los otros dos equipos

de Homicidios que permanecen de guardia están de cadáveres hasta las cejas y tú estás sentado tocándote las narices y aplazando todo lo posible el papeleo, no empiezas a cuestionar límites y cuadrículas del mapa. Por lo menos, yo no lo hago. Parnell lo intenta.

Y, con una inquietante sensación de malestar que borra de mi mente todos los planes que albergaba hace un momento de encerrarnos en nuestro refugio, pienso para mis adentros que en realidad sí es mi zona. Por lo menos, en sentido umbilical.

Porque yo pasé en ella los ocho primeros años de mi vida.

Mis últimas noticias eran que mi padre había regresado allí y que regentaba nuestro antiguo *pub*.

Que había vuelto a codearse con sus antiguos colegas.

Que llevaba mala vida.

Todos los días, a las diez de la noche, puntual como un reloj suizo, mi padre se retiraba de la bronca de taberna que se había metido a arbitrar y recorría a pie los pocos cientos de metros que lo separaban de Leamington Square para fumarse su solitario cigarrillo del día. Yo nunca supe si lo hacía para escabullirse de mi madre, que era evangélica y exfumadora, o más bien para conseguir un poco de soledad y salud mental, pero la mayoría de las noches lo observaba desde mi ventana. En cuanto oía el crujido de la grava bajo sus pisadas, abandonaba el libro que estuviera leyendo a la luz de mi lamparita para verlo. Al final se transformaba en un puntito a lo lejos, el destello luminoso de un teléfono o la luz de un encendedor, pero por alguna razón a mí me procuraba consuelo. Me alegraba saber que mi padre disfrutaba de cinco minutos de tranquilidad.

Una vez me llevó consigo. Yo tenía solo cinco años. Mi madre estaba en casa de tía Carmel, de modo que mi padre me advirtió de que aquello era un «regalo especial», lo que por lo general quería decir que era «secreto», como todo lo demás que ocurría cuando estaba al mando mi padre (patatas fritas para cenar, una imposición muy leve a la hora de que me lavara los dientes y veladas ilegales de póquer en la habitación de atrás con los hombres que no le caían bien a mi madre). Era la primera vez que yo iba a los jardines por la noche —había acudido con mucha frecuencia durante el día, a jugar a las tiendas en el templete para la banda de música y a la rayuela en el sendero—, y cuando ya llevábamos allí un rato hablando de *Toy Story* y de mi nuevo anorak plumífero, mi padre me preguntó si me daba miedo andar por la calle a aquellas horas. Afirmó que la mayoría de los niños de mi edad se cagarían encima y empezaría a gimotear pidiendo volver a casa.

Yo le respondí que cuando él estaba conmigo no me daba miedo nada, y él me revolvió el pelo y me dijo que muy bien.

Sin embargo, esta noche sí que tengo miedo, y aunque llevo conmigo a Parnell, que es tan macizo como los plátanos que bordean el perímetro de Leamington Square, no consigo librarme de la sensación de que al venir aquí no vamos a

encontrarnos nada bueno. No es una sensación de fatalidad, sino un molesto desasosiego.

En cuanto dejamos el coche aparcado junto al cordón exterior, echo a andar al lado de Parnell y permito que su simpático mal humor me tranquilice.

—Cuarenta minutos de nada y ya habría llegado el cambio de turno. Ahora esto sería el problema de otro, y yo estaría dándome una duchita caliente y acurrucándome en la cama con mi mujer. Estamos gafados, Kinsella, gafados de verdad.

—A mí no me molesta —miento—. Yo no tengo a nadie con quien acurrucarme ni duchita caliente que darme. Prefiero helarme el culo aquí contigo.

Si repito esto suficientes veces, acabo creyéndolo. Luego quizá pueda también convencerme a mí misma de decirles a Parnell y a Steele que me crie a menos de un tiro de piedra de este lugar. Que mi padre regenta un *pub* tan cerca de aquí que en los días de verano, cuando dejan las puertas abiertas, se alcanza a oír la música de la gramola. Que yo viví encima de ese *pub* hasta los ocho años.

«Antes de que cambiara todo».

Pero no puedo darle a Steele más motivos para que me saque de Homicidios después de lo del cuarto de la prostituta. Claro que esto no es lo mismo. No es en absoluto contrario al procedimiento que en el pasado uno se hiciese una raspadura en la rodilla en el mismo lugar en el que ahora acaba de aparecer un cadáver. Pero, claro, una no se convierte en inspectora, con no menos de cuatro recomendaciones, sin saber cómo explotar una oportunidad, y por lo tanto, si reconozco el menor vínculo personal con este caso, Steele me mandará a hacer números con los de Inteligencia Financiera antes de que sea capaz de decir «hoja de Excel».

Mientras Parnell continúa con su deprimente cantinela, sopeso por última vez la situación contemplando mi imagen reflejada en la ventanilla del coche. Lo único que veo es a una persona que necesita el empleo que tiene en el MIT4 con la misma desesperación que un corte de flequillo y una buena dosis de vitamina C.

Es simple. No diré nada.

Steele ya está aquí, vestida de forense y calzada con botas, charlando con dos técnicos de investigación de escenas del crimen que no dejan de agacharse a colocar marcadores de pruebas en el suelo.

—Joder, sí que se ha dado prisa —comento—. ¿No vivía más allá de Ealing?

Parnell está rebuscando en el maletero. Su voz suena amortiguada, pero en la plaza reina un silencio sepulcral.

—Ya te digo que no es humana. Ella no se da una ducha y después se viste, como hacemos tú y yo. Ella se regenera, igual que Terminator. —Acto seguido, se incorpora y saluda con una mano a Steele mientras con la otra me pasa a mí un par de fundas para los zapatos y un traje protector. Steele nos indica con una seña que nos apresuremos e indica una figura encorvada que está junto a la entrada de la tienda de campaña montada por los forenses—. Oh, maravilloso. ¿Eso que veo es la nuca de Vickery?

—No estás de humor para que te traten con condescendencia a temperaturas bajo cero, ¿no?

Dejando las bromas aparte, yo no tengo ningún problema con Mo Vickery. Me descubro ante las personas que son capaces de aguantar ocho horas de pie en una zanja recogiendo gusanos, y que a eso lo denominan vocación. Y cuando una tiene veintiséis años y las mejillas aún sonrosadas, y ya ha conseguido entrar en uno de los organismos más jerarquizados de la sociedad británica, que se muestren condescendientes contigo es algo que va incluido en el paquete. Un ritual de paso que una puede aceptar o ignorar.

Nos vestimos en silencio. Parnell se pelea con su cremallera mientras yo me recojo en un moño el último mechón de pelo para que Mo Vickery no me diga otra vez que preferiría que yo le «meara en el porche de su casa» antes que verme aproximarme a una escena del crimen con mi espesa melena celta.

—Bueno, ¿qué opinas? —digo señalando con la cabeza hacia Steele—. Debe de ser terrible sacar a esa de la cama.

Parnell coge su cigarrillo vaporizador de la puerta del coche y le da una profunda calada. Su expresión es la de alguien que anhela poder fumarse un cigarrillo de verdad.

—Por estas fechas el superintendente jefe siempre se pone quisquilloso —dice—. Al ciudadano de a pie no le gusta la idea de que los regalos de Navidad de alguien estén esperando debajo del árbol mientras a su dueño lo desguazan en el depósito de cadáveres, de modo que él siempre saca la artillería pesada. —Expulsa una columna de vapor que huele fatal, puede que a albaricoque—. Aunque, que nosotros sepamos, podría ser una trampa. Algún mendigo que por fin ha pasado a mejor vida, justo al final de mi puñetero turno.

—Toda vida es sagrada, sargento. —Dibujo la ancha sonrisa del católico no practicante.

—Sí, ya, y mis testículos también, y como termine pasando otra Navidad más en el curro, Mags los va a utilizar como bolas para el árbol.

Cierra la portezuela del coche con gesto decisivo, igual que el golpe de martillo en una subasta. Después cruzamos la plaza y pasamos por debajo del cordón interior. Las rodillas de Parnell emiten un sonoro crujido, pero aún se oye más el gemido que emite él. A duras penas logro reprimir la risa.

—Sí, vale, no te hagas mayor, guapa. —Al ver que señalo la tienda de campaña, recordatorio de que no todo el mundo tiene esa suerte, añade en tono contrito—: Vale, pues entonces no engordes. Y toma aceite de hígado de bacalao todos los días, en líquido, no en píldoras, en el líquido hay más vitamina D, es mejor para las articulaciones. —Se lo nota satisfecho, ya ha hecho la buena obra del día—. No dirás que tu tío Lu no te enseña cosas...

—Mascarillas —trona Vickery sin tomarse la molestia de volverse—. Este ya ha manipulado a la víctima. Podemos prescindir de más contaminación, gracias.

Dirijo una mirada comprensiva hacia «este», el joven detective que se encarga del acordonamiento, pero no se lo ve perturbado.

—Mi prioridad consistía en preservar la vida —replica, de tal modo que su madre debe de sentirse muy orgullosa de él—. Me temo que he tenido que buscarle el pulso. La testigo estaba un poco... —Hace con la mano derecha el gesto de beber—. En fin, no estaba segura de que la víctima estuviera realmente muerta.

Vickery lanza una mirada inexpresiva hacia una joven que está sentada en la parte de atrás de una ambulancia, calzada con tacones de *stripper* y abrigada con una manta para cadáveres, y después vuelve a mirar a nuestra víctima, que está indiscutiblemente muerta. Deseo señalar que existe una gran diferencia entre ser informado educadamente por teléfono de que ha aparecido un cadáver y tropezarse literalmente con uno cuando tienes el cerebro frito a chupitos de alcohol y eres presa del pánico por los horarios de los trenes, pero me reservo el comentario para mí.

Steele gira la cabeza hacia la ambulancia.

—Kinsella, habla después con ella. Tú eres más de su edad, a lo mejor le sacas más información.

Fuera está tan oscuro como siempre en Londres; en cambio dentro, con todas las lámparas led y los *flashes* de las cámaras, adquiere protagonismo el terror en tanticolor de lo que han sido las últimas horas de esta mujer. Dudo unos segundos antes de mirar y cuento en silencio hasta tres, haciendo pequeñas inspiraciones, hasta que descubro que Steele me está mirando, irritada o preocupada, no lo sé muy bien. Suele ser una mezcla de ambas cosas. Cuando llego a cuatro, me rindo ante lo inevitable y bajo la vista. Veo algo que en realidad ya no se puede decir que sea un rostro, sino más bien una máscara de Halloween de mal gusto: la cabeza totalmente cubierta de sangre, el pelo apelmazado a excepción de unos cuantos mechones rubios que por lo visto han sobrevivido a la inundación, el cuello marcado con una serie de tajos finos y alargados, como si alguien hubiera estado afilando un cuchillo. Me acucillo y, al acercarme un poco más, capto un olor. Es un perfume afrutado, floral, que debió de aplicarse no hace mucho, y también el efluvio de algo parecido al suavizante para la ropa en un abrigo bien conservado.

Olores de una vida reciente.

Para mí, más deprimente que el olor acre de la muerte.

Se me revuelve el estómago, y me incorporo a toda prisa. Demasiado deprisa. Como pretexto, finjo que estoy ofreciendo a Parnell mi sitio, ligeramente mejor, pero Steele advierte mi juego; no suelo mostrar tanta deferencia.

Se baja la mascarilla para preguntarme:

—¿Te encuentras bien?

Definamos lo de «bien». No he llorado, ni vomitado, ni tampoco he sufrido un desmayo momentáneo, lo cual es más de lo que ocurrió en el cuarto de la prostituta, pero estoy muy lejos de encontrarme bien.

Ya estoy visualizando ante mí una temporada trabajando con los de contabilidad.

—Estoy bien, jefa. —Incluso consigo esbozar una sonrisa, espero que se me note también en los ojos.

—¿Conocemos su identidad? —pregunta Parnell torciendo la cabeza a un lado y a otro en un intento de encontrarle el sentido al rostro de la víctima.

—No, pero en un bolsillo había un recibo, de modo que lo hemos fotografiado y enviado. Renée ya se ha puesto con el archivo de personas desaparecidas, pero, francamente, me parece que para continuar vamos a necesitar algo más que detalles tales como «mujer» y «rubia». —Steele agita la mano frente a sí—. Y con toda esta sangre, se hace difícil proporcionarles una edad siquiera aproximada de la víctima. Las manos parecen de una persona joven, pero también lo parecen las mías, según me han dicho, y yo no soy precisamente una colegiala.

—Podría no ser una persona desaparecida, que se sepa —apunta Vickery observando de cerca el cuello de la mujer—. No lleva tanto tiempo muerta.

Trago saliva y lucho para que mi voz recupere la normalidad.

—¿Cuánto tiempo calculas tú, Mo?

No tenemos tanta confianza como para tutearnos, pero en este momento parece apropiado hacerlo.

Vickery se vuelve y se dirige a Steele ignorándome a mí.

—Lo que calculo es que desde luego no la mataron aquí. No hay suficiente sangre para sugerir que aquí ha tenido lugar una agresión, y los ligeros moratones se ven dispersos, lo cual confirma que sin duda la víctima ha sido trasladada. Por desgracia, lo que también significa es que, sin conocer las circunstancias de la escena principal del crimen, me resulta muy difícil estimar la hora exacta de la muerte.

—¿No puedes hacer una aproximación? —pide Parnell.

Vickery lanza un ensayado suspiro y a continuación, con delicadeza, abre la boca de la víctima al tiempo que todos nos acercamos un poco más para ver.

—Como pueden observar, el *rigor mortis* se encuentra todavía en fase muy temprana. Se aprecia una ligera rigidez en torno a los músculos faciales que sugeriría quizá de dos a tres horas, pero todo depende de si la víctima ha estado al aire libre desde el principio o la mantuvieron durante un rato en un lugar cerrado y luego la sacaron a la calle. La temperatura rectal es de treinta y cuatro grados, pero, una vez más, ello no me indica nada definitivo si desconozco dónde ha estado. El contenido del estómago seguramente estrechará un poco más las posibilidades. Y los hematomas son aún bastante leves, lo cual sugiere que nos movemos en una franja de menos de cuatro horas hasta cinco.

—¿Y la causa de la muerte? —dice Steele casi con sorna, de tan esperanzada.

Vickery le ofrece una sonrisa irónica. No sé muy bien si será capaz de ofrecer otra clase de sonrisa, porque todas sus expresiones faciales parecen estar limitadas al sarcasmo o al desdén.

—Hay para elegir. Tenemos una fea herida en la parte frontal de la cabeza. Posibles petequias hemorrágicas, que podrían explicar la contusión circular que se

observa alrededor del cuello, pero no podré verla como es debido hasta que limpiemos los cortes que presenta la garganta, lo cual, dicho sea de paso, no creo que sea la causa de la muerte. Son cortes feos, pero demasiado superficiales; de ninguna manera pueden haber atravesado la laringe.

—¿Marcas de titubeo? —sugiero yo—. ¿Alguien que estuviera intentando armarse de valor?

Un gesto afirmativo, a regañadientes.

—Es posible. También podría tratarse de la ya trasnochada tortura.

«Es posible» y «podría»: dos consignas de todas las escenas del crimen.

Steele suspira.

—Por el momento aceptaré una presunta causa de la muerte, Mo. Con fundamento o sin él, como tú quieras.

—Como desee, pero no pienso comprometerme con nada.

«Como si nosotros nos atreviéramos a comprometernos con algo». Hasta la propia Steele se anda con pies de plomo en lo que a Mo Vickery se refiere, lo cual resulta bastante elocuente dado que, según afirman los rumores, en cierta ocasión Steele le dijo a un subcomisario que «se tomara una pastilla para calmarse».

Vickery sale de la tienda y Parnell y Steele se apresuran a ir tras ella, deseosos de aspirar el aire gélido. Sin embargo, a mí algo me retiene dentro, y, durante lo que parece un instante pero solo pueden ser varios latidos de mi corazón, me quedo a solas con la víctima, esta mujer normal y corriente empapada de sangre, con su austero abrigo de invierno y sus botas Chelsea de tacón bajo.

Vuelvo a moverme cuando el tono de la tos de Steele me recuerda que la paciencia de Vickery no es escasa, sino escasísima.

—Yo diría que la estrangularon —está comentando Vickery cuando me sumo al grupo—. La golpearon en la cabeza con un instrumento romo y seguidamente, ya sometida, la estrangularon. Digo sometida porque las personas forcejean mucho cuando alguien las está estrangulando, y en este caso no parece que haya heridas defensivas. Además... —flexiona el cuerpo hacia delante a la altura de las caderas, una postura de yoga que sé que sirve para estirar la columna vertebral— esta muchacha tiene las uñas largas, de modo que, caso de que se encontrase consciente en el momento de morir, yo esperarí verle marcas en la palma de las manos. Durante un estrangulamiento es muy común que el sujeto apriete con fuerza los puños.

—¿Podrían haberla maniatado, drogado? —propone Parnell.

Vickery endereza la espalda, y al hacerlo pierde ligeramente el equilibrio. Fingimos que no nos hemos dado cuenta.

—Que la hayan drogado es posible. Maniatado, poco probable. No existen marcas evidentes en las muñecas, pero sabré más cuando la tenga sobre la mesa.

La idea de llevarla al depósito de cadáveres parece desmoralizar a Parnell, como si manteniéndola aquí, bajo las estrellas que brillan esperando el amanecer y con la promesa de un nuevo día, fuera a estar menos muerta. Igualmente desmoralizada, y

consciente de que pronto tendremos público —ya se están encendiendo las luces de varios cuartos de baño en el costado oeste de la plaza—, me acerco a hablar con la testigo.

Mirada de cerca, se la ve todavía más joven y el doble de borracha.

Me intercepta un sanitario que tiene el labio superior algo más prominente que el inferior.

—Se llama Tamsin Black y tiene diecinueve años. Me temo que no le hemos sacado nada más. Pensamos que puede haber ingerido alguna otra cosa, aparte de alcohol, ya sabe a qué me refiero.

Me gusta la forma en que dice «ingerido», como un aristócrata jacobino, así que le respondo con una sonrisa cálida que se queda justo dentro de los límites de lo «apropiado para una escena del crimen».

—¿Cuándo podré hablar con ella?

—Puede intentarlo ahora mismo, cielo, pero yo no me molestaría. Vomita más que habla.

Justamente, como si el sanitario le hubiera dado pie, la chica vomita; una arcada débil y fútil que le sirve para expulsar un poco de bilis de color ambarino.

Me fijo en el nombre que figura en la placa del sanitario.

—Bueno, no sé usted, Phil, pero a mí no deja de impresionarme que a esta chica, en su estado, le quedaran fuerzas para llamar por teléfono a la policía.

A Phil se le nota nervioso, se frota el labio superior.

—Por lo que parece, también le quedaron fuerzas para publicarlo en Facebook. Lo he visto aparecer en la pantalla de su teléfono. Disculpe.

Gruño para mis adentros.

—No es culpa suya. Gracias por decírmelo. Será mejor que mire a ver si puedo borrarlo antes de que sus amigos se pasen el día conectados a su página.

Echo a andar, pero de repente alguien dice algo de un ataque de pánico, de modo que doy media vuelta y observo mientras los expertos intentan explicar los rudimentos de la respiración diafragmática a alguien que está haciéndose con los rudimentos del control de la vejiga. Tamsin Black está tan indiferente y pálida bajo las varias capas de bronceado artificial —y es tan dolorosamente joven— que me veo obligada a reprimir el impulso de acercarme a ella y tomarla de la mano. De decirle que lo entiendo todo y que puede hablar conmigo. De decirle que esas imágenes tan brutales irán borrándose. Esencialmente, de mentirle diciendo que todo esto irá siendo más fácil.

Luego me doy cuenta de que estoy siendo «excesivamente empática», así que regreso junto a Steele y la pongo al corriente de inmediato. Steele pone los ojos en blanco, como era de esperar, pero la verdad es que se trata de una batalla que ya hace tiempo dimos por perdida. Facebook ayuda más que perjudica, así que ya lo hemos aceptado en la familia.

Parnell lanza un bostezo.

—Entonces, ¿cuál es el plan, jefa?

—Tengo que esperar a que terminen, y luego darles permiso para levantar el cadáver —responde Steele señalando a los técnicos de la escena del crimen—. Después me iré derecha a la comisaría para ponerlo todo en marcha. Vosotros dos quedaos aquí un rato más. No tardarán en llegar los de House-to-House, y así podrás informarlos de todo, Lu. Con suerte, sacaremos algo de las cámaras de seguridad, pero por el momento estamos trabajando con la hipótesis de que la víctima debió de venir hasta aquí en coche, así que alguien tiene que haber oído el ruido de un motor.

—Es un lugar bastante raro en el que dejar un cadáver, ¿no le parece? —pregunto—. Tiene que haber sitios más fáciles que el mismísimo centro de Londres.

—A lo mejor al asesino le entró el pánico. Escucha, Kinsella, prueba otra vez con la testigo antes de que se la lleven al hospital, ¿de acuerdo? Ya sé que no podemos fiarnos mucho de los detalles, pero por lo menos la cosa todavía está reciente, y quiero sacarle alguna declaración antes de que «Mamita Querida» se presente aquí y empiece a decir que su angelito ya ha sufrido bastante.

Exactamente lo que habría dicho mi madre. Una vez se cebó conmigo por haber estado paseándome por Londres medio borracha, medio vestida y a las cuatro y media de la mañana.

Dios, cuánto echo de menos a mi madre. Para el resto del mundo no eres más que una masa de células vivas que crecen y crecen; tu cerebro se forma del todo y tus huesos empiezan a alargarse, y antes de que te des cuenta te has convertido en un adulto portador de una tarjeta que debe conducir coches, pagar facturas y acordarse de comprar papel de aluminio. Pero para tu madre siempre serás un poco corta de entendimiento. La niña que estornudaba sobre el plato y sin darle importancia se comía su contenido.

Y eso lo echo de menos. Echo de menos ser medio idiota y que me quieran por ello.

Últimamente me obsesiona lo que pensaría mi madre de la chica de veintiséis años que soy ahora. Lo que diría si pudiera verme, levantándose de la cama y haciendo algo productivo antes de la hora de comer.

Con toda sinceridad, lo más probable es que no me reconociera. Es justo decir que yo no fui una adolescente fácil. Mi padre decía con frecuencia que para disciplinarme a mí se necesitaba tener voluntad de hierro y puño de acero. No lo intentó nunca; siempre prefirió afirmar que no le merecía la pena disciplinarme, dado que no lograba entenderme. No era capaz de «ponerse a mi nivel».

Yo sí que lo entendía a él. Sabía exactamente lo que era.

Lo vi en la manera en que miraba a Maryanne Doyle, y también vi muchas cosas más. Y también oí otras cuantas.

Claro que nunca se lo dije, ni a él ni a nadie. El silencio del miedo de la infancia fue transformándose gradualmente en rebelión de la adolescencia —una forma mucho más divertida de desahogar mi odio que sacar a colación el pasado y lanzar

acusaciones—, y en los últimos tiempos, en estos años atrás, nos hemos estabilizado en una especie de punto muerto cargado de agresividad. Una apatía al rojo vivo. Tú no interfieres en mis cosas y yo no interfiero en las tuyas.

Mi madre, en cambio, sabía que yo la quería, estoy segura. Desde luego, se lo decía en bastantes ocasiones. Todas las mañanas, todas las tardes y en varios mensajes de texto a lo largo del día.

«Te quiero». «Eres la mejor, mamá». «Bss».

Y, por lo que parece, ella puede verme en estos momentos. Según la misma vidente que expresó manidos clichés acerca de la línea del corazón de mi mano, mi madre está siempre conmigo y se siente orgullosa de mí. Al parecer, disfruta cuando me ve bailar. Eso la tranquiliza, porque ve que ya he superado su pérdida. No tuve valor para decirle a la patética charlatana que me estaba cobrando sesenta libras la hora por aquella reconfortante ración de vudú que las únicas ocasiones en que es posible verme bailando es cuando estoy de alcohol hasta las cejas, y que precisamente eso no le gustaría nada a mi madre. ¿A quién le gustaría ver a su hija pequeña haciendo *twerking* delante de una chusma de informáticos que lanzan aullidos mientras procura no vomitar la litrona que se ha bebido?

Día de la Madre de 2013.

No se han vuelto más fáciles ni menos caóticos.

—Se te ve hecha polvo, nena. —Como si me hubiera leído el pensamiento, se me acerca Steele con una actitud casi maternal y me apoya una mano en el brazo—. La primera reunión informativa será a la una de la tarde, sí, pero entretanto vete a casa y cierra los ojos durante unas horas. Es una orden, para los dos. —Dice «los dos» pero me está mirando a mí—. Lo digo en serio. Quedaos aquí una hora más, como máximo...

Nos quedamos tres horas. Tres horas en las que nos enteramos de muy poco.

Hablo de nuevo con la testigo, pero lo que obtengo no puede decirse que sea una declaración, sino solo una serie de proclamaciones al azar de la frase «Había mucha sangre», como una estrambótica recreación de Lady Macbeth, y peticiones reiteradas de ver a su madre. Siguiendo las órdenes, Parnell imparte las instrucciones a los de House-to-House —un equipo de seis hombres y mujeres dedicados a combatir la delincuencia con cuadernos y cuestionarios— e incluso también nosotros hacemos un poco esa tarea, mostrando nuestras placas a personas que nos reciben con gesto adormilado, mal aliento y el pelo revuelto. Pero el resultado es nulo: un montón de «nadas» y un dudoso «quizá» que, de todos modos, en realidad no encaja en la franja horaria con la que estamos trabajando.

Después de pasar tres horas repartiendo histeria, Parnell anuncia que se va a casa para una ración de sexo, otra de beicon y un baño con burbujas. Le da lo mismo en qué orden.

Yo no comunico adónde voy.

McAuley's Old Ale House. Abreviado, Maccers.

El *pub* de mi padre.

Mi hogar.

En la actualidad, mi hogar es una habitación diminuta ubicada en las cornisas de la residencia que tiene una tal familia Dawson en Vauxhall. En ella cuento con un lavabo y un inodoro propios, dos baldas para alimentos, y el insistente sentimiento de culpa de saber que a un niño lo sacaron de su dormitorio para poder cobrar quinientas libras al mes porque Claire Dawson se había quedado sin trabajo y necesitaban meter un inquilino.

Mi hogar, desde que cumplí ocho años, era un chalé en Radlett de cinco dormitorios y de nueva construcción. Un *cul-de-sac* lo denominaba mi madre toda orgullosa, como si una calle sin salida fuese algo a lo que uno debiera aspirar. Tuve que consultar en el diccionario lo que quería decir aquella expresión.

Pero para mí, mi verdadero hogar, el sitio en el que me formé y en el que fui más feliz, será siempre McAuley's Old Ale House.

Como yo era muy pequeña cuando nos fuimos del *pub*, mi hermana Jacqui insiste en que la única vida que he conocido ha sido la de cuartos de ducha incluidos en el dormitorio y televisión por satélite, pero no puede estar más equivocada. Me acuerdo de cada minuto de la alocada vida que llevábamos cuando vivíamos encima del bar. La pintura desconchada y los muebles desvencijados. Mi padre haciendo caja mientras mi madre pasaba la fregona. Allí fui inmensamente feliz. Allí era una niña de *pub* en sentido estricto: los sábados por la mañana bajaba la escalera corriendo para recoger las monedas que se les habían caído a los clientes la noche anterior, comía algunas patatas fritas, apuraba pintas de cerveza. Descubrí la palabra «coño» y aprendí a jugar al billar.

Pero ahora está muy cambiado. Lo han pintado de un azul huevo de pato, y ya no tiene aquel color del ladrillo tizado por la contaminación. Me parece que Jacqui lo define como local «con aspiraciones», lo que quiere decir que a él acuden *hipsters* que beben *whisky sours* en tarros de mermelada. Es menos un *pub* y más un «gastrobar». Cuando vivíamos allí, en la década de los noventa, se utilizaba el microondas o el rebozado; si uno se ponía especialmente cosmopolita, es posible que añadiera una ramita de perejil. En cambio ahora hay en la calle una pizarra en la que se ofrecen «Gambas a la cazuela con manzana y rabanitos» y «*Porchetta* cocida a fuego lento». Por ninguna parte se ve una freidora grasienta.

Hay unas cuantas luces encendidas, pero es demasiado temprano para que esté abierto, así que voy a la parte de atrás y subo por la escalera de incendios para llegar a lo que nosotros, de manera ilógica, llamábamos «entrada principal».

«¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué he venido? Ni siquiera son las diez de la mañana, lo más probable es que mi padre no esté».

El ruido que hacen mis pisadas en la escalera de incendios reverbera como siempre, y la puerta se abre antes de que yo tenga oportunidad de buscar dónde está el timbre. Pero el que aparece de pie en ella no es mi padre, sino su versión rebajada de precio. El hombre que, ahogado por el remordimiento de haber fracasado como progenitor, huyó con el rabo entre las piernas a España, a tirar cervezas en un club porno. O por lo menos eso pensé yo.

En la puerta está mi hermano Noel, soñoliento y frotándose los ojos con sus dedos gruesos y llenos de costras. Ambos tenemos el mismo arco de Cupido y la misma alergia al marisco, pero, aparte de eso, podríamos ser dos desconocidos. Y, desde luego, lo intentamos. Está más fornido que la última vez que lo vi; ahora luce unos brazos demasiado engrosados que no tienen ni con mucho la adecuada proporción de músculo y grasa. Apoya su corpachón contra el marco de la puerta y la grasa que se le aplasta en los bíceps pasa de rosada a morada en el espacio de tiempo en que nos miramos fijamente el uno al otro.

La primera en romper el silencio soy yo.

—Vaya, ha regresado el hijo pródigo. ¿Qué estás haciendo aquí? —Se trata de una pregunta totalmente retórica, porque sé que habrá dinero de por medio—. ¿Está papá?

—Me temo que no —responde recalcando el «no». Se aparta de la puerta sin siquiera invitarme a pasar. Al verlo emprender la retirada, siento la tentación de hacer lo mismo. Pero la curiosidad puede más, y termino entrando en la casa.

El vestíbulo huele a fritanga. Carne de cerdo a punto de chamuscarse. Sigo a Noel hasta la cocina y espero mientras remueve unas salchichas en la sartén lanzando maldiciones contra un hornillo de la era espacial que tiene más funciones que la cabina de mando de un avión. Miro en derredor, pero no veo nada que me suene. Nada que evoque ni un solo recuerdo. No hay ninguna escala de crecimiento pintada a mano en la pared del fondo, junto al cubo de basura. No hay ninguna tostadora con forma de vaca. No hay ninguna mancha que recuerde el sitio en el que me hice una brecha en la barbilla y goteó un poco de sangre sobre el felpudo de la entrada. No hay nada que diga que yo he vivido aquí. Son todo líneas limpias y acero liso.

Me recuerda al depósito de cadáveres.

Le hablo a Noel, a su espalda quemada por el sol:

—Bueno, ¿y cuándo has llegado?

En el suelo hay una bolsa de viaje de color negro cuyo contenido se ha desparramado. No es el suficiente como para sugerir que piensa quedarse mucho tiempo, pero con Noel nunca se sabe. Cuando uno se marcha de una casa a la francesa, suele viajar ligero de equipaje.

—Hace un rato. —Siempre tan reservado.

—Es evidente que no eres noticia, Noel, no me había enterado.

Mi hermano sonrío, pincha una salchicha y, blandiéndola como si fuera un arma, la acerca hacia mí. La grasa gotea sobre las baldosas del suelo y forma un charco que semeja gasolina.

—¿Sigues con tus gilipolleces vegetarianas? ¿O esa era Jacqui?

Jacqui. Fue en el año 2001, durante unos cuatro meses. Y solo con la ternera.

Aparto el tenedor.

—Entonces, ¿para qué has venido aquí en vez de ir a Radlett? ¿Hertfordshire no es lo bastante mafioso para ti?

—¿A Radlett? —Pone cara de confundido, lo cual me confunde a mí—. Ah, no vas mucho por allí, ¿verdad? Papá me ha dicho que llevaba seis meses sin verte el pelo, pero pensé que estaba exagerando y que se hacía un lío con los meses. La verdad es que yo debería llamarte hija pródiga a ti. Por lo menos yo tengo la excusa de que vivo en otro país. ¿Dónde vives tú últimamente?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Estás pensando en allanar mi domicilio mientras estás aquí? —Luego pongo cara de sentirme falsamente contrita—: Oh, lo siento, no fuiste tú, ¿verdad? Fue pura coincidencia que un amigo tuyo averiguase mi dirección y supiera exactamente dónde encontrar las joyas de mamá sin tocar nada más.

Mi hermano apenas se inmuta. Ni lo niega ni se defiende. Se limita a hurgar en un armario de la cocina y a chasquear la lengua al ver que no hay salsa para carne. Al final se sienta a la mesa.

—Papá estaba bastante molesto, sabes, por el hecho de llevar tanto tiempo sin verte. Es una actitud un poco relajada por tu parte, la verdad...

Remover la mierda constituye el pasatiempo favorito de Noel. Indiscutiblemente, la principal habilidad que tiene.

—Sí, bueno, yo estaba molesta con él porque llevó aquella *barbie* a la fiesta de cumpleaños de Finn, que cumplía seis. ¿Cuánto hacía que la conocía? ¿Un par de semanas?

Noel afirma con la cabeza.

—Ah, sí, se me había olvidado que se supone que papá tiene que vivir como un monje. Según tengo entendido, a Jacqui no la molestó en absoluto, de modo que nada tenía que ver contigo...

—Claro que a Jacqui no la molestó, el que pagaba la fiesta era papá. Un salón reservado en el Rainforest Café. Precioso.

—Ya lo sé. Vi las fotos. —Empieza a verter salsa de tomate por encima de su renegrido desayuno formando líneas delgadas e irregulares. «Tajos en el cuello, superficiales pero desagradables»—. Sin embargo, tú casi no salías en ellas. ¿Dónde estabas, enfurruñada en el cuarto de baño?

La verdad es que no sé por qué entro en este tema con mi hermano.

—Han encontrado un cadáver en Leamington Square —digo, cambiando rotundamente de tema—. Una mujer. Una mujer tirando a joven.

Está claro que desconozco si la víctima es tirando a joven, salvo en un plano un

tanto abstracto, intuitivo.

Noel se encoge de hombros. Le da completamente igual.

Sacudo la cabeza en un gesto negativo y vuelvo a preguntarle:

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Estás sin blanca? ¿De mierda hasta el cuello con alguien más grande que tú?

Noel no levanta la vista, continúa afanándose con su desayuno.

—Verás, teniendo en cuenta que llevas seis meses sin ver a papá, sin duda resulta más pertinente preguntar qué es lo que haces tú aquí, hermanita, no lo que hago yo.

«Resulta más pertinente». Un hiriente recordatorio de una inteligencia que se ha desperdiciado. Noel está convencido de que si hubiera estudiado en un colegio privado como hice yo, a estas alturas ya habría descubierto la cura para el cáncer, o por lo menos se habría comprado un Porsche, y el hecho de que no haya hecho esas cosas es algo que siempre se encarga de recordarme. Porque yo nací siete años después. Porque yo recibí una educación acorde con el dinero que tenía entonces nuestro padre. Un dinero que nunca se explicó, ni tampoco se cuestionó.

—Ya te he dicho por qué estoy aquí, ¿es que no me escuchas? Han encontrado el cadáver de una mujer al final de esta calle.

Noel se detiene un momento, con un trozo de tostada de pan blanco suspendido en el aire.

—¿Y eso es lo que has venido a decirle a papá?

Tengo la boca seca. Necesito beber agua. Veo unos vasos detrás del cristal traslúcido de un armario, pero de ningún modo pienso servirme yo. Esta es la casa de una persona desconocida.

Debería marcharme.

—Oye, ¿sabes si vendrá pronto o no?

—No tengo ni puta idea. No soy su guardián. —Noel aparta el plato. Dos mil calorías en dos minutos justos—. Pero me parece que está echando un polvo con esa titi que lleva un *piercing* en el labio, la que suele venir aquí, de modo que, tranquila, ya aparecerá cuando se aburra de ello. Pero no puedo decirte una hora exacta, lo siento.

Siento que exploto por dentro. Un *piercing* en el labio significa que se trata de una chica joven, y eso sugiere que mi padre no cambiará nunca.

Me encamino hacia la puerta.

—Dile que he venido, ¿vale?

—Claro. —Noel abre el lavavajillas y mete dentro la sartén—. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

Casi me echo a reír al oír esta frase. Lo cierto es que no tengo ni idea de lo que he venido a decir.

«Sí, dile que sé que mintió con lo de Maryanne Doyle. Dile que no pasa nada, que yo estaba demasiado asustada para gritar siquiera. Pero dile que llevo dieciocho años castigándolo por ello».

En vez de esto, digo:

—Sí, dile que no meta las sartenes en el lavavajillas porque pierden el revestimiento.

Noel suelta una carcajada y me acompaña por el pasillo. La mañana ha cambiado en el corto espacio de tiempo que he permanecido en esta casa, y ahora, al bajar por la escalera de incendios, brilla un tenue sol invernal que me deslumbra.

—No te desentiendas del todo, hermanita —me dice Noel desde arriba—. A ver si algún día tomamos algo, ¿vale? Tráete una colega. Preferiblemente una que venga de uniforme.

Le respondo haciéndole una peineta, pero al instante me arrepiento. Resulta un gesto demasiado poco serio para hacérselo a mi hermano, demasiado propio de compañeros; de los que reservo para Parnell cuando se queja de mi manera de conducir o del té flojo que suelo tomar.

Una vez que se ha cerrado la puerta, saco el teléfono. Las diez y cuarto de la mañana. Ya casi no merece la pena que vaya a casa. Sin embargo, para evitar que me echen la bronca, voy hasta Exmouth Market para comprar pasta de dientes, una goma para el pelo, una camiseta de rayas amarillas en una de las numerosas tiendas entre monas y horteras que hay aquí y una lata de aceite de hígado de bacalao, y luego me voy derecha a los aseos públicos para transformarme en alguien que dé la impresión de haberse echado una siesta rápida y haberse cambiado de ropa. Después, para seguir matando el tiempo, me doy un paseo hacia Spa Fields, atraída por los chillidos de los niños que juegan en la zona de aventura: parte de la regeneración de este mercado, o de su aburguesamiento, si uno pretende ser sarcástico. Cuando yo era pequeña, Spa Fields tenía fama de ser un lugar donde se corrían aventuras mucho más siniestras, de modo que nunca me permitían venir a jugar. En cambio Noel visitaba este lugar con frecuencia.

Beber, fumar, pelearse, repetir.

En cierta ocasión, teniendo yo seis años, la policía trajo a Noel de Spa Fields a casa. Dijeron no sé qué de una chica y una botella hecha añicos. Yo me senté en la escalera a escuchar la bronca monumental que le echó papá por el hecho de haber traído a la policía hasta la puerta de casa. Le gritó que el «tío» Frank iba a ponerse como una fiera y le preguntó si era consciente del efecto que tendría en los ingresos del negocio que «determinadas personas» se enterasen de que la poli había estado husmeando alrededor del McAuley's. Mi madre quiso llegar al fondo del asunto a fin de entender si allí sucedía algo más o si en realidad había traído al mundo a semejante alimaña.

Desconozco si llegó a descubrir algo, porque lo cierto es que jamás volvió a mencionarse aquel episodio. Al igual que otras muchas cosas que ocurrían en nuestra familia, se disimuló o se corrió un tupido velo al respecto. Mi padre consiguió arreglar las cosas con el «tío» Frank, que, dicho sea de paso, ni siquiera es tío nuestro de verdad, sino únicamente un «medio hermano» de mi padre. Un «hermano de otra

madre», insiste él cuando ha bebido demasiado *whisky*.

Mi padre tiene dos hermanos. Hermanos verdaderos, de los que comparten el mismo ADN: el tío Jim y el tío Kenny. Yo hace mucho tiempo que no los veo y no sé gran cosa de ellos, pero lo que sí sé es que, a diferencia del «tío» Frank, ninguno de los dos ha propinado una paliza a mi padre con un taco de billar porque este hubiera hablado de pasarse a una banda rival. Ninguno de los dos ha comentado nunca que Jacqui tuviera un «cuerpo rentable» ni le ha ofrecido un empleo en su local de copas la víspera de presentarse al examen final de bachillerato.

Sentada en un banco al lado del escaso ramaje que ha dejado el invierno en una paulonia imperial, me ciño el abrigo y paso un rato contemplando a los chiquillos, ilusionados porque solo falta una semana para que llegue Santa Claus. Después jugueteo un poco con el teléfono y envío unos cuantos correos. Puede que esté un poquito obsesionada con quién será esa titi del *piercing* en el labio.

Una Navidad tuvimos una chica de Letonia trabajando en nuestro *pub*. Era estudiante. También llevaba un *piercing* en el labio. Se llamaba Alina, y se suponía que su objetivo era mejorar su nivel de inglés, pero terminó mejorando mi nivel de letón.

—*Mans vārds ir Cat un es esmu septiņas.* (Me llamo Cat y tengo siete años).

—*Man ir brālis sauc Noel un viņš smaržo maziņš.* (Mi hermano Noel huele a pipí).

Alina me caía bien. Me hacía reír diciendo que su otro empleo consistía en bailar música pop en bragas en el local del «tío» Frank. No sé qué habrá sido de ella; un día estaba allí y al siguiente ya no estaba.

Era un poco como el muñeco de nieve de aquellos sensibleros dibujos animados que solía ver yo con mi padre.

A mi padre también le caía bien Alina.

Regreso a la comisaría justo antes de la una; por el momento el frío que me cala los huesos logra imponerse al cansancio y al aturdimiento. De todas formas, una muerte violenta hace que el sueño reparador parezca más bien un frívolo privilegio de los vivos, y tampoco puede decirse que Morfeo y yo nos llevemos muy bien.

Se me ocurre que podría pedir a la doctora Allen que me recetase algo para dormir. Hasta hoy, en general he recurrido al vino, la marihuana y una tonelada de comida para entumecerme y terminar cayendo en el sueño, pero a lo mejor estaría bien utilizar como muleta alguna sustancia química, aunque no estoy segura del protocolo. ¿Hay que esperar a que te lo propongan? Si lo pides tú, ¿puedes dar la impresión de que no estás enfrentándote al problema? Más importante aún: ¿me importa siquiera? En este preciso instante, probablemente no. Con lo de Leamington Square y mi encuentro con Noel, que ha hecho aflorar recuerdos que llevaban mucho tiempo enterrados y pensamientos negros como el alquitrán, la idea de refugiarme en un olvido legitimado por el Estado me levanta bastante el ánimo, más de lo que debería.

—¿La inspectora jefa Steele?

Parnell está justo delante de mí, volcado sobre el mostrador de recepción, interrumpiendo al sargento de guardia, que está examinando las restricciones alimentarias de un imbécil con gorro de lana al que acaban de fichar.

El sargento mira a Parnell con cara de pocos amigos.

—Tercera planta. La puerta que tiene la manilla rota.

En realidad no necesitamos indicaciones, porque la atracción gravitacional de una sala de reuniones posee una fuerza hercúlea. Al llegar a la tercera planta, de forma instintiva giramos a la izquierda y recorremos el pasillo hasta el final, en línea recta y con decisión, como un dardo, haciendo caso omiso de todo el ajeteo que invade a última hora de la mañana una comisaría del centro de Londres. Unos pasos antes de llegar, localizo a Steele al otro lado de la puerta, alerta y preparada para la competición, dando botes nerviosa y descalza, con su metro sesenta de estatura: no cabe duda de que ha dejado los zapatos por ahí, indiscriminadamente. «Cuando me duelen los pies, no puedo pensar con claridad».

Preparando la reunión de coordinación están el hombre-montaña sargento Pete Flowers y el detective Craig Cooke, delgado como una hoja de afeitar, también conocidos como «Festín» y «Hambruna». Ambos son policías serios, sin discusión. Personas diligentes. Flowers seguramente podría llegar a inspector si no fuese un tipo tan falto de encanto, mientras que Craig es una buena persona, un hombre-orquesta que aúna las bromas paternas con un optimismo contagioso. Saludo con el pulgar hacia arriba a Seth, que todavía está trabajando como una hormiguita gracias a tres

latas de Red Bull y el atractivo de recibir una estrella dorada de Steele, y le dirijo una media sonrisa a una chica despampanante vestida con una trenca de color mostaza que también está aquí y con la que ya he trabajado anteriormente, aunque cuando digo que «he trabajado» no me refiero a trabajar al estilo *Cagney y Lacey* sino a que hemos compartido la misma cafetera y hemos soportado las mismas críticas.

Pero reconocería esa trenca en cualquier parte.

Dada la naturaleza de mi trabajo, debería sentirme afortunada de tener una buena memoria que me permite subrayar ociosamente un detalle prosaico. Lo cierto es que resulta más bien una desgracia y constituye una de las razones por las que me cuesta trabajo dormir. En cuestión de segundos, los pensamientos que me invaden en mitad de la noche pueden variar desde el sufrimiento intenso y arrollador que experimenté en los últimos días de vida de mi madre hasta el sabor salado de la carne de cerdo que sirvieron en la boda de Jacqui, mientras que las imágenes banales, como un trozo de madera arrastrado por la marea y las trenzas de lana, flotan en mi mente al lado de sospechas acerca de mi padre que son tan siniestras e impronunciables que tengo que mantenerlas encerradas en una caja, en el centro de mi lóbulo frontal.

En mi cabeza, dicha caja siempre ha sido de color morado. Un morado intenso, católico, con una fuerte cerradura de color negro. Pese a la existencia de dicha cerradura, no hay llave para abrir la caja, pues resultaría catastrófico, pero de cuando en cuando se cuele un pensamiento por el minúsculo espacio que queda por debajo de la tapa. En lo que va de día ya ha ocurrido varias veces.

—Bien, señores, vamos a empezar. —Steele hace callar a los presentes en dos segundos—. En contra de lo que popularmente se cree, no estoy tan enamorada de mi propia voz, así que lo que vamos a hacer es lo siguiente: expondré lo sucedido en líneas generales, contestaré a las preguntas, facilitaré a todos la información necesaria y seguidamente abriré el debate para que participe todo el mundo, ¿de acuerdo?

El semicírculo de agentes, todos con cara de haber dormido bien, se incorporan en sus asientos, sincronizados en valentía y ambición. Por un instante experimento el anhelo de entrar a formar parte de esa pandilla tan competitiva y dejar a Parnell con sus concursos de televisión y sus rodillas artríticas; pero es una chispa que no dura, se apaga antes de poder avivarse. Por lo visto, nunca brillo con la gente de mi misma edad. Tengo la impresión de que no importo tanto.

—Bien, entonces, rápidamente, vamos a hablar de mí. —Steele se sube a un pupitre y se pone cómoda. Las piernas no le llegan al suelo, y con su vestidito estampado y los pies colgando parece una niña que está a punto de recitar un poema en la guardería—. Para aquellos que no lo sepan, soy la inspectora jefe Kate Steele y la oficial de Investigación que dirige este caso. Pueden llamarme jefa o como quieran, incluso Kate si perciben que estoy de buen humor, pero ese riesgo lo asumirán bajo su propia responsabilidad, queridos. A mis espaldas sin duda me llamarán «Cardigan Kate», un apodo que se basa en el hecho de que nadie me ha visto nunca los brazos desde 1989, pero no pasa nada, ya estoy acostumbrada. Bien sabe Dios que me han

llamado cosas peores. Pero procuren que yo no los oiga, o de lo contrario desearán que sus madres hubieran tenido dolor de cabeza la noche en que a ustedes los concibieron.

En los rostros de quienes ya hemos trabajado antes con Steele se dibuja una sonrisa; nos conocemos de memoria este guion.

—Bien, a algunos de ustedes no los conozco, de modo que si tienen algo que decir, levanten la mano y digan su nombre. Probablemente no lo recordaré, pero no se ofendan, no quiere decir que no sean seres humanos dignos de ser tenidos en cuenta, sino que yo soy ya una anciana que está como un cencerro y que la mitad de las veces no se acuerda de dónde ha aparcado el coche, así que mucho menos de una lista de nombres nuevos cada vez que llevo un caso. De modo que si se limitan a seguirme la corriente aunque yo solo medio acierte con sus nombres, seguro que todos nos llevaremos bien. ¿De acuerdo? ¿Todo el mundo conforme?

El semicírculo se contrae, uno o dos se permiten esbozar una sonrisa prudente.

—Estupendo. —A continuación Steele se vuelve hacia el tablón—. La víctima se llamaba Alice Lapaine y tenía treinta y cinco años. Estaba casada y trabajaba de cocinera a media jornada en un *pub* de Thames Ditton, Surrey.

Indica con una seña el cadáver ensangrentado, seguida de una breve pausa de respeto. El tiempo justo para que nosotros apreciemos el contraste entre lo normal que era su vida y lo salvaje que ha sido su muerte. Ahí estaría yo también, si no hubiera sido por la gracia de Dios...

—Vickery está en el tribunal esta tarde, puede que también mañana, de modo que es posible que el análisis *post mortem* se retrase, pero dicho en términos profanos: posible estrangulamiento, un golpe en la parte frontal de la cabeza, cortes no letales en el cuello. Presenta otros golpes y arañazos, principalmente en las piernas y en el pecho. Estaba completamente vestida, sin señales manifiestas de agresión sexual. Tampoco hay heridas defensivas evidentes. Vickery calcula que llevaba muerta unas pocas horas, cuatro o cinco como máximo. Fue encontrada en Leamington Square aproximadamente a las cuatro cuarenta y cinco de la madrugada. Sin embargo, Leamington Square no es la escena principal del crimen. Tenemos imágenes de cámaras de seguridad en que se ve que la depositan allí a las cuatro y cinco. Benny, tu turno.

El detective Ben Swaines, guapo como un integrante de un grupo musical de chicos jóvenes pero con un aire aburrido, como si lo hubieran limpiado al vapor, se prepara para salir a la luz de los focos pasándose por última vez la mano por su cabellera de color rubio arena, pero por desgracia ni siquiera su encanto estéril logra desviar la atención del hecho de que lo que narra a continuación es una deprimente historia de coches robados, imágenes grabadas de mala calidad, lunas tintadas y pasamontañas. Fundamentalmente, nada que una buena reunión informativa no pueda convertir en picadillo.

Parnell se hunde visiblemente con cada golpe; en cambio Steele aguanta

impasible, totalmente tranquila ante la letanía de decepciones que va desgranando Ben. Todo forma parte del juego, nos recuerda a todos, sobre todo al principio del caso, antes de que entremos en harina.

—El coche, un Vauxhall Zafira, pertenece a un tal Richard Little. —Se le nota aliviado de tener por lo menos una cosa tangible que ofrecer—. Es un profesor de piano de Tulse Hill. Se encuentra en Malta de visita en casa de sus padres desde las dieciocho horas, así que queda libre de toda sospecha. Ni siquiera se había dado cuenta de que le habían robado el coche. Lo aparca siempre enfrente de su piso; es un estacionamiento para residentes que hay fuera de la vía pública pero al que se accede con facilidad. A estas alturas ya estará convertido en un montón de cenizas, sin duda.

—Eso lo sabemos por los vecinos, ¿verdad? —dice Steele.

Ben afirma con la cabeza.

—Está claro que el coche estaba fuera a las nueve treinta de la noche. Un vecino, el señor Spicks, llegó a casa alrededor de esa hora y recuerda que lo cabreó ver que el pianista lo había dejado en la plaza que solía ocupar él y se había largado a Malta. Sinceramente, hasta se lo veía contento de que se lo hubieran mangado.

—Vuelve a pasar las imágenes de la cámara de seguridad. —Steele cierra los puños y se apoya en la mesa. Tiene los nudillos apretados y blancos como perlas—. Observen esto y memorícenlo —instruye, al tiempo que se da un golpecito en la sien—. Decir que es descarado es quedarse corto.

Todos guardamos un macabro silencio mientras vemos una figura que se apea del asiento del conductor, estira la espalda despacio, casi de forma exuberante, como si acabara de llegar de un viaje largo y agotador. Se ve que lanza una mirada rápida hacia la calle, tal vez una última ojeada a Farringdon Road, que era el único sitio del que podía esperarse alguna interrupción a esas horas de la madrugada, y acto seguido abre la portezuela del asiento de atrás, saca a Alice Lapaine por las axilas y la deja caer sobre el asfalto. La cabeza de la chica, al chocar contra el suelo, produce un ruido sordo que nos hace encogernos a todos. Luego, la figura permanece unos instantes de pie, tranquila e inmóvil como una roca, y a continuación vuelve a subirse al coche y se va. Absolutamente nada que sugiera un crimen cometido en un acceso de pánico.

He visto más señales de estrés en alguien que tira un colchón a la basura a hurtadillas.

—A juzgar por la corpulencia del sujeto —Steele nos devuelve al momento actual—, yo diría que se trata de un hombre, pero no podemos descartar del todo que sea una mujer fornida.

Craig esboza una sonrisa nerviosa.

—Oye, no será mi Karen, ¿no?

Surge un corrillo de risas, pero la cosa no va a más.

—En las cámaras se ve que el coche circula durante unos kilómetros en dirección este, pero luego se pierde de vista cuando gira para tomar Romford Road —dice Ben

con gesto pesaroso, como si la falibilidad de las cámaras de seguridad fuera un fracaso personal suyo—. He alertado al Departamento de Investigaciones Criminales: Barking, Dagenham, Hornchurch, Stratford y varios más. Van a estar con los ojos bien abiertos, pero ya se sabe...

—Niños o paseadores de perros. Aparecerá en algún sitio. Lo que quede de él —dice Parnell.

Steele vuelve a subirse al pupitre y hojea su cuaderno, que es de color rosa, está forrado en piel y lleva grabada la frase «Mantén la calma y atrapa a los malos». Un regalo que le hice yo el año pasado, cuando cumplió los cincuenta.

—De modo que no tenemos el coche y tampoco tenemos el bolso de la víctima, ni su billetera ni su teléfono. Hasta aquí, nada que se salga de lo habitual. Los POLSA ya se han puesto manos a la obra y están peinando la zona, pero digamos que no estoy aguantando la respiración. —Los POLSA son los Asesores de Investigación Policial o, dicho de otro modo: Héroe Incombustible y Todoterreno—. Sin embargo, y quisiera un redoble de tambor para esto, por favor, hemos encontrado un recibo metido en uno de los bolsillos de la víctima. Corresponde a un *espresso ristretto*, sea lo que sea esa chorrada. Fue adquirido el viernes en una cafetería de Wandsworth, se pagó con tarjeta de crédito y, gracias a la persistencia del maravilloso Seth Wakeman y, sí, quizá al pequeño detalle de que el superintendente jefe Blake interviniera a primera hora de esta mañana, VISA nos ha proporcionado los datos con rapidez. —Seth ejecuta una breve reverencia—. La mala noticia es, y la verdad es que cuesta creer que se pueda ser tan estricto como para caer en la más absoluta gilipollez, que esa cafetería está cerrada hasta el jueves. Las dos propietarias están en no sé qué puñetero mercadillo navideño de Düsseldorf, de modo que hasta entonces se ha ido al carajo la posibilidad de averiguar si Alice se vio con alguna persona. Y como el sitio en cuestión queda un poco lejos de las zonas más concurridas, tampoco hay imágenes de las cámaras de seguridad.

Un detective de mentón chato levanta la mano, pero yo me adelanto.

—Un recibo difícilmente constituye una prueba de la identidad de la persona. ¿Cómo podemos saber que se trata realmente de ella? Podría haberlo recogido al azar y habérselo guardado en el bolsillo.

—Es ella. Necesitamos una identificación formal, por supuesto, pero en estos momentos está Renée en la dirección de Thames Ditton con el marido, y han escaneado una foto, y ha quedado claro que se trata de ella. De hecho, necesitamos poner dicha foto en el tablón ya mismo. Kinsella, está encima de mi mesa. Haz los honores.

Voy al despacho de Steele, una mancha borrosa y caleidoscópica de cajas repletas de expedientes y ropa para la tintorería, y rápidamente empiezo a mover papeles y a ordenar al mismo tiempo. Debajo de un informe salpicado de café del comandante del Distrito aparece el rostro de Alice Lapaine mirándome fijamente detrás de una funda de plástico transparente. Sin sangre e intacta, tiene algo que me resulta familiar,

aunque es más una sensación, una vibración, que una identificación irrefutable.

Es una foto extraña, considero, para resumir una vida. Tomada desprevenida y desenfocada. De las que antiguamente se hacían sin prestar mucha atención, solo para terminar el carrete. Alice aparece sentada en una silla de jardín y sus labios están curvados hacia arriba en un intento de sonreír, pero hay algo en su lenguaje corporal, en los hombros hundidos y los brazos cruzados, que no encaja. Es como si pretendiera huir del objetivo, como si intentara hacerse pequeña.

Sin embargo, a mí no me parece pequeña. Esa imagen de chica normal y corriente, con esos ojos azules y esa melena rubia, me provoca escalofríos y dolor en las sienes.

Me sacudo esa sensación y salgo del despacho.

Steele aún está rindiendo audiencia.

—Dentro de un par de horas vendrá aquí el marido a hacer una identificación formal. Una vez que la tengamos, decidiré exactamente qué revelar a los medios de comunicación.

—Los medios apropiados, quiere decir —gruñe Flowers—. Porque este caso está ya circulando por las redes sociales gracias a esa panoli que encontró a la víctima.

Me irrita este comentario, y estudio la posibilidad de contestar: «¿Te refieres a esa panoli que a partir de ahora ha quedado marcada para siempre? ¿A esa panoli que va a tener que revivir este horror una y otra vez a cambio de nada más que una taza de té y un teléfono de Apoyo a las Víctimas?». Pero Flowers a veces tiene el ego muy puntilloso, de modo que me quedo callada y con la vista fija en el suelo hasta tener la seguridad de que se ha borrado de mi expresión el último rastro de cabreo.

Steele se encoge de hombros y cruza una de sus lindas piernas sobre la otra.

—En este momento no podemos hacer gran cosa a ese respecto, Pete. Bien, el marido, Thomas Lapaine. —Levanta un dedo—. Uno: afirma que llevaba cuatro semanas sin ver a su mujer, que ella se largó de casa sin más, cosa que por lo visto no es poco habitual. Dos: no había nadie en la vivienda cuando Renée se ha personado allí esta mañana alrededor de las diez y media, así que ha hablado brevemente con una vecina que le ha dicho que hace varios días que no ve al marido. Lo cual no quiere decir que se haya marchado sin avisar, por supuesto, sino que simplemente no se han cruzado el uno con el otro...

—¿Y su coche? —apunta Parnell.

—La vecina no lo sabía con seguridad porque, no se lo pierdan, los Lapaine no viven en una calle ni en un piso, ni tampoco debajo de un puente como Benny —hace un gesto con la cabeza al que actualmente es su lacayo favorito—, viven en una isla privada del Támesis. Doce casas, una población de unas treinta personas, y para volver a lo que pretendo decir, todos tienen que aparcar en el pueblo, de modo que la vecina no puede saber si el coche estaba allí o no.

Flowers lanza un silbido.

—Así que una isla privada. ¿Entonces hay dinero de por medio?

Steele afirma con la cabeza.

—Y tres: cuando Thomas Lapaine apareció por fin en su casa quince minutos después, dijo que había pasado toda la mañana fuera. Paseando. —Un concepto desconocido para una mujer que vive subida a unos tacones de diez centímetros—. Cosa que, una vez más, por lo visto no se sale de lo habitual. Cinco kilómetros por el camino del Támesis, desde Hampton Court hasta Kingston Bridge, y vuelta. Se tarda un par de horas. Obviamente, de momento Renée está yendo con tacto, con mucho tacto, pero, en mi opinión, esto es sospechoso. ¿Cómo que ha estado paseando? ¿Cuando todas las previsiones están lanzando advertencias de que nadie salga a la calle si no quiere congelarse?

—Podría estar diciendo la verdad —aporto—. Por supuesto, lo que tendríamos en ese caso sería un posible sospechoso y un paseo matutino junto al río. ¿Para eliminar pruebas, tal vez?

Como detective, me atraen más los misterios y los interrogantes que las verdades verificables, pero ya he asistido a suficientes reuniones informativas con Steele el primer día de un caso como para saber que estoy a punto de recibir una bofetada en los morros por haberle echado a perder su Fiesta de Hechos Irrefutables.

—Como teoría no está mal, Kinsella. Por ahora no tiene absolutamente ningún fundamento, pero no está mal.

Si no somos coherentes, no somos nada.

La chica de la trenca levanta la mano.

—Detective Emily Beck, señora. Entonces, ¿Thomas Lapaine es un sospechoso real?

Siento vergüenza ajena al ver que Steele descarta la pregunta.

—El marido siempre es un sospechoso. Otra pregunta.

—¿Iba vestido con ropa para caminar? —pregunto yo—. Quiero decir: con este tiempo conviene llevar puesto algo más que un jersey de lana. Pera empezar, unas botas decentes. Y un termo. Y un impermeable, quizá.

Steele enarca una ceja.

—No te tenía por una senderista. Mi sincera respuesta es que no lo sé. En toda la mañana he hablado con Renée dos minutos por teléfono, y es evidente que está viéndose obligada a proceder con tacto. Hasta que tengamos pruebas de que Thomas Lapaine es algo más que un afligido esposo, no quiero que piense que es un sospechoso. Lo último que nos conviene es que se vuelva contra nosotros antes de que hayamos tenido oportunidad de interrogarlo como Dios manda.

—Malas noticias, jefa —vocea Seth desde su mesa—. Me temo que es posible que ya esté en nuestra contra. La búsqueda en el ordenador ha arrojado un resultado.

Parnell hace el gesto de rezar.

—Dime que asesinó a su exmujer, Seth. Facilítanos las cosas.

—Por desgracia, no, sargento. Sección 5. Delito contra el Orden Público. En marzo de 1996 se subió encima de una camioneta durante una manifestación de

Reclaim the Streets. El típico héroe que nos llama «cerdos» e «hijoputas» desde una distancia en la que no corre peligro. Se le impuso una suspensión de seis meses y una multa de ochocientas libras. Desde entonces está más limpio que una patena. Sin embargo, y aquí viene lo interesante, presentó una denuncia por brutalidad policial.

Steele dibuja una sonrisa cáustica.

—¿En serio? Él y todos los demás. ¿Hay algo al respecto?

Seth hace un gesto negativo.

—Parece que no. Se hizo un rasguño diminuto con la grava cuando lo tumbaron en el suelo, y acudió al Departamento de Denuncias contra la Policía. Lo desestimaron. No apeló.

—Pero es posible que eso lo haya vuelto susceptible —dice Parnell—. Tendremos que incluir ese detalle en nuestra estrategia cuando lo interroguemos.

Steele afirma con la cabeza.

—Entonces, ¿qué podéis aportar vosotros dos? A propósito, por si alguien no los conoce, son los detectives Luigi Parnell y Cat Kinsella. Ambos estuvieron esta mañana en la escena. Lu y yo nos conocemos desde hace mucho mucho antes de que ustedes empezasen a tomar alimentos sólidos, de modo que si él les dice que hagan algo, obedézcanle.

Parnell me mira expectante, y caigo en la cuenta de que me está ofreciendo ser portavoz.

—Lo cierto es que no tenemos gran cosa. —¿Cuándo aprenderé el arte de plantear las cosas de forma positiva?—. La joven que encontró a la víctima estaba demasiado borracha para decirme algo, no hacía más que llamar a su madre y pedir que le llevaran su inhalador. Lo intentaremos de nuevo cuando esté sobria, pero no creo que vaya a sernos de mucha ayuda. Transcurrieron cuarenta minutos desde que la víctima fue abandonada en la plaza hasta que fue encontrada. El que la dejó allí hacía mucho que se había ido.

—Y es una zona en la que hay poco ruido —añade Parnell alzando las manos—. Leamington Square queda lejos del barullo, y sí, ya sé que es un área residencial, pero eran las cuatro de la madrugada. A esa hora no hay demasiados residentes andando por la calle.

Tiene razón, por supuesto. Si uno tuviera que escoger una hora a la que hasta los pervertidos más decadentes estuvieran metidos en la cama, seguramente escogería las cuatro de la hipotérmica madrugada de un martes. Pero sigo pensando que tiene que haber lugares más fáciles en los que abandonar un cadáver.

Steele dijo que era descarado; yo diría que es significativo.

Parnell prosigue:

—Los de House-to-House están peinando la plaza y todas las calles por las que se accede a ella, pero de momento no están encontrando gran cosa. Le corresponde a usted decidir, jefa, pero podría pensar en ampliar la zona. Extender la búsqueda hacia Exmouth Market, quizá.

«No. Exmouth Market, no. Mi familia, no».

La idea de que interroguen a mi padre sobre una mujer que ha muerto, por muy periférico que sea dicho interrogatorio, remueve algo en mi interior. Algo mareante y destructivo.

—Podría servir —respondo con el corazón a cien por hora—. Personalmente, opino que en esta fase sería perder el tiempo. La gente está con la cabeza en otra cosa por la proximidad de las Navidades, demasiado distraída para sernos de ayuda. Y además, todo el mundo está sumamente irritable. Pasaremos más tiempo tranquilizando que recopilando información.

Me da la sensación de que Parnell tarda una eternidad en hablar de nuevo.

—Puede que sí, y puede que no. —Se vuelve hacia Steele—. Pero Kinsella tiene razón en una cosa: en que todo el mundo está sumamente irritable. O se marchan y dejan la casa vacía o tienen a la familia de visita, y está claro que ninguna de esas dos cosas es la ideal cuando hay por ahí, y cito, «un loco que anda suelto».

Steele deja escapar un gruñido.

—Maravilloso. Justo lo que necesitamos. Espero que hayan advertido a los residentes de que no deben hablar con los periodistas. Si la prensa se huele que hay un «loco», va a pensar de verdad que es Navidad.

Se hace el silencio en la sala. Tan solo se oye el zumbido de los ordenadores y los ruidos que hace el estómago de Flowers en tonos graves y melódicos.

Steele interrumpe la pausa con una leve carcajada.

—Bueno, opino que ya hemos terminado. «Festín» necesita alimentarse. No queremos que le dé un patatús, ¿no?

Flowers se pasa la lengua por los labios de una forma que supongo que pretende sugerir un erotismo grotesco.

—La rutina habitual —dice Steele alzando el tono de voz—. El sargento Parnell y el sargento Flowers son las primeras paradas obligadas, pero la puerta de mi despacho está siempre abierta. A no ser que esté cerrada, claro. —Va hacia donde dejó los zapatos, un modelo salón de ante color esmeralda, que le han costado más de lo que pago yo de alquiler—. Última oportunidad. ¿Algo más? ¿Alguien quiere preguntar algo? —Gira sobre sus talones y al pasar apoya una mano en el brazo de Parnell—. Lu, sé bueno y reparte los deberes. Kinsella, ven un momento a mi despacho.

—Ya sé que estamos en la era del «empoderamiento femenino», pero tengo que decirte, Kinsella, que pareces un trozo de mierda recalentado. —Me indica con una seña que tome asiento, luego coge un pintalabios y se lo aplica a la perfección sin la ayuda de un espejo—. Te lo digo en serio, tienes una cara espantosa. Estás muy pálida. Aunque puede que la culpa sea de esa camiseta... Está claro que el amarillo no te favorece nada. —Calla unos instantes—. ¿Te la compraste en un momento de pánico? Si yo fuera tú, la devolvería a la tienda.

Su semblante es la viva expresión de la benevolencia autoritaria, pero la delata el tono de voz.

Lo sabe. No sé cómo lo sabe, pero lo sabe.

—¿Duermes bien? —añade con una sonrisa contenida.

—Bueno, ya sabe, va por rachas. —Señalo con el dedo en dirección a la sala que acabamos de abandonar—. Parnell tampoco tiene muy buena cara.

—¡Parnell! Para salvar a Luigi Parnell haría falta algo más que un sueño reparador. Es un caso perdido. Pero para ti aún hay esperanza.

Dura pero justa. Parnell no se avergüenza de su sobrepeso y en ocasiones va un poco desaliñado, pero es de esos detectives que logran que uno olvide que alguna vez existieron Sonny Crockett y Fox Mulder.

Tamborilea con las uñas sobre la mesa. Perfecta manicura. No la imagino sentada sin moverse durante el tiempo necesario para que se la hagan. Al cabo de unos segundos, se interrumpe y se inclina hacia delante.

—Mira, no voy a andarme con rodeos. ¿Estás completamente segura de que vas a poder con este caso?

Cálmate. Sé racional. No pierdas la clase, Kinsella.

—Por supuesto —respondo fingiendo sorpresa—. ¿Por qué? ¿Es que he hecho algo mal?

—No. —Luego baja la cabeza y murmura—: Por el amor de Dios. —Levanta otra vez la vista y procura no dar la impresión de querer estrangularme—. Es que pienso que quizá sea demasiado pronto, después de..., bueno, ya sabes.

—De Alana-Jane. No pasa nada, puede pronunciar su nombre. No voy a derretirme.

—En realidad estaba pensando en la madre.

—Dafina Tolaj. También puede nombrarla a ella.

De pronto me señala con la barra de labios.

—Oye, lo que me preocupa no es el nombre de esa mujer sino el hecho de que fuera otra rubia de treinta y tantos cubierta de sangre. —Sí, no sé por qué, pero tiene algo que me resulta familiar—. Y en mi opinión, no te vendría mal prescindir de ese tipo de cosas siendo todavía tan pronto, ¿no te parece? Sobre todo mientras sigas viendo a Dolores.

La llama Dolores, y no doctora Allen. Tengo visiones de ambas mujeres en las que las veo diseccionando mi personalidad mientras se toman una agradable copa de Merlot; esto les hace un flaco servicio a las dos, pero es que cuando me siento acorralada, tengo tendencia a ser catastrofista. Ya me lo dijo otro psicólogo.

—Usted no quiere que trabaje en este caso, ¿verdad?

Alto y claro.

—Por el amor de Dios, Kinsella. No estoy escogiendo a los miembros del equipo. Tú no eres la gordita de la clase de gimnasia, así que deja de poner esos ojitos de cordero degollado. En este momento necesito que todo el mundo dé el máximo de sí,

y simplemente no estoy convencida de que tú puedas.

—¿Y en qué se basa exactamente?

Mi tono es insolente, de confrontación, y me apresuro a pedir disculpas con un «perdone».

Steele me lanza una mirada de soslayo.

—Me baso en el hecho de que te he visto esta mañana en la escena del crimen. Antes nunca estabas tan nerviosa.

Pruebo con el sentido del humor:

—¿Qué puedo decir? Anoche volvimos a pedir *pizzas* de Big Jimmy's para cenar. —Me froto el estómago—. En serio, jefa, ese sitio deberían cerrarlo.

Steele sonrío y yo percibo una pequeña victoria.

—No estoy segura de que Dolores te aconsejara que te involucrases en esto, nada más.

—¿Ha comentado algo?

—No. —Naturalmente que sí—. ¿Qué tal vas con las sesiones?

—¿Se refiere a si todavía sigo estando como una puta cabra?

—Me refiero a si te están resultando útiles.

Podría decir la verdad, pero es más fácil y en última instancia beneficioso para mí seguirle la corriente.

—Pues sí, y me sorprende. De hecho me encuentro bastante bien. Es una psicóloga bastante buena. Me siento mucho más tranquila. Y, venga, seamos justos, nadie da lo máximo de sí a las cinco de la madrugada. Ni siquiera usted.

No hay reacción, de modo que cambio de táctica. Menos confrontación y más adulación.

—Por favor, jefa, ahora siento una conexión con la víctima. Una responsabilidad. Por favor. De verdad quiero trabajar en este caso. Quiero trabajar para usted —agrego.

Steele frunce los labios y se reclina en su sillón. Un sillón que ha heredado de un antiguo inspector jefe, un tipo de proporciones físicas como las de Hulk, y que por lo tanto hace que ella parezca un duendecillo. Sobre su mesa descansa una taza que lleva una cita de Shakespeare: «Y ella, aunque menuda, es feroz».

—De acuerdo —dice finalmente, pero con un deje de amenaza en el tono de voz—. Pero me informarás directamente a mí, ¿estamos?, y a la mínima que te sientas flaquear, me lo harás saber. Parnell es tu supervisor de diario, pero quiero estar enterada absolutamente de todo lo que haces, ¿entendido? De todo. Si te pregunto cuándo fue la última vez que hiciste de vientre, me lo dirás, ¿queda claro?

—Como el agua —le respondo sonriendo y afirmando con la cabeza, casi al borde de la reverencia—. Entonces, esto..., ¿quién va a interrogar al marido?

No pasa nada por que intente forzar mi suerte.

—De llevarlo a que haga la identificación formal de la víctima me encargaré yo, pero voy a disponerlo todo para que lo interroguen en su casa. Tal vez nos facilite

más información encontrándose en un entorno familiar.

—Por supuesto, jefa, por supuesto. —No dejo de sonreír y asentir, asentir y sonreír—. Entonces... ¿puedo estar yo en el...?

—Sí —contesta de golpe, impaciente pero con una chispa de humor en los ojos—. De hecho, Parnell ha solicitado tu presencia, por si te interesa saberlo. Yo diría que lo tienes conquistado. —Suelta una carcajada al ver mi expresión de horror—. Relájate, Kinsella, no te hagas ilusiones. Parnell tiene cuatro hijos, esa es la razón. Creo que a ti siempre te ha visto como otra hija más.

Eso remueve algo en mi interior que resulta demasiado complicado para describirlo, aunque lo menos complicado sería describirlo como «agradable».

Steele alarga la mano para coger su teléfono interno y me indica la puerta con un gesto de cabeza.

—Vale, *ciao*, Kinsella..., o ahueca el ala, lo que prefieras. Organízate con Parnell y pill a Renée en cuanto vuelva, a ver qué opina del marido. —Me señala con el receptor y añade—: Y para que quede claro, el interrogatorio lo dirige Parnell.

Me levanto y ejecuto un breve saludo. Mensaje recibido, cambio y corto.

O «sí, entendido», lo que prefiera.

La isla Thames Ditton resplandece al caer la tarde, y pese al motivo de nuestra visita, cuesta trabajo no experimentar cierta sensación festiva al ver la constelación de luces de Navidad parpadeando en tonos rojos, verdes y blancos entre la densa masa de árboles e iluminando el río, y justo detrás el espectáculo del palacio de Hampton Court.

—¡Qué bonito! —exclamo mientras atravesamos a pie el estrecho puente peatonal. Parnell pisa con cuidado, como si no se fiara del todo de su resistencia.

—Es el sueño de toda compañía de seguros. ¡Fíjate lo alto que está el nivel del agua! Debe de costar un riñón en primas.

Cuando llegamos a la casa de los Lapaine (pequeña, blanca, forrada de madera al estilo de un chalé suizo y, para alivio de Parnell, elevada sobre unos pilotes), descubrimos que no somos los únicos visitantes. También han venido los técnicos de investigación de la escena del crimen, y no se los ve muy contentos. A diferencia de lo que le ocurre a Parnell, a mí esta isla parece haberme inspirado un sueño sencillo y natural en el que me veo compartiendo el desayuno con un martín pescador antes de salir a dar un paseo en barco a media mañana, pero hasta yo tengo que reconocer que esta manera de vivir resulta incómoda. Desde luego no es la ideal para el trabajo de los forenses: los pobres se ven obligados a recoger de la casa los efectos personales de Alice Lapaine —su portátil, sus diarios, agendas de teléfonos, extractos bancarios—, cruzar el río con ellos y llevarlos a tierra firme, y todo teniendo como telón de fondo el frío helador del mes de diciembre.

En medio de esto se encuentra Thomas Lapaine, de pie en un salón sin tabiques interiores que da al río, aturdido y perplejo, sintiéndose un extraño en su propia casa. Una casa que no se ha redecorado desde los años setenta, a juzgar por el dibujo de espirales de las moquetas y el empapelado granulado de las paredes.

Él mismo contrasta muchísimo con esta casa detenida en el tiempo. Elegante y urbano, con un corte de pelo de los caros, parece el protagonista de una comedia romántica con personajes que viajan por el tiempo. Cuando Parnell da unos suaves golpecitos en la puerta del salón, vuelve la cabeza. Sus ojos inyectados en sangre se clavan en los nuestros y nos suplican que digamos algo que le haga sentirse solo un uno por ciento mejor.

Empieza Parnell.

—Señor Lapaine, soy el sargento detective Luigi Parnell, y esta es mi colega la detective Cat Kinsella. En nombre de la Policía Metropolitana, le ofrezco nuestro más sentido pésame. —En ausencia de cualquier otra reacción que resulte adecuada, Lapaine hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Tras la identificación formal que ha hecho usted hoy mismo, ya puedo confirmarle que estamos tratando la muerte de

Alice como un caso de asesinato.

Lapaine parpadea dos veces, con rapidez.

—Gracias por decírmelo.

Su voz tiene un timbre grave y formal. Sin acento.

—Señor Lapaine, ¿tiene idea de quién podría querer hacer daño a su esposa?

—¿Que si tengo idea de quién podría querer hacer daño a mi esposa? —susurra, exasperado por la pregunta, meneando la cabeza con la vista fija en el suelo—. Nadie. Nadie en absoluto. Era una persona buena, inofensiva. No entiendo por qué ha pasado esto.

Estoy a punto de intentar consolarlo cuando de pronto a él se le ocurre una idea mejor:

—Necesito una copa. —Y se encamina hacia la cocina—. ¿Les apetece tomar algo? Si es que sus amigos no han vaciado los armarios, claro está.

Con gusto vendería un riñón por tomarme una copa de vino en este momento, 250 ml de anestesia pura. Parnell niega con la cabeza, así que contesto a regañadientes:

—A mí tampoco.

Thomas Lapaine se encoge de hombros, agarra una botella de *whisky* y un vaso y nos invita a que tomemos asiento.

—Perdone esta intrusión, señor Lapaine —dice Parnell—, pero los efectos personales de su esposa resultan cruciales para nuestra investigación. Usted le ha mencionado a la detective Akwa, con la que estuvo hablando esta mañana, que hacía casi cuatro semanas que no veía a su esposa, pero que eso no era motivo de preocupación. ¿Puede decirnos cuándo tuvo contacto con ella por última vez, y qué clase de contacto fue?

—El 5 de diciembre. Hace dos semanas. Era mi cumpleaños. —Bebe un trago de *whisky*, no el que bebería yo si estuviera en su lugar, y acto seguido se deja caer en el sillón que hay frente a Parnell—. Aunque, en sentido estricto, no tuve contacto con ella. Me dejó un mensaje en el teléfono de casa en el que me felicitaba el cumpleaños.

—¿No estaba usted en casa? —pregunto con delicadeza.

—No —responde, apenas un susurro—. En mi cumpleaños siempre ceno con mi madre. En el Claridge's. Ya se ha convertido en una especie de tradición.

—¿No intentó llamarlo al móvil? —pregunta Parnell.

—Imagino que quiso salir del paso dejando un mensaje. Sabía que yo no iba a estar en casa. —Responde antes de que yo pueda preguntar—: Verán, Alice era una persona bastante compleja. Unas veces solo deseaba estar sola, y yo lo respetaba. Nos respetábamos el uno al otro.

Parnell asiente.

—Le dijo a la detective Akwa que Alice tenía un historial de desapariciones durante cortos períodos de tiempo.

—No estoy seguro de que lo haya dicho exactamente así. A Alice le gustaba tener

un espacio para ella, nada más. En Hove hay una pequeña casa de campo que le gustaba alquilar de vez en cuando. Eso sí se lo dije a la detective.

—Un agente ha tomado declaración a la propietaria hace solo media hora y nos ha dicho que Alice llevaba bastante más de un año sin alquilarlo.

Lapaine se encoge de hombros.

—También hay otra casa cerca de Paignton. Le gustaba pasar una semana junto al mar de vez en cuando; yo no siempre puedo escaparme debido a mi trabajo, y...

Parnell entorna los ojos.

—¿Así que esa vez no le preocupó que su esposa ya llevase fuera más de una semana?

—No. Sabía que tenía que dejarla tranquila para que pudiera desintoxicarse.

—¿De qué? —pregunta Parnell, casi irritante.

Lapaine agarra otra vez la botella y hace girar el líquido que contiene, hipnotizado durante unos instantes.

Podría estar elaborando su mentira o estar atrapado en su propio infierno privado, contemplando cómo podrían haber caído los dados si hubiera estado en casa cuando llamó Alice, pero cuando levanta la vista de nuevo su expresión es más dura. Más afilada.

—De la vida, sargento. ¿A usted nunca le entran ganas de huir y estar a solas? ¿De salirse de vez en cuando de la rutina diaria?

—Desde luego que sí. —Parnell asiente con gesto empático—. ¿Dónde hay que firmar? Pero le diría a mi mujer adónde voy, cuándo pienso volver y con qué frecuencia debería ella esperar tener noticias mías.

Lapaine le dirige una mirada sardónica.

—Bueno, eso anula el propósito de irse solo, ¿no le parece? Si todos tus movimientos pueden ser controlados...

Parnell se pone de pie y se va hasta la ventana al tiempo que me mira a mí como diciéndome: «No puedo con este tío». Para ser justos, Parnell no es famoso precisamente por su falta de empatía, es de esas personas que siempre intentan buscar un terreno común, ya esté hablando de los Cuarenta Principales con Ben o de minifaldas con un presunto violador, lo que sea con tal de hacer hablar a la otra persona. Pero veo que Thomas Lapaine y la curiosa modernidad de este matrimonio le están costando trabajo. Maggie Parnell dice que la visita mensual que hace a la peluquería constituye un preciado rato para sí misma.

Bajo el cuaderno y tomo las riendas.

—Señor Lapaine, créame que entiendo la necesidad que uno tiene a veces de estar solo, pero cuatro semanas es mucho tiempo. ¿No se le ocurrió en ningún momento llamarla?

—Lo hice un par de veces; no contestó, no le dejé ningún mensaje... —Sacude la cabeza en un gesto de negación al darse cuenta de su incompetencia—. Debería haber sido más firme, ¿verdad? Debería haber seguido llamándola y haberle insistido en

que volviera a casa, pero... —Se le quiebra la voz y llega el llanto. No es lo que se dice un mar de lágrimas, pero el reguerillo que le cae parece genuino.

Por respeto, dejo transcurrir unos segundos antes de volver a la carga.

—¿Cómo le notó la voz en el contestador la noche que llamó? ¿Normal?

Lapaine se frota los ojos con las manos.

—Sí, supongo que sí.

—Quisiéramos escuchar ese mensaje —dice Parnell sentándose de nuevo.

—No pueden. Lo borré.

A Parnell lo asalta un temblor en la rodilla.

—Suenan un poquito insensible, si no le importa que se lo diga. Su mujer le deja un mensaje, la primera vez en dos semanas que usted oye su voz, ¿y lo borra?

—Estaba furioso. —Lapaine se da cuenta de lo que acaba de decir y suaviza el tono—: Estaba molesto porque no intentó localizarme en el móvil.

—Sin embargo, ha dicho que respetaba su necesidad de tener espacio para sí misma.

Veloz como el rayo.

—Sí, lo respetaba. Pero no he dicho que me gustase.

Parnell le concede esa baza y sigue adelante.

—Señor Lapaine, obviamente vamos a examinar a fondo los efectos personales de su esposa, su actividad en las redes, etcétera, pero nos ahorraría mucho tiempo que usted nos diese los nombres de todas las personas que conocía su esposa en Londres, a quién podría haber visitado o en casa de quién podría haberse alojado. En particular, todas las que vivan en la zona de Wandsworth.

—No hay ninguna. Ninguna en absoluto. —Hay algo en su semblante, no tanto desconcierto como estupefacción, que me inclina a creer lo que dice, me inclina a creer que por lo menos no hay ninguna persona que él conozca—. Es que no lo entiendo. Suponía que se habría marchado a la costa, como otras veces. Le gustaba mucho estar al lado del mar, y odiaba Londres. Lo odiaba a muerte.

«Es una ciudad en la que no hay más que ratas y oportunistas», decía mi madre. Siempre estaba deseando huir de Londres en busca de la mística burguesa de Radlett.

—En serio. Alice nunca iba a Londres. Nunca. En cierta ocasión hice una reserva para cenar en un restaurante por nuestro aniversario, en el Landau. Le encantaba el chef, Michel Roux. Solíamos verlo en aquel programa... ¿cómo se llamaba?

—*Masterchef* —aporta Parnell. Yo enarco las cejas.

—Sí, sí, ese —responde Lapaine más animado, por primera vez deseoso de abrirse—. Lo tenía todo planeado: unas copas en el bar, cena en el restaurante y luego una *suite* en el Langham. —Calla unos momentos y arruga el rostro, nuevamente desconcertado—. Pero ella no quiso ir. Se negó de plano. Dijo que era tirar el dinero, que no le gustaban las multitudes, ni el metro ni, ya puestos, los restaurantes elegantes, lo cual era nuevo para mí, porque cuando estuvimos viviendo en el extranjero íbamos a muchos a comer. Y el comentario de que era tirar el dinero, en

fin, no tenía sentido. Bien sabe Dios que ella se gastaba una fortuna en comida todas las semanas, que compraba ingredientes raros para hacer recetas que había visto en la televisión. —Deja escapar una risa entrecortada—. ¿Saben lo que me dijo al final? Que comprase el libro de Roux y ella prepararía la cena en casa. ¿Se lo pueden creer?

Empeñada en mantenerlo en racha, le pregunto:

—Señor Lapaine, ¿cómo se conocieron Alice y usted?

—Por favor, llámeme Thomas, incluso Tom. Nos conocimos en Brighton, a finales de 2001. Alice vivía allí y yo participaba en una marcha contra la guerra. Creo que le gustó que yo fuera una persona con principios. —Una sonrisa tímida—. A mí simplemente me gustó ella muchísimo.

Recorro la habitación con la vista buscando una foto de la boda, pero no hay ninguna. De hecho no hay ninguna foto de ellos dos, únicamente una de pequeño tamaño en el alféizar de la ventana en la que se ve a una pareja de más edad agotados por el calor, al lado de dos camellos.

—¿Y cuándo se casaron?

—En 2003 —me responde, al tiempo que hace girar la alianza que lleva en el dedo—. Jóvenes para esta época, supongo.

—¿Antes ha mencionado que estuvieron viviendo en el extranjero? —interviene Parnell.

Lapaine afirma con la cabeza.

—Sí, después de casarnos estuvimos viviendo durante un tiempo en Brighton, pero luego a mí me salió un trabajo en Sídney, y más tarde otro en Perth. También pasamos una larga temporada en Hong Kong. Y nueve meses en Ciudad del Cabo. —Parnell abre la boca, pero Lapaine se adelanta a su pregunta—: Sé mucho de barcos.

—¿Cuándo regresaron al Reino Unido? —le pregunto yo.

Lapaine, agotado, se derrumba en su sillón.

—En 2010. Mis padres estaban haciéndose mayores. Mi padre tenía dificultades con el negocio y estaba deseando que yo me hiciera cargo de él. Era el momento de volver a casa. Al principio Alice no tenía muchas ganas, pero, como queríamos formar una familia, comprendió que sería agradable tener cerca a los abuelos. Su madre falleció cuando era adolescente, y a su padre nunca lo conoció. Así que acordamos trasladarnos a vivir cerca de mis padres. Le dije que podía escoger casa, ese fue el trato. Y escogió esta.

Señala con la mano la superficie resplandeciente del río, lo presenta como si fuera la obra maestra personal de Alice.

—Como es lógico, la ubicación subía bastante el precio, de modo que no le hicimos gran cosa, pero es un lugar en el que hay mucho silencio y está al lado del agua, y eso era lo único que deseaba Alice. —Reflexiona unos instantes sobre este punto—. En realidad, eso resume cómo era Alice: silenciosa y siempre cerca del agua.

Parnell aborda una observación delicada:

—Entonces... ¿al final no formaron una familia? —Se hace un silencio que dura varios segundos. Thomas Lapaine se sube las mangas y se inclina hacia delante con las piernas muy separadas y los antebrazos apoyados en los muslos. Es una postura firmemente masculina que me lo dice todo incluso antes de que lo diga él—. Lo estuvimos intentando durante unos años, pero sin éxito. Nos hicimos toda clase de análisis y luego empezamos con la fecundación *in vitro*. Varios intentos de fecundación *in vitro*. Fue duro. La verdad es que ya habíamos decidido que... —De improviso se interrumpe, frenado por un recuerdo que no está seguro de querer compartir con nosotros.

—¿Tom? —lo animo en el mismo tono delicado.

Él se me queda mirando, ligeramente aturdido.

—Es que..., lo siento muchísimo... Les he dicho que mi mujer nunca fue a Londres, pero... no sé cómo se me ha podido olvidar... Sí que fuimos a Londres en una ocasión, hace unos meses. Pero en realidad esa fue la única vez. Fue para ver a otro especialista, uno que le habían recomendado a mi madre. El precio se subía por las nubes, unas quince mil libras por intento, más los análisis de sangre adicionales y todas las demás pruebas indignas a las que es necesario someterse, pero él afirmaba que tenía un sesenta y cinco por ciento de éxito. A Alice eso le pareció irresistible, aunque implicara desplazarse a Londres.

Hago un gesto afirmativo, aunque sin saber muy bien lo que significa esto.

—Debían de estar muy ilusionados.

Otra vez la risa entrecortada.

—Lo estaba yo. Pero poco después Alice dijo que quería abandonar, así, sin más. Dijo que había llegado a la conclusión de que aquello no estaba destinado a suceder. —Se rasca la muñeca con el ceño fruncido—. La verdad es que se lo tomó con bastante filosofía.

—¿Cuándo sucedió esto? —pregunta Parnell.

Lapaine reflexiona un momento.

—Acudimos al especialista como a finales de octubre. Estoy seguro de que encontrarán la fecha exacta cuando sus colegas rebusquen entre las cosas de mi mujer.

—¿Exactamente en qué fecha se marchó Alice? —pregunto yo.

—El jueves 19 de noviembre. Cuando volví del trabajo, ya se había ido. Me dejó una nota. Una nota y varios platos cocinados en el congelador.

—¿Tiene la nota?

Un buen trago de *whisky*.

—No.

Parnell reprime el impulso de poner los ojos en blanco.

—En ese caso, ¿puede decirnos qué es lo que decía?

—Simplemente que necesitaba estar una temporada a solas y que llamaría pronto. —Se le quiebra la voz—. Y que me quería, que me quería mucho.

Y que se marchaba al espacio con Elvis montada en un unicornio impulsado por energía solar. Esa es toda la credibilidad que le podemos conceder a dicha nota.

Le lanzo un hueso, solo para ver si lo atrapa con avidez.

—¿Cree usted que necesitaba pasar un tiempo a solas para aceptar la decisión tomada respecto de la fecundación *in vitro*?

—Puede ser —me responde—. Sinceramente, no lo sé. Es posible.

—¿Usted ha llegado a aceptar dicha decisión, Tom? —Parnell, fiero y orgulloso padre de cuatro hijos y empalagoso sin tapujos en todo lo que se refiere a los niños pequeños, suaviza un poco el tono de voz, con lo cual nos sorprende a Lapaine y a mí.

—Me sentí desilusionado, no puedo negarlo.

—¿Se pelearon ustedes por ese motivo? —pregunto yo antes de que lo haga Parnell.

—No nos peleamos.

—Vamos, Tom —intenta persuadirlo Parnell—. Todo el mundo tiene broncas.

Lapaine se levanta y tira la botella de *whisky* ya vacía a la papelera.

—Lo sé perfectamente, sargento. No soy reacio a montar alguna bronca con mis socios comerciales, incluso con mis padres de vez en cuando. Pero Alice no era así. Con ella no se podía discutir, era demasiado dulce.

El martirio de los muertos constituye la pesadilla de la vida de un detective de Homicidios. Cuesta mucho llegar a la verdad cuando la gente está empeñada en sacar brillo al halo de santidad.

—De acuerdo —dice Parnell sin alterarse—. No se pelearon, pero usted sí que debió de preguntarle a su mujer por los motivos de ese súbito cambio de actitud.

Lapaine vuelve a sentarse. En su semblante se dibuja una expresión de dolor.

—Dijo que era por el dinero. Que aquello no tenía fin. Ya llevábamos muchos intentos y, visto de manera objetiva, pensó que incluso un porcentaje de éxitos del sesenta y cinco por ciento parecía un riesgo demasiado grande para semejante cantidad de dinero. No es que fuéramos pobres como ratas, detectives, pero tampoco nadábamos en la abundancia. Para pagar la fecundación *in vitro* tuvimos que hacer más de un sacrificio. Gastamos los ahorros, solicitamos créditos, pedimos dinero prestado a mis padres.

—¿Cuánto? —quiere saber Parnell—. En total.

Lapaine hincha los carrillos.

—Unas cincuenta mil libras, calculo yo. Aun así, le dije a Alice que no importaba, que solo era dinero, pero ella ya había tomado la decisión. Dijo que ya habíamos forzado bastante la situación y que la desilusión nos estaba destrozando. A mí no me quedó más remedio que aceptarlo. Aunque tenía un carácter muy dulce, cuando se le metía algo entre ceja y ceja había que ceder. Igual que ocurrió con el viaje que hicimos a Londres para celebrar nuestro aniversario...

—¿Eso también fue por no tirar el dinero? Bueno, en parte —añado antes de que

él me corrija—. ¿Alice y usted tenían opiniones distintas respecto del dinero?

—No especialmente.

Consulto mis apuntes.

—Esta mañana le dijo usted a mi colega que Alice trabajaba unas cuantas horas al día en un *pub* del pueblo.

—Así es.

—¿Por qué solo unas cuantas horas?

Lapaine se encoge de hombros, pero sus ojos reflejan desconfianza.

—Porque fue lo único que pudieron ofrecerle, creo.

—De acuerdo, pero tenía que haber otros trabajos que Alice hubiera podido desempeñar.

—No la sigo, detective.

No estoy segura de que me siga Parnell, tampoco.

—Pues... si a Alice le preocupaba el dinero, y el dinero andaba justo, no entiendo por qué una mujer sana y capaz no iba a poder encontrar un empleo más lucrativo. —Lapaine guarda silencio, incómodo con la línea de interrogatorio, a juzgar por la expresión de sus labios fruncidos—. A ver, Tom, que no estoy criticando nada, simplemente intento comprender a Alice todo lo posible, sus valores, su...

—Vale, yo estaba en contra de que trabajase a jornada completa. —De modo que no es solo la casa la que se ha detenido en el tiempo—. Sí, ya sé cómo suena eso, pero tiene usted que comprender que trabajar a jornada completa en hostelería supone quedarse hasta muy tarde, trabajar los fines de semana, y yo no quería eso para nuestro matrimonio. Alice se mostró de acuerdo.

¿Eso es ser controlador o resulta más bien comprensible? ¿Querer estar en casa al mismo tiempo que tu pareja es de verdad tan primitivo o simplemente pragmático? ¿Resulta necesario para la salud de cualquier relación a largo plazo?

Decido que no soy capaz de decidirlo. Los asesinatos alteran nuestra forma de entender el funcionamiento normal del mundo.

Parnell toma el relevo.

—Obviamente, examinaremos los extractos bancarios de su esposa. Toda actividad nos ayuda a hacernos una idea de sus movimientos. ¿Alice tenía una cuenta corriente propia, o la cuenta era conjunta?

—Conjunta. Su sueldo no era gran cosa, pero servía para pagar un par de mensualidades del crédito. Sí que tenía una tarjeta de crédito personal, aunque apenas la utilizaba, porque el límite era de unos pocos cientos de libras. —Me mira a mí, que le parezco más blanda que mi compañero—. Pero nuestra cuenta conjunta no le dirá mucho, así que yo no perdería el tiempo. Alice sobre todo retiró dinero del cajero automático, siempre prefería manejar efectivo.

Esbozo un sonrisa contrita.

—Así y todo, tendremos que echar una ojeada.

Su respuesta no es instantánea.

—Ustedes mismos.

—¿Qué le pareció a usted de que su mujer realizara esos reintegros? —le pregunta Parnell continuando con su tono sereno.

Lapaine se encoge de hombros.

—No esperaba que viviera del aire.

Parnell asiente.

—No, ya, pero dijo que la reproducción asistida era tirar el dinero y unas semanas más tarde se comporta de manera irresponsable sacando dinero de la cuenta conjunta. Yo me sentiría molesto.

Cae un manto de silencio. Tan solo se oye el murmullo del río en el exterior.

—Yo no he matado a mi mujer, sargento.

Bien hecho. Es exactamente lo que haría yo: exponer lo obvio y dejar que lo controle el otro.

Parnell no se inmuta, pero vuelve a adoptar un actitud formal. De entrada, se acabó lo de llamarlo «Tom».

—Me temo que tenemos que formular esta clase de preguntas, señor Lapaine, y aunque lamento la incomodidad que ello pueda causarle, es crucial que lo eliminemos a usted de la lista lo más rápidamente posible. ¿Comprende?

Lapaine no dice nada. Parnell continúa.

—También comprenderá que necesite preguntarle dónde estuvo anoche y en las primeras horas de la madrugada pasada.

Lapaine mira fijamente a Parnell con ojos inexpresivos, ya sea a causa del cansancio o del odio, no lo sé bien.

—Estuve en casa. Desde las siete y media de la tarde hasta que salí a dar mi paseo a eso de las ocho de esta mañana.

—Ah, sí, su paseo. Es usted una persona comprometida, eso no se puede negar. A mí incluso me cuesta trabajo ir andando hasta el coche cuando hace tanto frío.

—No lo hago por amor al arte, se lo aseguro. Hace unos meses me hice daño en la espalda, y lo único que me permite seguir activo es andar y nadar. Y nadar me resulta muy monótono, repetitivo.

—¿Lo vio alguien esta mañana? —pregunto yo.

—No recuerdo haberme encontrado con nadie. A veces hay unas pocas personas haciendo la misma ruta en sentido contrario, pero, como usted ha dicho, hacía frío. Serán paseantes solo de cuando hace buen tiempo.

—¿Alguien puede verificar su coartada de anoche? —dice Parnell—. Se trata de una pregunta totalmente rutinaria, se lo aseguro.

—No tengo por costumbre pasar la noche con nadie que no sea mi mujer, me temo.

—¿Hizo o recibió llamadas durante ese tiempo, envió algún mensaje de texto?

—No, creo que no. —Se agarra del reposabrazos del sillón para serenarse, pero el temblor de la voz lo delata—: No pueden pensar en serio que he matado a mi mujer.

En este momento yo podría citar las estadísticas. Podría decirle con toda claridad lo mucho que va a tener que esforzarse para convencernos de que no es otro caso deprimente, otra marca en la casilla de siempre. Podría reducir su matrimonio a otro porcentaje arbitrario más. «Usted tenía un sesenta y cinco por ciento de probabilidades de tener un hijo con su esposa. Existe un sesenta y tres por ciento de probabilidades de que la haya matado usted».

Pero como soy una detective buena que se dedica a asentir con la cabeza y tomar notas, no le digo nada.

Steele sale como un cohete de su despacho llevando una abultada bolsa de maquillaje y se deja caer en mi silla. Yo me apoyo contra la pared, lista para derrumbarme.

—Bien, dispongo de veinte minutos antes de salir disparada para Kensington a presentar una acusación contra unos cuantos hijos de puta en un caso de responsabilidad conjunta, de modo que a) ignoradme mientras me pinto y b) para abreviar: ¿el marido es un sospechoso viable?

Parnell tiene los pies encima de la mesa y un paquete de KFC apoyado en el estómago.

—Bueno, no eran un matrimonio feliz, pero él lo pinta así.

—Lu, si haces una encuesta extraoficial en esta comisaría, no encontrarás demasiados matrimonios felices, ni tampoco demasiados asesinos, espero.

—En febrero cumple el mío veintitrés años. Es bastante feliz, gracias.

Parnell tiene la expresión más satisfecha que se puede tener con la barbilla chorreando de grasa de pollo.

—Bien por ti —le dice Steele mientras se aplica perfilador de ojos con un pulso perfecto—. Pero el hecho de que los Lapaine no lleguen al nivel del señor y la señora Parnell no constituye una sospecha razonable. ¿Algo más?

—Han estado probando con la reproducción asistida —la informo—. Justo acababan de consultar a otro especialista en Londres, pero ella quiso abandonar. El marido dice que lo aceptó, pero que...

De repente asoma la cabeza de Flowers por encima del biombo.

—¿Un hombre que se entera de que está más seco que la mojama? Huy, eso me huele a que termina mal... —Emily Beck pone cara de no entender—. Ya sabes, un tío amojamado.

—Significa que es estéril, Emily. —Me vuelvo hacia Flowers y le replico—: Y de todas maneras, ¿quién dice que sea estéril? A lo mejor la que tenía el problema era ella.

Flowers me apunta con un bolígrafo mordisqueado.

—Pues ahí tienes el motivo.

—¡Para matarla! —No puedo evitar un tonillo de desdén, aunque Flowers es sargento y la verdad es que yo debería esforzarme más—. Tal vez fuera motivo para dejarla, si uno es lo bastante cabrón y cruel. ¿Pero matarla? Por favor.

Flowers sonrío de oreja a oreja, una reacción que me sorprende. A veces pienso que me odia, basándome, para empezar, en el hecho de que me percibe cercana a Steele y, para terminar, en que a mí siempre se me olvida ponerle azúcar en el té, pero otras veces me hace pensar que en realidad disfruta con las discusiones.

En cambio Steele no sonrío. En veinte minutos no tiene tiempo para arreglarse la

cara, trazar el perfil de un sospechoso y arbitrar una discusión.

—Cállate, Kinsella —dice—. ¿Algo más, Lu?

—Carece de coartada. Dice que estuvo toda la noche en casa, solo.

Vuelvo a abrir la boca.

—Lo cual no es probable, pero sí completamente factible.

Steele se detiene a medio pintarse el trazo de perfilador.

—Pues venga, dilo, es obvio que no estás convencida. Suéltalo.

No me siento preparada, pero qué demonios.

—A ver, no sé, jefa, pero ¿qué es lo que estamos diciendo? ¿Que «algo» sacó a ese tipo de sus casillas, mató a su mujer y dejó su cadáver tirado en pleno centro de Londres? No sé, pero me da que eso no puede ser.

Steele asiente brevemente.

—Bien, tomamos en cuenta tus preocupaciones, pero en este momento él es el único posible sospechoso que tenemos, aparte de algún desconocido al azar, que a mí no me encaja. Necesitamos hablar con ese especialista de Londres para averiguar qué impresión sacó él tras la entrevista. —Parnell hace un gesto afirmativo con la cabeza a Emily para indicarle que se encargue de eso—. ¿Te parece un tipo capaz de hacerlo, Lu?

Con esas pocas palabras se transmiten entre Steele y Parnell dos décadas de confianza, respeto y horarios de trabajo extenuantes.

Parnell deja escapar un suspiro.

—Si quieres que te sea sincero, no tanto como me gustaría, no.

—¿Sabes qué es lo que me intriga? —le digo yo a Parnell—. Eso de que Alice odiase Londres.

Y sus ojos, me doy cuenta en este instante. Unos ojos almendrados y azules como el mar.

Flowers, que nació y se crio en Barnsley, interviene para decir:

—Kinsella, no todos hemos nacido debajo mismo de Bow Bells^[3]. Hay quien piensa que Londres es un tanto pretencioso y demasiado caro, si es que tu corazón *cockney* es capaz de admitir semejante cosa.

—¿Bow Bells? Eso está en el este de Londres, sargento. Yo nací en Islington, de modo que soy del norte, como usted. Lo que digo es que la víctima odiaba Londres a muerte y sin embargo había vivido también en Sídney, Ciudad del Cabo y Hong Kong; así que no estamos hablando de una chica de pueblo a la que le dan miedo los humos de la gran ciudad. Puedo entender que no quisiera vivir en Londres, pero es que se negaba en redondo a venir siquiera de visita, incluso cuando su marido le tenía planeadas sorpresas divertidas.

Flowers responde chasqueando la lengua.

—Por lo que parece, era una auténtica agonías. Yo la habría estrangulado hace años.

No muerdo el anzuelo, y tampoco lo muerde nadie más. Quizá sea porque el reloj

está llegando ya al límite de los veinte minutos de Steele o porque todos estamos tácitamente de acuerdo con él.

—Bien —dice Steele al tiempo que se repasa los labios, pintados con un intenso tono rosa—. Hemos conseguido a duras penas que salga la foto de la víctima en el *Standard* de esta tarde. Si no tenemos noticias bien fundadas de ningún avistamiento en Londres, mañana intentaremos que salga en los periódicos de tirada nacional, pero, con un poco de suerte, entre las próximas doce y veinticuatro horas sabremos dónde ha estado la víctima en este último mes.

Flowers se frota los ojos.

—Apuesto a que ha estado con un novio.

—Eso explicaría el cambio de opinión sobre la fecundación *in vitro* —dice Parnell.

—Benny —vocea Steele—. ¿Alguna alegría que darne con el asunto de las grabaciones telefónicas?

—Sigo esperando. Y sí, les he dicho que es urgente.

Steele eleva otro decibelio más el tono de voz:

—También necesitamos más fotos de Alice Lapaine. Fotos mejores, por cierto. La oficina de prensa opina que la que tenemos es un poco deprimente; quieren fotos de personas felices y sonrientes, que toquen la fibra sensible del público.

—En la casa no vi que hubiera ninguna —contesto volviendo la vista hacia Parnell—. Ni siquiera una de la boda.

Parnell hace una bola con la bolsa de KFC y se frota el estómago para aliviar el ardor.

—Eso no quiere decir nada. Yo no tengo ni idea de dónde están las fotos de mi boda. Probablemente en el garaje, cubiertas de moho y de aguarrás.

—Pues el marido tiene que tener alguna, en alguna parte —dice Steele—. ¿Y qué me decís de Facebook? Seth, ¿ha aparecido algo en el portátil de la víctima? ¿Hay alguna foto de ella con un gatito en brazos, o lo que quiera que esté buscando la oficina de prensa? ¿Alguna prueba de la existencia de un novio secreto?

Seth hace un gesto negativo con la cabeza y contesta con una voz que, por culpa del agotamiento, está desprovista de ese habitual tono jovial suyo típico de colegio privado:

—Solo lo tuve unos instantes en mi poder antes de que se lo llevaran los forenses, pero no había gran cosa dentro. La víctima tenía una cuenta en Facebook, pero apenas la utilizaba. Una triste cifra de solo dieciséis amigos en total, principalmente de Hong Kong y de Sídney, sobre los que vamos a indagar, por supuesto. Ben ya se ha puesto con ello.

Ben Swaines levanta la mano.

—También tenía una cuenta en Hotmail, pero lo mismo: apenas entraba en ella. Contiene principalmente correo basura y recibos de compras realizadas en la red. Por supuesto, puede que haya una gran cantidad de archivos borrados que no se ven. El

departamento forense digital lo examinará mucho más a fondo, pero...

—Pero, a primera vista, esta chica no era precisamente Bill Gates. —Steele lanza un suspiro—. La cosa nunca es fácil, ¿verdad? Renée, ¿qué están diciendo sus amigos? Sus amigos reales, en tres dimensiones.

—¿Qué amigos? —Renée bosteza y seguidamente levanta una mano para pedir disculpas. Yo ni siquiera me había percatado de que estaba presente: la fatiga nos está volviendo a todos invisibles y mudos—. He hablado con varias personas del *pub* en el que trabajaba y me han dicho que era una chica muy poco habladora y muy reservada. Trabajaba desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde, que es la franja horaria de más ajetreo, así que en cuanto llegaba se ponía manos a la obra, no tenía tiempo para charlar de trivialidades como cuando uno trabaja a la hora en que se abre o se cierra el local. Obviamente, se están preguntando adónde se fue cuando desapareció hace cuatro semanas, pero es que eso no es tan infrecuente que ocurra en hostelería. Se quedaron un poco molestos pero no demasiado, esa es la impresión que me dio.

—¿No llamaron a Thomas Lapaine? —pregunto yo—. Debían de tenerlo anotado como el pariente más próximo.

—Pues no —responde Renée—. Probaron un par de veces a localizarla en el móvil, y al no dar con ella pensaron «*C'est la vie*» y contrataron a otra persona.

—Hay que joderse —dice Steele—. Hoy en día, el mundo es una verdadera selva.

—Los vecinos tampoco han dicho gran cosa —continúa Renée reprimiendo otro bostezo—. Que era una chica agradable, que no hablaba mucho. Y lo mismo acerca del marido. La única amistad que supo indicarme Thomas Lapaine fue una tal Debra Pulis, que trabaja en la tienda de *delicatessen* que hay en la calle principal. Para ser sincera, se mostró un tanto sorprendida de que la considerasen una «amiga». Alice iba por allí casi a diario y las dos se ponían a charlar de manera superficial acerca del tiempo, la televisión, la cocina y lo que habían hecho, pero en realidad no la conocía.

—A mí eso me resulta triste —comenta Emily—. Imaginaos lo que es no tener ninguna amiga a la que confiar tus cosas, nadie que se interese por lo que estás haciendo.

Imaginaos.

A mí me suena a situación ideal.

Aunque mi caso no es tan extremo como el de Alice Lapaine en lo de carecer de amigos, tiendo a distanciarme de esas íntimas amigas del alma que te conocen desde el colegio, las típicas que quieren saberlo todo: desde cuánto dura tu ciclo menstrual hasta cómo es la relación que tienes con tus padres. Que nadie me malinterprete: tengo una vida, más o menos. Tengo unas cuantas amigas con las que me emborracho de vez en cuando, otro par de amigas con las que permanezco sobria, pero lo único que saben todas ellas de mí, lo único que en realidad necesitan saber, es que bebo de todo excepto Chardonnay y que no tengo mucho trato con mi familia. No saben que mi ciclo menstrual es irregular y que desearía que mi padre se hubiese muerto.

De repente Steele se pone de pie, deseosa de marcharse.

—Bien, ya podéis ir todos a casa. Dentro de media hora vendrá savia nueva que se encargará de lo que llegue del *Standard*, así que marchaos a casa y echaos un buen sueño. A lo mejor también os convendría comer un poco de verdura —añade mirando los restos de comida basura que inundan nuestras mesas.

—¿Una cerveza rápida? —sugiere Flowers.

—¿Por qué no? —contesta Parnell levantándose de la silla con esfuerzo—. Pero solo una, y luego a casita. Las personas no pueden subsistir durmiendo solo dos horas diarias. Por lo menos un viejo como yo.

—Ni tampoco un jovenzuelo como yo —replica Seth enrollándose una bufanda al cuello, de Oxford o de Cambridge, nunca me acuerdo—. De hecho, me parece que estoy empezando a tener alucinaciones. ¿Es cosa mía o Emily y Ben se lo están montando?

Todos volvemos la cabeza hacia el rincón en el que se encuentra Emily inclinada y riendo disimuladamente por algo no relacionado con el trabajo que hay en el ordenador de Ben, con la barbilla apoyada en su hombro y las manos del uno tocando las del otro mientras manejan el ratón. Es la actitud más íntima que se ha visto jamás en el MIT4, de modo que es posible que sí se lo estén montando.

Somos camaradas estrechamente unidos, pero no somos sobones.

Lo cual es una lástima porque, después de un día como hoy, lo cierto es que no me vendría mal un abrazo.

Me conformo con una copa de vino. De acuerdo, dos. Un anodino blanco de la casa cuando me toca pagar a mí y un buen Sancerre con sabor a cítricos cuando la ronda la paga Flowers. Se me pasa por la cabeza no regresar a casa y entumecerme hasta hundirme en un armonioso estupor, pero cambio de idea en cuanto Emily empieza a hablar de Fat Cats, un bar horrible al que acude la gente a mamarse hasta las cejas cuando tiene la autoestima por los suelos. Aunque yo no soy lo que se dice totalmente ajena a ese tipo de autotortura, esta noche no me apetece ser esa chica.

Tampoco me apetece tener una bronca con mi hermana, pero, mientras camino a trompicones en dirección al metro de Leicester Square con el teléfono pegado a la oreja, noto que la cosa va por ahí.

—Cat, espera un minuto —me dice Jacqui—, tengo que...

Corre a la puerta de la calle y grita no sé qué acerca de un descongelante y después le da una voz a Finn para que apague la luz de la mesilla de noche.

Típico de Jacqui, siempre en medio de un torbellino doméstico. Siempre haciéndote pensar que tu presencia supone una gran interrupción, incluso cuando ha sido ella la que ha llamado.

—Ya estoy aquí —dice sin resuello—. A ver, lo del día de Navidad. ¿Vas a venir a desayunar o solo a comer? A propósito, este año no voy a tomarme la molestia de hacer budín de Navidad, porque solo lo come Ash.

—Esto... no lo sé seguro, Jacqs. No sabía que estuviera invitada.

Mi hermana se echa a reír, una risa exagerada y aguda.

—Eres de la familia, por supuesto que estás invitada.

Es lo que hace Jacqui. Borra todos los recuerdos que no encajan con la imagen de la familia nuclear hecha pedazos y, en ausencia de la matriarca fallecida, sigue adelante con estoicismo. Yo podría recordarle que el año pasado no estuve presente porque hace dos Navidades nuestro padre, cuando le sugerí que se alegraba de que mamá hubiera muerto, me agarró por el brazo con tanta fuerza que me dejó varios hematomas. Si bien no se puede decir que me sienta orgullosa de semejante exabrupto, en mi defensa debo alegar que, estando sentado a la mesa —la mesa de mi madre—, acababa de responder a un mensaje de texto procedente de una tal Chloe y al instante se había puesto rojo. Rojo como un tomate.

—Mira, voy a intentar ir, pero no puedo prometértelo. Acaba de surgir un caso importante.

—Ya lo sé, el de Leamington Square. Me lo ha dicho Noel en un mensaje.

Procuro mantener un tono de voz neutro.

—Ah, qué callado te lo tenías. No quiere dejarse ver mucho, es eso, ¿no? ¿Quién lo persigue esta vez?

—Está visitando a su familia, Cat. Es lo normal en esta época del año.

—En él lo normal es que ande metido en algo.

Jacqui no hace caso de este comentario. Los hermanos parásitos tampoco encajan en la imagen de la «familia feliz».

—Sea como sea, no me he callado nada. Si te hubiera visto, te lo habría dicho. Lo que no puede ser es que te comportes de un modo tan esquivo y luego quieras estar informada de todo.

—¿Esquivo? Vamos, eso no es justo. Ya sabes que mi trabajo es más bien demencial...

—Sí, vale. ¿Conoces a Sadie, la chica con la que trabajo?

—Vagamente —contesto, sin saber muy bien adónde quiere ir a parar.

—Tiene tres hijos, y su hermana, que casualmente también es bombera, es madre soltera de dos. Pero aun así se las arreglan para verse una vez por semana y tomarse un martini juntas, todas las semanas, sin falta.

«Sí, pero probablemente ellas se llevan bien».

—No merece la pena que nosotras hagamos lo mismo, a ti ni siquiera te gusta la ginebra.

Jacqui suspira al otro lado del teléfono.

—No te hemos visto ni hemos sabido nada de ti desde la noche de los fuegos artificiales. ¿Cuándo fue, hará seis semanas?

Fue una velada agradable, debo reconocerlo. Me presenté con una ristra de cien petardos denominados «Atomic Warlord» y Finn le dijo a todo el mundo que yo era la «mejor de lo mejor».

Y nuestro padre se encontraba en Marbella, celebrando el sesenta cumpleaños del «tío» Frank. Esa fue la única razón por la que acudí.

—¿Cómo está Finn? —pregunto.

Sigue una pausa, de esas que hacen que el corazón me dé un vuelco.

—Está bien. Anoche tuvo un pequeño ataque. La verdad es que me asusté yo más que él, que ni siquiera se despertó. Después de Navidad volveremos al neurólogo.

—He leído un poco sobre esos ataques. Hay muchos niños que se curan cuando mayores.

—Exacto, Finn se curará.

El hecho de que Jacqui se niegue a enfrentarse a la posibilidad de que ocurra lo peor hace que me entren ganas de estrangularla, pero en el caso de Finn no me importa seguirle la corriente. Si he de ser sincera, Finn es el único motivo de que yo continúe viendo a Jacqui de forma semiocasional (yo lo llamo «semiocasional», ella lo llama «esquivo»). No es que no quiera a mi hermana, sino que somos dos personas muy distintas, y a mí me resulta difícil aguantar la ciega —la bruja que hay en mí diría «mercenaria»— lealtad que siente ella hacia nuestro padre.

—Perdona, Jacqs, tengo que cortar, ya casi he llegado al metro.

—Eh, espera, cuéntame lo de Leamington Square —me pide con excitación—. ¡Dios!, me ha traído muchos recuerdos.

Me gustaría saber si le recuerda la época en que bebía combinados de Bacardi en los jardines y se dejaba meter mano por medio St. Hilda's o si también ha borrado de su memoria esa parte de la historia. Estoy segura de que se recuerda a sí misma recogiendo narcisos, ataviada con un vaporoso vestidito de cuadros y cantando en voz baja a los pajarillos que venían a posarse en su hombro.

Llego al metro y me refugio en la entrada profusamente iluminada, buscando un poco de calor.

—Oye, de verdad que tengo que colgar ya. Dentro de unos días te confirmo lo de Navidad, ¿te parece?

—Pues no, la verdad es que no. ¿Te importaría mucho ser un poco más organizada, Cat?

Es el tono estricto y maternal, no la crítica, lo que me enciende.

—¡Joder! No se trata más que de unas cuantas patatas asadas y un trozo de carne reseca que no le gusta a nadie. Además, no es que te falte sitio en casa, en tu mesa de comedor se podría celebrar una cumbre de la ONU.

—No vamos a comer en mi casa. Papá quiere que esta vez vayamos a la suya, para variar. Yo me encargaré de cocinar, pero él...

—¿Él se encarga de pagar? —la interrumpo—. Buena jugada, hermanita. Muy fina, como siempre.

¡Seré bruja! Me arrepiento de decirlo nada más pronunciarlo.

—¿Y qué planes tienes tú este año para el cheque de papá? —El sarcasmo no le sienta bien a Jacqui, pero me lo merezco.

Mis planes son los mismos de siempre: la mitad para las enfermeras que cuidaron de mi madre y la otra mitad para el Ejército de Salvación. Hace unos años me compré unos zapatos Jimmy Choo y un navegador por satélite: una prueba de fuego para ver si era capaz de poseer algo sin sentirme sucia y corrupta.

Vendí ambas cosas en Ebay, nuevas y sin estrenar.

Esto no se lo cuento a Jacqui, claro. Y tampoco pregunto cómo una florista a media jornada y un técnico informático pueden permitirse el lujo de mandar a su hijo a uno de los mejores centros privados de primera enseñanza del norte de Londres. En vez de eso, le resto importancia a la pulla y vuelvo al tema de la logística:

—Ah, pues si va a ser en casa de papá, ya no estoy segura...

—Oh, por el amor de Dios, Cat. Por favor, ¿no podrías hacer un esfuerzo para...

—No, no, no se trata de eso —digo rápidamente para no entrar ahí—. Es que, con este nuevo caso, podrían llamarme en cualquier momento, así que me vendría bien no estar en Radlett, que se encuentra en la otra punta.

Jacqui ríe otra vez.

—Cat, hace ya varios meses que papá alquiló la casa de Radlett. —«¿Cómo?»—. Ahora vive todo el tiempo en el *pub*. El día de Navidad comeremos en el *pub*. Es una incomodidad, ya lo sé.

Siento una punzada de felicidad mezclada con otra de angustia. Cuesta trabajo cantar victoria estando bajo los efectos de dos copazos de vino.

Navidad en el McAuley's Old Ale House.

En casa por Navidad.

Cuando regreso a Vauxhall, no hay nadie, lo cual resulta una bendición. No es que los Dawson no me caigan bien, que sí me caen bien, sino que esta noche no tengo energía suficiente para aguantar a sus hijos, que constantemente me piden que los ponga boca abajo y se empeñan en hacerme trenzas en el pelo o en cantarme canciones del *Libro de la selva* por enésima vez. Podría mostrarme más firme con ellos, supongo, intentar quitármelos de encima alegando que tengo que hacer «cosas de mayores», pero cuando pagas quinientas libras al mes por una pequeña habitación doble ubicada en la Zona 1, con retrete y lavabo propios, aprendes a hacerse indispensable.

El estómago me hace ruidos. Probablemente debería prepararme algo de cenar.

La cocina parece un lugar arrasado por un bombardeo, como de costumbre, como si los Dawson hubieran sido secuestrados y estuvieran inmersos en un concurso de cocina. Claire Dawson siempre está guisando con sus hijas. Guisando, haciendo trabajos manuales, pintando, nadando y realizando un montón de actividades más que te hacen pensar que con que escogieran aficiones más baratas no tendrían necesidad de meter un inquilino en casa. Jacqui insiste en que nuestra madre cocinaba conmigo, pero yo no me acuerdo, aunque sí recuerdo que en una ocasión hicimos una confitura. Confitura de lima y limón para fabricar una «chuchería tropical». Le dimos un poco a

papá, pero él se la dio al perro.

Me siento junto al frigorífico y me pongo a comer de una bolsa de queso rallado como si fueran patatas fritas. Un psicólogo lo denominaría «desorden alimentario». «Suele ser consecuencia de una relación distante o agresiva entre padre e hija». Lo de «distante» es claramente erróneo. Mi padre rara vez hacía algo que no sirviese para distinguirme como una persona especial, como la única que le tenía sorbido el seso. En ocasiones se traducían en cosas materiales, tales como juguetes, golosinas, ropa cuando fui haciéndome mayor, en general todo lo que yo pedía y muchísimas cosas que no pedía.

Otras veces se traducían en las amenazas que profería. En la agresión apenas disimulada cuando yo montaba otro de mis «numeritos».

El arañazo en el Audi TT.

El pedo de vodka que cogí durante la celebración de un bautizo (a la edad de catorce años).

Que me echara de novio a un total perdedor (yo tenía diecisiete años; él, treinta y ocho, y era un «poeta callejero»).

Todas estas cosas estaban pensadas para provocar a mi padre con el fin de que me hiciera daño y de que así todo el mundo viera lo peligroso que podía ser.

Cojo el queso, un kiwi a punto de pasarse y una lata de Coca-Cola con sabor a cereza y subo los dos tramos de escalera que llevan a mi habitación experimentando un alivio enorme al regresar a mi cubículo con la única compañía de los apuntes del caso de Alice Lapaine y un documental sobre David Bowie en la televisión, a bajo volumen. De tanto en tanto, cuando conozco la canción, lo subo, y busco indicios de falsedad en la declaración de Thomas Lapaine al tiempo que tarareo *Starman*.

Según mi modesta experiencia, un asesinato rara vez constituye un misterio. Pocas veces es el laberinto subterráneo de pistas falsas y giros inesperados que se ven en televisión, y durante la mayor parte del tiempo resulta deprimente de puro simple: un navajazo en un local nocturno, una pareja que tiene una fuerte reacción emocional, un chulo de putas que pretende marcar su territorio; cada motivo es escueto y sucinto en su simplicidad. Sin embargo el caso de Alice Lapaine ya está empezando a dejarme perpleja. Y sigo perpleja cuando a las once de la noche me suena el teléfono. Parnell.

—Sargento —digo con una sonrisa involuntaria.

—Acaba de llamarme Steele. —Su tono de voz suena alerta y excitado, todo lo contrario de cuando me despedí de él—. Tengo un notición. Este caso acaba de volverse mucho más raro.

Me incorporo en mi asiento, galvanizada por la idea de tener más quebraderos de cabeza.

—Pues venga, no juegues conmigo. ¿Qué ocurre?

—Llama una persona, un individuo irlandés que vive en Mile End. Dice que ha visto una foto en el *Standard* y que cree que Alice Lapaine es su hermana. Solo que

no es Alice Lapaine, sino una persona desaparecida de la costa occidental de Irlanda.

«No sé por qué, pero hay algo que me resulta familiar...».

De pronto siento un rugido que me invade el cerebro, una intensa cacofonía.

—¿Podría tratarse de una broma pesada? ¿Qué opina la jefa?

—Al parecer, ella lo considera auténtico. El informante vendrá lo antes posible a entregar una muestra de ADN, pero por lo visto insiste en su afirmación. Tiene el mismo lunar en la clavícula, dice que su hermana también tiene una marca de nacimiento entre los omoplatos, una mancha parecida a un cardenal.

—¿Y la tiene Alice Lapaine?

—La tiene Maryanne Doyle. Por lo visto, nuestra chica se llama Maryanne Doyle.

El mundo se tambalea.

Todo lo que he conocido en mi vida se inclina de pronto en un ángulo de cuarenta y cinco grados y me arrastra consigo. Me despido de Parnell con un tartamudeo y luego pongo la cabeza entre las rodillas e intento respirar hondo, pero la conmoción no disminuye, sino que se me infiltra en los pulmones y me dificulta todavía más la respiración.

Maryanne Doyle. Dos palabras, cuatro sílabas que atraviesan todas las capas de mi piel.

Metó la mano debajo de la cama para sacar la caja de zapatos y rescato de ella mi libreta roja, el lugar en el que escribo las cosas impronunciables cuando mi cerebro ya no es capaz de reprimirlas más.

Un psicólogo lo denominó «registro». «Un lugar seguro en el que dar voz a tus miedos hasta que te sientas capaz de contárselos a otras personas».

Y me pongo a escribir. Deprisa y sin censuras, pero lo más metódicamente que puedo. No es momento de pensar sin orden alguno.

LO QUE YO CREÍA SABER:

~~¿En 1998, mi padre se vio involucrado en la desaparición de Maryanne Doyle?~~

~~¿En 1998, Maryanne Doyle desapareció y mi padre sabía algo al respecto??~~

~~Nunca se volvió a ver a Maryanne Doyle. ¿¿¿Fue asesinada???~~

LO QUE SÉ:

Maryanne Doyle no fue asesinada en 1998. Seguía viva hasta ayer.

Maryanne Doyle ha sido encontrada a unos cientos de metros del *pub* de mi padre.

En 1998, mi padre mintió al decir que no conocía a Maryanne Doyle.

ESTO ES UN HECHO.

Así que, como se puede constatar, algunos miedos no pueden contarse a nadie.
Algunos miedos son tan cataclísmicos que contarlos equivaldría a suicidarse.
La vida tal como la conozco, borrada de un plumazo.

1998. Martes 26 de mayo

Los rizos oscuros de Scary, las grandes tetas de Geri, los ojos azules de Baby. Mis tres Spice Girls favoritas condensadas en una sola, una que estaba de pie a un lado de la carretera con el dedo pulgar levantado.

—Eso se llama hacer autostop —dijo mi padre al tiempo que arrancaba el motor—. Por aquí no hay ni autobús ni metro, tesoro, de modo que si uno quiere ir a algún sitio, tiene que moverse en coche o hacer autostop.

—Autostop —repetí yo paladeando la palabra en la boca—. ¿Podemos llevarla?

—Pues no sé —respondió mi padre no muy convencido—. A mamá no le gustaría.

—Pero mamá no está aquí.

—Esa es mi chica.

Me sonrió de oreja a oreja en el espejo retrovisor y yo le sonreí a mi vez, pero al instante sentí remordimientos de conciencia. Los mismos que sentía siempre que le mentíamos a mamá: nervios en el estómago, como si tuviera murciélagos dentro. Normalmente mi padre me compraba alguna golosina y me decía que ya se me pasaría aquella mala sensación. Siempre se me pasaba comiendo patatas fritas con sabor a queso y cebolla.

Al llegar a la verja de la casa de la abuela, giramos a la izquierda, en dirección al pueblo.

—Supongo que Jesús nos enseñó que siempre debíamos ayudar al prójimo —comentó mi padre.

Exactamente. Mateo 25, 35-40. Lo había aprendido en la catequesis de preparación para la primera comunión.

Lo cierto es que aquella chica no me era totalmente desconocida, incluso sabía cómo se llamaba: Maryanne. Trabajaba en El Salón, un lugar al que solía ir mi hermana Jacqui, y en una ocasión en que fuimos allí a recoger a Jacqui me sirvió a mí un banana split y les dijo a los chicos que abarrotaban la otra mesa que su helado favorito era el de «sabor a polla».

A Jacqui aquello no le pareció nada gracioso. Mi padre fingió que tampoco, pero yo descubrí que sonreía mientras contaba las dos libras con cincuenta. Y volvió a sonreírle a la chica cuando nos marchamos.

Ya en el coche, mi padre levantó la mirada hacia el cielo para observar las nubes.

—Hum, tiene pinta de que va a empezar a llover. Quizá deberíamos llevar a esa chica. —Volvió la cabeza—. Pero ni una palabra a mamá, tesoro, ya sabes cómo es.

La verdad es que yo no sabía cómo era. Lo único que sabía era que si quería compartir un coche con lo más parecido a una Spice Girl, iba a tener que prometer que guardaría el secreto.

Si hubiera sabido que aquella chica iba a ignorarme por completo, no me habría tomado la molestia. Ni siquiera me miró una sola vez. Ni siquiera me saludó. Llegué a la conclusión de que era un estirada, como la Spice Pija.

En cambio no se mostró estirada con mi padre: pasó cinco minutos enteros lanzándole una pregunta tras otra. ¿Quién? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Qué?

¿Estaba allí con su mujer? ¿Le importaba que fumase?

Mi padre le dijo que mejor no, que a su mujer no le gustaría.

—¿Haces siempre lo que quiere tu mujer?

Por el espejo exterior vi que dibujaba una sonrisita satisfecha.

Cuando la dejamos a la entrada del pueblo, le hizo una última pregunta a mi padre:

—¿Vas a salir esta noche, Mike?

Dijo que aquel día Padraigh Foy cumplía sesenta años y que habría cerveza gratis y diversión a raudales en Grogan's, por si le apetecía. Yo grité desde el asiento de atrás que a mi padre no le apetecía porque me había prometido ver Spice World conmigo, pero me parece que ella no me oyó, porque se marchó sin más. Sin dar siquiera las gracias ni despedirse. Ser tan maleducada la hacía menos guapa.

Aquella noche no vimos Spice World, ni ninguna otra noche. Cada vez que yo le preguntaba, mi padre decía que había quedado con un tipo para un asunto importante y que Jacqui podía verlo conmigo, pero nunca fue así. Jacqui solo quería ver la serie Friends o la de Expediente X (o «su propia cara en el espejo», como decía la abuela cuando creía que no la oíamos).

Debía de ser muy importante lo que mi padre tenía que tratar con aquel tipo porque no volvía a casa hasta pasadas las dos, nunca. Yo oía las campanadas en el reloj de pared que había en casa de la abuela. Pero me traía un paquete de patatas fritas con sabor a queso y cebolla, para que me consolara.

Nada es más eficaz como disculpa que un paquete de patatas fritas con sabor a queso y cebolla.

Al día siguiente, nuestro pequeño y acogedor equipo especializado se transforma en una verbena a gran escala, con el doble de personas siguiendo pistas y yendo de un lado para otro con gesto decidido. Yo paso el tiempo de manera intermitente vomitando en los aseos y sonriendo a las caras nuevas, y relleno los espacios que quedan en medio mirando fijamente la pantalla de mi portátil, desesperada por evitar todo contacto visual con Parnell y Steele. Por suerte, los dos pasan la mañana entera encerrados en el despacho de Steele, junto con el superintendente jefe Blake y otro par de peces gordos. Sé que son peces gordos porque Steele, cuando me envió a hacer café, me advirtió de que utilizase las tazas buenas. Es la única interacción que he tenido con ella en todo el día.

A eso de las tres de la madrugada entré casi en un estado alterado de conciencia en el que me convencí a mí misma de que tenía el coraje suficiente para presentarme en el despacho de Steele a las nueve en punto y soltarle todo lo que sabía de Maryanne Doyle. Era la forma correcta de obrar, razoné, animada por una recta profesionalidad que desconocía que tuviera. De hecho, era la única forma de obrar si alguna vez quería volver a mirarme en el espejo, y, de modo significativo, quedaba rubricada por el momento en que había tenido yo la revelación.

Las tres de la madrugada: un momento conocido como la «hora de los muertos», la hora en que se levanta la barrera que separa a los vivos de los muertos y en que los fantasmas empiezan a pasar de un mundo al otro.

De forma que, fundamentalmente, quien me instaba a comunicar lo que sabía era mi madre. O de eso me convencí hasta que la nube de humo de marihuana se despejó y la claridad del día me devolvió a un instinto mucho más básico, la supervivencia, y a una perspectiva mucho más pragmática.

Pero ¿qué es lo que sé exactamente? ¿Que mi padre definitivamente no mató a Maryanne Doyle en 1998, pero que mintió al decir que no la conocía?

Apenas constituye un línea de investigación, así que mucho menos una pistola humeante.

—¿Entonces cómo la llamamos? —Flowers clava una foto de Maryanne Doyle en el tablón de la sala. En ella se la ve saludable, inocente y confiada, con los labios carnosos y pintados de rosa y unos ojos azules que titilan igual que las estrellas de helio—. Ahora el asunto se va a volver tremendamente confuso. ¿Quién es, Alice o Maryanne?

—Cuesta creer que sean la misma persona —dice Craig meneando la cabeza en un gesto de negación—. Me refiero a que estoy seguro de que todos teníamos un aspecto muy diferente en los noventa; para empezar, a mí no me habríais llamado «Hambruna» porque parecía más bien un criador de cerdos. Pero esta Alice,

Maryanne o como la llamemos, está completamente distinta. Como si le hubieran quitado toda la vitalidad.

Renée lanza una mirada de soslayo.

—Me parece que eso se llama «envejecimiento», Craig. Estrés. La vida moderna.

—¿Estrés? —exclama Flowers—. ¿Viviendo en una isla privada y cocinando langostinos rebozados con patatas en el restaurante de al lado unas pocas veces por semana?

Intercambio una mirada que dice «gilipollas» con Renée, la cual se la pasa a su vez a Ben.

—Bueno, yo opino que deberíamos llamarla Maryanne —propone Seth—, por lo menos dentro de estas cuatro paredes. Si es el nombre que le pusieron al nacer, es el que debemos utilizar nosotros.

—No. —Me ha salido de manera impulsiva, vehemente y enérgica—. Cambió su nombre por el de Alice, de modo que así era como quería que la llamasen. Le debemos ese gesto de respeto, ¿no?

Verán, Kinsella es el apellido de soltera de mi madre. Cuando nací, me pusieron el apellido McBride, pero cuando ella falleció me lo cambié por Kinsella. En recuerdo de la única persona en la que he confiado de verdad y a modo de irrefutable «jódete» para mi padre.

Aunque estoy empezando a confiar en Parnell, creo. No por algo que él haya hecho. No hemos vivido juntos ninguna situación de vida o muerte, a menos que cuente la vez en que detuvimos en la puerta de un supermercado a un sospechoso y este intentó agredirnos con una pierna de cordero congelada. En lo que confío es en su presencia, en su implacable estabilidad. De alguna manera me sirve de apuntalamiento, me estabiliza.

Seth se encoge de hombros como diciendo «lo que sea» y vuelve la vista hacia el despacho de Steele, por cuya puerta están saliendo el superintendente jefe y los peces gordos. Steele va en el centro y Parnell sale el último, con su mejor conjunto de camisa y corbata, esta última cabeceando sobre la prominencia de su estómago. Si no fuera por los pelillos de la nariz, diría que está guapo. Los peces gordos se marchan, pero Blake se queda unos momentos, luciéndose junto a la pared del fondo igual que un modelo publicitario. El superintendente jefe Russell Blake, que aún no ha cumplido los cuarenta, es el joven que ejemplifica el plan de Promoción Interna de Alto Potencial del Cuerpo de Policía. Político hasta la médula, todo relaciones públicas, normativa y elegantes trajes de Prada.

Se trata de puros rumores, naturalmente. Yo nunca he llegado a hablar con él, aunque una vez le pasé una servilleta en la cafetería del personal.

De repente Steele golpea la mesa con una grapadora y todos nos ponemos firmes.

—Bien, señores. Confío en que se hayan hecho amigos y no tenga necesidad de hacer las presentaciones. Un par de cosas: en primer lugar, deseo dar las gracias al superintendente jefe Blake por —recorre la sala con la mirada— habernos facilitado

recursos adicionales, porque está claro que este caso acaba de complicarse mucho. — Blake responde asintiendo gravemente con la cabeza—. En segundo lugar, y precisamente porque esto acaba de complicarse mucho, voy a asumir más bien el papel de coordinadora, de cerebro de la operación, si se quiere, y el sargento detective Parnell ascenderá a inspector detective en funciones, de manera que todos los caminos conducen a él, ¿de acuerdo?

Se extiende por la sala un murmullo de «bien hecho». Obviamente, yo me alegro por Parnell, pero no puedo evitar sentir un aguijonazo del síndrome de la llegada de un hermanito nuevo: más gente que dirigir significa menos tiempo para estabilizarme a mí.

—Pues bien, el hermano ha identificado el cadáver y ha confirmado que se trata de su hermana, Maryanne Doyle.

«El hermano tonto, como lo llamaba Jacqui».

—Maryanne desapareció en 1998 de Mulderrin, un pueblo situado en la costa occidental de Irlanda. Desde entonces no se ha recibido nunca ni una llamada ni una carta de ella. Obviamente, estamos esperando la comparación del ADN antes de hacerlo público, pero todo parece indicar que se trata de ella. El hermano ha logrado facilitarnos varios rasgos distintivos.

—Y el asesino también —comento.

—¿Cómo? ¿La mata y después atrae la atención sobre sí mismo? —murmura Seth—. Tendría que tener un tremenda seguridad en sí mismo o estar tremendamente loco.

—No sería el primer caso.

—Y la seguridad en sí mismo encaja con el individuo de actitud relajada que captaron las cámaras —añade Ben.

Steele toma la grapadora y se la pasa de una mano a la otra.

—Hum, me parece que el hermano es un poco más alto que el individuo que captaron las cámaras, aunque resulta difícil decirlo con seguridad, así que yo no lo descartaría. De todas formas, nos han enviado el expediente desde Irlanda, pero me han advertido de que contiene escasos detalles, y no estoy segura de si debemos prestarle mucha o poca atención, en cualquier caso. Eso sucedió hace dieciocho años, constantemente desaparece gente, y hasta ayer Maryanne Doyle estaba vivita y coleando en la persona de Alice Lapaine, de modo que es posible que no exista pertinencia alguna.

Me aferro a lo que acaba de decir Steele, pero lo que implica me produce náuseas. ¿Podría ser que durante todo este tiempo haya estado equivocada respecto a mi padre? Pero entonces, ¿por qué? ¿Por qué mintió?

Visto desapasionadamente, con la cabeza llena de dudas, esta pregunta empieza a resultar, como mínimo, ingenua. De acuerdo, es posible que la niña que fui se permitiera creer que los adultos son inequívocamente honrados, pero la mujer adulta que soy ahora sabe que la gente miente todo el tiempo y por innumerables motivos,

no todos ellos siniestros.

Sin embargo, él la conocía.

Coqueteó con ella.

Ella desapareció.

Y él mintió.

Piezas de un rompecabezas que ya completé hace mucho tiempo. ¿Podría ser que estuviera equivocada?

No obstante, este no es el momento para el arrepentimiento ni para la introspección. Es el momento para hacerse con ese expediente.

—Yo me encargo del expediente irlandés —anuncio, tal vez un poco demasiado ansiosa—. Ya les diré si considero que es necesario investigar más algo de lo que contiene.

Steele se vuelve hacia Parnell para cederle formalmente el cetro.

—No, quiero que tú te encargues de interrogar al hermano —dice Parnell—. Va a venir aquí después del trabajo. —Se abstiene de añadir: «No tiene corazón, el muy imbécil»—. Ve despacio, pero mira a ver si logras detectar algún motivo, porque si estamos buscando razones que expliquen por qué la víctima se encontraba en Londres, el hermano es una de ellas, ¿no te parece?

Afirmo con la cabeza, no puedo hacer otra cosa. Es una orden proveniente de un oficial superior y un favor que me está pidiendo un amigo. Una especie de relación de fidelidad. Pero, un poco como ocurre con la mafia, la demostración pública de fe que hace Parnell supone que ahora no puedo decepcionarlo sin rebajarlo, y sin embargo ya estoy decepcionándolo al quedarme aquí sentada con mis recuerdos: Maryanne sirviendo helado, pasando la lengua por un cigarrillo de liar, guardándose mi colgante de Campanilla en el bolsillo de su cazadora vaquera.

Coqueteando con mi padre. Llamándolo «el Tipo de la Coca Light».

El detective inspector en funciones Luigi Parnell merece algo mejor que yo.

—Bien, señores, vuelvan al trabajo —exclama Steele despidiéndose con la mano del superintendente jefe Blake, que ya se marcha—. Parnell presenciará luego la autopsia, de modo que muy pronto tendremos noticias a ese respecto.

—Qué suerte tengo —dice Parnell, que después de casi treinta años de servicio todavía se echa a temblar al oír el ruido que hace una sierra en las costillas.

Renée recoge su bolso.

—Considérese afortunado, jefe. A mí me ha caído lo de decirle a Thomas Lapaine que su esposa llevaba quince años mintiéndole acerca de su identidad. ¿Quiere cambiarse conmigo?

Parnell no quiere. La mayoría de nosotros prefiere con mucho ver el contenido del estómago de un muerto y oír el ruido que hace la sierra que afrontar la incómoda situación del sufrimiento emocional.

—¿Quieres saber quién tiene suerte de verdad? Esa de ahí —dice Renée señalándome a mí con una sonrisa. Yo me siento confusa—. Ah, claro, es que tú no

viste a Aiden Doyle cuando llegó aquí esta mañana. Pues te espera una alegría para el cuerpo, porque ese tío está lo que se dice cañón.

—¡Sexista! —grita Flowers, y por primera vez en este día sonrío de verdad.

Mucho más tarde, llego a la sala de interrogatorios «suaves», el cuarto blandito y pintado en tonos pastel que reservamos para los niños, las personas vulnerables y ahora los hermanos buenorros de chicas irlandesas fallecidas, y me encuentro con Aiden Doyle tecleando en su teléfono móvil y moviendo la rodilla izquierda sin parar. Un metro ochenta y pico de pura energía y unos pómulos con los que uno podría segar el césped de su casa.

No puedo poner peros al gusto de Renée. El hermano tonto ya no me parece tan tonto.

Vengo medio esperando que sus facciones me resulten familiares, pero no veo nada, ni un solo rasgo del que me acuerde. No sé muy bien por qué estoy tan sorprendida, porque cuando tenía ocho años en realidad no me fijaba en los chicos. Al fin y al cabo resultaban aburridos, no eran estrellas del pop. Para mí cada adolescente era tan solo otra versión superflua de Noel: rencoroso, monosilábico y sucio, mientras que las chicas personificaban todo lo que yo consideraba bueno en la vida: la risa, la purpurina y los tacones altos y bien ruidosos.

El día que la llevamos en nuestro coche, Maryanne llevaba unos zapatos de color rosa, de puntera abierta.

Le tiendo la mano.

—Soy la detective Cat Kinsella.

—Kinsella. ¿Tiene usted algo de irlandesa?

Su acento de la costa oeste se me enrosca alrededor del cuello igual que una manta vieja. La abuela, primas, tías, ancianos con perros pastores también ancianos. Personas agradables a las que nunca volví a ver después de aquellas vacaciones.

—Por parte de madre —contesto mientras me siento—. Gracias por venir, señor Doyle, y gracias por identificar una foto con tanta rapidez. Estoy segura de que para usted habrá supuesto una fuerte conmoción y responderé lo mejor que pueda a todas las preguntas que quiera hacerme, pero le advierto de que en este momento aún tenemos muchas más preguntas que respuestas.

—No hay problema. —Se pone de pie, y al hacerlo me convierte a mí en una enana—. Y llámeme Aiden. Lo de señor Doyle me recuerda a mi viejo, y, créame, no es un recuerdo agradable. ¿Le importa que me sirva un té?

—Si a usted no le importa que sepa a rayos.

Sonríe y se pone manos a la obra. No se aprecian señales obvias de angustia. Aunque, para ser justos, dieciocho años son muchos años. Maryanne ha estado fuera de su vida más tiempo del que ha estado dentro.

Vuelve a sentarse con un suspiro.

—Sí, bueno, ha sido una conmoción, estoy de acuerdo. Pero no porque haya

fallecido, porque yo ya me había hecho a la idea de que mi hermana estaba muerta, sino más bien por saber que ha estado viva todo este tiempo, ¿comprende?

«A mí me pasa lo mismo que a usted, amigo».

—Estuve buscándola durante varios años —continúa—. En cierta ocasión fui a Galway a correrme una juerga con los amigos, después del examen final del instituto, y me pareció verla entre los que hacían cola para entrar en un local, el Alley. —Esboza una sonrisa—. Como si Maryanne fuera a aparecer muerta en el Alley, precisamente. Siempre pensé que ella tenía más clase. —No hay doble sentido en esta afirmación, es una simple constatación—. Luego me pareció verla en un partido de fútbol. Mayo contra Roscommon. Pasé horas y horas rebobinando y parando la cinta, convenciéndome a mí mismo de que en cierto modo podía ser ella, con unos cuantos kilos de más. Supongo que solo quería pensar que estaba por allí en alguna parte, divirtiéndose, acudiendo a locales nocturnos, viendo un partido. Le encantaba el fútbol, ¿sabe? Bueno, lo que la volvía loca eran los futbolistas.

Le dejo hablar, por táctica y por pura diversión.

—Pero al cabo de un tiempo dejé de buscarla. Y ahora resulta que siete años después aparece esta mujer en un entorno nuevo. Me llaman los del Departamento de Personas Desaparecidas de Irlanda y me dicen que, si así lo deseamos, podemos solicitar que la declaren muerta. —Levanta una ceja—. «Si así lo deseamos», me dijeron, como si fuese una alternativa cojonuda. —Y añade—: Perdone, no debería decir tacos.

—Diga todos los que quiera. No está confesando.

—Ja, hace mucho tiempo que no me confieso, detective. Igual que usted, ¿no? —Yo sonrío—. Sea como sea, no quisimos declararla muerta. ¿De qué iba a servir? Mi hermana no tenía propiedades ni patrimonio, salvo que se considere patrimonio una caja de CD y más zapatos que Imelda Marcos. —Se rasca la cabeza como si, en lugar de reaccionar a un picor, estuviera desgarrándose el cerebro—. Joder, me cuesta creer que estuviera aquí mismo, en Londres, justo delante de mis narices.

Esta vez no se disculpa.

—Pensamos que solo iba a permanecer en Londres unas semanas. Vivía en Thames Ditton, en Surrey.

Aiden hunde brevemente los hombros.

—No conozco ese sitio. No conozco tanto Londres, para serle sincero. No llevo mucho tiempo aquí, me trasladaron de la oficina de Dublín hace dos meses y desde entonces no he hecho otra cosa que trabajar sin parar. Tengo que salir más.

Me entran ganas de preguntarle qué clase de trabajo es, que permite que los empleados vayan vestidos con unos vaqueros desgastados y una camiseta gris hecha trizas, pero no viene exactamente al caso. No estamos en un cita romántica.

—Aiden, estamos intentando averiguar por qué razón estaba Maryanne en Londres en las semanas anteriores a su muerte. Hemos hablado con su marido y...

—Sí, su jefe me ha dicho que estaba casada. Bien por ella. Me gustaría conocerlo.

«¿Un sospechoso conociendo a otro sospechoso? Yo creo que no».

—Este no es el mejor momento...

—Naturalmente. ¡Joder! —Me mira como diciendo: «¿Quién se cree usted que soy?»—. Cuando las cosas se hayan asentado un poco, quizá...

Hago un ligero gesto afirmativo y devuelvo la conversación a su cauce.

—Su marido nos ha dicho que a Maryanne Londres no le gustaba mucho, precisamente.

—Claro, ¿y a quién le gusta? Es imposible tomarse una pinta de cerveza por menos de cinco libras.

No puedo evitar morder el anzuelo.

—Pues no sé a qué bares irá usted, seguro que a las trampas para los turistas. Coincido con usted, está claro que tiene que salir más.

Parece que estoy coqueteando, pero no es así. El coqueteo implica una cierta cantidad de esfuerzo y de astucia, y hoy no me siento capaz de mostrar ninguna de esas dos cosas. Así y todo, lo compenso yendo directa al grano.

—Aiden, al marido de Maryanne no se le ocurre ninguna razón por la que su esposa se encontrase en el centro de Londres. ¿Se le ocurre a usted?

Si se siente molesto, desde luego su semblante no lo refleja.

—He estado casi dos décadas sin ver a mi hermana. Que yo sepa, hasta podría tener una cita con la puñetera reina de Inglaterra.

Me inclino hacia delante.

—O podría ser que hubiera venido a verlo a usted. ¿Podría ser usted la razón?

Aiden levanta la barbilla.

—No la sigo.

—Verá, es que me choca que tengamos a una mujer que, según dicen todos, no soportaba Londres, que nunca venía de visita a Londres, que parecía estar muy contenta de vivir en el verde Surrey, y resulta que llega su hermano a la capital dos meses antes y de repente Londres ya no es tan horrible. —Dejo que la idea cale durante unos segundos—. ¿Comprende mi razonamiento? ¿Entiende por qué establezco un vínculo?

—Lo entiendo —responde asintiendo, completamente afable—. Pero no existe vínculo porque yo no la he visto, y bien sabe Dios que era bastante fácil encontrarme, si ella hubiera querido. Es posible que mi hermana se reinventase, pero yo sigo siendo el Aiden Doyle de siempre. Llevo el mismo corte de pelo desde el principio de los tiempos. La misma cicatriz en la cara, de cuando ella me golpeó con un palo. La misma foto horrorosa en la página web de la empresa, años y años, con la misma dirección de correo electrónico y el mismo teléfono de contacto. Si hubiera querido dar conmigo, podría haberlo hecho. Es obvio que no quiso.

Consulta su reloj; casi seguro que intenta dar la impresión de que si su hermana no ha tenido tiempo para interesarse por él, él tampoco lo tiene para ella.

—¿Puede confirmar dónde estuvo desde la noche del lunes hasta la madrugada

del martes, digamos que entre las once y las cinco?

Me dirige la consabida mirada como diciendo: «¿Está de coña?», pero nada más. No se queda boquiabierto con un gesto de indignación y protesta. No exige ver al «responsable de esta investigación» justo antes de que Steele le haga desear haber cerrado la boca y conformarse con mi humilde persona.

—Estaba en casa, en la cama.

—¿Eso puede verificarlo alguien?

—Tristemente, no. —Se limpia la boca con la mano y suprime una media sonrisa—. Desde que vine aquí no he hecho más que trabajar como un burro y no he tenido mucho tiempo para «verificaciones», en el capítulo de la cama. —Una risita—. Y eso va a actuar en mi contra, ¿no? Y yo creyendo que era un buen tipo porque no me llevaba a ninguna jovencita a casa para un revolcón cuando la mayoría de los días ni siquiera tengo tiempo ni para limpiarme el culo.

—Respecto a su coartada. —Ríe otra vez. Es lo que hacen la mayoría de las personas inocentes cuando pasar una tarde planchando de pronto se convierte en una declaración jurada—. ¿Habló con alguien el lunes por la noche, entre las horas que acabo de mencionar? Incluso un mensaje de texto serviría para que quedase usted descartado. Eso es lo único que intento hacer, Aiden, descartarlo a usted para que podamos seguir investigando quién ha hecho esto.

Doyle reflexiona unos instantes.

—Mandé un mensaje a un amigo de Oz durante la noche, si sirve de algo. Antes me escribió él y me despertó, así que le dije que se fuera a la mierda. Imagino que ahora le debo una cerveza, ¿no? —Se rasca la cabeza otra vez—. Supongo que sería sobre la una, porque llevaba ya un rato acostado. Por lo general apago el teléfono al irme a la cama, pero como últimamente mi viejo no está muy bien, lo dejo encendido.

De pronto me viene a la mente una imagen de Jonjo Doyle, un hombrecillo que odiaba a las chicas de los *pubs*, la «asquerosa» cerveza extranjera y todo lo que fuera inglés.

—Lo siento.

—Yo no estoy seguro de sentirlo. Ya no le queda mucho, calculo que otra muda más, como decimos en casa. —Permanece unos segundos mirando fijamente su taza, y de repente levanta la vista—. Ha sido un hombre cruel, inútil, Cat, lo más cruel que se puede ser, pero sigue siendo mi padre, ¿sabe? Habría preferido que se hubiera ido a la tumba sin saber esto... Bueno, puede que no se lo diga...

Asiento con la cabeza para indicarle que lo entiendo. Me gusta cómo suena mi nombre pronunciado por él. Me gusta esa familiaridad.

—Corrió el rumor de que él había matado a mi hermana —dice Aiden, casi divertido—. Bueno, no era exactamente un rumor, sino un mero comentario de taberna. Estúpidos que se inventan historias porque no tienen nada mejor que hacer.

—Debió de resultar doloroso. Para su padre y para usted.

No explota mi gesto de solidaridad.

—Oh, no me entienda mal, manejaba bien los puños, ya lo creo. En una ocasión le pegó a mi hermana, y además en público, así que no hay que compadecer a ese cabrón. Pero ¿cometer un asesinato? No, de ninguna manera. Se quedó muy tocado cuando falleció mi madre. De ningún modo le habría hecho daño a Maryanne, no. Me refiero a hacerle daño en serio.

El acento de la costa oeste, los pómulos marcados y ahora una madre fallecida. No tendría inconveniente en casarme con él aquí y ahora, en serio.

—¿Qué cree usted que sucedió, Aiden?

«Respóndame la pregunta más importante de mi vida».

Aiden hincha los carrillos.

—Créame, ya no sabe uno qué pensar. Algunas personas comentaron, cuando se decía que mi viejo la había matado y después había prendido fuego al cadáver, que mi hermana tenía cierta debilidad por los tipos mayores. Se habló de un hombre casado de Galway, que era médico, pero yo nunca me lo creí. —Una leve risa—. No es que no quisiera creerlo, pues bien sabe Dios que le hacía ojitos hasta al mismísimo papa, pero es que aquello no explicaba por qué nunca volvió a ponerse en contacto, por lo menos conmigo. A ver, no estábamos tan unidos, pero aun así..., cabría pensar que..., no sé... —Deja de hablar y se pasa el dedo pulgar por la cara para limpiarse una brizna imaginaria—. En fin, ¿sabe qué? A la mierda.

En su semblante se refleja un intenso dolor. Es el de un niño dolido.

—¿Y qué me dice de sus amigas, de las cosas que comentaban entre chicas? ¿Tenían ellas alguna teoría al respecto?

—¡Amigas! —repite en tono sarcástico—. Mi hermana era uña y carne con dos zorras: Manda Moran y Hazel Joyce. Que Dios me perdone, pero vaya par de putas.

El nombre de Manda Moran no me dice nada, pero el de Hazel Joyce aflora en mi memoria: una melena pelirroja recogida hacia atrás en una cola de caballo. Cuando imitaba el acento de Jacqui, parecía Eliza Doolittle, el personaje de *My Fair Lady*.

—Me dije a mí mismo que si había alguien que supiera algo tenían que ser ellas, así que una noche las abordé a la salida del Grogan's. Pensaba asustarlas, hacerme el hombretón, ya sabe. —Casi sonrío al recordarlo—. Pero terminé haciendo el más absoluto ridículo. Detrás de Hazel Joyce salieron dos tipos que eran sus hermanos mayores y me dieron una paliza. ¿Y sabe qué fue lo que dijeron todos, bueno, lo que dijo la tal Hazel mientras yo estaba tirado en el suelo, tosiendo sin parar? «Si ves a Maryanne, dile que todavía me debe veinte libras». ¿No es increíble? Claro que siempre le tuvo envidia a Maryanne. Maryanne era muy guapa, y en cambio ella era un verdadero cardo...

Alarga la mano para servirse un vaso de agua y también me sirve otro a mí.

—¿Cuándo dejó usted de creer que Maryanne estaba viva?

—No lo sé, supongo que al cabo de unos cuantos años. Y luego, cuando ese empezó a insistirme en que la declarase muerta, en fin, aquello me confirmó que tenía que haberle ocurrido algo malo. Además, mi hermana siempre estaba haciendo

autostop para ir al pueblo, ¿sabe? Se subía en el primer coche que paraba, le daba igual. Mi viejo decía que era demasiado vaga para ir andando. ¡Mira quién fue a hablar! Él, que había pasado toda su puñetera vida sentado en el bar.

—¿Qué opinaba de ello la policía?

—Gilipolleces, la verdad. —Se encoge de hombros—. Claro que mi viejo nunca se llevó bien con los polis, y eso no ayudó mucho. Aunque, para ser justo, Maryanne tenía diecisiete años y fama de ser un poquito alocada. Ya se había marchado de casa en otra ocasión, ¿sabe? Se fue a Ballina, a no sé qué festival, de modo que no creo que le dieran mucha importancia. Quizá yo debería haber insistido, pero es que solo tenía catorce años. Me habrían echado de la comisaría a carcajadas.

—¿No tienen más hermanos?

—Tenemos un hermano mayor, pero se fue de casa unos años antes de que desapareciera Maryanne y actualmente vive en Canadá. Llevamos años sin hablar como es debido. De vez en cuando me envía una felicitación de Navidad, fotos de sus niños... Bueno, que ya no son tan niños, ya son adolescentes. Supongo que ahora tendré que ponerme en contacto con él..., contarle lo de Maryanne y lo de mi padre...

—¿Es que no mantiene el contacto con su padre?

—No. Digamos que mis viejos en realidad no estaban hechos para ser padres. Tenían demasiada afición por el alcohol. Mi madre, por lo menos, era una borracha feliz. Sea como sea, así lo veíamos nosotros. Cuando mi viejo se cabreaba, le daba por arrear puñetazos y cantar canciones protesta; en cambio mi madre era todo besitos y promesas. Ya sabe, decía que iba a comprarnos tal o cual cosa, o que iba a llevarnos a tal o cual sitio. Sabíamos que eran chorradas, pero chorradas bonitas. La echo de menos.

—¿Qué edad tenía usted cuando falleció su madre?

—Doce, y Maryanne quince. Murió de cirrosis hepática. No fue una muerte agradable. —Una pausa—. Las mujeres de nuestra familia no tienen demasiada suerte, ¿no cree? —Reflexiona unos instantes sobre este punto, pero no se recrea en él—. Al entrar dijo usted que me contestaría a todas las preguntas que yo tuviera. Pues tengo una, y es la siguiente: ¿a qué vienen todas estas preguntas? ¿Qué relación existe entre el hecho de que Maryanne se fugara de Dodge hace tantos años y el hecho de que la asesinaran ayer?

Reúno fuerzas para responder de una manera políticamente correcta y que no me comprometa a nada, que es para lo que me pagan.

—Por el momento no lo sabemos con seguridad. Estamos intentando hacernos una idea de quién era la víctima. Podría constituir la clave de todo o no significar absolutamente nada. Lo siento, pero esta es la respuesta más sincera que puedo darle.

Y también porque ciertamente no nos beneficiaría a ninguno de los dos que yo le gritase a la cara: «¡Ya me gustaría a mí saberlo, joder!».

—Es justo —responde. Y me parece sincero al decirlo.

Recorre la sala con la mirada y se detiene unos segundos en el cuadro de amapolas de color rosa que supuestamente debería resultarle relajante.

—Verá, Maryanne era un auténtico coñazo desde que se levantaba de la cama por la mañana hasta el minuto en que volvía a acostarse, pero era mi hermana mayor, ¿sabe? No se merecía... esto. No era una mala persona. —Desvía la mirada de las amapolas y la posa en mí—. Ah, Cat, no me haga caso. Llevaba dieciocho años sin verla, no tengo ni idea de qué clase de persona era. Que yo sepa, podría ser la jefa de una banda de criminales, la Don Corleone de Thames Ditton, por así decirlo. —Su sonrisa se ensancha—. Sí, no me cuesta imaginarla en ese papel. No me cuesta nada en absoluto. Maryanne siempre tuvo planes grandiosos. Siempre tuvo la seguridad de que iba a ser alguien, alguien famoso. —Una risa breve e irónica—. Y ya es famosa, ¿no?

La oficina está en silencio cuando entro. No se halla exactamente vacía, pero sí vacía de personas que pudieran sentir el más mínimo interés por lo que me propongo hacer. Aprovechando la oportunidad, me dirijo al despacho de Steele sonriendo a cada persona con la que me cruzo por el camino, hasta me entretengo unos minutos para dar mi poco sincera opinión sobre un par de pijamas de forro polar que algún Romeo ha comprado a su Julieta como regalo de Navidad.

Tranquila. Serena. Centrada.

Solo soy una humilde detective entrando en el despacho de la poderosa detective inspectora y saqueando su mesa de trabajo igual que un drogata que busca ansioso una dosis.

Nada interesante que ver, tíos.

Encuentro el liviano expediente bajo una torre de hojas de horas extra, y tampoco en él hay gran cosa que ver. Está claro que no bromeaban cuando dijeron que no había mucha información sobre el caso. Hojeo rápidamente las páginas, las tres que hay: un formulario estándar de Personas Desaparecidas y dos hojas descoloridas que odio llamar «declaraciones de testigos» porque parecen más bien el esbozo de un *Quién es Quién en Mulderrin*, un censo privado del sargento Bill Swords, repleto de comentarios devastadores y anotaciones escuetas en el margen.

Martha Higgins: vecina. Nada pertinente al caso, no se le ha podido sacar ninguna información, no jugamos con todas las cartas de la baraja.

Manda Moran: amiga. Lleva varios días sin ver a MD. Sugirió a un individuo de Galway. Colette Durkin le habló de él (a Durkin se lo dijo Hazel Joyce). Pero Durkin miente como una bellaca y M. Moran tiene la cabeza llena de pájaros.

Colette Durkin: amiga. Vio a MD en El Salón el sábado por la mañana

(día 30). Dijo que «traía una buena tajada». Negó conocer a nadie de Galway. No sabía qué creer. Persona muy escurridiza.

Pat Hannon: vecina. Apresurada y poco colaboradora. Dice que MD tiene una «lengua sucia», pero una alma inofensiva.

Encuentro lo que estaba buscando cuando ya he leído tres cuartas partes de la última página.

Jacqui McBride: catorce años, venida de visita desde Inglaterra (de la familia de Agnes Kinsella). No conoce bien a MD, la vio por última vez el jueves 28 sentada en el muro de St Benedict. Hablé brevemente con sus padres. No facilitaron información pertinente.

De manera que Jacqui había dicho la verdad. Reconoció que había participado solo a medias y no intentó desempeñar un papel en la acción, como hacía normalmente, sobre todo en aquella época.

En total, parece ser que el sargento Bill Swords habló con unas veinte personas. No era un gilipollas, como sugirió Aiden Doyle, pero como mucho fue superficial. Un aprobado ramplón, lo justo para pasar. Hasta el formulario de Personas Desaparecidas rezuma una mentalidad guiada por la ley del mínimo esfuerzo y la hastiada indiferencia.

¿Es la persona sospechosa de ser víctima de un delito en curso, p. ej. un secuestro? NO

¿Es la persona vulnerable debido a su edad, una enfermedad o cualquier otro factor? NO

¿Se dan condiciones climáticas adversas que pudieran incrementar seriamente el peligro para la salud? NO

¿Necesita la persona desaparecida una medicación o un tratamiento que no le resulta fácil obtener? NO

¿Padece la persona desaparecida alguna dolencia física, discapacidad o problema de salud mental? NO

¿Existe información que sugiera que la persona pueda autolesionarse o intentar suicidarse? NO

¿Esta persona ha desaparecido alguna otra vez y ha sufrido daños o se ha visto expuesta a sufrirlos? NO

¿Hay algo que indique que estaba preparando su desaparición? El hermano dice que falta una maleta, pero que no hay ninguna otra señal

¿Existen problemas relativos a un familiar o cónyuge, o antecedentes

recientes de conflictos familiares? Jonjo Doyle es de sobra conocido por la policía por pequeños incidentes con violencia
¿Existen problemas en el centro de estudios o en el lugar de trabajo, o de índole económica? NO
¿Sufre dependencia del alcohol o de las drogas? NO

INVESTIGACIÓN DE LUGARES Y ENTORNOS

01/06/98 Sarg. B. Swords

FOTO RECIENTE OBTENIDA 01/06/98 Sarg. B. Swords

DETALLES FACILITADOS AL DEP. DE PERSONAS DESAPARECIDAS

04/06/98 Sarg. Tom Lennon

EVALUACIÓN INICIAL DEL RIESGO

RIESGO BAJO-MEDIO

No hay pruebas de que se haya cometido un delito

Persona un tanto rebelde. Varias amigas/compañeras sugieren que posee una personalidad tendente a la exhibición de una conducta inestable

Ya se fugó anteriormente a Ballina

Es posible que se haya fugado

Persona desaparecida voluntariamente: **se revisará si procede**

SARGENTO BILL SWORDS

Sarg. B. Swords

01/06/1998

Hay una parte de mí —la concienzuda y rigurosa, la que me convierte en la persona ideal para trabajar en Homicidios a pesar de lo que opine Steele— que enferma solo de imaginar a una adolescente que desaparece así como así de la faz de la Tierra y a cuyo caso no se le realiza un seguimiento. Sin embargo, esta noche, agazapada en el despacho de Steele, besaría al sargento Swords por la labor tan chapucera y despreocupada que hizo. Por no haber hecho nada más que lo estrictamente imprescindible.

«Habló brevemente con los padres».

Y por su forma de interpretar el término «brevemente».

Porque no es así como yo lo recuerdo. Recuerdo que se consumieron dos teteras, un plato entero de pastas rellenas de crema de higos y también la mitad de las rellenas de coco. Recuerdo que se oyó el ángelus a las seis de la tarde y que un hombre grueso, que presumiblemente era el superdetective Swords, se levantó de un salto de

su silla, sorprendido de que llevasen ya más de una hora parloteando cuando tenía delitos que castigar y ovejas que devolver al redil.

Pero es que el tiempo siempre vuela cuando mi padre está en buena forma.

Y aquel día estaba en una forma estupenda.

A los catorce años me teñí el pelo para parecerme a Maryanne. Un tono entre castaño parduzco y negro azabache, en el tiempo que tardé en echar a perder el alicatado del cuarto de baño nuevo de mi madre. De inmediato supe que no me sentaba bien —me parecía menos a Maryanne y más al personaje de Morticia de la familia Addams— y que iba a pagar bien caro el estropicio que había dejado a mi paso, pero cualquier castigo que me impusiera mi madre merecía la pena con tal de ver la cara que puso mi padre, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, incapaz de pronunciar palabra, al pie de la escalera.

Como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, así es como lo describiría yo en este momento. Se ve que la expresión de asombro de mi cara lo ha dejado aplastado. Está pálido y transparente. Solo los haces luminosos de las bombillas halógenas que cruzan el techo le prestan un poco de color. Un poco de humanidad.

Cuando entré, se estaba riendo. Encorvado sobre la barra, riendo disimuladamente mientras veía un vídeo en el teléfono de un joven de aspecto pijo.

Ahora ya no se ríe.

—Catrina, has vuelto.

Me preparo psicológicamente para un abrazo un poco forzado, incluso lo deseo de un modo instintivo, primitivo, pero no recibo ninguno, tan solo una copa de vino blanco que me entregan desde el otro lado de la barra y una mirada un tanto beligerante.

—Tengo que hablar urgentemente con una persona —dice al tiempo que me agarra del brazo en un gesto más posesivo que paternal—. No te muevas, ¿vale?

Me encojo como la niña de catorce años a la que siempre regreso y me subo a una banqueta a la vez que aparto la copa de vino. Al otro lado de la barra, junto a un árbol de Navidad de buen gusto pero tremendamente triste, está mi padre, discutiendo con una chica alta y ataviada con un vestido negro con la espalda al aire. Están demasiado lejos y no logro distinguir la cara de ella, pero dado que lleva toda la espalda llena de tatuajes tribales, y basándome en el supuesto de que los tatuajes corporales agresivos y los *piercings* faciales suelen ir de la mano, deduzco que esa debe de ser la chica del *piercing* en el labio. La actual «follamiga» de mi padre. Al ver su espalda desnuda brillando como si estuviera cubierta de diamantes junto a las luces del árbol, me siento igual que una solterona, aquí sentada en mi banqueta, con la espalda recta y sudando debajo de mi parka abotonada hasta arriba, pero me niego a desabrocharme ni un solo botón.

Estoy lanzada.

Veo que mi padre le dice algo a su follamiga y que esta echa a andar hacia la puerta profiriendo un último insulto y señalándolo con el dedo, como si fuese una

bruja lanzando un maleficio sobre este local. Por lo menos esta es guerrera, creo. A mi padre le suelen gustar las edulcoradas y de risita tonta. Que tengan curvas en todos los sitios en los que deben tenerlas, pero la personalidad de un muñeco de los que se usan para simular accidentes.

Cuando vuelve hacia donde estoy, viene frotándose la nuca, para aliviar la tensión.

—Vamos arriba.

Levanta la trampilla de la barra y me indica con una seña que cruce, pero yo la paso de largo y me meto en la mesa con sofás que tengo más cerca. Hay dos hamburguesas a medio comer puestas en dos bases de pizarra rectangulares y un poco de líquido derramado, pero de todas formas me siento, agarro una servilleta y limpio lo peor. Mi padre se sienta frente a mí. El rey en su castillo, su figura resulta casi regia en contraste con el acolchado de terciopelo del sofá.

—¿Algún problema? —pregunto sonriente, hirviendo de animosidad—. Eso es lo malo de ir con chicas tan jóvenes, papá. Los *millennials* podemos ser un poco exigentes. Nos creemos con derecho a todo. Me parece que en tu época eso se denominaba ser de «alto mantenimiento». Puede que una chica sencillita de tu misma edad fuese menos guerrera, más agradecida.

Sonríe de oreja a oreja. De pronto me entran ganas de darle una bofetada, agresiva y veloz como un gato acorralado.

—No es tan joven. Me imaginaba que tendrías mejores dotes de observación, dado tu trabajo. —Calla unos instantes, capta la atención de un subalterno y le hace una seña para que se acerque—. Tiene treinta y tantos, y de todas formas es solo una amiga.

—A mí no me ha parecido que se comportara como una amiga.

Mi padre ignora este comentario y se vuelve hacia su pequeño feudo.

—Bueno, ¿y qué te parece?

Yo miro en la misma dirección con gesto aburrido.

—Me parece que ese árbol de Navidad es horrible.

—¿En serio? Dime por qué, te lo ruego.

Pone cara de sentirse dolido de verdad. Yo estoy a punto de echarme a reír.

—Resulta un poco... —Me esfuerzo por dar con el término adecuado. Estoy cansada y tengo el cerebro pastoso, como una masa inmensa y blanduzca de pensamientos contradictorios—. No tiene suficientes adornos, eso es todo. Resulta un tanto espartano.

—Conque un tanto espartano, ¿eh? Buen adjetivo. —Dedica unos instantes a asimilarlo—. Dime, ¿significa lo mismo que una «mierda»?

—Exactamente lo mismo.

Reprimo una sonrisa. Sonreírle a mi padre siempre me parece una derrota.

—Entonces, ¿a qué debo el placer? Por cierto, me gusta cómo llevas el pelo. —Lo llevo solo un par de centímetros más corto y medio tono más oscuro, pero mi padre es

de esos hombres que se fijan en estas cosas—. Sin embargo tienes casa de cansada — agrega apoyando un brazo en el respaldo del asiento—. ¿Comes bien? Mira, voy a decirle al cocinero que te prepare algo. Lo que te apetezca. ¿Qué tal unas tortitas con miel y melocotón? Nunca has podido resistirte a ellas.

Hay cosas que no cambian nunca. Una de ellas es que mi padre intente manipularme con azúcar.

—En esta época del año los melocotones están verdes. Y he dejado de tomar miel.

Lo veo tensar la mandíbula, pero con la llegada del subalterno a la mesa se relaja al momento y cobra protagonismo el afable abuelete. Todo palmaditas en la espalda, parloteo y risotadas efusivas.

—Eh, Javier, ven a conocer a mi hija Catrina. Mi chiquitina. —Se da unos golpecitos en la sien—. Es la que ha heredado todo el cerebro.

Lo cual implica que Jacqui heredó toda la belleza.

Dejo que la idea cale durante unos segundos y aguanto el dolor, hasta que llego a un estado de «qué coño importa».

La voz de mi padre me trae de nuevo al presente, ese tonillo suyo de vejestorio que tanto gusta a los habituales del local.

—Pues verás, tesoro, antes Jav trabajaba en el Artesian. Pero al final se lo hemos birlado nosotros, ¿a que sí, tío? Jav y yo tenemos grandes planes, grandes planes... —«Jav» esboza una sonrisa tenue, como si anhelase un plan mucho más simple que únicamente consistiera en mantenerse atractivo y perfeccionar los Negronis—. Sea como sea, a mí tráeme un Peroni, jefe, y a mi niña lo que ella quiera. —Se vuelve hacia mí y añade—: Tesoro, no veas qué Mai-Tai prepara. Sigue la receta original de Trader Vic's, ojo.

—Solo agua del grifo, por favor.

Que no se diga que he heredado todo el cerebro y ninguna educación.

Espero a que se vaya Javier.

—Así que nada menos que en el Artesian. No te ofendas, pero ¿este sitio no es un poco bajar de nivel para él? Debes de estar pagándole mucho dinero. De hecho, Frank debe de estar pagándote mucho dinero a ti. No hubiera creído yo que este *pub* era tan lucrativo como tus otros negocios; ¿no será que esos «grandes planes» tuyos son una tapadera? —Siento que me recorre una náusea, seguida por una breve punzada de nostalgia—. ¿De verdad este sitio vuelve a ser simplemente el centro neurálgico de Frank? Su oficina de contabilidad, igual que antes.

Doy un salto atrás en el tiempo, hasta la década de 1990. Hasta unos individuos de aspecto un tanto sospechoso hablando en voz baja en la trastienda. Hasta unos paquetes de aspecto sospechoso apilados en torres en nuestra fresquera.

Mi padre se mordisquea la mejilla, una costumbre que he heredado yo y que me sirve para desahogar la rabia.

—No tenía nada que ver con el dinero, simplemente me apetecía un cambio. Al cabo de un tiempo Radlett se me hacía ya demasiado grande; había demasiados

recuerdos y pocas visitas.

Hago caso omiso de la pulla.

—En serio, yo pensaba que en esa época tú no estabas ya para andar cambiando barriles y desatascando baños. ¿No echas de menos ir por Hertfordshire mandando como un señor al volante de tu Jaguar?

Sonríe cuando lo digo.

—Venga, Cat. Yo nunca me identifiqué con aquello. Todo eso de la jardinería y esas chorradas del club de golf. Radlett nunca fue mi sueño. En realidad yo nunca... —Deja la frase sin terminar, y se quita una pelusa imaginaria del puño de la camisa, pero los dos sabemos adónde quiere ir a parar: «En realidad nunca me ha gustado la vida normal»—. De modo que sí, Frank comentó que estaba buscando a alguien que gestionara de nuevo este local. Me dijo que ya sabía que habían pasado años, pero me preguntó si me apetecía encargarme. Había invertido un dineral aquí, pero todo ese dinero se estaba desaprovechando. La historia de siempre, un par de gerentes que no saben distinguir el culo del codo, y ¡zas!, de repente el local se hace famoso. —Se saca un paquete de Marlboro del bolsillo de la camisa y empieza a pasárselo de una mano a otra—. Más que nada, lo que quería Frank era devolverle un poco de alma a este sitio. —Mira con timidez hacia arriba—. No sé lo que opinarás tú, pero yo opino que lo hemos conseguido.

Lo que opino es que Frank necesita lavar más dinero negro del que eran capaces de pasar por alto los dos gerentes anteriores, y sabe que, habiendo un buen dinero que ganar, nadie se vuelve más ciego que Michael McBride.

Todo esto es tácito, naturalmente. Opto por centrarme en el paquete de tabaco.

—¿Qué es eso? Pensaba que lo habías dejado. ¿Qué pasa?, que en estos momentos estás un poco estresado, ¿verdad?

No sé por qué le estoy provocando, pero es una costumbre que cuesta mucho erradicar.

Él se encoge de hombros.

—Lo intenté, pero fracasé. Como decía mi viejo, de algo hay que morirse.

—Lo dijo justo antes de caerse muerto a los cincuenta y seis. ¿Cuántos años tienes tú ahora?

—Cincuenta y cinco. —Se incorpora en el asiento e hincha el pecho—. Pero eso no va a ocurrirme a mí, yo voy casi todas las mañanas al gimnasio.

Prefiero cortarme la lengua antes que reconocerlo, pero se le nota. Mientras que la mayoría de los hombres se marchitan y se encorvan bajo el peso de las aflicciones matrimoniales, mi padre da la impresión de estar mejor cada año que pasa. Desde luego, nunca ha estado más fuerte ni más en forma que ahora.

Pero, claro, es que mi padre siempre ha sido muy guapo. Problemáticamente guapo, dirían algunos. Ojos brillantes, de un color verde y dorado, y una sonrisa semejante a una llamarada solar. Incluso ahora que ya tiene el pelo salpicado de canas y la línea de la mandíbula un poco más blanda, sigue conservando ese atractivo que

hace que las adolescentes quieran crecer más deprisa y que las señoras más entradas en años anhelan dar marcha atrás al reloj.

Llegan las bebidas, acompañadas de un cuenco lleno de algo que se parece al alpiste.

—Bueno, supongo que no habrás venido aquí a beberte un vaso de agua del grifo —me dice mirando mi vaso con desdén.

«He venido porque mentiste sobre Maryanne Doyle, y porque ahora ha muerto».

—Jacqui dice que has alquilado Radlett. ¿Qué has hecho con mis cosas?

Eleva las cejas de golpe.

—¿Has venido para eso? ¿En serio? ¿Te preocupa que pueda haber tirado a la basura tus antiguos juegos de mesa? —Lanza un profundo suspiro—. Pues se acabó el pánico, tesoro. No he alquilado la casa. —Me dirige una mirada de advertencia—. Y, por cierto, que eso no salga de aquí.

—Pero Jacq...

Levanta las manos en el aire.

—Dispárame, he mentido. No sé, no fui capaz de dejar que entraran a vivir unos desconocidos, pero sabes tan bien como yo que en el mismo momento en que anunciase que pensaba irme de esa casa, Jacqui aprovecharía para mudarse allí. Siempre está haciendo insinuaciones de que es más bien una «vivienda para una familia».

—Ellos son solo tres, ¿para qué necesitan una casa de cinco dormitorios?

—Me parece que están intentando tener otro hijo. Yo no le pregunto mucho, es cosa de ellos.

—¿De verdad? Para entonces, Finn tendrá siete años como mínimo.

Me mira con gesto de no entender.

—¿Y qué? Es la misma edad que tenía Noel cuando naciste tú. Era solo un año mayor que Jacqui.

Mi madre tuvo a sus dos primeros retoños en rápida sucesión. Yo llegué más tarde, a consecuencia de un feliz accidente, por lo visto. Bromeaban diciendo que ese año esperaban tener un nuevo Sierra y que en cambio me tuvieron a mí.

—Ya, y fíjate cómo salieron las cosas. Los dos me odiaban porque acaparaba toda la atención y les había aguado la fiesta.

—Jacqui no te odiaba.

En cuanto a Noel, no tiene dónde agarrarse. No conservo ni un solo recuerdo de mi hermano jugando conmigo, salvo la ocasión en que me propuso que jugáramos al escondite y me encerró en el sótano del *pub*.

—Jacqui me toleraba porque yo era un juguete que ella podía exhibir. —Su particular muñeca Lagrimitas, que estaba viva y respiraba.

—Eres demasiado dura con ella.

—¿Tú crees? ¡No soy yo la que ha mentido para impedir que se instale en la casa familiar!

—Ah, me lo merezco, me lo merezco de verdad. —Inclina la cabeza hacia atrás, respira hondo y expulsa el aire lentamente en dirección al techo—. Mira, quiero muchísimo a Jacqs, y Ash es un buen tipo, y por Finn siento adoración, pero puede que en algún momento yo quiera mudarme allí otra vez, y la idea de vivir con ellos las veinticuatro horas...

—¿Todo lo contrario de lo que te pasa con Noel, que es la mascota perfecta? Pone los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que diga, Cat? Es mi hijo y me preocupo por él. Me preocupo por todos mis hijos. No sabes cuánto me preocupas tú. —Intento decirle que no se tome la molestia, pero él continúa—: Oye, ¿te has enterado de lo de esa joven policía? La que han matado de un disparo en Estados Unidos. En Pensilvania, creo. —Menea la cabeza con gesto triste—. Solo tenía veinticuatro años. No era más que una cría.

«Una cría a no ser que te la estés follando, en cuyo caso toda la que tenga más de quince años se convierte en una presa legítima».

—No tengas miedo, papá, aquí esas cosas no son tan frecuentes.

—Pero no deja de ser una profesión peligrosa —insiste elevando el tono de voz—, y tú no dejas de ser hija mía.

Esto es nuevo. El peligro nunca se había planteado. Por lo general, mi padre prefiere los discursos grandiosos sobre «nosotros» y «ellos» y toda esa palabrería de «son como el agua y el vino». Afirmaciones breves y concisas acerca de la confianza y los lazos de sangre.

—Pero me hace feliz —replico, lo cual es cierto en parte—. Y en una ocasión me dijiste que podía ser lo que me apeteciera, incluso una *Tory*, con tal de que me hiciese feliz. Seguro que ya no te acuerdas, ¿a que no?

Vuelve a mirarme de frente.

—Pues claro que me acuerdo. Tenías seis años y anunciaste que querías ser yesera después de ver toda la obra que habíamos hecho en el vestíbulo. Noel y Jacqui se partieron de risa con tu ocurrencia.

—Ya, y tú dijiste que si eso me hacía feliz, por qué no. Incluso me compraste un juego de paletas.

Esto me conmueve en lo más hondo. También se lo noto a él en los ojos, pero le quita importancia con una carcajada.

—Creo que nadie corre el peligro de que lo maten de un disparo trabajando de yesero. Créeme, tesoro, cuando tengas hijos entenderás que la seguridad siempre importa más que la felicidad.

«Y sin embargo llevo años sin sentirme segura contigo».

—Han encontrado muerta a Maryanne Doyle. —De pronto se extiende un rumor proveniente del otro lado de la barra. Ha sido un penalti en el último minuto. Alguien se ha llevado una amonestación por enésima vez—. Ha ocurrido cerca de aquí —sigo, haciéndome oír por encima del estruendo—, en Leamington Square.

Mi padre vuelve los ojos un instante hacia la conmoción y luego encorva los

hombros como si pretendiera hacerse fuerte para resistir una tormenta invisible. No han pasado más que unos pocos segundos hasta que vuelve a hablar, pero ha sido tiempo suficiente para que tome una decisión.

—¿Que han encontrado a quién? —dice aguzando el oído hacia mí y entornando los ojos, irritado por el ruido.

—A Maryanne Doyle. —Siento la boca como si la tuviera llena de arenilla—. Ya sabes, aquella chica de Mulderrin.

Ladea la cabeza. Rebusca en su archivo mental. De repente, la iluminación.

—¿Te refieres a la hija de Jonjo Doyle? ¿La que se escapó? —Su voz sube ligeramente de tono—. ¿Y dices que la han encontrado aquí, en Londres?

Hago un gesto afirmativo.

—Sí. La han asesinado. Tienes que haberlo visto en las noticias. ¿No te has enterado?

A mi padre se le nubla el semblante, pero no por lo que yo creo.

—Últimamente no puedo ver las puñeteras noticias. Noel le ha hecho algo al televisor, y ahora no se «inicializa», sea lo que sea eso. ¿Tú sabes lo que quiere decir «inicializarse»? No consigo encontrar el manual...

La clásica táctica evasiva.

Pero no le permito que se escabulla.

—Es que, en fin, ha ocurrido prácticamente delante de donde vives tú. ¿Qué pasa, que radio macuto ya no funciona tan bien como antes?

—A decir verdad, en estos últimos días no he estado mucho por aquí. —Bebe un sorbo de su cerveza y se cepilla un tercio de un solo trago—. A ver, sí, ahora que lo mencionas, creo que he visto esa cinta de color amarillo calle arriba, pero no es una noticia tan llamativa por estos lares.

Me retumba el corazón.

—¿Y qué opinas entonces?

Me mira con gesto interrogativo, como si no entendiera del todo mi pregunta.

—Pues que es terrible, por supuesto. De lo más terrible. Tessie Doyle..., ¿no se llamaba así la abuela? Era una de las amigas de tu abuela. Deberíamos enviarle una tarjeta de pésame, por lo menos. ¿Qué te parece?

Aparto la punzada de emoción.

—Lo más probable es que a estas alturas la abuela ya se haya muerto. Ya estaba prácticamente muerta por aquel entonces.

—Pues entonces al padre. No me malinterpretes, era un gilipollas de primera, pero a mí no me gustaría que en mi peor...

—Tampoco va a tardar mucho en morir.

Entorna los ojos.

—Hay que reconocer que estás muy bien informada.

—Estoy trabajando en este caso.

Y, durante un segundo, el mundo se encoge para concentrarse en nosotros dos.

Solo su rostro y el mío. Todos los olores parecen evaporarse. Todos los colores dejan de existir. Y se hace el silencio. Un silencio tan cargado de miedo y desconfianza que vuelve abstractas todas las cosas y nos transforma a nosotros en estatuas de piedra.

Pero mi padre se recupera más rápido que yo, y lanza un silbido en tono bajo seguido de un chasqueo sarcástico con la lengua. Aguardo unos instantes a que lo que nos rodea recobre la nitidez.

—¿Qué?

Intenta actuar con naturalidad, pero veo un rubor que le asciende por el cuello.

—Eh..., en realidad nada. Solo estaba pensando que sin duda los policías tienen algún código del que echan mano cuando se dan relaciones personales y todo eso...

Yo también intento actuar con naturalidad, pero tengo los hombros agarrotados y el cuello retorcido igual que una hélice.

Opto por mostrar confusión.

—¿Y cuál es mi relación personal, papá? ¿Que mi abuela jugaba al bingo con la suya?

Mi padre cierra la mano con fuerza en torno a su cerveza.

—¿Así es como lo ve tu jefe?

—¿Desde cuándo te importa tanto la ética policial? —replico, encendida.

Toma una servilleta con la otra mano, una bandera blanca llena de lamparones de grasa.

—Eh, relájate un poco, detective. A ver, ¿qué sé yo? Pero, si la memoria no me falla, por aquella época Jacqui tuvo unas palabras con la policía irlandesa.

Me quedo mirándolo fijamente, con gesto inexpresivo, fingiendo que no le entiendo.

—Tiene que constar en algún registro, sin duda.

«Un sobresaliente».

—Oye una cosa, papá: ¿Qué tal si dejas que de eso me preocupe yo? De todas formas, a Maryanne la asesinaron el lunes por la noche, tenía treinta y cinco años y se encontraba muy lejos de Mulderrin. Dudo que exista alguna relación.

Estoy a unas cinco botellas de vino, sesenta noches sin dormir y setecientos pensamientos siniestros de saber si me creo eso o no.

Me da la impresión de que mi padre se lo cree sin más.

—Ah, aquellas vacaciones en Mulderrin me transportan a otros tiempos —dice con los brazos apoyados en la mesa, totalmente encorvado y relajado—. Era una chica muy guapa, ya lo creo. Seguro que Jacqui se acuerda de ella.

«Yo me acuerdo de ella, papá. Y también me acuerdo de todas las mentiras que dijiste».

—¿Sabes qué recuerdo yo de aquellas vacaciones? —le digo—. Que tú desaparecías todo el tiempo. Que era mamá la que me acostaba todas las noches, de manera que no había nadie que me contase un cuento.

—¡Joder, y luego dices que Noel es rencoroso! —Emite una risa corta, brusca y

dura—. Ah, pobre Catrina. ¿Quieres que te lea ahora el cuento de *Los tres cerditos*? ¿Para compensarte?

Me contengo para no decirle que se vaya a la mierda. Transformo mi exabrupto en una mirada fulminante.

—¿Sabes lo que recuerdo yo de aquellas vacaciones? —me dice. Yo cambio la mirada fulminante por un gesto impasible, pero estoy deseando saber qué va a decir—. Recuerdo que tú no querías ir. Pillaste una buena rabieta. Íbamos a sacarte del colegio unos días antes de lo normal, y te angustiaba que tu conejito de clase se quedara sin comer. Y también te preocupaba Reg. ¿Te acuerdas de Reg?

Sí me acuerdo de Reg. Era uno de los clientes habituales del *pub*, un anciano encantador. En el espacio de tres semanas perdió a su mujer por culpa del cáncer y a su perro por culpa del autobús número 73, y sin embargo rara vez dejaba de sonreír o de contar algún chiste malo.

Pero no digo nada, solo me limito a asentir con la cabeza.

—Así que te dije que no debías preocuparte tanto por todo, que a Reg y al puñetero conejo no les iba a ocurrir nada, que era maravilloso que fueras una niña tan considerada y que yo me sentía orgulloso de ti. —Siento que me sube un calor por la cara; aprieto los labios y parpadeo tres veces—. Y es que en aquella época lo eras. Eras una verdadera joyita. Bondadosa. Un poco alborotada a veces, pero nunca te portabas mal como Jacqui y como... —Deja en suspenso el nombre de Noel—. Ya sé que se supone que los padres no tienen favoritos, pero nunca hubo ninguna competición. ¿Qué ha ocurrido, Cat? ¿Por qué te empeñas tanto en ser desgraciada?

—Eso no es verdad. ¿Por qué te empeñas tú en convencerte a ti mismo de que eres feliz? ¿Para eso te sirven el Jaguar, tus mujeres y este estúpido local? ¿Para olvidar que la vida es esencialmente una mierda?

Intenta tomarme la mano, y consigue rozarme las puntas de los dedos antes de que yo la retire bruscamente.

—Ya sé que no soy feliz, Cat. ¿Cómo voy a serlo? «Uno es solamente tan feliz como su hijo más infeliz». ¿Has oído ese dicho?

Siento un escozor en los ojos y sé que voy a echarme a llorar, o a capitular, si no cambio el tono de esta conversación y hago algo drástico.

Arranco la anilla de la granada de mano.

—¿Te acostaste con Maryanne Doyle?

Mi padre se remueve en su asiento. La luz proyecta una sombra sobre su rostro, y durante un segundo que resulta crucial dejo de verle los ojos. Cuando reaparecen, juro que su expresión ha cambiado: ahora transmite una serenidad glacial. Es un hombre acusado que dista mucho de sentirse vencido.

—Y bien, ¿lo hiciste? No es una pregunta trampa, papá. No es un examen de respuesta múltiple.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —Lo dice casi en tono divertido, como si acabaran de contarle el chiste más malo del mundo por enésima vez pero aun así no

pudiera evitar reírse—. ¿Nunca te cansas de esto, Cat?

No estoy cansada. Estoy exhausta.

—Pues dime que estoy en un error. Dime que me he vuelto loca, como haces siempre.

—No creo que yo haya utilizado jamás el término «loca».

La verdad es que no. Me ha tachado de «exasperante» o de «beligerante», y una vez me dijo que era «veneno puro», pero nunca me ha dicho que esté loca.

—Me doy cuenta de que tampoco has utilizado la palabra «no». —Me tiembla la voz. Llevo anclada a este discurso desde que todavía conservaba los dientes de leche, pero ahora que lo he dicho, ahora que ha quedado expuesto, suena irreal o, como mínimo, endeble—. Dilo, papá —le insto—. Si no te acostaste con Maryanne Doyle, di «no». Simplemente contesta a la pregunta.

—No. —Su mirada deja de proyectar esa serenidad glacial de antes y adopta una expresión colérica—. No, no me acosté con Maryanne Doyle. De igual modo que no me acosté con tu tía Brona. Ni tampoco con la madre de Katy Keilty. Ni con tu profesora irlandesa de baile. Ni con Cathy Hammond del Flag. Ni en general con la mitad de las mujeres con las que tú crees que me he acostado.

¿La mitad? Eso lo dudo mucho. Estoy dispuesta a admitir que no discriminaba a la hora de acusarlo —con lo de mi tía Brona todavía me muero de vergüenza—, pero sé que en muchos casos no me equivocaba. No fueron únicamente estas favoritas menos probables que ha tenido la inteligencia de nombrar.

Sereno la voz para preguntarle:

—Entonces, ¿por qué mentiste diciendo que no la conocías y que...?

De pronto me aferra la mano.

—Basta ya, Catrina. —Abro la boca, pero él levanta un dedo para frenarme y me pone otro en los labios para hacerme callar—. Lo digo en serio. Basta.

Fuerte, calmado, autoritario. Como si estuviera apaciguando a un perro furioso. Pero yo no quiero apaciguarme, todavía no.

—Porque sí que la conocías. La recogimos con el coche...

Hace un movimiento con la mano y me sujeta la mandíbula. No me hace daño, pero tiene mucha fuerza y me impide hablar. Noto cómo me hormiguea la piel bajo su tenaza. Al resto de los clientes del bar debe de parecerles que estamos jugando.

—¿Es que esto no va a terminar nunca, Catrina? ¿Todas estas chorradas? A lo mejor piensas que tú nunca has dado un paso en falso en toda tu vida. ¿No puedes aceptar que todo el mundo tiene sus... —elige la palabra con cuidado— flaquezas?

—¡Flaquezas! —repito con sorna—. Di más bien fracasos. La gente toma decisiones erróneas, hay una diferencia.

Desata la palabra fatídica:

—Tu madre siempre me perdonó. ¿Por qué no puedes perdonarme tú? Bien sabe Dios que siempre la imitabas en todo lo demás.

La liberación llega de la mano del guapo Javier, que viene indignado, y lo digo en

todo el sentido de la palabra, porque una clienta le ha dicho que le dio un billete de veinte cuando él sabe con seguridad que era uno de diez. Mi padre se levanta pesadamente y se acerca a la barra con los brazos abiertos y la barbilla alta, preparado para solucionar ese «obvio malentendido» sin más armas que su iridiscente sonrisa y un toque del encanto McBride.

Yo cojo mi bolso y me voy.

Debería haberle dicho a mi padre que esto no tiene nada que ver con mamá. Ni con tener que perdonar. Ni con sórdidos revolcones en el bar. Ni con la madre de Katy Kielty ni con contratar a estudiantes sexis para que sirvan cervezas. Esto es un caso de asesinato.

Esto tiene que ver con la mentira —la letanía de mentiras— que contó acerca de Maryanne Doyle dieciocho años atrás y con el hecho de que Maryanne acabe de aparecer muerta a unos minutos de donde vive él.

Pero me ha amordazado el miedo, mucho más que su mano sujetándome la mandíbula. El miedo de lo que mi padre podría volcar sobre mí si yo continuara presionándolo y el miedo de perderlo para siempre si estoy en un error.

Porque ¿qué ocurre si mi padre no es quien yo creo que es? No puedo ignorar el hecho de que he pasado casi toda mi vida, no totalmente segura de ello, pero ciertamente jugando con la idea —y después bloqueándola— de que mi padre podía haber matado a Maryanne Doyle en 1998. Ahora que se ha demostrado que eso es imposible, ¿puedo fiarme de mi propio instinto tanto como desconfío de él?

Porque, ¿qué ocurre si no es una mala persona? ¿Qué ocurre si no es más que un mentiroso? Un mujeriego. Un cabrón normal y corriente. Un ídolo del público ya entrado en años que tiene una novia temperamental y excesivamente tatuada y un televisor complicado que no acaba de entender.

¿Y si he pasado estos últimos dieciocho años atormentándolo —atormentándome a mí misma— por algo que al final no son más que unas cuantas mentirijillas sórdidas?

Las siete de la mañana.

Me despierto tarde, por lo menos tarde para lo que es habitual en mí, retorcida y prácticamente momificada en mis sábanas, con el cuerpo cubierto de una película de sudor frío y una docena de fotos familiares desperdigadas por la cama. No recuerdo que esta noche haya soñado, aunque sí he debido de hacerlo. Dicen los expertos que soñamos siempre. Que los sueños actúan como válvulas de seguridad a través de las cuales vivimos los deseos inconscientes, libres del impedimento que suponen las consecuencias o de la vergüenza que nos causan los tabúes. Yo nunca he soñado que matase a mi padre, aunque en una ocasión sí que soñé que él me mataba a mí.

Me incorporo deprisa, agradecida de que sea tan tarde. Como me he despertado a las siete, puedo lanzarme directamente a la tarea de centrarme en las cosas reales y seguras: la ducha, las vitaminas, la leche caducada, los retrasos en el metro, mientras que a las cinco, que es la hora a la que me despierto normalmente, aún dispongo de dos horas para quedarme en la cama, medio a oscuras, y cavilar. Dos horas para pensar en todas las cosas que podría haber hecho mejor y en todas las personas a las que no veo nunca. A veces aprovecho ese rato de una forma más eficaz. Leo revistas para descerebrados a la luz del teléfono y me drogo con artículos como «¡Cambia tu crema facial y cambiarás tu vida!». Otras veces le hablo al silencio en voz baja y me prodigo pequeños elogios a mí misma, siguiendo el consejo de casi todos los manuales de autoayuda que he sido lo bastante idiota para comprar.

Soy suficiente.

Soy más que suficiente.

Me quiero a mí misma y me acepto.

Soy una buena persona.

Esta última afirmación es la que me da vergüenza. Esta idea de que «bueno» equivale a «protegido». Cualquiera pensaría que he pasado los dos últimos años dando alegres brincos por Disney, y no trabajando rodeada de la implacable mugre de Investigación de Homicidios, donde todos los días le suceden cosas despreciables, impensables, a personas buenas. Precisamente el año pasado trabajé en un caso en el que una señora de sesenta y dos años, muy conocida en su comunidad por organizar eventos con fines benéficos y por proporcionar un hogar a niños discapacitados, recibió cuatro puñaladas mortales en la cabeza a plena luz del día, encima de una bolsa de basura. Era una buena persona, una de las mejores a decir de todo el mundo. Seguro que nunca sintió la necesidad de afirmar su bondad en el silencio de su dormitorio a las cinco de la mañana. Pero el hecho de ser buena no le sirvió para nada bueno.

Alice Lapaine también era buena persona.

—Bien, he leído el informe por encima y pienso concederle a Vickery una proporción de aciertos con su bola de cristal de ocho sobre diez.

A las nueve y media, Steele entra en la oficina sosteniendo en precario equilibrio varios expedientes, un cubo de café, una bolsa de papel que contiene algo grasiento y esa cosa que ella denomina bolso y que para la mayoría de la gente es más bien una maleta para una escapada de fin de semana.

Parnell, más rápido de lo que yo le habría creído capaz, atrapa el café justo antes que se vuelque.

—Hola, Lu —saluda jadeando y resoplando, al tiempo que lo deposita todo con un golpe sordo en la mesa que tiene más cerca—. Chicos y chicas, escuchadme todos. Dispongo literalmente de quince minutos para que me pongáis al corriente porque después me iré y estaré todo el día fuera: tengo reuniones con Blake, la Oficina de Prensa y hasta el puñetero dalái lama, que yo sepa. Imagino que todos habréis tenido ocasión de leer el informe de la autopsia. Bueno, pues más os vale haberlo leído. Benny, sé bueno y pon las fotos en la pantalla grande. —Luego se dirige a Parnell—: Lu, es todo tuyo. Necesito comer.

Ben se pone manos a la obra con la tecnología mientras todos los demás nos afanamos en dar un último repaso, no sea que Parnell decida jugar a Preguntemos al Público.

—Bien, vamos con Thomas Lapaine. —Parnell se acerca al tablón y apoya su carnosa mano en la foto del aludido—. Necesitamos traerlo de nuevo a este edificio porque la autopsia ha desvelado algo muy interesante: que Alice había dado a luz a un niño en algún momento de su vida. Así lo confirma la forma del cérvix y de la pelvis. Es difícil determinar la fecha exacta, y ni siquiera sé con seguridad lo que eso significa, pero es algo que el marido ha obviado mencionar.

—A mí dejadme al margen de eso, por favor —dice Renée—. Considero que en ese sentido ya me he involucrado bastante. La primera vez que lo entrevisté le comuniqué que su esposa había muerto, y la segunda vez le dije que le había mentado como una bellaca acerca de su identidad.

—Chungo, ¿verdad? —digo yo.

—De lo más chungo. Unas cuantas lágrimas y unos cuantos gritos. También arrojó un vaso contra la pared. Su madre me acompañó hasta la puerta y me dijo que había sido una descarada y que no le gustaba mi tono. —Renée sonrío, y sé lo que va a decir a continuación—: Más bien no le gustaba mi tono de piel. No creo que esa señora tenga un círculo social muy diverso, ya entendéis a qué me refiero. Ya fue un gran mazazo para ella enterarse de que su nuera era cien por cien irlandesa.

Emily deja de morderse una uña y endereza la espalda.

—Jefe, ayer estuve hablando con el especialista en reproducción asistida y vi el formulario de registro de pacientes que rellenaron los Lapaine. En él no decía nada de un embarazo anterior.

—Quizá Thomas Lapaine lo desconociera por completo —sugiero yo—. Podría haber sucedido antes de que conociera a su mujer.

Ben señala la pantalla.

—Vamos, pero si hay estrías en el abdomen y también en los pechos, más tenues. Debió de darse cuenta, aunque fueran marcas antiguas.

Nuestro contingente femenino comparte una sonrisa dolorida. A mí me entran ganas de levantarme la camiseta y pasearme luciendo mis estrías delante de su carita de inocente, pero me conformo con ponerlo en evidencia:

—Ben, ¿has visto alguna vez a una mujer desnuda? Digo una de verdad, no una de esas que pueblan tu ordenador portátil o tu iPhone. ¿Te suena de algo eso que se llama «dar el estirón» o «engordar un poco»?

—A lo mejor tuvieron un niño que nació muerto —propone Renée—. Se comprende que el marido no quisiera recordar ese episodio justo cuando acaba de enterarse de que su mujer ha sido asesinada.

Parnell toma en cuenta este comentario, pero no se queda convencido.

—Hum, entiendo que no quisiera darnos esa información, pero en cambio con nosotros habló mucho del tema de los hijos. Si hubiera habido un niño y ya no lo hubiera, de algún modo habría salido en la conversación.

—Renée —interviene Steele—, examina los datos que haya: adopciones, nacimientos, defunciones, todo, respecto de un niño nacido de Alice Lapaine o de Maryanne Doyle, aquí y en Irlanda.

—Ya sabe lo que significa eso, naturalmente —contesta Renée—. Si Alice dio a luz en el pasado, lo más probable es que el problema lo tuviera Thomas Lapaine.

—¿Y bien? —pregunto yo—. Que yo sepa, no existe ninguna relación directa entre la infertilidad masculina y las tendencias homicidas.

Renée afirma con la cabeza.

—No, pero se trata de un tema muy emotivo, solo digo eso.

—Ya dije que estar amojamado podía desembocar en algo malo. Lo dije. —Flowers está eufórico.

Por más que sé que eso va a herirle, Parnell asiente.

—Puede que cuando Alice decidió dejar de intentar tener un hijo, el marido se derrumbase. Aquello le arrebató toda posibilidad de demostrarse a sí mismo que era un hombre de verdad. —Levanta una mano en el aire para frenar mi protesta—. No estoy diciendo que sea lo que pienso yo, Kinsella, lo único que intento es ponerme en su pellejo. Pensar como pensaría él.

Lo cierto es que en esta sala no hay muchas personas que sepan de verdad cómo podría pensar un hombre inseguro que se enfrenta a un futuro sin hijos. Desde luego Seth y Ben no tienen ni idea: ambos preferirían someterse a una colostomía antes que tener un hijo en esta época de su vida; y desde luego tampoco los sementales del departamento —Parnell, Flowers y Craig Cooke—, que entre todos deben de tener como un centenar de retoños.

Steele consulta el reloj.

—Muy bien, ¿podemos dejar a un lado el tema del contenido del escroto de Thomas Lapaine y ver qué más tenemos? No me queda mucho tiempo.

Parnell prosigue.

—La hora de la muerte. Vickery aún se muestra cautelosa al respecto, pero vamos a trabajar con una franja situada entre la una y las tres de la madrugada. La causa de la muerte es asfixia manual; sin embargo, prácticamente no hay señales de forcejeo, así que casi con toda seguridad la víctima estaba inconsciente cuando la estrangularon, probablemente a causa del golpe recibido en la parte frontal de la cabeza, fotografía número cinco.

Todos hemos visto fotos de escenas del crimen, las peores de las cuales se nos han quedado grabadas a fuego en el cerebro como si fueran asfalto, pero las de la autopsia permiten tomar una distancia un poco más profesional. Flowers pasa las páginas como si fuera a elegir el plato principal de un menú... y no es una crítica, yo misma estoy deseando verlo.

—Bien, prestemos atención, porque esto es importante: el cráneo de la víctima no se fracturó por el golpe. No se causó verdadero daño al cerebro, de modo que Vickery está un tanto indecisa en este punto. Dice que podría calificarse de incongruente con respecto a lo que cabría esperar como resultado de una paliza normal, lo cual podría significar que, en vez de ser golpeada con algo en la cabeza en una agresión deliberada, la víctima podría haberse golpeado de forma accidental.

—¿O haberse caído?

Steele me señala, animada. Noto que me pongo toda roja.

—Sí, eso es, Kinsella. Es muy posible que se cayera. Encaja con los leves hematomas que tiene en las piernas, fotografías ocho y nueve. —Ni siquiera tiene necesidad de consultar el informe para saber la distribución de las fotos—. Pero mientras barajamos meras posibilidades, imaginemos que la herida pudiera haber sido causada por un golpe intencionado. ¿Qué nos dice eso?

No nos da tiempo para responder.

—Pues nos dice que no fue demasiado salvaje, pues de lo contrario habría más daños cerebrales. Y si sumamos eso al hecho de que los cortes que presenta en el cuello también fueron muy vacilantes, muy superficiales, lo que nos encontramos aquí es un asesino más bien reacio, aunque bastante decidido.

—¿Reacio pero decidido? —dice Seth con gesto pensativo, con esa actuación a lo Sherlock Holmes que unas veces me divierte y otras me irrita, dependiendo de mi estado de ánimo—. Eso es un oxímoron, ¿no le parece?

—Yo creo —tercia Parnell— que lo que quiere decir la jefa es que el asesino quería matarla...

—O la asesina —dice Flowers creyéndose muy gracioso—. En estos tiempos no se puede discriminar, acuérdate.

—¡Bien dicho, hermana! —exclama Craig lanzando un puñetazo en el aire.

—Silencio todos —explota Parnell—, esto no es una broma. —Me sobresalta, incluso me asusta un poco. Es la primera vez que veo a Parnell perder los nervios, y no me gusta—. Si a alguien le resulta esto mínimamente divertido, le sugiero que vaya al depósito de cadáveres y eche un vistazo a lo que hay en la nevera, ¿de acuerdo? Una mujer joven que tenía toda la vida por delante la ve truncada de pronto, y no tenemos la menor idea de por qué.

Comprendo lo que está haciendo. Cuando uno está desempeñando un papel, se ve obligado a cambiar un poco de estilo, pues de lo contrario todo el mundo cree que continúa siendo un colega. Que continúa siendo papá Parnell, el aficionado a las risas y los chistes, tan ganso como el resto de nosotros.

Parnell prosigue, ya más calmado:

—Lo que quiere decir la jefa es que quienquiera que fuese el asesino, deseaba matar a la víctima; sí, el hueso hioides estaba fracturado, de manera que se requirió una fuerza considerable; por lo visto el asesino debió de necesitar varios intentos para escoger el arma.

—Así que, más que reacio, el asesino era inexperto —comento.

—¡Joder! —salta Steele—. Olvidemos que he dicho «reacio», he escogido mal la palabra. Sí, Kinsella, el asesino era inexperto. Indeciso. Acojonado. ¿Qué tal voy? ¿Hay algún otro oxi-no-sé-qué que tenga que corregir?

Steele, con su título superior obtenido en Durham y sus másteres de la LSE, no tiene inconveniente en hacerse la tonta si eso contribuye a animar a las tropas.

Lo cierto es que yo tengo otro oxímoron, por lo menos una contradicción:

—Sargento —digo volviéndome hacia Parnell—. ¿O ahora debo llamarte jefe? Sea como sea, ¿no crees que resulta extraño que a la hora de matar el asesino fuera tan inseguro, pero a la hora de abandonar el cadáver se mostrase tan, no sé, tan descarado? ¿Te acuerdas de las imágenes de la cámara de seguridad? En ellas se ve a nuestro asesino, o asesina —un breve guiño a Flowers—, estirando la espalda como si estuviera practicando el saludo al sol, no tirando un cadáver.

—Es una postura de yoga —aclara Renée antes de que lo pregunte Flowers.

—Vale —asiente Parnell, contento de seguir ese hilo—. ¿Y qué opinas que puede significar?

—¿Que resulta menos estresante tirar un cadáver que matar a una persona?

Seth interviene en la acción:

—A lo mejor la persona que aparece en las imágenes grabadas no es nuestro asesino. A lo mejor es simplemente alguien a quien encargaron que se deshiciera del cadáver.

—Calma —advierde Steele—. No quiero imaginar siquiera esa posibilidad sin tener pruebas.

Parnell levanta una mano.

—A propósito de eso, no contamos con muchas pruebas. Los forenses tienen unas cuantas huellas de pisadas... —Esto provoca una queja general. Las huellas de

pisadas no se pueden comparar con las fibras textiles, la sangre, la piel o el semen, a no ser que estén estampadas sobre el pecho de la víctima y nos pongamos a jugar a *La Cenicienta* con un pie de verdad—. Sí, sí, no matéis al mensajero.

—Da la impresión —interviene Renée— de que el asesino tuvo en cuenta a los forenses.

Parnell se encoge de hombros.

—No necesariamente. La escena principal del crimen podría estar llena de material útil, pero, hasta que la encontremos, me temo que estamos estancados con esas huellas de pisadas.

Yo tengo otras cosas en mente:

—¿Entonces no se ha encontrado ningún resto de semen? Así que, definitivamente, la víctima no practicó sexo sin protección en las setenta y dos últimas horas. ¿No podría eso significar que la teoría del «novio secreto» es un poco menos plausible? Quiero decir, sí, podrían haber utilizado condones, pero...

Parnell está en ello.

—Hemos solicitado un frotis vaginal para ver si encuentran restos de lubricante de condones. Eso no nos dirá nada definitivo, pero al menos nos dirá algo.

—No podemos descartar un novio basándonos solo en eso —dice Flowers—. Quizá es que llevaban unos días sin usar el colchón. Ya sé, ya sé, cuesta creer que yo prescindiera de eso durante mucho tiempo, pero hay gente a la que le pasa.

—Lo sé, Pete —dice Parnell afirmando con la cabeza—, pero no hay ninguna otra señal obvia de actividad sexual, y si había un novio, supongo que debía de ser un rollo muy fuerte, tanto como para convencer a Alice Lapaine de que viniese a Londres, y no de los que aguantan tres días de abstinencia. Sea como sea, ya lo veremos. Los del laboratorio no han podido proporcionarnos ningún marco temporal, obviamente.

—Pero no se han mostrado tan reacios a la hora de proporcionarnos los costes —murmura Steele leyendo el informe de la autopsia.

—Hablando de dinero —dice Parnell—, ¿qué tenemos hasta el momento respecto de las transacciones bancarias?

—Según el banco, la víctima estaba en Londres desde el jueves 19 de noviembre —confirma Renée.

—Lo cual refrenda lo que nos ha dicho Thomas Lapaine —digo yo sin pretender defenderlo, sino simplemente constatando un hecho.

Renée levanta un dedo a modo de advertencia.

—Sí, pero no vayas tan rápido, enseguida vuelvo con él. De manera que Alice utilizó la cuenta conjunta para pagar dos noches en un hotel, si es que se lo puede llamar hotel, porque es un antro asqueroso que hay junto a Gray's Inn Road. Sin embargo, ese antro logró sacarle 250 libras por dos noches, incluido el desayuno. Por una habitación individual que un usuario de Trip Advisor dijo que era..., ¿cómo dijo, Ben?

Ben tuerce el cuello.

—Fría, destartalada y sumamente deprimente.

No me puedo resistir:

—Parece la descripción de tu última novia, Seth.

—Eres cruel, Kinsella —responde él con una sonrisa.

Hablando en serio, fueron muchos los turnos de trabajo que pasé aconsejando a Seth acerca de su ex, fría como el hielo, una finlandesa vegana que tenía alergia a todo, era reacia a hacer mamadas y, en mi opinión, llevaba un flequillo que no la favorecía en absoluto.

Renée prosigue con una media sonrisa; ella también ha hecho de consejera sentimental:

—Hemos hablado con la recepción del hotel, y alguien se acordaba vagamente de ella. Pero nada que se saliera de lo normal. No la vieron con nadie.

Parnell se frota los ojos.

—¿Y después, qué?

—Nada. Desde el 19 de noviembre no ha habido más transacciones de ingresos ni gastos efectuadas con tarjeta de crédito. Lo único que tenemos son retiradas de efectivo de la cuenta conjunta, todas en el centro de Londres, y en todas ocasiones por el importe máximo, 250 libras cada cuatro o cinco días, pero, y ahora viene lo interesante, eso se interrumpió la semana pasada. El último reintegro fue el 13 de diciembre, cuando...

Lo interrumpo. No es mi mejor costumbre, pero esto no es una reunión informativa normal, sino una tormenta de ideas, y no dan premios a la timidez.

—¿Doscientas cincuenta libras cada cuatro o cinco días? Eso no da para vivir en Londres, incluido el alojamiento. Necesariamente debía de estar alojada en casa de alguien.

—Entonces, ¿por qué dejó de saquear al marido? —dice Flowers con un sarcasmo en la voz que es producto de la experiencia.

Le lanzo una mirada asesina.

—Esto... ¿te importa consultar en el diccionario lo que quiere decir «conjunta»?

Renée pone los ojos en blanco, pero pasa de discutir con él.

—No le quedó más remedio. Acaban de confirmarme que Thomas Lapaine anuló la cuenta conjunta a principios de la semana pasada. Le cerró el grifo a su mujer, el muy cabrón.

—¿Podía hacer algo así? —pregunto, sorprendida—. ¿Vaciar la cuenta sin que ella lo supiera?

Para mí es algo totalmente nuevo. Y pensar que Steele me declaró apta para Inteligencia Financiera.

Renée hace un gesto afirmativo.

—No es una forma muy considerada de obrar, pero estaba en su pleno derecho. Cada uno de los titulares de una cuenta puede cerrarla en cualquier momento.

No sé muy bien si compadecer o envidiar a las parejas que tienen ese grado de fe. Por una parte parece absurdamente ingenuo, pero por otra en ello consiste la intimidad. En sentido literal, obras son amores.

—De acuerdo, tráelo a este edificio hoy mismo —le dice Steele a Parnell—. Dile que solo es para tener otra conversación, naturalmente. Por favor, intenta evitar los llantos y los gritos, o que estampe vasos contra las paredes. De cualquier forma, en esta etapa del caso no hay mucho que podamos utilizar contra él hasta que tengamos más material forense, pero tú procura que se marche con esa idea de que «nos entendemos el uno al otro», ¿vale? En ese matrimonio había algo podrido, y tenemos que averiguar lo que era.

Parnell asiente.

—Ben, ¿alguna novedad con respecto a las llamadas telefónicas?

Ben está nervioso.

—Pues sí, más o menos. Tenemos la llamada que hizo la víctima a su marido el día de su cumpleaños, y luego varias llamadas perdidas a su teléfono: unas cuantas del marido y otras dos de alguien del *pub* el día en que se marchó, probablemente solo para averiguar por qué no se había presentado a trabajar. Y después están las habituales llamadas que ofrecen un seguro, etcétera. —Respira hondo—. Pero lo más interesante es que tenemos dos llamadas efectuadas por Alice a dos números de tarjetas prepago distintas en estas últimas semanas. La primera es del 23 de noviembre. La segunda, del 12 de diciembre. El problema es que los dos teléfonos están apagados. Tenemos que esperar a que se enciendan de nuevo para que se conecten a la red y nos permitan obtener una ubicación. Y si alguna de esas dos personas está involucrada, podríamos no conseguirlo nunca, por supuesto.

—¿Podemos averiguar dónde compraron la tarjeta prepago? —pregunto—. ¿Hay imágenes de alguna cámara de seguridad?

Ben afirma con la cabeza.

—Estamos en ello, pero si la tarjeta la compraron en una tiendecita situada en el culo del mundo, olvídate...

—Qué divertido es todo —gruñe alguien. Me parece que ha sido Flowers.

Parnell hace lo que puede para apoyarnos a todos.

—De acuerdo, buen trabajo, muchachos. Estamos progresando, aunque no lo parezca.

Cuando todos empiezan a dispersarse para volver a sus mesas, Parnell me agarra del brazo.

—Quiero que vayas a Wandsworth. Esa cafetería en la que la víctima compró el café el viernes reabre hoy.

—Bien.

Aparece Steele.

—Y llévate contigo a Emily. Infórmame de si vale para algo más que para hurgarse las uñas y mirar ropa en internet.

Pobre Emily Beck. Es una novedad que nos conquistó a todos. La libertad de volver a vestir moda después de dos años yendo de uniforme.

—Jefe, ¿puedo hablar con usted? —Tanto Parnell como Steele se dan la vuelta—. ¿Gran jefe? —digo, y a continuación, para vergüenza mía—: ¿Jefa? —Soy consciente de que estoy haciendo que Steele parezca un perfume barato de mercadillo.

—Claro. Tendremos que hablar mientras caminamos. —Me tiende dos expedientes—. Ten, llévame esto.

Espero hasta que hemos salido de la sala y ya hemos recorrido medio pasillo. Sospecho que ni siquiera me está escuchando como es debido, pero por lo menos puedo alegar que ya se lo dije.

—Esto... solo quería que supiera que ayer cogí de su mesa el expediente de Irlanda. Le eché una pequeña ojeada. —Por su semblante cruza un breve gesto que indica: «Ah, ¿sí?», pero podrían ser simplemente las traidoras luces del techo, que me confunden—. Sabía que estaba usted ocupada, y, en fin, después de conocer al hermano, sentí curiosidad. No contiene gran cosa, nada que venga al caso.

Nos metemos en el ascensor.

—¿Qué impresión sacaste del hermano?

—Ya envié mi informe —contesto, de inmediato a la defensiva—. Una copia a Parnell y otra a usted. Se la mandé anoche por correo electrónico.

Steele aprieta el botón de la planta baja.

—Venga, Kinsella. No era mi intención controlar tu trabajo de papeleo, solo preguntaba. Por trabar conversación.

Me arde la cara.

—Ah, bien, lo siento. Pues la verdad es que es difícil formarse una idea de él. No se lo ve precisamente muy afectado, pero es que han pasado dieciocho años. Seguí adelante con su vida, y ahora se encuentra con esto. Si lo que me está preguntando es si podemos considerarlo seriamente un sospechoso, mi intuición me dice que no. Afirma que no había visto a su hermana desde 1998, y no tenemos nada que lo contradiga. No ha habido contacto entre ellos en las cuentas de Facebook y Hotmail de Maryanne, etcétera.

Steele deja que esto último cale mientras desciende el ascensor. Cuando llegamos a la recepción y se abren las puertas, nos salen al encuentro un adolescente con un golpe en el ojo y una mujer que está armando un escándalo porque le han robado el abrigo.

—Él podría ser el misterioso poseedor de la tarjeta de prepago —sugiere Steele al tiempo que le dice al conductor que espera fuera que aguarde un minuto más.

—Podría. Y estaba solo en casa, de modo que sí, es más o menos igual de fiable que la coartada de Thomas Lapaine, pero sí que intercambié un mensaje de texto con un amigo a eso de la una de la madrugada, y los de informática lo están analizando en este momento. Si sale limpio de dicho análisis y la localización del teléfono lo descarta, deduciremos que estaba acostadito en su cama de Mile End en torno a la

hora de la muerte, así que...

—Así que volvemos a la carga. Investigaremos más a fondo.

—Así es.

—¿Estás bien? —me pregunta mirándome a los ojos. Con sus botas de ante de tacón alto, tiene casi la misma estatura que yo.

Como buena escéptica que soy, desconfío de que me pregunte eso. Sin embargo, ella no se rinde:

—Es solo una pregunta, Kinsella. Una bastante común en las sociedades educadas. Si te sirve de algo, las respuestas más comunes son: «Estoy bien, gracias», «No estoy mal del todo» y «No me quejo».

—Pues entonces, todas esas —digo con una sonrisa.

—Hum. —Me escudriña durante unos instantes, lo cual me hace sentir desprotegida y nerviosa. Sin embargo, justo cuando ya estoy empezando a pensar cuál va a ser mi próximo movimiento, qué andanada podría tener que desviar a continuación, suena el claxon de un coche y Steele sale disparada hacia la puerta—. ¡Sí, sí, vale, ya voy! Aguanta un poco. ¡Joder!

Estoy esperando al ascensor cuando vuelvo a sentir la corriente de aire. Steele está en la puerta, con los ojos ya llorosos a causa del intenso frío que hace fuera.

—Oye, Kinsella, solo por recalcarlo otra vez... Aunque yo no esté aquí, lo que estuvimos hablando sigue en pie, ¿me oyes? Debes informarme de todo a mí, todo debe pasar por mí. Todo. ¿De acuerdo?

Todo excepto lo que no puedo decirte. Lo que me ha obligado a elegir un bando.

Y no he elegido el tuyo.

Por lo menos aún no.

En el Donatella Caffè no hay ninguna Donatella, sino dos pensionistas de nombre June y Bernie que hablan con graznidos y que por lo visto solo son capaces de ponerse de acuerdo en dos cosas. La primera es que, en serio, tenemos que probar el bollo relleno de frutas confitadas; la segunda es que yo tengo un pelo precioso. El tema de Maryanne Doyle está resultando un poco más polémico, porque June insiste en que Maryanne solo acudió unas cuantas veces a la cafetería mientras que Bernie se muestra inflexible en la opinión de que casi deberían erigir una placa en su honor.

Sinceramente no sé por quién apostar, porque las dos están igual de chifladas y son igual de viejas. Claro que eso no implica que no sean de fiar, ni mucho menos. Prefiero mil veces a un jubilado con ojo de águila que a un joven de la generación Y. Ser entrometido es mucho más útil que ser narcisista, siempre.

En cambio, esta pareja está rompiendo el molde.

—Pues vino por aquí el viernes por la mañana, de eso no hay duda —dice Bernie señalando el recibo, constatando algo que ya es obvio.

—Pero ¿recuerda usted haberla visto realmente? —Como me ha salido un tono un tanto arrogante, me apresuro a enmendarlo—: Venga, sí, deme un poco de ese bollo con frutas. Soy un desastre, no tengo fuerza de voluntad.

Bernie, ya más apaciguada, me pone delante una porción del tamaño de una batería de coche.

—Pues no estoy segura —dice—. El viernes pasado tenía muchas cosas en la cabeza. Tengo que operarme, ¿sabe usted?

June levanta la vista de una ensalada de atún y forma con los labios: «Piedras en la vesícula».

—Además, los viernes esto se pone hasta los topes, siempre. En esta misma calle hay una academia de zumba, y los alumnos vienen aquí después de clase y se quedan horas y horas. —Le ofrezco dinero para pagar el bollo, pero ella lo rechaza—. No, no, invita la casa, insisto. Siempre he sido una gran admiradora de la policía, ¿a que sí, June? Es una profesión peligrosa, sobre todo para las chicas jóvenes como usted. Considérelo una retribución.

Dibujo una sonrisa.

—Nuestra retribución la cobramos de los impuestos que paga usted, Bernie, pero gracias de todas formas. Después de comerme esto, yo misma voy a necesitar unas cuantas clases de zumba.

Mientras yo devoro, Emily toma el relevo:

—¿Alguna vez la vieron acompañada de alguien?

Se miran la una a la otra con gesto nervioso, como si el hecho de dar una respuesta errónea pudiera acarrearles una cadena perpetua sin libertad condicional. Es

June la que finalmente se atreve:

—No, me parece que no. Era una chica muy guapa, ¿verdad? Tenía mucha clase. Llevaba una de esas gabardinas marrones tan elegantes. Ya se usaban en nuestra época, pero ahora parece que se han puesto de moda.

Me meto otra porción de bollo en la boca y finjo adecuadamente un orgasmo culinario.

—¿Recuerdan que viniera en alguna otra fecha, aparte del viernes? Soy consciente de que no resulta fácil.

—Bueno, no vendemos tantos cafés *ristretto* —responde June—. Podría revisar los tiques de caja de estas últimas semanas, a ver si encuentro algún otro.

—En realidad sí que los vendemos —dice Bernie con aires de superioridad—. El gordo de la gorra siempre pide uno. Y esa señora que viene con su hijo con síndrome de Down es que no tiene ni un momento de tranquilidad para tomárselo, la pobre.

June pone cara de íntima satisfacción.

—Ah, pero la policía puede cruzar los datos para comprobar si vinieron aquí en una fecha concreta, y si ellos no estuvieron, tuvo que ser esa chica que ha muerto. Se llama «proceso de eliminación», Bern.

—Se llama «has visto demasiados episodios de la serie *Inspector Morse*».

—¿Alguna vez hablaron con ella de algo? —interrumpo poniendo fin a la discusión.

Bernie frunce el ceño.

—¿De qué?

—Pues... de dónde había estado, adónde iba, por qué estaba en esta zona...

Expresiones de perplejidad. Se nota a las claras que la relación con los clientes aún no es su punto fuerte.

Es June la que de nuevo responde:

—Me parece que yo la vi ahí una vez, si puede servirle de algo. —Señala la acera de enfrente—. Fue la semana pasada, no sé qué día. En esa calle cerrada con una verja en la que están las casas pijas. Es posible que fuese ella. El mismo pelo, la misma gabardina marrón. —Agrega una pizca de advertencia en el tono de voz—: Pero yo iba en el autobús, y el conductor no se anda con tonterías cuando va con retraso, de modo que no se puede decir que tuviera ocasión de verla bien, y además no llevaba puestas las gafas buenas. Tuve que coger las de nuestra Eileen porque las mías me las había dejado en el restaurante. —Un leve encogimiento de hombros—. Sea como sea, aquella chica estaba encorvada, hablando por un *walkie-talkie*.

—Era el telefonillo, so tonta —la reprende Bernie.

Les dejo una tarjeta mía sobre el mostrador y vuelvo a felicitarlas por el bollo.

—Ha sido de mucha ayuda, June, gracias. Y si aparece cualquier cosa en los tiques de caja, sería genial.

—Una pérdida de tiempo —dice Emily ya fuera de la cafetería, temblando por el súbito frío. Las dos estamos encogidas.

«Como lo es la mayor parte del trabajo de investigación», debería decirle. En cambio, y dado que me estoy tomando con un sorprendente amor propio mi papel de jefa, hago lo posible por adoptar un tono positivo:

—No necesariamente. Vamos a echar un vistazo a esa calle vallada. Si la chica en cuestión era Alice Lapaine, alguien debe conocerla.

—Ya, ¿y qué pasa si no era ella? —replica Emily con desdén—. No estoy segura de que algo de lo que nos han dicho esas dos se sostuviera frente a un tribunal.

—Cierto. Pero si quieres que tus casos de asesinato se resuelvan en el espacio de dos horas, mejor ponte a ver un episodio de *Inspector Morse* con la encantadora June. Y si no, mueve el culo y vente conmigo.

Keeper's Close es una pronunciada curva de nueve casas, la típica calle que dibujaría un niño, con senderos de grava que serpentean entre parches de hierba perfectamente cuidados, puertas de colores primarios decoradas con piñas y coronas de Navidad y vallas pintadas de blanco que separan a los que tienen mucho de los que tienen todavía más. Junto a la entrada hay una camioneta de los supermercados Waitrose aparcada frente a lo que es, a todas luces, la mejor casa de todas: un edificio de época, de tres plantas, que hace que las otras chabolas millonarias parezcan un poco vulgares y caducas. Como si se tratase de un grupo de damas de honor simples y desaliñadas acompañando a la elegantísima novia.

Emily procura no reflejar en su cara que está impresionada, pero de pronto llegan a la verja de la entrada 50 000 libras en forma de Range Rover y prácticamente se queda bizca de envidia.

—Te has equivocado de profesión —le digo yo al tiempo que le indico al conductor que baje la ventanilla—. Si lo que te gustan son los coches elegantes, vas a tener que asegurarte un buen matrimonio. Y con ese Ben Swaines vas totalmente en dirección contraria.

Emily finge sentirse indignada.

—Piérdete. No me gusta Ben, es un mero coqueteo, para animar un poco la...

Nuestra charleta de chicas se ve interrumpida por un individuo de aspecto frágil y entrado en años que se asoma por la ventanilla. Se lo ve esquelético en contraste con el mastodóntico coche que conduce.

—¿En qué puedo servirles? —pregunta con una voz grave y rasposa.

Le enseño mi placa.

—¿Vive usted aquí, caballero?

—Sí. Bueno, no. En este momento sí, casi todo el tiempo. ¿Qué sucede? —De pronto se le nubla el semblante—. Dios, no habrá sido otra vez ese gilipollas de Bingham, ¿no? Se va a poner furiosa.

Archivo al tal Bingham para más tarde y me saco del bolsillo la foto de Alice.

—¿Reconoce a esta mujer?

Una mirada breve pero cargada de curiosidad.

—No, lo siento. Pero sería mejor que hablasen con mi hija. —Señala una construcción que hay en la misma calle y que parece un auténtico Taj Mahal—. La casa del fondo.

Acto seguido vuelve a arrancar el coche, y nosotras empezamos a seguirlo despacio. Cuando llegamos a la choza, el anciano ya no parece tan frágil: está echando una bronca al conductor de Waitrose por un arañazo apenas discernible que hay en una columna, mientras a su espalda aguarda una hermosa mujer vestida con unos vaqueros ceñidos y una especie de manta de abuela con forma de poncho, como preparada para perpetrar un asesinato. Esperamos unos segundos a que acuse nuestra presencia, pero está demasiado ocupada calmando a su padre y rogando a un niño pequeño que deje de atormentar al gato.

—¡Hola! —voceo por encima del estruendo de machos alfa y niños enrabiados.

El anciano mira en derredor, momentáneamente confuso, como si en el tiempo que ha tardado en subir por el camino de entrada para coches se hubiera olvidado por completo de su encuentro con la ley.

—Oh, disculpen. Gina, estas agentes quieren hablar contigo.

Gina nos mira sin inmutarse, como si estuviera resignada a vivir otro drama más.

—Ah, de acuerdo. —Levanta en brazos al niño atormentador de gatos—. ¿Puede meter la compra en casa, por favor? Tengo las manos más bien ocupadas.

Imagino que la instrucción va dirigida al conductor de Waitrose, pero de todas formas intento ser útil y saco de la camioneta una caja de Pouilly-Fumé para a continuación ir detrás de Gina hasta un inmenso vestíbulo, todo suelos de piedra y vigas de madera, en el que hay un árbol de Navidad que rivaliza con el del Rockefeller Center.

—Y bien, ¿qué ocurre? —dice torciendo el cuello para que el chiquillo no la estrangule.

—Estamos investigando un asesinato, señora... Disculpe, no me he quedado con su nombre.

—Señora Hicks. ¿Un asesinato? —La mezcla habitual de alarma y placer macabro.

La seguimos hasta la cocina, donde hay otro niño pequeño idéntico al primero derrumbado encima de una pelota blanda y viendo los dibujos animados en la tele, y una vecina que se presenta como Tash Marwood y que está haciendo unos rollitos de jamón rellenos de higos. Me apoyo contra la encimera y observo que Tash Marwood se queda estupefacta al oír la palabra «asesinato» mientras esperamos a que Gina soborne a los pequeños con zumos y patatas fritas para que salgan de la cocina. Finalmente cesan las negociaciones y se cierra la puerta.

—¿Ha dicho asesinato? ¡Santo cielo! ¿Quién? ¿Dónde? —Se vuelve hacia Tash Marwood—. Dios, no habrá sido un vecino de esta calle, ¿no?

—No. Ha ocurrido en el centro de Londres. La víctima tenía dos nombres: Alice Lapaine y Maryanne Doyle. —Espero unos segundos para ver si alguna de las dos

hace algo que me indique que le suenan, pero nada—. Estamos investigando una pista según la cual la víctima fue vista recientemente en la verja de entrada de esta calle, hablando por el telefonillo. Necesitamos hablar con todos los residentes.

Gina lanza un profundo suspiro.

—Bueno, me temo que esos dos nombres no me dicen nada. ¿Y a ti, Tash?

Tash niega con la cabeza. Su mirada es la de una persona paralizada por la emoción.

—¿Tienen alguna foto?

Emily les enseña la foto. Tash responde al instante con un «no, lo siento». Gina está a punto de decir algo, pero de improviso entra su padre en la cocina caminando penosamente bajo el peso de dos cajas de botellas de vino. Ella corre a su encuentro, furiosa.

—Papá, te he dicho que no debías levantar peso. Ve a buscar a Leo para que nos ayude. ¡Por Dios! —Sube la caja de botellas a la isleta de mármol y deja escapar un suspiro—. Perdonen, es que mi padre no está bien, por eso se queda ahora con nosotros, y estoy intentando prepararlo todo para una fiesta que voy a dar, y en general hoy esto es un verdadero manicomio. Una copa de Navidad con los vecinos —explica con todo el entusiasmo de alguien que se enfrenta a los bomberos—. Ya lo hicimos el primer año que vinimos a vivir aquí. Fue idea de mi marido: él manda la invitación y yo hago todo el esfuerzo. Sea como sea, por desgracia parece haberse convertido más bien en una tradición.

—La creo. A la gente la encantan las tradiciones que implican beberse el vino de otro.

Gina sonrío. Tiene unos dientes rectos y perfectos, bien cuidados, no sintéticos.

—En fin, lo que iba a decir es que los Chapman, del número cuatro, tienen una *au pair* que se parece un poquito a la mujer de esa foto. La *au pair* es más joven, por supuesto, y, en fin, no es exactamente su doble, pero desde luego se le parece mucho. A lo mejor fue ella la chica que vieron en la entrada. ¿Qué opinas tú, Tash?

Tash levanta la vista de los canapés que está preparando.

—A mí no me sorprendería. La mía siempre está olvidándose las llaves o el código de la verja, y espera que abramos con el timbre a todas horas. Es como tener otro niño más que cuidar. Una verdadera pesadilla.

Emily me lanza una mirada como diciendo: «Esto es increíble».

Gina sonrío otra vez, avergonzada por su amiga.

—Ya sé, ya sé, son problemas del primer mundo y tal.

También sonrío yo.

—Mire, si por mí fuera, le daba una medalla. Son gemelos, ¿verdad? Mi hermana tiene uno solo y está permanentemente al borde de un ataque de nervios.

—Pues que pruebe con cuatro. Dos gemelos y dos adolescentes.

—Dios mío —es todo cuanto se me ocurre decir; después agrego—: Por lo menos usted tiene dos canguros permanentes, imagino.

—Ahí está. Mi hijo mayor Leo tiene buena mano con ellos. Sin embargo, no los dejaría con Amber; estaría demasiado ocupada con Instagram para darse cuenta de que sus hermanos se están bebiendo la lejía.

Hago un gesto que quiere decir: «Ah, estas adolescentes».

—Señora Hicks, antes ha mencionado a su marido. ¿Se encuentra en casa? Estaría bien enseñarle la foto también a él, por si le sonara de algo.

Lanza el suspiro típico de la esposa sobrecargada pero bien compensada.

—Detective, mi marido pasa tan poco tiempo en casa que incluso le costaría trabajo reconocerme a mí en una foto. —Tash Marwood emite un bufido que significa: «¡A mí me lo vas a decir!»—. Pero ¿cuánto tiempo van a estar ustedes por aquí? Dijo que intentaría volver temprano a casa para echar una mano, si se puede considerar que «echar una mano» consiste en chillarles a los niños y criticar el vino que he escogido. De todas formas, no veo en qué puede contribuir él a arrojar luz sobre este asunto.

Esbozo un sonrisa inexpresiva y le paso mi tarjeta.

—Si al final no conseguimos hablar con él, dígame por favor que llame a la comisaría, y vendrá de nuevo un agente con la foto. —La esposa asiente, complaciente pero perpleja—. Señora Marwood, ¿en su casa hay alguien?

Esta vez Tash Marwood no levanta la vista; está demasiado concentrada en una intrincada operación con unas peras.

—Lo cierto es que no. Tim lleva ya una semana en Singapur y no regresa hasta mañana. Supongo que estará María, mi *au pair*. Pueden ustedes preguntarle. Aunque me sorprenderá que consigan sacarle más de cinco palabras.

—Otra cosa más, señora Hicks. Su padre ha mencionado hace un momento a un «gilipollas» llamado Bingham. Pensaba que era el que había motivado nuestra visita. ¿Hay algo que debemos saber cuando vayamos a su casa?

—¿Bingham? —dice Gina con un gesto divertido—. ¿Se refiere a ese viejo cascarrabias que tenemos por vecino? Oh, no es nada. Leo organizó una pequeña fiesta mientras nosotros estábamos fuera durante unos meses y Bingham está convencido de que alguien..., en fin, defecó en su jardín.

—Encantador. Deduzco que no está invitado al evento de esta noche...

Gina lanza una carcajada.

—Pues... no.

—¿Y es cierto que alguien defecó en su jardín? —Tenía que preguntarlo.

Me empuja fuera de la encimera y coloca una bandeja de algo con almendras en una balda.

—Los adolescentes son capaces de cualquier cosa, detective. Algunos de ellos son unos auténticos cochinos. Pero sé que Leo no hizo tal cosa, y también sé que no va a organizar ninguna fiesta más. Su padre fue bastante tajante con él.

De pronto se abre de golpe la puerta de la cocina y, como si hubiera sido llamado a escena, entra un joven sumamente atractivo con una caja de botellas bajo el brazo

izquierdo y su hermana pequeña encaramada a la cadera derecha. A primera vista, no parece de los que defecan en jardines ajenos, pero la verdad es que tampoco tengo mucho con que compararlo. El único varón adolescente que he soportado en distancias cortas es Noel, y se diría que este chico, con su seguridad en sí mismo, su naturalidad al saludar y su peinado esculpido y a la moda, pertenece a una especie distinta.

—Mamá, el gato ha vuelto a arañar a Mia. Deberíamos ahogarlo, al muy cabrón.

Bueno, puede que después de todo no sean tan distintos.

—¿Reconoces a esta mujer?

Emily no pierde tiempo y saca la foto de nuevo. El chico se la queda mirando durante un par de segundos mientras se mordisquea el carnoso labio inferior y después, con total desgana, hace un gesto negativo con la cabeza. No pregunta quiénes somos, y tampoco pregunta quién es la mujer de la foto. Apatía adolescente en todo su esplendor.

La apatía es contagiosa, y de pronto, allí, de pie en esta cocina, me siento aburrida e infrutilizada. Le hago un gesto a Emily y digo:

—Está bien, muchas gracias por su tiempo. Y si se les ocurre algo...

—Disculpe, es que no han escogido ustedes un buen momento para venir —dice Tash Marwood—. La mayoría de los residentes de esta calle trabajan durante el día.

Gina asiente.

—Es una lástima que no hayan venido más tarde. Se habrían encontrado con todos los vecinos congregados bajo un mismo techo. Alrededor de la chimenea. ¡Igual que el detective Poirot!

Me echo a reír porque, por lo que se ve, consideran que ha sido un chiste estupendo, y también porque quiero pedirles un favor.

—De hecho, sería genial que les mencionaran esto a sus invitados. Si no están en casa, obviamente les dejaremos nuestros datos, pero si ustedes pudieran animarlos a que nos llamasen lo antes posible, se lo agradeceríamos mucho.

A ambas se las ve encantadas, sobre todo a Tash Marwood.

—Oh, delo por hecho, detective. Lo que sea menos hablar de trivialidades. ¿Quién va a querer hablar de las tasas escolares y del Brexit pudiendo hablar de un asesinato?

Resulta de mal gusto, pero es la verdad.

Lo paso por alto.

Tash Marwood no se equivoca. No hemos escogido un buen momento para ir llamando a todas las casas, y lo único que encuentro es a una *au pair* con pinta de agobiada que habla un inglés entrecortado y al muy difamado Bingham —más concretamente Bingham-Waites, según me corrige—, un cretino de primera categoría que va vestido con un batín demasiado corto y tiene ese aire de los que están perpetuamente cabreados.

Bingham-Waites no reconoce a Alice, pero sugiere que podría ser una puta que suele visitar a un tal John Hardwich, el del número seis. Ese siempre está «haciéndolo», me informa, y lo dice de tal modo que me entran ganas de irme a casa y frotarme con un estropajo hasta dejarme la piel en carne viva. A continuación sugiere que podría ser una de las esclavas de la señorona, refiriéndose a Gina Hicks, que por lo visto no sabe ni limpiarse el culo sin llamar a una criada. En resumen, no tiene nada que ofrecernos salvo una sarta de insultos baratos y supuestos agravios, y abandona el antro que tiene por guarida con la esperanza de que efectivamente alguien haya defecado en su jardín. Parece un tributo sumamente adecuado para este hombrecillo tan lleno de odio.

A Emily no le va mejor que a mí. En el domicilio de los Chapman no le responde nadie, así que no obtenemos nada de esa *au pair* que era una doble de la chica de la foto, y la única interacción que consigue es con un perturbado de nombre Jack Russell, que vive en el número dos y que parece estar ávido de echársele encima y despedazarla miembro por miembro.

De modo que, en conjunto, ha sido un esfuerzo bastante fútil para las dos. Es posible que Alice Lapaine hablase por el telefonillo en la entrada de Keeper's Close, si es que debemos dar por buena la información de una jubilada que en aquel momento pasaba por delante en un autobús a toda velocidad, y también es posible que hayamos desperdiciado casi dos horas.

En este momento estoy preparada para mantener la mente abierta. Necesito seguir involucrada en este caso.

Mientras recorremos a pie los cuatrocientos metros que nos separan de nuestro coche, Emily insiste en lo de organizar el «amigo invisible» para el equipo, mientras que yo voy pensando en Leo Hicks, o más concretamente me viene a la memoria una fiesta que di, igual que él. Fue en 2006 y yo tenía dieciséis años. Mis padres estaban en Chipre, y antes de la fiesta me cercioré de que todo lo que mi padre consideraba valioso quedase convenientemente a la vista de los peores delincuentes a los que invité a venir a mi casa. Incluso vendí su camiseta firmada por el equipo de los West Ham a un tipo que daba miedo y que llevaba tatuada en los nudillos la frase: «ACAB^[4]».

Le pedí cinco libras. Cerramos el trato en dos con cincuenta.

«Su padre fue bastante tajante con él», ha dicho Gina Hicks de Leo, y me gustaría saber qué castigo le impusieron cuando regresaron de su viaje. ¿Tareas domésticas? ¿Toques de queda? ¿Confiscaciones?

Mi padre, inicialmente, no hizo nada; la disciplina siempre era cosa de mi madre, mientras que el abandono de toda responsabilidad parental era cosa de él. Fue unos días más tarde, cuando le ofrecí las dos libras con cincuenta y él se percató de que después de todo no le habían robado su preciada camiseta de fútbol, sino que la habían vendido, aproximadamente al mismo precio que un Big Mac, y además había sido su hija, cuando mostró su verdadera naturaleza: me empujó contra la pared de la

cocina y me dijo en voz baja: «Algún día me llevarás al límite, tesoro, y la cosa no acabará bien. No es una amenaza, sino una promesa».

Como es natural, mi hermana emplea constantemente con mi sobrino versiones suavizadas de ese mismo método.

«Como tenga que subir ahí, Finn Hadley, lo vas a lamentar...».

«No pienso volver a decírtelo, jovencito...».

Y precisamente el otro día oí que Flowers le decía a su mujer: «Gill, la niña no necesita unas Nike Air Zoom nuevas, lo que necesita es un buen azote en el culo».

Así que, como norma, parece que la paternidad es una serie interminable de golpes bajos, amenazas veladas y nervios crispados, pero sigo estando convencida, tanto como aquella noche, de que a mi padre le faltó un pelo para hacerme daño de verdad. Y quién sabe, a lo mejor me lo merecía. Todo el mundo tiene su límite, y yo llevaba mucho mucho tiempo empujando a mi padre hacia el suyo.

No quiero seguir pensando en eso, así que le digo a Emily que me gusta su bolso, solo por entablar conversación. Es negro, funcional y totalmente anodino en todos los sentidos, pero los cinco minutos que emplea en contarme dónde lo ha adquirido (Zara, Cambridge, no le quitaron la chapa de seguridad y por lo tanto le dieron el alto cuando ya salía por la puerta) devuelven mis pulsaciones a la normalidad y eliminan todo pensamiento residual acerca de mi padre.

Para salvarme otro poco más, me suena el teléfono móvil. Parnell.

—Hola, sargento. —Manoteo buscando las llaves del coche compartido.

—A ver, pequeña, ¿qué tal vas?

—No he encontrado nada útil. Emily va a escribir el informe cuando volvamos.

Lo cual es nuevo para Emily, que me mira con cara de pocos amigos.

—¿Estáis muy lejos?

Le lanzo las llaves a Emily, la señal de que le toca conducir.

—Justo ahora estamos saliendo de Wandsworth. ¿Por qué? ¿Dónde está el fuego?

—Va a venir otra vez Thomas Lapaine, y quiero que me acompañes.

Hago una pausa. Para mérito mío, hago una pausa. Nunca es mi intención oponerme a Steele, ni mucho menos.

—¿Entonces la jefa ha dado el visto bueno? ¿Y qué pasa con Renée? ¿O con Flowers?

—El jefe soy yo. Inspector en funciones, ¿recuerdas? No, quiero que tú, Seth y yo nos turnemos con él. Ya oíste lo que dijo Renée: Tom Lapaine no es precisamente un plato de su gusto, y Flowers carece de la sutileza que se requiere en este caso. Así que ponte los patines, necesito que vengas para darte unas breves instrucciones.

Si supiera lo que me conviene, le confesaría a Parnell que Steele no quiere que me involucre tanto en esta investigación, que profundice demasiado. No le importa que me apoye en encimeras de lujo para formular preguntas rutinarias a testigos periféricos. Ni siquiera le importó que estuviera presente en el primer interrogatorio de Thomas Lapaine, cuando mi papel consistió únicamente en asentir empáticamente

y tomar apuntes. Pero ahora que es un sospechoso en firme, ya no estoy tan segura. Además, todo lo que haga debe pasar antes por ella, como me ha ordenado. No ha podido decírmelo más claro.

Reflexiono sobre estas cosas durante dos segundos enteros.

—No hay problema, sargento. Nos vemos dentro de media hora.

Trazamos nuestro plan mientras damos cuenta de un plato de pavo seco como una suela de zapato y unas verduras excesivamente cocidas en la cafetería del personal, o en el «Rincón de Santa Claus», como reza un cartel garabateado malamente en el reverso del atestado de un accidente de tráfico. Flowers está en una misión de recaudación de donativos y va de mesa en mesa intimidando a la gente para que se rasque los bolsillos, lo cual supongo que es de lo que se trata.

«¡Un billete de diez! ¿Serás rata? Has pagado más por una mamada...».

«Sois más agarrados que la cofradía del puño, tíos».

Por encima del clamor de insultos y murmullos no aptos para menores, Jim Reeves intenta elevar el tono canturreando en el iPod de alguien un villancico sobre la magia de la Navidad, y yo siento una punzada de sentimentalismo por algo que no he conocido nunca. En nuestra casa, la Navidad nunca fue la época de más encanto. Era la única ocasión en que mi madre bebía, y aunque lo cierto es que nunca era mucho —solo un par de *gin-tonics* aquí y una copita de champán allá—, siempre era suficiente para añadir unos grados más de temperatura a un matrimonio que, sin saber cómo, se las arreglaba para continuar ardiendo a fuego lento justo por debajo del punto de ebullición durante los otros trescientos sesenta y cuatro días del año.

—Así que empezamos con suavidad. —Parnell aparta su plato; finalmente ha aceptado la derrota en la guerra del Hombre contra la Comida Espantosa—. Empezamos Seth y yo. Diremos que simplemente se trata de una continuación, ahora que ha tenido un tiempo para digerir la noticia de lo sucedido a Alice/Maryanne. Le preguntamos si se le ha ocurrido algo que pueda sernos de ayuda, qué tal lo lleva, le decimos que comprendemos que para él ha tenido que ser una gran conmoción, esa clase de cosas.

El resto, resumido por Parnell, es bastante simple. Probaremos con distintos enfoques para confundirle y cambiaremos de táctica cuando nos dé la impresión de que empieza a sentirse cómodo. Parnell se encargará del tema de la autoridad, hará de curtido veterano que intenta poner los puntos sobre las íes, y Seth será el pijo: yo aprendí el abecedario en la prestigiosa Lady Helen's School, pero lo que sé de cenas de cumpleaños en el hotel Claridge's y de barcos podría caber en el reverso de un sello de correos.

Lo cual me deja en la sala de observación, viéndolo todo por televisión, lista para encargarme de la parte femenina, signifique eso lo que signifique.

—Así que o bien me cuelo en la sala y le hago de nodriza, si eso es lo que requiere la entrevista, o bien irrumpo como una perturbada y le arranco los huevos con los dientes —digo a la vez que le doy un mordisco a una albóndiga.

—Exacto —contesta Parnell, alarmado solo ligeramente—. Depende de por

dónde discurra la cosa...

Lo que no hemos planeado es que la cosa pueda discurrir por un derrotero totalmente distinto. Parnell y Seth apenas tienen tiempo para hacer la comedieta de «perdón, pero este café está asqueroso» y yo apenas me he sentado en la sala de observación cuando Thomas Lapaine nos pilla a todos por sorpresa con una locuacidad inesperada. Y no es la típica diarrea verbal que sugiere nerviosismo o sentimiento de culpa. Se lo ve completamente relajado y compuesto, como si se hubiera puesto cómodo en el confesionario para la terapia de aliviar la carga de sus pecados. No hay ni rastro de motas rojas en el intenso color castaño de sus ojos que sugiera que ha perdido siquiera una hora de sueño, y no digamos ya a una esposa en circunstancias sumamente brutales. También tiene distinto el pelo, peinado, partido ligeramente hacia la izquierda. Se ha preparado para esta visita como si fuera a acudir a una comida de trabajo.

Este es un Thomas Lapaine distinto.

Envalentonado.

Traicionado.

Pero no ha contratado un abogado, gracias a Dios. Y tampoco tiene la intención de contratarlo, pese a que Parnell le lee sus derechos.

—Para que conste en la grabación, hoy es jueves 18 de diciembre de 2016, y son las seis y veintinueve de la tarde. Yo soy el detective inspector en funciones Luigi Parnell, y conmigo están el detective Seth Wakeman y...

Lapaine se inclina hacia delante.

—Thomas Lapaine. Oiga, creo saber por qué me han hecho volver aquí. Quieren saber por qué cancelé la cuenta conjunta del banco. No sé mucho de cómo funcionan las investigaciones policiales, detectives, pero ya supuse que lo descubrirían.

Parnell adopta el tono de «padre decepcionado». A veces hace eso mismo conmigo, cuando mi vocabulario empieza a tornarse sórdido o cuando me da por desayunar caramelos de chocolate.

—¿Y por qué no nos lo dijo sin más, Tom? Comprenderá que el hecho de que tengamos que averiguarlo por las malas no le favorece a usted precisamente.

Un levísimo encogimiento de hombros.

—No me lo preguntaron.

El hecho de que sinceramente parezca creer que esa ha sido una respuesta ingeniosa me hace pensar que posiblemente Thomas Lapaine no sea tan listo.

Sin embargo Parnell lo deja pasar; no merece la pena enfrentarse a la pura idiotez.

—Entonces díganos: ¿por qué canceló la cuenta?

Lapaine pasea la mirada por la sala, pero no hay nada que ver, únicamente unas paredes del color de la niebla sucia y una moqueta que hace que las paredes parezcan alegres.

—Si digo que fue para obligar a mi esposa a volver, supongo que eso tampoco me

favorecerá mucho.

—Un consejo, Tom: de ahora en adelante yo me olvidaría de mi imagen y me concentraría en los hechos, ¿de acuerdo?

Lapaine hace un gesto afirmativo y se mira la mano en la que antes llevaba la alianza de casado.

—Pensé que si no tenía acceso al dinero, se vería obligada a regresar a casa, y yo deseaba con todas mis fuerzas que volviera para Navidad. —Puede que yo haya experimentado una diminuta chispa de solidaridad por la melancolía que encierra esa frase, pero se extingue de inmediato—. Mi madre ya estaba haciéndome preguntas, ¿saben?, y me habría hecho muchas más si la mañana del día de Navidad me hubiera presentado yo solo a tomar el cóctel de champán y escuchar los clásicos de FM. —Suelta un bufido cruel—. «A las diez en punto, no te retrases».

Su tono de voz destila acidez. Una burla hacia todo lo que eran él y Alice. Sus tradiciones, sus chistes particulares, la frustración que sentían por no poder quedarse en la cama comiendo bombones porque tenían que reunirse en torno a la radio en casa de la madre de Tom todas las puñeteras mañanas del día de Navidad. Ahora todo eso resulta irrisorio, incluso carente de todo valor, por culpa de las palabras «Maryanne Doyle» y de la revelación de que su esposa no era quien él pensaba. Sin embargo, su ira puede resultarnos útil. El martirio no lleva a ninguna parte. Esto podría ser bueno, siempre que permanezca en el lado correcto de la demonización.

—¿Y qué pasó cuando vio que su mujer no regresaba? —dice Parnell cruzándose de brazos—. ¿No le importó cómo iba a sobrevivir? ¿No se preocupó al ver que ella no le llamaba para preguntarle qué demonios estaba haciendo? ¿No la llamó usted a ella?

—Lo cierto es que sí la llamé. —Y así consta en la memoria de su teléfono—. Pero no, no me preocupé demasiado al ver que no llamaba para preguntarme qué demonios estaba haciendo porque creía conocer a mi mujer, detective, y pensaba que aquel no era su estilo. Pero ahora resulta que no conocía a mi mujer, Maryanne Doyle, tan bien como yo pensaba. —Escupe el nombre como si fuera un germen.

Parnell cambia de táctica.

—¿Cuánto dinero había en esa cuenta conjunta, por curiosidad?

—No mucho. Diez mil libras o así, puede que un poco más. La mayor parte del dinero que tenemos está invertido en el negocio. Yo tenía la esperanza de que el saldo de la cuenta conjunta nos alcanzase hasta el final del ejercicio fiscal.

Parnell hace un cálculo mental.

—De manera que usted tenía más de un motivo para hacer volver a su esposa. Ella estaba gastando casi 500 libras a la semana.

Un leve encogimiento de hombros.

—¿Qué tal va el negocio? —pregunta Seth sin el menor retintín, como si fuesen un par de gerentes de fondos de cobertura disfrutando de un *whisky* de malta en Annabel's.

—¿Qué tal va cualquier negocio pequeño, detective? Hemos sufrido varios años de turbulencias. La incertidumbre en torno al Brexit no está ayudando precisamente, pero nos mantenemos a flote, si me perdonan el horrible juego de palabras.

Seth esboza una sonrisa tímida.

—Sabe, yo siempre he soñado con tener un barco. Mis abuelos tenían un Fairline Mirage 29. Lo compraron a mediados de los años ochenta, nuevo, a estrenar. Era azul y blanco. Realmente alucinante.

—¿Un Mirage de mediados de los ochenta? —A Lapaine se lo ve impresionado—. Debió de ser uno de los últimos Mirage MK11. Y el diseño en azul y blanco también es bastante poco frecuente.

Parnell finge sentirse molesto.

—Esto..., ah del barco, marineros. ¿Podemos dejar la náutica y volver a lo nuestro? —Seth pone cara de escarmentado. Han interpretado bien la escena—. Tom, teniendo en cuenta que podemos solicitar un examen de las cuentas de su negocio así sin más —chasquea los dedos—, ¿sería correcto decir que su negocio está fracasando?

—Yo no emplearía el término «fracasando». Sería más exacto decir que está atravesando ciertos apuros. —Cruza los brazos imitando a Parnell—. ¿Puedo preguntar qué tiene que ver esto con nada? Porque si ustedes han descubierto de qué manera yo podría haberme beneficiado económicamente de la muerte de mi mujer, de verdad les estaría muy agradecido de que me lo dijeran.

Parnell se inclina hacia delante.

—Bueno, es que, visto desde fuera, el suyo era un matrimonio que estaba atravesando ciertos baches, a pesar de la imagen que pintó usted la última vez. Un negocio que atravesaba apuros, usted mismo lo ha reconocido, acuérdesese. Y, francamente, unas perspectivas de concebir hijos que estaban..., y considero que en este caso no podemos emplear el mismo término..., que estaban fracasando. —Reflexiona un momento y se corrige—: Bueno, no estaban fracasando. Habían fracasado, en pasado.

Hago un gesto de dolor ante la crueldad que entraña esa afirmación y decido que seguramente ha llegado el momento de intercambiar los puestos. Es poco probable que papá Parnell le saque más a Lapaine. Lo ha dejado alterado. Castrado. Lo cual no es necesariamente algo malo, pero es posible que yo tenga que reconstruirlo antes de golpearlo con lo del niño oculto, o de lo contrario podría cerrarse como una ostra.

O, peor todavía, contratar a un abogado.

Me pongo un poco de brillo transparente en los labios y me remeto el pelo por detrás de las orejas para dejar a la vista los pendientes, simples y de bolita. Femeninos, sin complicaciones y nada amenazadores.

Llamo a la puerta.

—Disculpe, inspector, ¿podemos hablar un momento?

Parnell de nuevo finge sentirse molesto y sale de la sala. Dejamos la puerta

entreabierta y permanecemos de pie en el pasillo, hablando animadamente del reflujo gástrico de Parnell en voz grave y baja, hasta que Thomas Lapaine prácticamente se disloca el cuello de tanto retorcerlo para ver qué sucede.

Transcurridos unos minutos, entro yo y le doy la noticia de que ha cambiado la alineación.

—¿Todo bien? —digo en tono despreocupado. Seth y Lapaine interrumpen la conversación que estaban teniendo, supuestamente en torno a los barcos—. Por desgracia, el inspector en funciones Parnell ha tenido que ausentarse de forma imprevista. Lo siento mucho, Tom, pero son cosas que pasan. —Tomo asiento, deposito un fajo de papeles en la mesa y acerco la silla—. Me temo que va a tener que soportarme a mí. ¿Y bien? —Me vuelvo primero hacia Seth y después hacia Lapaine, sonriente—. ¿Por dónde íbamos?

Seth adopta una actitud de total naturalidad.

—Oh, acabábamos de aclarar lo de la cuenta conjunta.

—Muy bien, perfecto —digo afirmando con la cabeza—. Verá, mi padre me hizo lo mismo a mí en una ocasión. Un verano me dio la locura de irme a Grecia e ir saltando de isla e isla, y él, ni corto ni perezoso, me canceló la cuenta y la tarjeta de crédito. Pero funcionó. Al día siguiente estaba de vuelta en casa.

—A diferencia de Alice —replica Lapaine con frialdad, como si estuviera constatando un hecho y no lamentando una pérdida.

—A diferencia de Alice. —Lo dejo así durante unos segundos y luego me giro de nuevo hacia Seth—. ¿Le has preguntado por los números de teléfono?

Lapaine se incorpora, sin entender.

—¿Qué números de teléfono?

—Aún no hemos llegado a los números de teléfono —confirma Seth.

—¿Qué números de teléfono? —repite Lapaine, cada vez más nervioso.

Hago un poco de teatro rebuscando entre mis papeles. Lapaine intenta vislumbrar lo que contienen, pero lo cierto es que la mitad de ellos no tienen nada que ver con el caso: los he cogido de la sala de reuniones al azar, la mayoría iban destinados a la trituradora de papeles.

Lo cierto es que el papel pone nerviosa a la gente. Mucho más que la tecnología, cosa increíble.

Encuentro lo que estoy buscando y le pongo la hoja delante.

—¿Reconoce alguno de estos números?

Lapaine frunce el entrecejo.

—No, pero claro, no hay muchos números que reconozca así como así. Solo el de Alice, y quizás el de mis padres. ¿De quién son?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. Alice efectuó varias llamadas a ambos en estas últimas semanas.

—Pues yo no les puedo ayudar.

Hago un gesto con la mano.

—No se preocupe. Ya sabíamos que era un poco difícil. —Me acerco otro poco más y observo que, cuando las patas de la silla rozan contra la moqueta, Lapaine tensa los músculos de la mandíbula—. Tom, ha dicho que al principio Alice estaba muy empeñada en formar una familia. Más o menos ha dejado implícito que ese fue el principal motivo por el que accedió a regresar al Reino Unido.

Impaciencia.

—Sí.

Respiro hondo, una advertencia para que sepa que no va a gustarle lo que voy a decir a continuación.

—Verá, el informe de la autopsia ha confirmado algo que quizá, o quizá no, le sorprenda.

Esto provoca una risa.

—Mi mujer ha resultado ser una persona completamente distinta de la que yo creía que era, detective. No estoy seguro de que pueda haber algo que me sorprenda ya, así que se lo ruego, diga lo que tenga que decir.

Le tomo la palabra y no me molesto en hacer preámbulos:

—Tom, en algún momento, su esposa dio a luz a un niño. No solo estuvo embarazada, no estoy diciendo eso; digo que llegó a parir un niño.

Es algo sutil, tan sutil que más tarde probablemente dudaré de que ha ocurrido de verdad, pero de repente, por espacio de unos instantes, se pone rígido. Desde la expresión de los ojos hasta la espalda, tesa como el palo de una escoba, todo me indica que se ha quedado estupefacto.

—¿Qué me está diciendo exactamente? —contesta, perforándome con la mirada—. ¿Que mi mujer dio a luz a un hijo y, sin saber cómo, se las arregló para ocultármelo? Está claro que la capacidad que tenía Alice para engañar era muy superior a lo que yo imaginaba, pero, aun así, pienso que me habría dado cuenta.

—Entonces debió de ocurrir antes de que usted la conociera —digo sin alterarme—. ¿Puede decirnos si alguna vez le habló de eso? ¿O si alguna vez sospechó usted que Alice había tenido un hijo?

—¿Que si alguna vez sospeché que Alice había tenido un hijo? —Repito la pregunta, al parecer para reflexionar sobre ella, y por un instante de lucidez me parece ver que podría estar preparándose para hacer una revelación. Una pequeña chispa que ilumine un poco este caso.

«Sí, Alice tuvo un hijo cuando era adolescente, el padre era un hombre mayor que estaba allí de vacaciones».

Este pensamiento me tiende una emboscada antes de que pueda frenarlo y me crea un zumbido en la cabeza conforme va echando raíces.

De pronto, la voz de Thomas Lapaine me suena lejana y como si llevara eco.

—Alice siempre decía que había nacido para ser madre, detective. Decía que eso era lo único que había querido siempre, hasta que un día de finales de octubre llegó a la conclusión de que, por lo visto, ya no lo quería. ¿Y sabe qué fue lo único que

sospeché yo en aquel momento? Que estaba pensando en la vía de la adopción, o quizá en la del vientre de alquiler. Pensé que a lo mejor deseaba primero indagar en profundidad y tener toda la información antes de sugerírmelo a mí. —Se inclina hacia delante, como si fuera de vital importancia que entendamos lo que está a punto de decirnos—. Porque así es como se habría comportado la Alice que yo conocía. Sinceramente, no puedo decirles cómo se habría comportado Maryanne Doyle ni si había dado a luz a una camada entera de niños, y para serles totalmente sincero, detectives, teniendo en cuenta lo que siento en este momento, la verdad es que me importa un comino.

Seth afirma con la cabeza.

—Es comprensible que esté usted muy enfadado, señor Lapaine. ¿Quién no lo estaría?

—Enfadado —murmura Lapaine—. No parece un término lo bastante fuerte, pero sí, estoy enfadado. Llevo más enfadado con Alice en estas treinta y seis últimas horas que en todo el tiempo que duró nuestra relación. Y no tengo hacia dónde dirigir ese enfado. No puedo hablar con ella. No puedo hacerle ninguna de las preguntas que me han estado rondando la cabeza desde que su colega se presentó en el salón de mi casa y me dijo que mi mujer era una persona completamente distinta de la que afirmaba ser.

Me digo que bien podría volver toda esa rabia contra mí. Será bienvenido todo aquello que me distraiga de la ansiedad que me invade el cerebro, el estómago, todo mi ser.

Decido apostar el todo por el todo.

—¿Alguna vez sospechó que Alice tuviera novios?

—¡Novios!

No sé muy bien si lo que le ha chocado es la acusación o el término empleado.

—Amantes —digo, sosteniéndole la mirada—. ¿Alguna cana al aire?

—Debió de pensarlo en alguna ocasión —le dice Seth, de hombre a hombre—. Si mi novia se tomara un tiempo prolongado para «sí misma», desde luego que me daría por pensarlo. Yo diría que es una conclusión bastante obvia para cualquiera.

Lapaine no se inmuta.

—Bastante obvia a menos que uno conociera a Alice. Alice no era lo que se dice una persona muy sexual, y antes de que me lo pregunte, ya le digo que eso no constituía un problema. Por ese lado la situación era bastante saludable. En cambio la idea de que ella anduviera buscando más sexo resulta..., no sé, sumamente improbable. —Una risa amarga—. Aunque quién sabe, puede que Maryanne Doyle fuera una salida total.

—No todas las aventuras van buscando sexo —apunto yo.

Mi comentario remueve algo.

—Eso es muy cierto, detective. Muchas veces lo que se busca con ellas es afecto, cuando no se tiene mucho en casa.

Se aprecia a las claras que en esa afirmación hay algo sustancial, pero espero unos instantes a ver si él decide entregármelo.

El silencio ejerce su efecto, y pasados unos segundos Lapaine empieza a ponerse nervioso.

—Oh, por el amor de Dios, no importa, ya da igual que lo sepan —dice al tiempo que aferra el borde de la mesa con las manos para afianzarse—. De todas formas lo averiguarán, supongo. He estado viéndome con alguien, ¿vale?

—¿Fue usted infiel? —Seth lo dice de tal forma que parece que va contra los principios mismos de algún antiguo código de cosecha propia.

—Supongo que sí. Aunque no físicamente, hasta hace poco. Y me sentí muy culpable. Aunque mi engaño palidece y resulta insignificante comparado con el de mi mujer, ¿no les parece?

A mí no me lo parece. ¿Debería parecérmelo? No lo sé. Tengo la cabeza como un bombo.

Saco un expediente del fajo de papeles, lo abro y refresco rápidamente la información.

—De modo que cuando usted nos dijo, y cito: «No tengo por costumbre pasar la noche con nadie que no sea mi mujer», estaba mintiendo.

—Lo siento. —De verdad suena sincero, su tono de voz no lleva retintín.

—¿Desde cuándo?

—Llevamos unos meses pasando tiempo juntos.

—¿Y cuánto llevan desnudándose juntos?

Lapaine me mira como si me hubiera rebajado yo sola.

—Aproximadamente un mes.

Seth enarca una ceja.

—¿Desde que Alice se marchó, entonces?

Le propino un codazo a Seth, un poco en tono de broma.

—No es de extrañar que de momento no tuviera usted ninguna prisa en que su mujer volviera a casa. Debe de habérselo pasado a lo grande, Tom. Ya se sabe, cuando el gato no está, los ratones se divierten. Lo que ocurre en Thames Ditton se queda en Thames Ditton, ¿no?

Todas estas palabras salen de mi boca como un torrente, pero no sé exactamente lo que estoy haciendo. ¿Estoy siendo una detective astuta que intenta provocar al sospechoso para que admita que quería quitar totalmente de en medio a su esposa, o la que está hablando en realidad soy yo misma?

Soy yo, proyectando mi rabia contra otro hombre débil.

Sé que necesito controlarme. Necesito aprovechar al máximo esta nueva información y dejar de intentar retorcerla para convertirla en algo personal.

—Nunca la he llevado a casa —dice Lapaine—. De ninguna manera me acostaría con otra mujer en mi cama matrimonial.

De nuevo me pone furiosa. Esa falsa moralidad plagada de fisuras me resulta

dolorosamente familiar.

—Pasamos tiempo en la suya, principalmente. Estaba con ella, en su casa, la noche en que..., la noche en que Alice...

Me quedo literalmente boquiabierta. Noto que Seth se pone en tensión a mi lado. Esto es importante.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Está diciéndonos que usted estaba con su amante la noche en que murió Alice? —Arrojo el expediente contra la mesa y unas cuantas hojas se caen al suelo—. Tengo que ser sincera con usted, Tom, no entiendo muy bien por qué nos lo cuenta ahora. Eso se llama coartada. Podría haberse ahorrado toda esta molestia.

No es exactamente así, pero él no lo sabe.

Lapaine levanta la barbilla en actitud noble, desafiante.

—La estaba protegiendo. Ella tiene un papel muy prominente en la comunidad. Y dos hijos pequeños. Además, está atravesando un divorcio bastante duro, no quería que se viera arrastrada a esto.

—Pues me temo que ahora va a verse arrastrada. —Le paso un bolígrafo y un papel—. Quiero el nombre, la dirección, teléfonos de contacto... —Lapaine abre la boca, pero yo se la hago cerrar—: Y no se atreva a rogarnos discreción porque ya hace mucho que se le pasó el momento de pedirnos favores, señor Lapaine. Debería habernos informado de esto desde el principio.

Lapaine escribe en el papel con la cabeza gacha. El carísimo corte de pelo que lleva enmascara una calvicie incipiente en la coronilla.

—No habría dado una imagen precisamente buena, ¿no?

Seth se enciende al oírlo:

—Ah, de modo que no estaba protegiendo a... —una mirada al papel— a Abigail Shawcroft. Mintió para protegerse a sí mismo.

Cuando levanta la vista de nuevo, percibo en sus ojos un brillo. Yo creo que es alivio. Alivio por haber confesado todo lo que había que confesar.

—Todo el mundo miente, detective Wakeman —dice en tono cansado—. Si acaso, soy más culpable de haberme mentido a mí mismo que a usted. —Mi cara no puede reflejar con mayor convicción lo impresionada que estoy, literalmente—. Sabe perfectamente de lo que hablo, por supuesto que sí. De esas mentirijillas piadosas que se dice a sí mismo para que la vida le resulte más soportable: «Mi mujer no tiene secretos, es que es muy reservada». «No es una aventura hasta que uno se desnuda». Estoy usando sus mismas palabras, detective Kinsella. Seguro que usted también tiene las suyas.

Sí, unas cuantas.

«Es grasa propia del crecimiento, no grasa de las *pizzas*».

«No he mentido a mis colegas, simplemente no les he dicho la verdad».

«No sé con absoluta certeza si mi padre sabe lo que le sucedió a Maryanne Doyle».

El problema es que, aunque las mentiras tienen un sabor dulce cuando salen de la boca, el regusto que dejan en el estómago siempre es pútrido y amargo.

Y casi siempre repite.

Cuando volvemos a la sala de reuniones, vemos que Parnell ya está dentro, paseando nervioso arriba y abajo mientras le cuenta a Steele todo lo que sabe y en general emitiendo esas feromonas de cabreo con las que se asegura de que nadie se atreva a acercársele a una distancia en la que pueda recibir un puñetazo. Si bien Parnell no tiene fama de ser un hombre violento, tampoco tiene fama de ser una persona que diga palabrotas, y en cambio el ambiente está cargadito de sonidos como «puta coartada», y más cargado todavía en torno a mí, aunque ello tal vez se deba a mi tendencia a sentirme culpable, que se está apoderando de mí, a mi inexplicable necesidad de hacerme responsable de todo lo que sale mal.

Porque Parnell también hizo la primera entrevista.

Él era el oficial superior.

Y, de acuerdo, quizá podríamos haber presionado a Lapaine un poco más acerca de la coartada que nos dio, la de que se encontraba solo en casa, pero no teníamos motivos para ello.

«Proceder con tacto», dijo entonces Steele. «No quiero que piense que es sospechoso».

Solo espero que Parnell tenga los huevos de recordárselo.

Todo esto se lo repito a Renée con la esperanza de que haga uso de sus poderes mágicos y me diga algo tranquilizador, pero al parecer hoy no encuentra las palabras adecuadas. Encuentra, eso sí, un paquete de galletas Oreo, que surten el mismo efecto. Con una leve sensación de náusea pero sin duda más tranquila, vuelvo a mi mesa y llamo a Abigail Shawcroft. Mientras espero a que salte su contestador, voy buscando su nombre en Google. Resulta que el «destacado papel que desempeña en la comunidad» consiste en ser maestra de primero de primaria en un colegio, y, según el resumen biográfico que aparece en Twitter, «tiene dos hijos: Alexa y Rowan, y le encanta Glastonbury, el *netball* y el queso, jajaja».

Le dejo un mensaje en el que le pido que se ponga en contacto lo antes posible. Justo estoy colgando cuando Parnell termina de hablar por teléfono.

—¿Todo bien? —le pregunto, vacilante.

Parnell se sienta para darme el veredicto.

—Al parecer, ahora que se hace mayor se está volviendo filosófica. Por lo visto, vale tanto descartarlo como incluirlo. Por lo menos es algo concreto.

—¿Entonces no estamos en el rincón de los castigados?

—No. —Resulta obvio que esto ni siquiera se le había ocurrido a él. Decididamente, tengo que dejar ya de autoflagelarme—. Y Lapaine tampoco está todavía libre de sospechas, hasta que hayamos hablado con la amante. E incluso así...

Incluso así, las amantes sentimentaloides, sobre todo las secretas, no constituyen

precisamente coartadas muy sólidas.

—En fin, le he dejado un mensaje —digo reclinándome en mi silla—. A la amante.

—No va a servir de nada —dice Seth ya con su Barbour puesto, esperando luz verde para irse a casa—. Ha tenido tiempo más que suficiente para acordar con ella una historia coherente y sin lagunas.

—Tiró rápidamente la toalla, ¿no os parece? —Parnell se toca la frente con el gesto teatral de un actor—. «Oh, qué más da, se van a enterar de todas formas».

Seth hace un gesto afirmativo.

—Y todas esas tonterías de que su intención era protegerla. ¿Por qué entonces no ha seguido protegiéndola? Acertó en lo de que nosotros seguramente acabaríamos enterándonos, pero podría habernos llevado una eternidad, mientras que él nos lo entregó en bandeja de plata.

Entiendo su razonamiento, pero no lo comparto.

—Yo no creo que haya detrás una intención siniestra. Creo que está profundamente cabreado, cosa comprensible, y que ahora la única forma que tiene de hacer daño a Alice es vapulear el recuerdo de su matrimonio. A lo mejor pretende que se sepa que estaba engañando a su mujer porque así no parece tan incrédulo ni tan idiota. Ya sabéis, como diciendo: «Puede que mi mujer me engañase, pero, jaja, yo también la engañaba a ella».

—Puede ser, puede ser. —Parnell se frota la cara con ambas manos—. Bien, se está haciendo tarde, de modo que vamos a dejarlo por hoy. Kinsella, si te llama la tal Abigail, infórmame, pero si no, lo primero que haremos mañana por la mañana será pasarnos por ese colegio. Le daremos una sorpresa en su lugar de trabajo, para que se sienta incómoda. A poca suerte que tengamos, es posible que lo confiese todo, si es que hay algo que confesar. Ah, por cierto, Steele ha hecho un llamamiento directo a todo el que haya visto algo a primera hora del martes, para que se manifieste, y además —finge estar asustado y prepararse para una reacción negativa— mañana vamos a salir en las cadenas de televisión nacionales, por si alguien cree haber entrado en contacto con Maryanne/Alice durante los «años perdidos», los transcurridos entre 1998, cuando se fue de Mulderrin, y 2001, cuando apareció en Brighton Beach haciéndole ojitos a Thomas Lapaine.

Dicho de otro modo, vamos a encender un farol para atraer a cuanto chiflado, tarado y admirador de la policía hay por todo el Reino Unido.

Cuando empezamos a recoger, sobre la sala pesa un sentimiento de temor y resignación. Molly, la chica de la limpieza, se mueve entre nuestras mesas; a las de aquellos que se toman la molestia de saludarla todas las tardes les da unas cuantas pasadas más; a las de quienes se consideran demasiado importantes para decirle nada les pasa la bayeta solo por encima.

Observo a Parnell; está encorvado y ojeroso, luchando con la cremallera de su mochila con una rabia que no suele descargar con las mochilas.

Existe un solo remedio para ello después de semejante entrevista.
—Jefe...

Parnell no tarda mucho en dar su brazo a torcer. Una rápida llamada al superintendente Blake para decirle que es un buen chico, a continuación otra llamada aún más rápida a la señora Parnell para que dé su beneplácito, y poco después estamos ya apoyados contra la máquina de videojuegos de preguntas y respuestas de Bell Tavern, Parnell tomándose una cerveza de nombre pintoresco (Rocking Rudolph) y yo bebiendo un vino de la casa, un Pinot. La una de la mañana se convierte alarmanamente en las cuatro, y no tardan en llegar las fotos: ciento veintinueve instantáneas en las que se ve a los hijos de Parnell con distintos tamaños y en lugares distintos, emanando felicidad en distintos grados.

En una de ellas aparece uno que es realmente guapo, y de una edad bastante parecida a la mía. Un poquito acicalado para mi gusto, que es más de indigente, pero como estoy achispada, me da lo mismo.

—No es posible que seas el padre de semejante ejemplar. —Le quito el teléfono y me lo acerco a la cara—. Podríamos hacerle la prueba de ADN, sabes, sin que se entere nadie. No es demasiado tarde para buscarme a un «lechero».

—Eres una descarada. —Parnell inserta otra moneda en la máquina.

—En serio, ¿por qué no me preparas una cita con él? No sería mala nuera para ti. —Le doy un rápido codazo—. Imagínate, así podrías tenerme todo el tiempo vigilada.

—No creo que seas el tipo de Dan. No te ofendas.

—Pues sí me ofendo, y mucho. ¿Por qué? ¿Qué tengo yo de malo?

—Para empezar, eres mujer.

El Pinot me ha embotado el cerebro, por eso tardo un segundo en entender. Cuando por fin lo capto, Parnell pone los ojos en blanco.

—¡Jefe! —exclamo al tiempo que le doy un puñetazo en el hombro—. No sabía que tuvieras un hijo gay. Bien hecho —añado, de forma inexplicable.

Parnell escupe la cerveza.

—No sabía que eso fuese un logro personal, pero gracias. —Una mirada de soslayo—. Sabes, no te vendría mal beber un poco de agua entre una copa y otra.

—Oh, no me aburras, papi.

El hecho de llamarlo «papi» me frena, y al instante me inunda un sentimiento de afecto hacia Parnell, simplemente porque es lo menos parecido a mi padre que se puede ser.

Ligeramente pasado de moda. Con sobrepeso. Decente.

—En serio. ¿Por qué no has mencionado nunca que Dan era gay?

—Tampoco he mencionado nunca que Adam es celíaco.

Una observación razonable. No sé por qué estoy actuando de una manera tan

frívola y caprichosa. En mi defensa he de decir que hoy estoy un poco descentrada. Más inquieta de lo habitual. El hecho de imaginar a Maryanne Doyle como una chica adolescente y embarazada me está causando una opresión en el pecho. Intento hacer cualquier cosa por quitármela, aunque para ello tenga que ahogarla en alcohol o desactivarla charlando con Parnell.

—Y tampoco he mencionado nunca que los gemelos son zurdos.

Le hago un gesto al camarero para pedirle otra ronda.

—Vale, vale, ya lo he pillado.

Podría agregar que ese es casi el único detalle que no ha mencionado nunca. Parnell habla muchísimo de sus hijos James y Joe, que tienen seis años (también conocidos como los regalos de cumpleaños que recibió cuando cumplió los cuarenta y siete), aunque siempre cuenta algo distinto. O constituyen un milagro de su madurez o son un castigo de Dios, dependiendo de la hora a la que lo hayan despertado ese día.

—Bueno, y cambiando de tema —me dice, mirándome con curiosidad—, ¿qué estás haciendo tú con un viejo como yo, tomando copas un jueves por la noche? ¿No hay por ahí ningún joven que te interese? Uno que sea hetero —añade.

Lanzo una carcajada.

—Hay muchos que me interesan.

Da un paso atrás para echarme un vistazo, como si yo fuera un animal de feria.

—No debe de irte tan mal.

—Eres todo un conquistador, Parnell, que lo sepas. —Él sonrío de oreja a oreja—. Por supuesto que no me va tan mal. Pero no es para lanzar cohetes. Seguro que a Emily le va mejor.

—Seguro que en estos momentos Emily está en su casa, deseando hacer reír al equipo como les haces reír tú. Deseando tener tu inteligencia.

Observo a Parnell con una mirada inexpresiva.

—Se te nota mucho que no has criado a ninguna niña. Créeme, Emily no está pensando nada de eso. Lo que está pensando es que por suerte ella no va por ahí de princesita, y que por suerte Kinsella tiene una personalidad agradable que compensa esa narizota tan grande.

Esto es autocompasión y en realidad no lo siento, pero sirve para hacer reír a Parnell, y eso siempre resulta agradable.

Me pellizca la nariz con el índice y el pulgar.

—A tu nariz no le pasa nada.

—No hace falta que seas amable, ¿sabes? Ya la he aceptado. —Junto las manos en un gesto de oración—. Estoy en paz con mi napia, Parnell. Claro, a no ser que ande por ahí mi hermano y empiece con su cantinela de «Érase una Kinsella a una nariz pegada».

—Me parece que tu hermano es un capullo.

—En efecto. El más capullo de los capullos. Antes le pedía a Dios que lo

atropellara un coche. —Al ver la expresión de horror que pone Parnell, me apresuro a lanzar una carcajada—. Vale, no hacía falta que se muriera, bastaba con que quedara un poco mutilado, que tuviera que alimentarse por un tubo...

—Eres de lo más siniestro, Kinsella. Yo no le contaría esas cosas a tu psiquiatra.

—¿Cómo sabes eso?

Mi pregunta va cargada de un tono de acusación, pero él ya estaba enterado, naturalmente. Se lo habrá dicho Steele. No se puede vender un coche sin entregar también la documentación, y no se puede ordenar a alguien que se responsabilice de mí sin informarle también del cableado defectuoso.

No soy capaz de sostenerle la mirada.

—Todo lo que tiene que ver con los críos es duro. Deja de flagelarte.

Es un ruego sincero viniendo de una persona que sabe de lo que habla, no un tópico dicho sin verdadera intención o un consejo manido. Pero la verdad es que no quiero entrar en eso con Parnell. Me gustaba más la idea que creía que tenía de mí: la de una persona un poco siniestra, un poco lista y con una nariz de lo más normal. Me deprime terriblemente que sepa que no tengo la cabeza en su sitio.

Me toma la cara con la mano y me obliga a mirarlo.

—Oye, Cat, no has hecho nada malo.

Me ha llamado Cat. No «pequeña», ni siquiera «Kinsella».

—Eso es lo que me dice todo el mundo, pero tampoco hago nada bien. —Parnell espera a que siga hablando—. Me quedé bloqueada, jefe. Me puse a vomitar y a llorar... como una histérica. Y todo delante de una niña que había pasado casi dos días haciendo rompecabezas junto al cadáver de su madre.

—Tienes que intentar...

—No, escúchame hasta el final, estoy empezando a verlo todo de forma más positiva, de verdad. —Como no lo veo muy convencido, continúo a toda prisa—: Verás, de lo único de lo que puedo sentirme no orgullosa, pero por lo menos no avergonzada, es de que aquel día actué obedeciendo a mi instinto al ir a ver cómo estaba Dafina, la madre, antes del juicio. Si no hubiera ido, sabe Dios cuánto tiempo habría permanecido allí sola Alana-Jane, y el estado del cadáver habría sido mucho peor. No me entiendas mal: estaba horrible, había muchísima sangre y ya había empezado a ponerse verde. Pero si hubieran pasado unos días más, cuando hubiera empezado a hincharse y a oler mal...

Parnell afirma con la cabeza. Lo comprende.

—Pues céntrate en eso. Tu instinto natural de policía logró que una situación absolutamente horrenda lo fuese un poco menos.

—Puede que un poquito —replico juntando el índice y el pulgar—. No creo que sirviera de mucho el verme a mí vomitando por la nariz.

—Tengo entendido que esa niña se ha encariñado mucho contigo.

Parpadeo para reprimir una lágrima.

—Me hizo un dibujo. ¿Quieres verlo?

—Claro.

Lo saco de mi billetera, el lugar en el que lleva dos meses viviendo, encajado entre una foto en la que se nos ve a mi madre y a mí en un coche de choque y una entrada para un concierto del que me olvidé por completo. En dicho dibujo, hecho con un rotulador anaranjado, llevo un vestido rosa con lunares y zapatos de tacón, uno el doble de grande que el otro. Tengo una sola oreja, y la nariz es una mancha informe de color verde, pero luzco una sonrisa encantadora, tan desmesurada que se me sale de las mejillas y se extiende a lo ancho del papel.

Esa sonrisa es la que me consuela y me hace pensar que algo he debido de hacer bien.

—Resulta asombroso —dice Parnell—. Ha acertado plenamente con la nariz.

Un breve cachete en la cabeza y luego permanecemos unos minutos el uno junto al otro, pulsando botones en la máquina de juegos, sin hablar, respondiendo preguntas de todos los temas, desde música *country* hasta antiguos ganadores de premios Nobel. Finalmente, Parnell se cansa de trivialidades y vuelve a lo inevitable.

—Bueno, ¿y qué pasa con Thomas Lapaine? —Se lo nota frustrado, aunque podría deberse al bote de cuatro libras que acabamos de ganar y perder acto seguido—. No tengo nada personal contra él, pero, si lo eliminamos, estaremos un pasito más cerca de la pesadilla que supone que el asesino sea un desconocido al azar, y eso es lo que menos nos conviene a todos.

Bebo un sorbo de vino. Me doy cuenta de que ya me he tomado dos tercios sin percatarme.

—Yo sí que tengo algo personal contra él. Ese tipo es un gilipollas.

—Los hemos conocido peores.

Tiene razón, pero yo estoy enfurecida.

—Lo que me saca de quicio son todas esas chorradas de que «no encontraba suficiente afecto en casa».

—Alice no tenía muchos amigos. Eso puede indicar que era una persona fría.

—¡Y él tampoco! —replico levantando demasiado la voz. En el rincón hay un televisor encendido, pero han bajado el volumen—. Los del Departamento de Informática afirman que el círculo que tenía en las redes sociales era minúsculo.

—A lo mejor tenía amigos reales. Si es que todavía existen.

Hago caso omiso de este último comentario, ensimismada en mi propia burbuja.

—Lo que quiero decir es qué significa eso del «afecto». ¿Significa que su mujer no se abría de piernas lo suficiente? Porque más o menos es lo que insinuó. ¿O que no lo consentía y lo mimaba como una madre?

Parnell se encoge de hombros. Me molesta su actitud pasiva, aunque no tiene por qué, y cuando uno se siente molesto y lleva ya cinco copas, a veces dice cosas de las que luego se arrepiente.

—Mi padre tenía aventuras.

Esta frase cae como una declaración cargada de implicaciones. Una especie de

afirmación definitiva. Y supongo que para mí lo es. Desde luego, ha dado forma a la persona que soy, y más de un psicólogo ha dicho que es la causa de todas las neurosis, los desórdenes y las rarezas en general que he sido lo bastante tonta para admitir. Sin embargo, para Parnell simplemente soy una colega melodramática. Una borracha emotiva que está reconociendo que su padre hizo algo que hacen muchos padres. Y también muchas madres.

Intento explicarme, contextualizar mi estallido emocional.

—Y hablaba igual que Thomas Lapaine, por eso lo he sacado a colación. Parece ser que mi madre no le quería lo suficiente. No le prestaba la suficiente atención. Estaba siempre demasiado ocupada con nosotros. Él no era más que una caja registradora...

—¿Todo eso te lo dijo él? —Parnell se adentra de lleno en mi espacio—. Eso no está bien.

—Ya, bueno, es que no era buen marido.

—Obvio. Pero un mal marido puede seguir siendo un buen padre.

A Parnell le encanta hacerse el cascarrabias, pero en el fondo es un optimista.

—Seguro que algunos sí, pero él no.

Parnell bebe un buen trago de cerveza. Estoy segura de que intenta ganar tiempo para poder pensar cómo cambiar de tema, y, francamente, no se lo reprocho.

—De acuerdo, define «buen padre» —termina diciendo, sin cambiar de tema.

—El que antepone siempre a sus hijos. Una persona coherente, en la que se puede confiar. Como tú —agrego con un poco de vergüenza—. Por lo menos, eso tengo entendido.

—¿Como yo? —Vuelve a sacar el teléfono y me lo tiende—. ¿Te importaría llamar a Mags y decirle eso? Llevo casi dos semanas sin aparecer por casa a la hora de acostar a los gemelos, y aquí estoy ahora, en un bar, bebiendo contigo.

—Pensaba que Maggie estaba conforme.

—Y así es. Maggie es muy buena. La mejor.

Ahora me siento mal. Fantaseo con la idea de que Maggie y yo seamos amigas algún día. Ella me cuenta anécdotas de cuando Parnell era más joven y estaba más delgado y yo la dejo hecha unos zorros a base de lanzarle bombas de purpurina.

—Joder, jefe, deberías haberte ido ya a casa a acostar a los niños. ¿Cómo es que no te has ido?

—Porque tú me pediste que tomáramos una copa. Y la única razón por la que una joven como tú pide a un viejo como yo que la acompañe a tomar una copa es para contarle sus desdichas. Para decirle que se siente sola o alterada por algo.

No respondo nada.

—He acertado, ¿a que sí? Todavía estás dándole vueltas a lo de esa niña del piso de alquiler. Y, en fin, es obvio que este caso, o por lo menos la aventura amorosa de Thomas Lapaine, te ha hecho recordar cosas de tu padre.

«Sí, un poco nada más».

No sé si echarme a reír a carcajadas o llorar a moco tendido.

Opto por seguir guardando silencio.

—Mira, pequeña, no puedes permitir que eso te nuble el pensamiento. Tienes una larga carrera por delante, y me temo que vas a conocer a muchísimos hijos de puta. Y no podrás detenerlos a todos.

—Supongo que no —contesto al cabo de un rato—. A no ser que tú, cuando te jubiles, te conviertas en investigador privado y yo te ayude con los casos de infidelidad conyugal. «Parnell Investigador Privado». Suena muy bien.

—Ah, la jubilación.

Parnell pronuncia esta palabra suspirando, pero no es un suspiro de tranquilidad. Sintiéndome mal por haber sacado el tema, vuelvo atrás en la conversación.

—Sea como sea, hay una cosa que sí que tengo que agradecer a las aventuras amorosas de mi padre.

—No me digas.

—Me llevaron a hacerme detective.

Parnell se acomoda en lo alto de una banqueta.

—Esto me interesa.

—Pues te lo voy a contar. —Tomo aire con gesto teatral. Esto es algo que nunca le he contado a nadie—. Bien, tendría yo unos nueve años, puede que diez. Jacqui había ido a recogerme al colegio y se suponía que debía llevarme a la clase de danzas irlandesas, pero yo me había hecho daño en un pie jugando, así que al final no fuimos. Cuando llegué a casa, subí al piso de arriba a coger una cosa, y al pasar por delante del dormitorio de mis padres vi a una persona en la cama. Bueno, a dos personas. Me sentí confusa, porque se suponía que mis padres habían salido, razón por la cual había ido Jacqui a buscarme al colegio, pero yo vi claramente a dos personas. De modo que me acerqué un poco para mirar por la rendija de la puerta y distinguí con toda claridad a mi padre; en cambio a la otra persona no logré verla. Lo único que veía eran los pies sobresaliendo por el borde de la cama. Tenía las uñas pintadas de un tono ciruela pasa. Así que pensé: «¿Esa es mamá?». La idea me resultó repugnante, y no podía llamar a la puerta, pero tampoco podía telefonar a mi madre porque a) no tenía ni idea de cuál era su número y b) incluso a mis nueve años le tenía tomada la medida a mi padre, y pensé: «¿Y si no es mamá?». Así que no hice nada, pero tomé la decisión de que en cuanto se me presentara una oportunidad examinaría todos los pintaúñas de mi madre para ver si encontraba uno igual que el que había visto en los pies de aquella mujer.

Parnell está fingiendo muy bien sentirse fascinado.

—¿Y lo encontraste?

—No, todos eran rosas claritos y aburridos tonos carne. Pero me dije que aquello de ningún modo constituía una prueba concluyente, porque podría ser que mi madre hubiera usado lo poco que le quedaba del pintaúñas de aquel color y hubiera tirado el frasco a la basura, y también era posible que se lo hubiera dejado olvidado en casa de

la tía Carmel o lo que fuera, así que llegué a la conclusión de que necesitaba otro plan. —Me doy unos golpecitos en la sien—. Como ves, ya por aquel entonces era toda una Sherlock Holmes. —Parnell sonrío—. Pasé varias semanas ahorrando dinero de mi paga, y en varias ocasiones le supliqué a Jacqui que me llevara consigo cuando iba a Oxford Street, y busqué y busqué hasta que encontré un pintaúñas de ese mismo color en Boots, y se lo compré a mi madre con la esperanza de que por lo menos dijera: «Oh, qué tono tan bonito, muchas gracias, cariño», pero esperando también que dijera, porque sería más concluyente: «Oh, qué coincidencia, antes tenía uno igual que este».

Hago una pausa, pero esta vez estoy siendo intencionadamente melodramática. A Parnell se lo ve encantado.

—Pero no lo dijo —concluye.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—No lo dijo. No es que se mostrara exactamente grosera al respecto, pero dijo algo así como: «Cielo santo, qué color tan gótico». Yo no sabía lo que significaba «gótico», pero percibí que no era nada bueno. Y después va y me dice: «No es un color que yo llevaría normalmente, pero puede que me haga un cambio de imagen, jaja».

—Ay, Dios.

Asiento.

—Exacto. En fin, en aquella época yo tenía una amiga que se llamaba Katy Kielty, cuya madre nos llevaba a bañarnos a Finchley Lido. Ella sí que usaba aquel color de pintaúñas en los pies. —Otra pausa—. Por fin había encontrado a la culpable.

Parnell lanza una carcajada.

—¡En una única prueba circunstancial! ¿Sin forenses ni testigos?

—Sí, pero a aquella mujer siempre le había gustado mi padre, de modo que tenía un motivo.

—Espera un minuto. —Parnell deja de reír y vuelve la vista hacia la televisión, situada a mi espalda—. Eso va a tenernos ocupados mañana. Olvídate de tu misteriosa mujer de uñas color ciruela, me parece que estamos saliendo en la tele. —Luego le dice al camarero—: Sube el volumen, amigo.

Las delicadas facciones de Steele llenan la pantalla. Está muy seria, haciendo un llamamiento a que se presente cualquier testigo para ayudar a resolver este «crimen particularmente odioso». Su gesto es sombrío, firme y sin imperfecciones. Las cejas, perfectamente depiladas. En los labios, un rojo frambuesa oscuro. Si aquella mujer de uñas color ciruela despertó mi interés por convertirme en detective, el hecho de conocer a Steele me lo estampó en el pecho, y apostaría cualquier cosa a que no soy la única fémina de la policía que sueña con ser la inspectora Kate Steele cuando sea mayor.

—Nuestra Kate nunca huye de los focos —comenta Parnell sin acritud—. ¿Sabes

cómo ha empezado a llamarla Craig?

Acerco el oído, pero mi mirada permanece fija.

—Kate Kardashian. Ya sabes, porque adora los focos...

—Sí, ya lo pillo, jefe. —Me llevo un dedo a los labios—. Chist, estoy intentando oír lo que dice.

Se trata de una intervención breve, como de uno o dos minutos. Steele está impresionante, y, por supuesto, cada dos por tres aparecen los rostros de Maryanne Doyle y Alice Lapaine contradiciéndose el uno al otro: como una adolescente de cabello negro, sin preocupaciones y rebosando arrogancia, y como una rubia de treinta y cinco años abatida y tímida.

Pero lo que me deja de piedra son los diez últimos segundos. La vista panorámica de Mulderrin en la que se aprecia el tejado de la casa de mi abuela, los fresnos inclinados que bordean el prado de Duffy y la punta del crucifijo que se yergue orgulloso en lo alto de la iglesia de St Benedict, donde se rezó por Maryanne Doyle aunque todo el mundo insistía en que no era más que una vulgar ramera que se había ido a reunirse con otras de su misma calaña.

Tienen que ser imágenes de archivo; el poético intento de algún productor de establecer el contraste entre los verdes prados que vieron a la víctima en su juventud y la sordidez urbana que la rodeaba el día de su muerte. Porque de ningún modo es posible que los medios hayan llegado ya a Mulderrin, cuando aún no existe un vínculo claro entre el antes y el ahora que suscite titulares en las noticias.

Y nosotros no tenemos ningún vínculo que facilitarles.

Porque no existe ningún vínculo oficial.

Porque el hecho de que exista un hombre que estuvo en el entorno de Maryanne Doyle tanto en 1998, año de su desaparición, como en 2016, año de su muerte, constituye una semilla venenosa que está plantada tan hondo en mi psique que no estoy segura de que pudiera extraerla de ahí, aunque tuviera el valor, o la voluntad, de hacerlo.

1998. Jueves 28 de mayo

Cómo ser espía. Regla n.º 1: ¡Descubre los hábitos de tu objetivo!

Papá me dijo que se iba a comprar tabaco, pero yo sabía que se había comprado un paquete de 200 cigarrillos en secreto en el transbordador, porque estaba escondida detrás del puesto de Toblerone esperando a saltar sobre Noel y darle un susto. También sabía que solo se había fumado 67, de modo que le quedaban 133 y no necesitaba comprar. (Llevaba la cuenta porque 200 me parecía una cantidad grandísima, y no quería que se pusiera enfermo como el padre de Paige Flannelly, que escupía sangre en los pañuelos de papel y pesaba menos que su madre).

Cómo ser espía. Regla n.º 2: Cuando tropieces con un problema, ¡sé una persona con recursos!

Los espías suelen vestir de negro, pero mamá solo me metió en la maleta el impermeable azul de flores que tiene el cuello de lunares rosas, así que lo volví del revés y recé para que eso fuera suficiente.

Cómo ser espía. Regla n.º 3: ¡Lleva contigo solo los objetos esenciales que sean vitales para operar y sobrevivir!

Cogí mi diario, un lápiz, unas pocas patatas con sabor a beicon y un trozo pequeño de queso, porque mamá me dijo que era bueno para los huesos, y partí en la misión secreta de seguir a papá hasta el final de la Calle de los Socavones (porque aquí las calles no tienen nombre propio, como Oxford Street o Farringdon Road, sino que les ponen nombres como Calle Larga que Sale de la Ciudad o Calle donde están las Vacas de Pat Hannon). Papá dobló a la derecha al llegar a la verja de la casa de Duffy y luego se detuvo un momento para hacer una llamada, así que tuve que esconderme a toda prisa.

~~buena~~ ~~intelig~~ ¡Papá tiene teléfono!

Cómo ser espía. Regla n.º 4: ¡Aprende a escuchar conversaciones ajenas!

Los espíe mirando por un hueco que había en el seto y vi que ella estaba riéndose. No era esa risita tonta de cuando estaba en El Salón con los chicos, sino auténticas carcajadas de las de mearse encima. Lo siento, pero papá no era tan divertido. Ni siquiera cuando imitaba a Homer Simpson o cuando contaba el chiste de la rana y la gallina que fueron a la biblioteca.

Ella se reía igual que Cynthia, la delgadísima mujer del tío Frank (no la llamábamos tía Cynthia; mamá se mostró tajante al respecto). Papá siempre decía que Cynthia se reía como si fuera un cuervo con una metralleta y que Maryanne también se le parecía un poco. Era una risa desagradable; no sonaba como la de una

persona divertida, sino como la de una persona mala.

«Eso me suena a chantaje», le oí decir a papá.

«Joder, sí que eres melodramático».

«Eres una ilusa si crees que eso va a pasar». Aquí, a papá ya se lo notaba enfadado.

«Y tú eres un iluso si crees que vas a poder elegir».

Cómo ser espía. Regla n.º 5: ¡Guarda la información en un lugar seguro!

Saqué mi diario y escribí lo siguiente:

chantaje. iluso.

No tuve necesidad de escribir «melodramático» porque ya sabía lo que significaba. Mamá siempre le decía a Jacqui que se ponía «melodramática» cuando lloriqueaba quejándose de tener que volver a casa a determinada hora o de que un chico no le había dicho que estaba muy guapa. Pero las otras palabras no las conocía. Pensé en preguntárselas luego a mamá, pero las mariposas que sentía en el estómago me decían que no debía preguntarle nada.

En vez de eso, cogí el diccionario del abuelo y me lo llevé a la cama.

El día siguiente no es genial.

«Lo que no nos mata nos hace más fuertes», afirmaba Nietzsche, o Kanye West, dependiendo del marco cultural que le sirva a uno de referencia, pero la única excepción debe de ser el consumo desorbitado de vino, porque desde luego no me siento más fuerte por las dos botellas que me bebí anoche. Me siento aniquilada.

Lo cual, supongo, era exactamente la intención.

Repeler el bombardeo emocional destruyéndome físicamente.

Despierto en el sofá de Parnell, con una pieza de Lego incrustada en mi cadera derecha y el recuerdo de haberlo llamado «aburrido» cuando impidió que me fuera de copas con un grupo de agentes de bolsa. Después de mandarle mi agradecimiento en voz baja y de exclamar «gracias a Dios» en voz alta cuando encuentro en el suelo, a mi lado, un vaso grande de agua y una caja de analgésicos, me incorporo y recorro la habitación con la mirada. Efectivamente, el salón de su casa es tal y como me lo había imaginado. Decorado por su mujer, destrozado por sus hijos. Igual que el escenario de un teatro preparado para representar *El señor de las moscas*, solo que en color marrón topo y con almohadones. No sé muy bien cómo interpretar lo del cepillo de dientes extra y —que me muera aquí mismo— las zapatillas deportivas limpias que hay a un lado del sofá, pero supongo que son la manera que tiene Parnell de decirme que ya se nos ha hecho tarde y no tengo tiempo para ir a asearme a mi casa.

En los momentos distendidos del día, casi me hace gracia llevar puestas las deportivas de la mujer de mi jefe. En los momentos más negros, rezo para que la Parca venga pronto a buscarme.

Sin embargo, trabajo con ahínco, sudorosa y con náuseas, durante diez largas horas. Trabajo con especial ahínco en la tarea de evitar a Parnell; cojo el teléfono cada vez que lo veo venir hacia mí, o meto la cabeza en el bolso y me pongo a buscar afanosamente algo que no necesito. Por suerte, no me faltan motivos para coger el teléfono, porque hoy el público se siente charlatán después de la aparición de Steele en las noticias.

Los chiflados no me molestan, porque son fáciles de identificar. Por lo general, descarto rápidamente a los que hablan de extraterrestres o del Juicio Final, y a todos los que mencionan el declive moral de Inglaterra. No, los que me ocupan el tiempo son los bienintencionados, las personas que afirman que «podrían» haber visto algo. Las que quieren un pequeño trocito de la acción que llevarse a la entrada del colegio.

Recibo una llamada muy prometedora de un individuo que «cree» haber visto a Alice hablando con un «hombre mayor» en el Rugged Cross —una lacra que estropea el animado ambiente de Spitalfields Market— el domingo por la noche, antes de que muriera.

Lo de «hombre mayor» me deja preocupada, pero media hora más tarde estoy ya apoyada en la barra respirando alcohol y sudor —el sudor me resulta más atractivo— y descubro que ese informante no está tan seguro como parecía por teléfono, y que al camarero solo le interesa saber si estoy saliendo con alguien y qué planes tengo para el sábado por la noche. De todas formas, anoto la descripción del «hombre mayor»: «Entre cincuenta y setenta, constitución media, altura media, cabello más bien claro, en realidad no me fijé mucho, si quiere que le diga la verdad, el Manchester United acababa de empatar...». Durante un milisegundo estudio la posibilidad de escribir a Jacqui para que me mande una foto reciente de papá, pero hoy no tengo la cabeza lo bastante despejada para hacer frente a todas sus preguntas, y, para ser sincera, no soy lo bastante valiente para aguantar la bronca si...

Si.

Cuando regreso, me encuentro con la noticia de que la coartada de Lapaine concuerda con los hechos. Por lo visto, Abigail Shawcroft es una fotocopia de Alice: tirando a rubia, algo más guapa pero más sosa. Hablamos de esto durante un rato y llegamos a la conclusión de que esta chica no tiene nada que ganar mintiendo por él, cuando tiene un exmarido que por alguna razón pretende machacarla en los juzgados de familia y una solicitud al puesto de subdirectora todavía pendiente. Emily y yo nos centramos de nuevo en el Donatella Caffè y en los residentes de Keeper's Close; lo primero desata un frenético debate acerca del papel que se usa en la caja registradora y de obligaciones con Hacienda, temas acerca de los cuales, por desgracia, no estoy cualificada en absoluto para dar consejos, aunque los doy de todas formas; lo segundo simplemente deriva en más variaciones del tema: «No, lo siento, no puedo ayudarla», que está convirtiéndose rápidamente en la frase más repetida en esta investigación.

Lo de Aiden Doyle también concuerda con los hechos. En efecto, aquella noche estuvo despierto en Mile End intercambiando mensajes de texto con un amigo de Australia, desde la una cuarenta de la madrugada hasta casi las dos y cuarto. Aunque está claro que eso no le cubre durante el período de cuatro horas que va desde el momento del asesinato hasta el momento en que se arrojó el cadáver en la calle, ciertamente reduce las posibilidades de que el asesino sea él.

Y cuando ya empieza a caer la noche al otro lado de la ventana, viene Renée a añadir otro dato más a nuestro vacío:

—No existe ningún certificado de nacimiento, adopción ni defunción relativo a un niño nacido ni de Maryanne Doyle ni de Alice Lapaine —anuncia en tono serio—. Lo cual contribuye a la complicación adicional de que exista un recién nacido desaparecido. O muerto, claro está.

Niños muertos. Pistas muertas. Camareros muertos de aburrimiento en bares muertos de risa.

Muerta de cansancio, me voy a casa.

Los días siguientes siguen una pauta similar.

Trabajar como burros. Sentirnos perdedores.

Y, en mi caso, otra visita a la doctora Allen.

Por lo menos el asunto de los «Años Perdidos» nos proporciona un cierto alivio, porque, a juzgar por algunas de las llamadas que van llegando con cuentagotas, la mujer anteriormente conocida como Maryanne Doyle era una persona conflictiva: de las que vendían droga a los críos del colegio en Hackney y al mismo tiempo daban la comunión en una iglesia de Porthmadog situada a trescientos kilómetros de allí.

Un par de informantes sugieren lo mismo —lo cual despierta nuestra atención, por no decir nuestras esperanzas—: que Maryanne era un rostro que se dejaba ver de vez en cuando en los lugares de baile de Londres y que frecuentaba sitios como el Cross, el End, el Fabric, Turnmills, etcétera, a finales de los años noventa y principios de los dos mil. Sin embargo, tras un breve arrebató de emoción, nos vemos obligados a preguntar de qué modo puede eso sernos de utilidad. Nadie recuerda haber llegado a hablar con ella. Ni una sola persona recuerda haberla visto con alguien. Según todas las declaraciones, era simplemente otra cara anónima que iba rebotando entre la multitud de caras anónimas que, impulsadas por las pastillas, se movían de club en club buscando la mejor música al final de otra monótona semana de trabajo.

No obstante, la idea de que Maryanne se subiera a bailar a una tarima a finales de los noventa, empastillada hasta las cejas, aporta credibilidad a la teoría del sargento Bill Swords: que era probablemente una fugitiva.

Una teoría que me encantaría poder creer.

—¿Y ya está? —pregunta Parnell una mañana, dolido al saber que está «actuando en funciones» en un caso que no parece ir a ninguna parte—. Sinceramente, pensaba que teníamos algo más.

—Estamos en Navidad —dice Steele, que nos está haciendo el honor de dedicarnos unas cuantas horas de presencia en carne y hueso, liberada de las demandas del superintendente Blake, aficionado a convocar una reunión tras otra—. En esta época del año, Lu, ya tienes bastante con acordarte de dónde has dejado la maldita cinta adhesiva sin intentar recordar dónde estabas hace dieciocho años.

—¿Tenemos algo nuevo relativo al coche? —le pregunto a Ben. Estoy empezando a aburrirme de mis tareas y necesito regodearme en los fracasos de los demás.

—Absolutamente nada —me contesta en tono de indiferencia. No le vendría mal apuntarse conmigo a un curso sobre el Arte de la Positividad.

—Sin embargo, hay novedades respecto de la vagina de la víctima —exclama Flowers, que justo ha terminado de hablar por teléfono. Es de mal gusto, pero capta nuestra atención—. Era una llamada del laboratorio. No han encontrado rastros de lubricante de preservativos.

De pronto, con la entrada de Seth en la sala, llega el notición:

—Ajá, veo tu vagina y subo a un teléfono. Acabamos de encontrar una coincidencia en uno de los teléfonos con tarjeta de prepago.

—¿Lo han conectado? —pregunta Parnell con un brazo ya dentro de la manga del abrigo.

—No exactamente. El muy idiota sacó la tarjeta SIM y la insertó en su teléfono normal.

—Así que ahora tenemos una ubicación —digo yo con el corazón acelerado.

—Algo mejor que eso: una dirección. Y un nombre.

A veces ocurre simplemente así. Días y días de arduo trabajo sin reconocimiento y sin resultados y, de repente, la bomba. Todas esas pistas endebles y todos esos recorridos tortuosos por jardines sin fin parecen ya cosa del pasado, y ni siquiera recuerdas por qué incluso llegaste a cuestionar para qué servía tu maravilloso trabajo, que tanto sentido daba a tu vida.

Antes de que a Parnell se le ocurra siquiera pensar en no invitarme, ya tengo el abrigo puesto y abrochado.

Llevo viviendo en Londres el tiempo suficiente como para saber que el sufijo «mansión» suele prestar un falso glamur a la más humilde de las moradas. No obstante, con un nombre como Ophelia Mansions, lo mínimo que espero encontrar es algún que otro sauce o flor silvestre. Lo que encuentro en realidad es un monstruoso edificio de seis plantas, ruinoso, situado justo enfrente de Gray's Inn Road, aproximadamente a un kilómetro de donde fue encontrado el cadáver de Alice Lapaine.

Cosa predecible, Saskia French vive en el último piso.

Nos abre la puerta principal un hombre que corre a nuestro encuentro. El abrigo de lana y el carísimo reloj que lleva en la muñeca lo identifican como un «caballero de visita»^[5] más que como un inquilino de la vivienda, y es obvio que Parnell está pensando lo mismo; lo veo en la sonrisilla que esboza al tiempo que le enseña la placa para hacerle ver que no somos testigos de Jehová; lo oigo en la risilla malévola que emite, entre bufidos y resoplidos, cuando subimos la escalera.

Cuando llegamos a la última planta, se abre de pronto la puerta del 12 C y aparece una joven vestida con uniforme de enfermera —un uniforme de verdad, no uno para dar morbo— que sale a toda prisa, encorvada por el peso de un enorme bolso de viaje. Tiene la cara enrojecida, como si acabara de frotársela para desmaquillarse.

Parnell enseña de nuevo su placa.

—Preguntamos por Saskia French.

—No, yo..., yo... —La joven mira de nuevo hacia el interior de la vivienda con gesto nervioso—. ¿Han venido por lo de Maryanne?

Maryanne.

De modo que, con independencia de lo que estuviera haciendo en Londres, había recuperado su antiguo nombre.

—Lo he visto en el periódico. Pensaba llamar. De verdad, pensaba llamar, pero...

—¿Pero qué? ¿Estaba demasiado ocupada para tomarse la molestia?

—¡No! —aúlla—. Es que no... Es que yo sé nada de ese tema... Y estoy a punto de sacarme el título, y esto lo hago solo para mantenerme económicamente. —Nos mira a los dos, adelante y atrás—. Entiéndanlo, la gente habla de becas, pero las becas no dan para vivir. Lo dejaré cuando tenga el título, cuando esté cobrando un sueldo, de verdad...

Nosotros estamos casi tan sorprendidos como ella. Si esta chica no esperaba encontrarse en la puerta con dos agentes de policía jadeantes y sin resuello, desde luego nosotros tampoco esperábamos que nos soltaran una explicación sobre la financiación de estudiantes por parte de la Seguridad Social.

—Además, pensé que ya habría llamado Saskia. Yo no tengo nada que ver con

eso. —Una mirada rápida al reloj—. Mierda, voy a llegar tarde a mi turno.

De repente se oye una voz sin cuerpo procedente del interior del piso, una voz fuerte, áspera e impaciente.

—Déjalo, Petra. Márchate. Ya hablo yo con ellos.

Es una orden. Una instrucción que consigue que Petra eche a correr escaleras abajo.

Y no se detendrá.

—¿Sí?

La voz adquiere cuerpo, y además un cuerpo que quita el hipo. En la puerta aparece Saskia French poniéndose un jersey amplio encima de un vestido rojo de PVC, saltando de un pie al otro y soplando a causa del frío. Si fuera posible apartar la mirada de sus piernas, que empiezan más o menos a la altura de mis hombros, uno se daría cuenta de que tiene los ojos muy separados, pintados profusamente con lápiz negro y de expresión un poco fija. Y el pelo negro, cortado en una media melena recta y con flequillo horizontal. Si bien no es exactamente lo que se dice una *dominatrix*, desde luego tiene un estilo alternativo. Una cierta originalidad por la que deja de ser atractiva para convertirse en despampanante. Dicho de otro modo: es de las que paran el tráfico.

—Saskia, quisiéramos hacerle unas preguntas sobre Alice Lapaine. Al parecer, usted la conocía como Maryanne Doyle.

Muestra varias expresiones faciales que colisionan entre sí, pero la que se impone a todas es la de hostilidad.

—Lo siento, creo que no puedo ayudarles, y además estoy esperando una visita dentro de poco. Una amistad —agrega, con una sonrisa más beatífica que la de la Virgen María.

Parnell sonrío.

—No tiene por qué disculparse, no hay duda de que puede ayudarnos. Sabemos que Maryanne Doyle, víctima de asesinato, efectuó varias llamadas a su teléfono, y gracias a lo que acaba de decir su colega, está claro que ustedes conocían a Maryanne, de modo que, si no le importa, vamos a saltarnos esta pequeña comedia. ¿Me permite unas pocas preguntas?

Pongo el pie en la puerta, una maniobra preventiva que resulta ser de utilidad, porque Saskia intenta cerrar de golpe. Siento un intenso dolor en el pie, pero le sostengo la mirada. Y no es precisamente una mirada fácil de sostener. Es intensa, casi rayando en la paranoia. Esa paranoia que desata el furor en los hombres siempre que sea desde lejos... preferiblemente una hora por semana como máximo.

—Cinco minutos. —Da media vuelta y se interna por un estrecho pasillo, con su metro ochenta de estatura, cerrando puertas al pasar—. Podemos hablar aquí dentro.

La seguimos hasta una cocina pequeña y abarrotada, de las que se construyen al lado de una oficina para que la gente pueda prepararse un té y unas gachas en el microondas, pero nada más. No veo que haya lavadora —a no ser que todo el

vestuario de Saskia sea de PVC y se limpie con solo pasarle la bayeta— y hasta la cocina, un hornillo independiente colocado sobre la encimera, parece un artilugio que uno se llevaría a una merienda campestre. El frigorífico es tan diminuto que parece de juguete.

Así y todo, por lo menos alguien tiene espíritu festivo, porque hay una gran pegatina en forma de copo de nieve en el cristal de la ventana y una ramita de muérdago colgando de la puerta.

Saskia se pone a echar hojas de menta en una taza. No nos pregunta si queremos tomar algo. Mientras está de espaldas a nosotros, lanzo una mirada a Parnell como preguntándole: «¿Qué cojones?».

¿Qué demonios hacía Maryanne/Alice llamando a una prostituta?

Parnell decide empezar.

—¿Cómo conoció a Maryanne Doyle?

Saskia deja escapar un suspiro. Se sube de un saltito a la encimera y estira las piernas. Sin medias, blancas sin complejos y elegantes como las de una bailarina.

—Yo no conocía a Maryanne. Durante unas semanas compartimos el mismo espacio, pero yo apenas la veía. Ella recibía a la mayoría de sus clientes fuera de esta casa.

Noto que a Parnell le ha explotado una bomba dentro de la cabeza, pero la que reacciona soy yo.

—¿Clientes? Está usted diciendo que Maryanne trabajaba aquí.

Saskia me mira de arriba abajo y, como me encuentra defectuosa en casi todos los aspectos, se vuelve hacia Parnell.

—Lo que he dicho es que no recibía a muchos clientes aquí. Este piso lo utilizaba más como base. Dejaba aquí sus cosas.

—¿Las cosas de Maryanne están en este piso? ¿Tiene una habitación aquí?

Estoy haciendo un esfuerzo por mantener una frialdad profesional, pero en el espacio de media hora hemos pasado de un trabajo laborioso a una revelación que tal vez podría arrojar mucha luz a este caso, y me está costando un poco adaptarme. Reiniciar el conjunto de mis habilidades y pasar de contestadora telefónica más rellena de formularios a detective de verdad.

Parnell no necesita tiempo de adaptación.

—¿Qué habitación es?

—La segunda de la derecha, pero no hay gran cosa. —Otro suspiro—. ¿Qué es exactamente lo que están buscando?

Parnell sale de la cocina. Oigo que se abre una puerta, y necesito hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no salir corriendo detrás de él.

—¿Por qué no se puso usted en contacto con la policía para contarle que conocía a Maryanne? Ya lleva casi una semana en los periódicos.

—Ah, ¿sí? —responde ella sin mucho interés—. La verdad es que no leo los periódicos, y tampoco veo la tele. Prefiero escuchar música. De todas formas, cuanto

menos contacto tenga con la policía, mejor.

—Su colega, Petra, por lo visto sí se ha enterado. Y ha dejado implícito que usted también estaba al tanto. Se ha mostrado sorprendida de que usted no nos haya llamado.

—Yo me enteré hace uno o dos días, por un periódico que cogí en el metro.

—¿Y no se le ocurrió llamarnos?

Un encogimiento de hombros.

—No tenía nada que decir. Tampoco ahora tengo nada que decir.

—¿Maryanne se alojaba aquí y usted considera que eso no es nada?

Saskia se inclina hacia delante y enlaza las manos como haría una profesora dirigiéndose a un retrasado.

—¿No me entiende cuando hablo? Yo apenas la veía. Le repito que no puedo ayudarles.

Decido cambiar de táctica, en un intento de confundirla.

—¿Por qué tiene dos teléfonos, Saskia?

Su voz adquiere un retintín de aburrimiento.

—Porque es lo que se hace normalmente. Me gusta separar el trabajo de mi vida privada. El de prepago es para el trabajo.

—Ha estado desconectado una semana, puede que más. ¿Por qué?

Susurra algo que supongo que será despectivo y después dice:

—Quería tomarme un descanso; hasta las putas necesitamos una semana de vacaciones de vez en cuando. Y cuando no estoy trabajando, lo apago. No quiero que me den la lata.

Señalo su vestido con un gesto.

—Pues doy por sentado que hoy está usted trabajando, y aun así lo tiene apagado.

—No me diga. —Una sonrisa de falsa amabilidad—. Gracias por recordármelo.

—Ya sabe usted que sí. Le sacó la tarjeta SIM y la insertó en el otro teléfono.

—Necesitaba ver el número de un cliente, ¿vale? Y como el auricular llevaba un tiempo funcionando mal, metí la tarjeta SIM en el otro teléfono para ahorrar tiempo.

—Me perfora con la mirada—. Oiga, esto es realmente tedioso. ¿Piensan quedarse mucho más?

No reacciono.

—¿Para qué la estuvo llamando Maryanne en estas fechas? —Le enseño el papel con las llamadas marcadas con rotulador, pero ella lo aparta.

—Por temas de la casa. Para saber si necesitábamos papel higiénico, para que dejase encendida la luz del pasillo. Cosas así.

Muy factible, para mi fastidio.

—Obviamente, tengo que preguntarle dónde estuvo usted la noche del lunes 15, hasta las primeras horas de la madrugada del martes 16.

Saskia no se inmuta por mi pregunta.

—Estuve aquí, sola. Ya se lo he dicho, quería tomarme unos días para descansar

en serio, ponerme al día con los papeles, limpiar el piso... Ya sabe, las cosas normales. Tengo que ocuparme de las mismas tareas domésticas que todo el mundo, ¿sabe? Soy un ser humano, y no solo una puta.

Se supone, creo yo, que debería conmovirme su llanto plañidero, pero esta mujer tiene algo que inspira una compasión mínima.

—Bien, ¿y exactamente dónde conoció usted a Maryanne? —le pregunto con un gesto totalmente inexpresivo.

—No me acuerdo.

—Esa respuesta no me vale.

Se aferra al borde de la encimera y vuelve a perforarme con esa mirada paranoica, con los ojos muy abiertos, amenazantes. Estoy empezando a pensar que de un momento a otro saltará sobre mí, pero de repente empieza a hablar.

—Me parece que fue en el Diamond... Ah, no, espere un momento, fue en el Silks. —Un club de *striptease*, básicamente—. Llevo años sin bailar, pero todavía sigo yendo a ese local a tomar una copa, porque van muchas de las chicas. Es bueno para el trabajo y conozco al personal. En fin, una noche conocí allí a Maryanne, y empezamos a charlar. Lo cierto es que fue agradable hablar con una chica que era inglesa y de una edad más parecida a la mía, para variar. Mencionó que estaba buscando habitación, y pensé: ¿por qué no? Así me ganaría un dinero extra y tendría a alguien un poco mayor y más sensato dirigiendo el cotarro cuando yo estuviese fuera. De tanto en tanto me voy a trabajar al extranjero —añade.

—¿Dirigiendo a las chicas, quiere decir?

Saskia levanta la barbilla.

—Yo no funciono así.

—Mire, Saskia, yo no soy del Departamento de Antivicio. No he venido por eso.

Y aunque hubiera venido por eso, es *peccata minuta*. Mientras no sea un caso de trata de blancas o de menores, sigo adelante.

Saskia se baja de la encimera y se estira para coger el paquete de tabaco adoptando una postura esbelta y alargada.

—La cosa es que no todos los clientes pueden permitirse el lujo de irse a un hotel cada vez que les entran ganas de mojar el chorro, ¿me sigue? Así que tengo unas cuantas chicas de confianza que utilizan las habitaciones extra de vez en cuando, y yo me llevo un pequeño porcentaje. Estoy ahorrando para —para mi vergüenza, imagino que va a decir para una operación de elevación de glúteos o algo así de deprimente— comprarme una autocaravana. Una Volkswagen de los años sesenta, totalmente restaurada. —Pasea la mirada por la cocina no con disgusto sino con cansancio—. Necesito alejarme durante una temporada de todo esto.

—¿Qué le contó Maryanne de sí misma?

Enciende un cigarrillo.

—Nada. Simplemente lo que ya le he dicho. Que estaba buscando un sitio donde quedarse.

—¿Y cuando estaba aquí?

Una profunda calada, se nota que es la primera del día.

—La verdad es que daba la impresión de que estaba huyendo de algo. No conversábamos mucho, pero un día nos echamos unas buenas risas hablando de clientes chungos. Me contó que tenía unos cuantos. Me dio la sensación de que le había ocurrido algo bastante reciente, pero fue solo una sensación. No le pregunté los detalles. —Una mirada inexpresiva—. Para serle sincera, no me interesaba demasiado.

Tomo nota de esto.

—Vamos a necesitar una lista de todas las personas con las que estuvo en contacto mientras vivía aquí. Actuaremos con la máxima discreción posible.

Saskia da una palmada y eleva el tono de voz:

—Tía, ¿estás sorda o qué? He dicho que no lo sé.

Me produce un sobresalto. Esta mujer tiene una brusquedad en la forma de hablar a la que cuesta adaptarse. Resulta totalmente desconcertante.

—Mire —dice después, un poco más suave—, no éramos dos amiguitas que compartan piso. No nos dedicábamos a hacernos trenzas en el pelo la una a la otra ni a hablar de nuestro primer beso. Ella estuvo durmiendo aquí unas tres semanas. —De pronto le viene una idea a la cabeza—. Y, por lo que parece, eso ya no me lo va a pagar nadie, ¿verdad?

No considero esa afirmación digna de comentario. Y dudo que ella lo espere por mi parte.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Algún cliente chungo del que convenga informarnos? ¿Alguien que pudiera haber visto a Maryanne y le hubiera tomado simpatía?

Otra vez el mismo soniquete de antes.

—No. Nadie. Al contrario de lo que se cree, podría contar con los dedos de una mano los chiflados con que me he tropezado. La mayor parte de lo que hago no se diferencia de lo que haría cualquier chica que se respete a sí misma, si se tomara la molestia.

Genial.

—¿Este piso es suyo?

Un hormigueo en la nariz. Un tic nervioso.

—No. ¿Por qué?

—¿Entonces le estaba subalquilando la habitación a Maryanne?

Murmura «qué hija de puta», un apelativo que quizá me merezca, la verdad. Se lo he preguntado solo para fastidiarla.

—Lo cierto es que no creo que a los dueños les importe mucho. Llevo varios años viviendo aquí, soy una inquilina muy buena.

—¿Por qué? ¿Porque les pasa un porcentaje de lo que gana?

—¡No, joder! —Por lo visto, esto la pone histérica—. Ellos no tienen ni idea de a

qué me dedico. Creen que soy profesora de yoga.

Y bien podría serlo; tiene la postura, aunque no el temperamento.

En este momento regresa Parnell a la cocina y se dirige directamente a Saskia.

—Señorita French, no hemos podido recuperar el bolso ni el teléfono de Maryanne, y parece que tampoco están en su habitación. ¿Puede darnos una descripción?

Saskia frunce los labios fingiendo reflexionar.

—Pues... es posible que su bolso fuera de color negro. ¿Les sirve de algo?

—Enormemente —responde Parnell con retintín. Luego se dirige a mí—: Ahí dentro no hay gran cosa: algo de ropa, un neceser y pastillas para el catarro y la gripe.

—Sí, Maryanne pasaba mucho rato a la intemperie —comenta Saskia, servicial de repente—. Le dije que tomara ginseng, pero algunas personas nunca hacen caso.

Parnell se vuelve hacia ella, ligeramente desconcertado, y después me mira de nuevo a mí.

—Sea como sea, he solicitado una Sección 8. Vamos a tener que mandar aquí a los forenses lo antes posible, necesitamos las sábanas, la ropa, todo.

—¡Los forenses!

Saskia se gira bruscamente hacia Parnell, un derviche de brazos blancos como la leche y PVC rojo. Parnell retrocede justo a tiempo, lo cual evita que ella lo toque y por lo tanto que le caiga una noche en el calabozo, pero la chica tiene los ojos relampagueantes. Yo casi preferiría que me sacudieran un puñetazo antes que aguantar de cerca la mirada de esos ojos.

—Mira, tío —escupe—. Ya he contestado a tus putas preguntas, así que ahora lárgate de mi piso y llévate contigo a tu becaria.

Parnell endereza la espalda y estira el cuello hasta quedar a la altura de los ojos de Saskia.

—Tengo que hacer otra llamada, señorita French, así que voy a dejar que aquí mi becaria le explique con exactitud lo que ocurre, porque me parece que no comprende usted la gravedad de la situación.

Saskia se vuelve hacia mí. Su seguridad en sí misma disminuye a toda velocidad, y su beligerancia da paso al pánico.

—Por favor. No es necesario que traigan una orden judicial. Les he dado permiso, así que cojan lo que quieran y váyanse. No puedo permitir que invada mi piso un montón de gente.

Técnicamente tiene razón. Parnell y yo podríamos irnos llevándonos un buen botín sin necesidad de una orden judicial. Pero Parnell no se dedica a arramplar con las cosas; él es de los que juegan sobre seguro.

Intento explicarle todo eso a Saskia.

—La cosa no es tan fácil como coger lo que queramos y ya está. Los forenses tendrán que peinar la habitación de Maryanne de arriba abajo.

—Yo que usted le diría a su «amigo» que no volviese por aquí —vocea Parnell

desde el pasillo—. A no ser que sea un «amigo» con el que nos merezca la pena hablar.

Saskia se acerca a la puerta con las manos en las caderas.

—Hágame un favor: deje el sarcasmo, ¿quiere? No le sienta nada bien. —Luego baja la vista—. Y esa corbata tampoco.

Parnell suelta una carcajada.

—Ah, sí que voy a hacerle un favor, señorita French. Si me pide perdón por esa grosería acerca de mi corbata, es posible que le permita librarse de los más que evidentes restos de cocaína que hay desperdigados por todo el piso antes de que llegue la caballería. ¿Qué tal le parece eso? ¿No es justo?

Saskia se encoge de hombros con gesto exagerado y se mete en una habitación, supuestamente su dormitorio, para llamar a su «amigo». Yo entro en la habitación de Maryanne sin tocar nada, solo para observar lo que hay, que no es gran cosa: un futón pequeño y doble, una mesilla de noche de aspecto barato y una percha para la ropa, nada más.

Me vuelvo hacia Parnell.

—Me han puesto en espera —me dice, chasqueando la lengua con fastidio.

—¿En qué estás pensando?

Con un oído atento a lo que está diciendo Saskia y el otro atento a mí, me contesta:

—Que aquí pasa algo raro.

—Muy raro —digo en voz baja—. Más o menos soy capaz de aceptar que una tímida cocinera de un bar de segunda pueda embarcarse en una doble vida como dama de noche. Quiero decir, ya nada nos sorprende. Pero ¿que no hubiera semen ni lubricante de preservativos? —Parnell asiente con la cabeza animándome a continuar—. ¿Y esta habitación? No pretendo ser chistosa, ¿pero dónde está la lencería insinuante, los juguetes sexuales? Ni siquiera quedan rastros de maquillaje, solo hay un desodorante y unas cuantas toallitas húmedas.

—La coca no es mía —declara Saskia saliendo de nuevo al pasillo, con la cara iluminada por la pantalla del teléfono.

—¿Es de Maryanne? —digo. Ya no me sorprende nada.

—No, no, a ver, sí que es mía, supongo. Pero no la utilizo. No consumo drogas —agrega con orgullo—. Pero a algunos clientes les gusta. Ya sabe, les ayuda...

Parnell eleva una ceja.

—La verdad es que no lo sé.

Se oye una voz al otro lado de la línea, y Parnell nos hace entrar de nuevo en la cocina. Adoptamos otra vez nuestras posiciones: ella subida a la encimera y yo sentada en la silla. Hay tantas cosas que preguntarle que no sé por dónde empezar.

De todas formas, a partir de ahora le toca a Parnell llevar la iniciativa.

—Vamos a necesitar los nombres de los propietarios de este piso —digo, solo por romper el silencio—. Comprendo que resultará incómodo, pero es que tenemos que

hablar con ellos.

—¿Disculpe? —Veo que se le tensan los músculos del cuello—. ¿Por qué razón?

—Porque ellos son los propietarios, Saskia. Por cortesía, hemos de tranquilizarlos diciéndoles que serán indemnizados por cualquier desperfecto que cause el registro.

—Ya se lo comunico yo —se apresura a decir Saskia—. No hace falta que se molesten.

—Me temo que esto no funciona así. —Saco mi libreta—. Dígame el nombre, por favor.

Saskia no dice nada. Permanece con la mirada fija en la pared. Pero no creo que sea un gesto mohíno, sino uno que indica desasosiego.

Lanzo un profundo suspiro.

—Saskia, ¿sabe lo rápido que podemos averiguarlo nosotros? Esto no es *Scooby Doo*, somos la policía. Simplemente, sería mucho más fácil si me lo dijera usted.

—Nathaniel Hicks —termina diciendo en un murmullo, y luego agrega en tono más alto—: Se llama Nate Hicks.

Tardo diez segundos en ubicar ese nombre. Cinco minutos en confirmarlo con las oficinas centrales. Diez minutos en dar la orden de que dos agentes uniformados custodien la escena, y nos llevará probablemente una hora llegar hasta allí a esta hora del día.

Nathaniel Hicks.

Propietario de este piso y marido de Gina Hicks.

La de la vida imposible perfecta del imposible perfecto Keeper's Close, donde a una pensionista de vista defectuosa le pareció ver «posiblemente» a Maryanne hablando por el telefonillo.

Dios bendiga a June, del Donatella Caffè.

Nos lleva más de una hora. Ochenta y cinco minutos, para ser precisos. Ochenta y cinco minutos que Parnell pasa recibiendo las quejas de Maggie respecto de no sé qué y desahogando su rabia con la palanca de cambios, mientras yo manipulo la radio, que no deja de emitir canciones que se empeñan en recordarnos que estamos en una época maravillosa del año. Qué bien debemos de estar pasándolo.

En casa de los Hicks tampoco tienen un minuto de respiro.

Nos abre la puerta Santa Claus. Un Santa Claus encorvado y esmirriado, de respiración rasposa y movimientos trabajosos y lentos. Debajo de la barba sintética y el gorro barato reconozco al padre de Gina Hicks. Nos hace entrar en el salón, donde, muy apropiadamente, se halla congregada la familia Hicks al completo, como si estuviera posando para una foto. Gina Hicks, de nuevo totalmente acertada en un estilo «elegante pero informal», vestida con un traje de cachemir de color tostado y botines marrones de pelo largo, está colgando chocolatinas en un árbol con los gemelos, que van disfrazados de elfos. El caballero, que imagino que será Nate Hicks —fornido y tirando a rubio, con unas facciones que son lo contrario de la belleza masculina pero con una seguridad en sí mismo que le permite mostrarse sin complejos—, está echando troncos de leña y maldiciones por lo bajo a un fuego que se niega a prender con fuerza. En un sofá Chester de color crema está sentado el hijo mayor, cuyo nombre se me escapa, afinando un violín al tiempo que tararea un villancico en voz baja para sí mismo, mientras su hermana —cabello planchado con tenacillas, de unos catorce años de edad— graba cada instante de esta cursi escena de clase media con su teléfono protegido por una funda de color rosa purpurina.

Si el engrheimiento del hogar perfecto pudiera transformarse en un perfume, olería a esto. Unas cuantas notas dominantes de pan de jengibre y como base unas pocas notas de clavo. Sin embargo, solo se necesitan dos frases para romper el encantamiento: «víctima de asesinato» y «vuestro piso».

Tengo la sensación de haber entrado en el decorado de una película de Bing Crosby y haber meado sobre la nieve falsa.

—¿Esa chica se quedaba en casa de Saskia? —Gina Hicks, estupefacta, se deja caer en el brazo del sofá—. ¿Era amiga suya?

—¿De qué chica están hablando, mamá?

Detecto el tono vivaz y de intriga que destila la voz de la hija y adivino dónde va a acabar esto: en Facebook.

—¿Podríamos hablar en privado? —pido.

Nate Hicks se apresura a complacerme, se pone en pie de un salto y abre la puerta.

—Hala, fuera todos. Amber, llévate a los gemelos. Leo, vete a hacer eso a otra

parte.

Amber emite un mínimo quejido de protesta, pero al momento se inicia el éxodo, incluido el achacoso Santa Claus.

—¡Y no permitáis que los gemelos hagan rabiarse al abuelo! —les dice Gina cuando ya salen.

En cuanto sus voces se pierden a lo lejos, Parnell se aclara la garganta.

—Se ha afirmado que la víctima, Alice Lapaine, también conocida como Maryanne Doyle, estuvo trabajando de prostituta.

En la frente de Gina, libre de bótox, se forma un profundo surco, y su voz transmite una total confusión.

—¿Y esa mujer era amiga de Saskia? Cielo, ¿te lo puedes creer? —Una mirada rápida a su marido, y luego se vuelve otra vez hacia nosotros—. A ver, no conocemos a Saskia a nivel personal, pero siempre ha sido una inquilina de fiar, y jamás pensaría yo que iba a relacionarse con... —Se interrumpe y pone cara de avergonzada—. Lo siento, ya sé que estoy siendo muy crítica y que esa chica ha muerto, pero es que me sorprende que Saskia tuviera como amiga a una...

—Saskia French es prostituta —anuncia Parnell.

—¡Oh, Dios mío! —Es apenas un susurro, pero en cambio tiene los ojos abiertos de par en par. A Nate Hicks se le nota menos sorprendido, más solemne. Como un político de semblante serio que está a punto de pronunciar un discurso inaugural. Se acerca al sofá e intenta tomar la mano de su esposa. Pero no lo consigue. Gina está empeñada en resucitar lo que parece ser una discusión ya antigua.

—Esto es culpa tuya. Ya te dije que debíamos ir de vez en cuando por ese piso. ¿Te lo dije o no? Tú pasas mucho tiempo en Londres, bien podrías ir por allí a echar un vistazo de tanto en tanto.

Nate levanta las manos.

—¿Con qué pretexto? Tú misma dijiste que Saskia era una inquilina perfecta. Paga la renta puntualmente y nunca se queja de nada. No podemos irrumpir en el piso e inspeccionarlo sin tener un motivo, Gina. No es un piso para estudiantes, Saskia es una mujer adulta.

—¿Están seguros de esto? —nos pregunta Gina a Parnell y a mí—. Saskia lleva años siendo nuestra inquilina, nunca nos ha dado el menor problema...

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Se hizo obvio desde el momento en que entramos en el piso, y la señorita French tampoco hizo nada por ocultarlo.

De pronto se oye, procedente de la cocina, el chillido de alegría de un niño seguido por una carcajada del abuelo. La carcajada enseguida da paso a un violento acceso de tos.

—Ay, Dios, no deberían subírsele encima. Sufre un cáncer en estadio cuatro, le calculan entre seis y doce meses de vida. —Se sostiene la cabeza con las manos y lanza un profundo suspiro—. Dios, y ahora esto, encima de todo lo demás.

A pesar del cachemir y del aroma del hogar, habría que ser un robot para no sentir una punzada de solidaridad. No hay nada de divertido en tener a tu padre enfermo. Tu padre enfermo, una prostituta como inquilina y un vínculo con una víctima de asesinato; todo junto tiene que ser mortal.

Nate rodea los hombros de su mujer con un brazo y le roza la cabeza con la nariz.

—Mira, cielo, es obvio que el hecho de que esa mujer que ha muerto estuviera en nuestro piso es una desgracia, pero lo de Saskia en serio que no es para tanto. A ver, ¿no te acuerdas de aquel tipo del piso de Candem? Resultó que no era un comerciante como afirmaba, sino un estafador de tomo y lomo. Saskia no nos ha dado nunca ningún problema, de modo que a nosotros no nos importa lo que haga para ganarse la vida, por muy desagradable que sea...

Gina levanta la cabeza de golpe.

—A mí sí que me importa que haya convertido un piso mío en una casa de putas. Ya has oído lo que han dicho: que esa mujer que ha muerto trabajaba allí.

Intervengo para poner orden.

—Si le sirve de consuelo, eso no es lo que nos preocupa. Ustedes hagan lo que tengan que hacer con Saskia, por nuestra parte no emprenderemos ninguna acción formal. —Capto un leve gesto de alivio, pero resulta infinitesimal bajo tanta preocupación—. Señora Hicks, acaba de decir «un piso mío». ¿Quién es el propietario, exactamente?

—Yo.

Parnell toma asiento en el Chester. Es un poco bajo para su gusto, y veo que hace un gesto de arrepentimiento al tiempo que intenta ponerse cómodo.

—Saskia nos ha dado el nombre de su marido —apunta—. ¿Por qué habrá sido?

Gina suelta una carcajada de sorna.

—Por sexismo del rancio, imagino. Yo solo estoy en casa criando niños y horneando bizcochos orgánicos, ¿verdad, cielo? No permita Dios que alguien piense que en otra época tuve una carrera profesional propia. Inversiones propias.

La discusión no llega a entablarse porque en ese momento entra el hijo mayor portando el estuche de un violín. Mira a sus padres con expresión divertida, como si durante toda su vida los hubiera visto siempre perfectamente compuestos y eficientes y percibiera que esto puede ser la señal de un cambio de proporciones sísmicas. Un cambio que podría beneficiarlo a él si sabe jugar bien sus cartas.

—No es buen momento, Leo —le dice Gina masajeándose la frente con dos dedos.

—¿Entonces no vas a llevarme? —Va vestido igual que un agente inmobiliario, aunque sospecho que se trata del uniforme escolar de algún colegio pijo. Del último curso de secundaria, probablemente.

Gina nos mira como diciendo: «¿Lo ve? Solo sirvo para eso».

—Oye, mamá, ¿me dejas que conduzca yo? —propone Leo, probando suerte—. Estoy incluido en el seguro del Lexus.

Nate Hicks saca su cartera y extrae dos billetes de veinte.

—Continúa soñando. Llégate hasta la calle y para un taxi, ¿de acuerdo?

—Ahí fuera hace un frío de cojones. —Pero de todas formas coge el dinero.

Nate lo empuja para que salga por la puerta... un poco demasiado rudamente para estar bromeando, en mi opinión.

—Pues ponte un gorro. Y cuida esa forma de hablar, Leo. —Cuando se vuelve, vemos que está sonriendo a modo de disculpa—. Esta noche tiene un concierto en San Pablo. Lamento el lenguaje de alcantarilla, en estos momentos está atravesando una etapa de pretender ser mayor de lo que es. Resulta un tanto insufrible.

Parnell sonrío.

—En este oficio uno conoce a toda clase de chicos que están al borde de la edad adulta. Créame, el suyo no lo está haciendo nada mal si toca el violín en San Pablo en vez de ir por ahí metiendo mano a las señoras.

Nate se frota el mentón.

—Sí, ya lo sé. Pero es que tener a adolescentes y niños pequeños juntos en la misma casa se me hace demasiado cuesta arriba.

—Qué me va a decir a mí —responde Parnell—. Se hace duro, sobre todo cuando uno ya está un poco... en fin...

Una sorprendente carcajada de Gina.

—Puede decirlo. Un poco mayor. Geriátrico, así es como lo llaman en el hospital. Geriátrico a los cuarenta y dos años. ¡Lo que hay que oír!

Otra sonrisa de Parnell.

—Igual que mi mujer.

Se hace el silencio mientras esperan a que nosotros volvamos a hablar. Por la manera en que Nate va acercándose sutilmente hacia la puerta jugueteando con las monedas que lleva en el bolsillo, se nota a las claras que considera que ya hemos terminado.

Nosotros permanecemos tal cual, a ver qué pasa.

Cuando Nate habla por fin, lo hace con voz entrecortada y amistosa. La personificación misma de la clase media.

—Así que..., esto... Obviamente, les estamos muy agradecidos de que nos hayan informado, agentes. ¿Hay..., en fin..., hay algo más que podamos hacer por ustedes? ¿Necesitan que firmemos algo para que puedan retirar algún objeto del piso? ¿Necesitan una llave? ¿Les valdría con un juego de llaves extra? —Una mirada afectuosa a Gina—. Aunque lo mío no es precisamente saber dónde están las cosas, ¿a que no, cielo? ¿Tenemos siquiera otro juego de llaves? Desde luego, podemos encargarlo. —Le dejamos parlotear, que agote esa vena tan adulatora y servil—. Al margen de eso, no veo qué más podemos decirles.

Pongo cara de perplejidad.

—Bueno, con todos los respetos, pensé que eso iba a ser obvio. Supongo que su esposa ya le habrá informado de nuestra primera visita. —Ambos asienten, vacilantes

—. Necesitamos entender por qué una mujer asesinada, que se alojaba en un piso propiedad de ustedes, fue vista también en esta calle, bueno, a la entrada de esta calle, y en un café que hay un poco más adelante, en dos ocasiones distintas.

Omito de forma intencionada la palabra «posiblemente». Siempre estropea la diversión.

Nate abre la boca, pero Gina se le adelanta. Parece desorientada, como si acabara de despertar en medio de un sueño en el que todo está del revés.

—¿Ustedes creen que nosotros conocíamos a esa mujer? Ya les dije la vez anterior que no la había visto en toda mi vida.

—Sí, bueno, pero ya ve por qué estamos estableciendo la conexión. Un testigo ha dicho que...

Nate hincha el pecho, la clásica postura de macho dominante.

—¿Qué puto testigo?

Según parece, Leo no es el único que está atravesando una etapa de hacerse el machito.

Parnell se da cuenta de ello.

—Señor Hicks, le ruego que modere su vocabulario. No hace falta que emplee un lenguaje soez. La identidad de nuestro testigo no le concierne a usted.

Nate no retrocede; sin embargo, relaja su postura.

—Oh, sí que me concierne, dado que ha entrado usted en mi casa y ha acusado a mi mujer de mentir.

—En ningún momento he dicho que no crea a su mujer. Quizá el que conocía a la víctima es usted.

—En absoluto, tal como le dije al agente que volvió a finales de la semana pasada con la foto. Una foto que no era necesaria, dado que esto ya ha salido en todos los informativos.

De repente Gina se da cuenta de algo.

—Dios, no saldremos nosotros en los informativos, ¿no? No habrá periodistas en la calle. A ver, me encantaría poder ayudar, de verdad. Es terrible lo que le ha sucedido a esa pobre mujer, pero, sinceramente, esto es ridículo. No tenemos la menor idea de quién puede ser.

Nate mira a su esposa.

—Pues claro que no vamos a salir en los informativos. Se trata de una indagación sin un objetivo fijo, nada más. No hay ningún testigo creíble. Es lo que se llama salir a pescar.

Invado su espacio personal, pero sigo hablando en tono ligero:

—Y en virtud de lo que nosotros llamamos Ley de Regulación de los Poderes de Investigación, estamos facultados para examinar su registro de llamadas telefónicas en cualquier momento, señor Hicks. ¿Qué le parece eso?

Nate me obsequia con una sonrisa apretada.

—No hay problema, detective... Disculpe, he olvidado su apellido. Se lo puedo

facilitar ahora mismo, si quiere. Seguro que puedo descargarlo por internet. ¿Cuántas copias desea?

Parnell se pone de pie, más rápido y más ágil de lo que le he visto en los últimos tiempos, menos tieso.

—Ya lo descargaremos nosotros mismos, señor Hicks, si decidimos que es necesario, pero gracias. —Se despide de Gina con un gesto de cabeza—. Gracias a los dos por su tiempo, no hace falta que nos acompañen hasta la salida.

—Menudo engreído —comento—. «Lamento el lenguaje de alcantarilla».

Nos metemos en el coche, que está aparcado en el camino de gravilla, y nos quedamos ahí un rato, en parte para poner nerviosos a los Hicks y en parte para que Parnell pueda fumarse un cigarrillo electrónico antes de arrancar. Esta vez ha elegido uno con sabor a té verde con menta, el cual, combinado con la mezcla de olor a pollo frito para llevar y el ambientador con fragancia de pino que siempre perfuma el interior de su coche, hace que rápidamente empiece a echar de menos los aromas navideños de la clase media. Bajaría la ventanilla de no ser porque hace un frío capaz de hacer llorar a un ojo de cristal.

—¿Podría tratarse de una simple coincidencia? —pregunto.

Parnell tamborilea sobre el volante con su mano libre.

—¿El qué, que Maryanne estuviera viviendo en el piso de ellos y en la entrada de esta calle apareciera una chica que era su viva imagen pero que no tenía nada que ver? —Con la mirada fija al otro lado del parabrisas, contempla maravillado a una ardilla que ataca un comedero para pájaros—. Podría ser —termina diciendo—. De hecho, formo parte de una insólita raza de individuos que creen en las coincidencias.

No estoy segura de poder decir lo mismo. La conspiración me resulta mucho más atractiva que las coincidencias, pero mucho más.

Aun así, soy pragmática.

—Sin embargo, a los abogados que pueden permitirse contratar los Hicks se les va a poner dura con la palabra «coincidencia», ese es nuestro problema.

—Exacto —responde Parnell—. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

—¿Abandonar? ¿Colocarles una prueba?

Parnell gira el cuerpo para mirarme de frente, y al hacerlo el cinturón de seguridad se tensa contra su corpachón.

—¿Eres admiradora de James Bond, Kinsella?

La seriedad de su tono me produce un hormigueo.

—No mucho. Cuando era pequeña atravesé una etapa en la que quería ser espía, pero era más del estilo de los dibujos animados de *Danger Mouse* que de 007. ¿Por qué?

—Pero te sonará *Goldfinger*, ¿no? ¡Dime que te suena *Goldfinger*!

Hago un gesto a lo Shirley Bassey que Parnell acepta como un sí.

—Bien, cuando *Goldfinger* va por tercera vez a por Bond, dice, y perdona mi

acento letón: «Una vez es casualidad. Dos veces es coincidencia. Tres veces es una acción enemiga».

Reflexiono un instante sobre la frase y luego afirmo sabiamente.

—Así que hemos de encontrar la coincidencia número tres, y cuando la encontremos, consideraremos que los Hicks son el enemigo. —Parnell también afirma sabiamente—. A lo mejor la encontramos en el registro de llamadas telefónicas.

Parnell apaga el cigarrillo electrónico y levanta dos dedos.

—Uno, eso no sería una coincidencia, eso sería pillarlos descaradamente en una mentira; y dos, no vamos a encontrar nada, le he visto demasiado relajado. —De pronto estira la cabeza hacia delante y mira a lo lejos—. Aunque... espera un momento. Hablando del rey de Roma.

Le sigo la mirada y veo a Nate Hicks que viene trotando hacia el coche. Parnell da un acelerón por pura diversión, y el trote se transforma en un esprint.

—¿Qué querrá?

—¿No te habrás dejado otra vez las gafas, pequeña?

Miro a Parnell con el ceño fruncido, pero es una pregunta justificada. Me ocurre todo el tiempo: en los baños de los bares, en el tren, en casas de testigos. Vivo con miedo de dejármelas olvidadas en una escena del crimen.

Parnell baja la ventanilla. Arrugo el ceño al sentir el frío, y con la misma expresión miro a Nate Hicks, que lleva únicamente una delgada camiseta de *rugby* con la que parece duro como una piedra o tieso de puro pánico.

—¿Podemos hablar? —dice—. Rápido.

Vuelvo la vista hacia la ventana de la cocina. Se ve a Gina Hicks, su silueta recortada contra la luz de últimas horas de la tarde, curando la herida que se ha hecho en la rodilla uno de los gemelos, sentado en el fregadero.

—Supongo que sabrá que puede verlo su mujer.

—Le he dicho que iba a asegurarme de que podían salir por la verja principal. El sensor funciona mal de vez en cuando, así que no le he mentado del todo.

«No le he mentado, simplemente no le he dicho la verdad».

—Suba —le invita Parnell.

Nate se instala en el asiento trasero. Se lo ve totalmente incongruente. Yo le veo como el típico tío que siempre quiere estar al volante, ya sea metafóricamente hablando o no, y produce cierta satisfacción verlo acurrucado en el asiento trasero del Citroën C4 de Parnell.

—Siento haber estado un poco agresivo —dice.

Me asalta el deseo irreprimible de decirle que no ha estado en absoluto agresivo, sino pomposo y torpe, pero solo se tardan treinta segundos en llegar hasta la verja, así que no hay mucho tiempo para hablar de frivolidades.

Me vuelvo en mi asiento.

—Oiga, si tiene algo que decirnos sobre «esa mujer que ha muerto», su esposa

terminará averiguándolo de todas formas, y no solemos tomar declaraciones en el asiento trasero de un coche.

—No, no, no es sobre ella. Bueno, no del todo. —Se pasa las manos por el pelo y se lo deja todo de punta, formando ángulos y mechones revueltos—. Dios, todo esto resulta de lo más embarazoso. Les juro que no sé quién era esa tal Alice/Maryanne. En serio, no lo sé. —Hace una pausa—. Pero sí sé lo que es Saskia. Ya hace algún tiempo que me enteré. De forma puramente accidental. A pesar de lo que opine mi mujer, sí que la superviso de vez en cuando, y fui al piso a echar un vistazo... —Le cuesta trabajo continuar.

Parnell emite un «ah» de complicidad y detiene el coche junto a un bordillo, un poco al lado de la verja principal. En ese momento pasa un BMW, y la mujer que va al volante le lanza una mirada de perplejidad a Nate Hicks. Este pone cara de morir de vergüenza, lo cual me produce a mí una íntima satisfacción.

—¿Así que ya hace un tiempo que sabe que su inquilina es prostituta? —pregunto, haciendo como que intento aclararme las ideas—. ¿Pero no le pareció conveniente decírselo a su mujer?

Resulta obvio adónde quiero llegar, pero es divertido ver cómo se revuelve nervioso.

—No, no me lo pareció. No podía, nosotros... No sé cómo... Yo nunca he hecho nada que...

Parnell no tiene tiempo para fanfarronerías, esta noche le toca función de villancicos de los gemelos.

—Permítame que le ayude, señor Hicks. Usted ha tenido relaciones sexuales con Saskia French, ¿verdad?

Hicks nos mira a los dos, con los hombros encogidos y mirada de cordero degollado. Con esa camiseta de *rugby* a rayas y esas mejillas enrojecidas por el frío (o por la vergüenza) parece un escolar grandote. Me vuelvo otra vez hacia el frente para ocultar mi desdén.

—¿Era un acuerdo económico? —pregunta Parnell.

—Las dos primeras veces sí, después pasó a ser más bien... un rollo.

—¿Un rollo?

Nate emite una tos, está incómodo.

—Más bien una relación. Una aventura. Por lo menos esa idea se hizo ella. Yo quería enfriar la cosa.

Me desabrocho el cinturón y me giro totalmente hacia atrás para poder mirarlo otra vez de frente.

—¿Y por qué nos cuenta esto?

No es una pregunta mordaz, estoy verdaderamente confusa. Es que para un detective de Homicidios todo resulta pertinente; toda anécdota ambigua, todo detalle intrascendente, hasta la marca de cereales que la víctima prefería tomar los fines de semana puede resultar la pepita de oro que conduce a un descubrimiento. Pero en el

caso de un tramposo como Nate Hicks, que a todas luces mantiene una relación más bien flexible con la verdad, todo lo que revela se limita a lo estrictamente imprescindible. Y no acabo de entender por qué considera imprescindible que nosotros sepamos esto.

Obtengo mi respuesta, por si sirve de algo:

—Es que intento entender lo de esa mujer asesinada.

Parnell me mira de soslayo.

—Igual que todos nosotros, señor Hicks. Así que cualquier información que tenga, dénosla.

—Bueno, en realidad no es lo que se dice una información. —Se desliza hasta el centro del asiento, se echa hacia delante y encaja la cabeza entre los dos asientos delanteros, como si fuera una piedra que sobresale—. Supongo que se podría denominar más bien una hipótesis...

1998. Domingo 31 de mayo

Ya era la última hora de la tarde del domingo cuando nos enteramos de lo de Maryanne. Mamá me estaba limpiando los oídos delante de la chimenea y papá estaba intentando, sin éxito, enseñarle a Noel las reglas del póquer cuando de repente se abrió de golpe la puerta de atrás y entró Jacqui, que siempre predice catástrofes, deseosa de darnos el último notición.

—Desaparecida. Secuestrada. Kaput. —Luego se encogió de hombros y se quitó las zapatillas deportivas de una patada, como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo, como si no acabara de perder a una amiga.

Sucedió, o esa fue la versión oficial, que Maryanne había salido la noche anterior a comprar laca para el pelo y desde entonces no había vuelto a casa. Jonjo Doyle y el imbécil de su hermano estuvieron buscándola por todas partes, pero ahora ya se había llamado a la policía, y en todo el pueblo se comentaba que Pat Hannon la había asesinado.

La abuela se santiguó y le dijo a Jacqui que se callara. Que no estaba bien que fuera diciendo semejantes maldades cuando Nora Hannon todavía no se había enfriado en su tumba, pero Jacqui se mantuvo en sus trece e insistió en que aquella teoría tenía fundamento, porque Maryanne había llamado a Pat «pajillero» en el pub y todo el mundo sabía que había matado a su mujer para cobrar el seguro, así que a lo mejor le había tomado el gusto al asunto.

A lo mejor necesitaba sangre más joven para satisfacer sus insaciables ganas de matar. «Carne fresca», así lo denominó.

Mamá dijo que a partir de aquel momento Jacqui tenía prohibido ver películas para mayores de dieciocho años, y que de todas formas aún era muy pronto para hablar de asesinato. Por el amor de Dios, Maryanne tenía diecisiete años. Ella misma en una ocasión se fue a Galway con la tía Brona a comprarse ropa para una boda, y tardaron dos días en volver porque se engancharon a un rockero que les regaló entradas para ver a los Boomtown Rats.

La abuela se acordaba de eso, cosa que nos sorprendió a todos porque en los últimos tiempos la abuela recordaba cada vez menos cosas, a menudo confundía el nombre de mamá con el del perro y siempre te preguntaba si habías encontrado mucho ajeteo en el pueblo cuando en realidad estabas saliendo del cuarto de baño. Pero la sola mención de las escapadas de mamá campo a través pareció encender momentáneamente una chispa.

—Sois un par de tunantes. Me disteis un susto de muerte.

A mamá se le llenaron los ojos de lágrimas, seguramente agradecida porque aquello le recordó que en otra época ella era la hija y la abuela era la encargada de cuidarla; pero entonces Noel echó a perder la emoción del momento diciendo que

esperaba que Maryanne estuviera muerta, y que si era verdad, le daba la enhorabuena a Pat Hannon. (Ella se había reído de sus tranvías, y Noel era de los que guardan un rencor desproporcionado).

Y durante todo ese tiempo, papá no dijo nada.

En un rincón del cuarto de estar había un televisor muy viejo en el que estaba saliendo en aquel momento el actor Nick Cotton, de nuevo en la telenovela EastEnders, gritando a los locales y acosando a su madre para que le diese dinero. Al instante me acordé de Noel, y le lancé una mirada fulminante, cargada de veneno puro, deseando que se le rompieran las patas de la silla en que estaba sentado y se cayera en el fuego de la chimenea, pero sobre todo deseando que acosara a nuestra madre para pedirle dinero en vez de quitarme el mío. Pero claro, los hermanos mayores siempre les quitan lo que les da la gana a los pequeños.

Maryanne Doyle se había llevado mi colgante de Campanilla, y ahora había desaparecido.

—En fin, me alegro de haber pedido esta vez un café Egnog Latte doble. —Steele, exasperada, sacude la cabeza en un gesto negativo—. A ver si lo he entendido bien: ¿la maravillosa hipótesis de Nate Hicks consiste en que esa peligrosa y obsesiva Saskia French «tal vez» envió a Alice Lapaine a su casa a entregarle un mensaje porque él había dejado de cogerle el teléfono y la bloqueaba continuamente?

—Es un poco de adolescentes —contesto—. A mí me pareció una mujer perfectamente capaz de resolver sus problemas ella solita.

Nochebuena. Ni siquiera son las siete de la mañana y ya varios de nosotros estamos peleando por hacernos con un hueco alrededor de la estufa eléctrica de Steele para descongelar los brazos y las piernas, al tiempo que nos esforzamos por comprender este caso incomprensible.

—Eh, apártate un poco —me dice Parnell empujándome con la cadera—. Te olvidas de que soy mayor que tú, Kinsella. Una oleada de frío polar podría acabar conmigo. —Suelto una carcajada—. Es cierto, he visto un cartel en la consulta del médico.

Por lo menos Parnell intenta ser gracioso. Por el contrario, Renée y Flowers, a juzgar por sus caras, todavía no se han tomado los cereales del desayuno.

—¿Y qué dice la tal Saskia? —gruñe Flowers.

Yo no tengo ni idea. Anoche, al volver del domicilio de los Hicks, Parnell insistió en llevarme a casa, con lo cual él asumió la alegre tarea de pelear de nuevo con Saskia y yo me dediqué a las «cosas normales», término acuñado por la propia Saskia.

Poner la lavadora. Recoger. Cocinar en el microondas. Esquivar llamadas telefónicas de mi hermana.

Empezar a escribir tarjetas de Navidad antes de llegar a la conclusión de que ya casi estamos en Navidad y por lo tanto ya no sirve de nada.

Con la excepción de Parnell, naturalmente. Mi jefe recibe una tarjeta en la que se ve a un petirrojo de purpurina subido a una rama también de purpurina. Ya se está quejando de que por todas partes lo invade la maldita purpurina.

—¿Que qué ha dicho Saskia? —repite Parnell soplándose las manos manchadas de purpurina para hacerlas entrar en calor—. Pues entre decir que los forenses estuvieron «tomándose unas libertades que te cagas» e insistir en que hoy tenía que hacer la maleta para irse a casa de sus padres, confirmó que, en efecto, tuvo una relación con Hicks, pero que no, no envió a nadie a su casa.

—¿Podría ser que Alice fuera a casa de Hicks por iniciativa propia? —sugiero—. A lo mejor descubrió la aventura de Saskia y decidió hacer chantaje a Nate Hicks. Sabemos que necesitaba dinero.

—Lo cual le proporciona a él un motivo para matarla —dice Flowers constatando lo obvio.

A Steele no se la ve demasiado emocionada.

—Sí, vale, puede que así sea, pero es solo eso, una posibilidad. No tenemos ninguna prueba de que Maryanne tuviera conocimiento de la aventura de Saskia y Nate. Además, ¿por qué habría de chantajearlo? No creo que faltasen hombres que frecuentaran ese piso y que tuvieran remordimientos de conciencia y estuvieran forrados. ¿Por qué iba a escoger al amante de su nueva compañera de piso? No tiene lógica.

—A lo mejor Saskia la incitó a hacerlo, y pensaban repartirse los beneficios —propongo.

—Otra posibilidad, pero esta vez encaja un poco mejor. —Steele se muerde el labio y retuerce el portavasos de su taza de café—. Haciendo de abogado del diablo, podríamos considerar a Saskia French una sospechosa. No dio parte de la desaparición de Maryanne, y eso resulta extraño, ¿no?

Parnell acepta la sugerencia.

—Ya dijimos que no podíamos descartar del todo a ninguna mujer. Y ella es lo bastante imponente.

—¿Tiene coartada? —se oye el graznido de Renée.

—Otra vez la de que estaba sola en casa —le contesto—. Malditos sean estos asesinos tan madrugadores. —Desisto de intentar reclamar un trozo de calefactor y me dejo caer en el rincón—. Pero ¿cuál es su móvil?

A Steele no la preocupa cuál pueda ser el móvil; para ella los medios utilizados, la oportunidad y el informe del forense constituyen la Santísima Trinidad. Mientras cuente con el quién, el cuándo y el cómo, no tiene ningún problema en dejar a los psiquiatras la tarea de impresionar a todo el mundo con el porqué.

En cambio Parnell admira mucho el móvil. Le gustan las cosas ordenadas.

—No sería la primera vez que una pelea en un burdel se torna agresiva. Y como suelen tener lugar por dinero o por un hombre, obviamente eso nos lleva a Nate Hicks.

Tengo que decirlo:

—Yo no estoy convencida de que Maryanne trabajase en ese piso. No había semen, ni tampoco restos de preservativos. —Me vuelvo hacia Parnell—. Y, si te acuerdas, Saskia dijo que suponía que Maryanne veía a sus clientes fuera de allí, de modo que ni siquiera tenemos confirmado que haya sido vista en compañía de un consumidor.

Steele nos recorre a todos con la mirada, con expresión grave.

—Ya que estamos con el tema de confirmar avistamientos, ¿estamos seguros de que la chica que fue vista en la verja de entrada de los Hicks era Alice? Porque nos estamos basando en un montón de hipótesis, queridos.

—No ha sido identificada de manera infalible —admito—, pero sin duda alguna

la que entró en el café de esa misma calle era ella, y es demasiada coincidencia para que se trate de otra persona, ¿no?

—Hum —dice Steele. Es un «hum» muy largo, que indica que entre una coincidencia y una imputación de asesinato hay una gran diferencia—. Bien, vamos a dejar de trazar hipótesis por un momento y a centrarnos en los datos más recientes. Los forenses me han dicho de manera extraoficial que es poco probable que el piso de Saskia French sea la escena principal del crimen, porque no ha aparecido nada obvio. Vamos a tener que esperar hasta después de Navidad para saber si han descubierto algo en la ropa de Maryanne, las sábanas, etcétera. Pero quién sabe, a lo mejor tenemos suerte, y creo que ya nos la merecemos, ¿no? —Steele se echa otro jersey sobre los hombros y mira el calefactor con cara de pocos amigos—. ¿Qué más? Han llegado los resultados de tóxicos, pero tampoco se ha encontrado nada ahí. Anoche Craig y Ben se dieron una vuelta por Silks, y menos mal que es homosexual, porque con todos esos bellezones casi desnudos la Navidad ha llegado antes de tiempo... En fin, que el personal de la barra sabía quién era Saskia pero no quién era Maryanne, porque solo conservan las cintas durante veintiún días. Sin embargo tenemos el resto, así que eso va a tener a alguien ocupado después de Navidad, a Emily o probablemente a Ben. Ah, y sigue sin haber nada respecto del coche.

Parnell se vuelve hacia Renée.

—Hemos contrastado con Thomas Lapaine los nombres de los Hicks y de Saskia, ¿verdad?

Renée no tiene oportunidad de responder porque Steele se le adelanta como una apisonadora:

—Oh, no me hables más de Thomas Lapaine. Ese tío es más inútil que un cojo en un concurso de patadas en el culo. No sabe nada de su mujer, aparte de lo que ella quería que supiera. —Parnell refunfuña ligeramente, por supuesto, pero lo hace en un tono jovial, travieso—. De todas formas, todavía estamos vigilando lo que hace. Seth ha estado siguiendo en Facebook a su «otro amor», Abigail Shawcroft, y opina que es posible que Lapaine le haya dado la patada, porque ella no deja de publicar misteriosas frases sobre el desamor y la necesidad de apoyarse en sí mismo: «Que tus lágrimas rieguen las semillas de tu futura felicidad», chorradas así. De modo que si Lapaine la ha puesto de patitas en la calle, desde luego merece la pena volver a interrogarla, a ver si podemos desmontarle la coartada a Lapaine. Renée, siéntate con ella para tener una charla de mujer a mujer, ¿quieres?

Renée hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Sabéis qué es lo que me tiene intrigada? —digo yo, deseosa de cambiar el centro de atención—. Thomas Lapaine no es nuestro hombre, estoy casi segura de ello. Maryanne volvió a utilizar su nombre original cuando vino a Londres. Por ese nombre la conocieron Saskia y la otra chica del piso. ¿Por qué lo hizo?

—Por recuperar sus raíces —propone Renée.

Steele la apunta con el dedo.

—Ajá, lo cual nos lleva a Mulderrin. —Siento que me inunda un calor totalmente inoportuno—. ¿A quién le apetece hacer un viaje después de Navidad? —dice, toda sonrisas—. Sigo sin estar convencida de que allí haya algo, pero como no se puede decir que andemos sobrados de pistas, opino que deberíamos ir y hacernos una idea de primera mano. Y nunca se sabe, puede que Alice, Maryanne, quien sea, estuviera en contacto con alguien de su pasado y ambos lo mantuvieran en secreto. Si se lo planteamos a bocajarro, hay más probabilidades de que ese alguien lo saque a la luz. Pero si no hay nada que sacar a la luz, si no conseguimos nada, podremos dar oficialmente por cerrada esa vía de investigación.

—Voy yo.

Me sale una voz extraña. Por un segundo dudo que esto lo haya dicho yo.

—Bingo. Bien hecho, Kinsella.

Steele da una palmada, como si fuese la respuesta perfecta que estaba esperando, y, a decir verdad, probablemente lo era. A pesar de que me aseguró que se conformaba con que «la informara de todo a ella», sospecho que sigue prefiriendo tenerme en la periferia, siguiendo pistas endebles en otros países en lugar de investigando demasiado cerca del meollo del caso.

«Si ella supiera».

Steele se pone de pie. Se acabó la clase.

—De acuerdo, señores, pues creo que ya está todo. Gracias por venir a esta hora tan intempestiva, pero, como sabéis, Blake me tiene secuestrada desde las ocho y media, así que era inevitable, etcétera. A ver lo que podéis hacer hoy. La prioridad es la coartada de Nate Hicks, pero no vendría mal que también lo investigarais un poco en general. Y después, por favor, procurad tener una feliz Navidad. Cat, te buscaremos un vuelo para el lunes. —Para mérito suyo, espera a que todo el mundo haya abandonado la sala y ya nadie pueda oírnos hablar—. De modo que no se te olvide llamar a Dolores, la doctora Allen, a ver si puede adelantarte la cita de la tarde, ¿de acuerdo? No creas que te vas a escapar tan fácilmente.

Vuelvo a mi mesa de trabajo y paso la mañana haciendo como que lo de Mulderrin no me ha dejado en carne viva. Paso cuatro horas seguidas revoloteando de un despacho a otro igual que una abeja obrera que va recolectando polen: preparando té, hablando de posibles teorías, tramitando papeleo y lanzando juramentos contra las hojas de cálculo. Hasta pienso en llamar otra vez a mi hermana, solo para tener la cabeza ocupada con inocuas celebraciones festivas, aunque aún no he decidido lo que voy a hacer el día de Navidad, y aún no estoy preparada para enfrentarme a esa batalla.

Como de costumbre, recorro a Parnell para que neutralice mi ansiedad.

—¿Qué, llegaste a tiempo anoche para la función?

—Sí. —Se inclina hacia delante y me ofrece un pastel de carne casero—. Volví corriendo al norte de Londres, incluso hice un arriesgado cambio de sentido en Stroud Green Road, ¿y sabes cuáles eran los papeles tan importantes que tenían que

representar? —Percibo que no van a ser los de actor y actriz principal—. El de «ovejitas curiosas» —me dice con una carcajada—. Eso es exactamente lo que ponía en el programa: Joe y James Parnell, ovejitas curiosas.

«Y seguro que tú te moriste de orgullo de todas formas. El año en que yo hice Virgen María, mi padre tuvo que marcharse en el último minuto para llevar no sé qué a Manchester».

Yo también río.

—¿Y qué era lo que les suscitaba curiosidad?

—¡Sabe Dios! La aparición del ángel, creo, pero, pobrecillos, no tienen madera de actores dramáticos. Joe era más bien una oveja nerviosa, y James estuvo todo el tiempo de espaldas al público.

—¿Una oveja con malas pulgas?

—Más o menos —dice riendo otra vez.

Con mis sentimientos un tanto apaciguados, llamo a Aiden Doyle. Es una breve llamada de cortesía para decirle que voy a desplazarme a Mulderrin a hacer unas cuantas preguntas. No puedo evitar un leve sentimiento de decepción cuando salta el contestador y termino dejándole una explicación larga y farragosa acerca del cuándo, el quién y el porqué, y acerca de lo que cuesta reservar un vuelo en el último minuto, junto con la esperanza de que tenga una Navidad llevadera, ya que no va a ser una Navidad feliz teniendo en cuenta lo sucedido con Maryanne y el hecho de que su padre no está bien, bla, bla, bla. Todavía estoy hablando sin parar cuando el contestador se interrumpe.

Parnell me mira de forma extraña. Me apresuro a dejar el teléfono y lo distraigo con una pregunta:

—¿Algún otro avistamiento posible, jefe? ¿Ya sea reciente o de los «Años Perdidos»?

Parnell levanta un fajo de papeles y lo lanza hacia mí.

—Todos los que quieras, pero ninguno que me ponga cachondo. Craig y Ben van a estar fuera todo el día, investigándolos, pero ninguna de las llamadas es como para hacerse ilusiones. Nadie ha dicho que viera a Maryanne con alguien, y solo hay unos cuantos que están completamente seguros de que era ella.

Los hojeo de todas maneras, los sesenta y siete. Ya estoy prácticamente comatosa y pensando en la hora de comer cuando de repente me suena el teléfono. Es de recepción.

—Kinsella.

—Aquí abajo hay una señora que pregunta por ti, guapa.

Al fondo se oye canturrear a un borracho. Casi me parece distinguir que se trata de un popular villancico.

Ah, la magia de trabajar el día de Nochebuena.

—¿Y esa señora tiene nombre? —replico... o exclamo, a juzgar por la reacción que advierto en Parnell.

El empleado de la recepción vuelve a elevar la voz:

—Pues sí, y me lo ha dicho, pero tenemos aquí a un *pavarotti*, no sé si le oyes... así que no lo he entendido con claridad, lo siento.

—No te preocupes, enseguida bajo.

Durante un segundo no la reconozco. Va vestida con un chaquetón de cuello alto con la cremallera cerrada hasta la nariz y lleva la melena recogida en la nuca, no flotando sobre los hombros para lucir sus tonos rubio miel y caramelo en todo su esplendor. Sin embargo, la delata la línea del entrecejo, y también las bolsas de tiendas caras que la rodean como si fueran mascotas: Liberty, Symthson, Penhaligon, Cos. Tiene la mirada perdida en la nada, completamente ajena al tonadillero borracho como una cuba y disfrazado de muñeco de nieve que ahora está añadiendo otro delito más a su ficha berreando una versión racista de un villancico tradicional que salpica con proclamas como «Jamás nos rendiremos ante el IRA». Al verme se lleva un sobresalto, como si se le hubiera olvidado dónde está y cuál es el motivo de su visita.

—Señora Hicks.

Se levanta a toda prisa, y al hacerlo el asiento abatible de la silla vuelve a cerrarse, golpea contra la pared y le hace dar un brinco. Aturdida, pide perdón y recoge las bolsas.

—Llámeme Gina, por favor. Siento mucho presentarme así, ¿está ocupada?

Paso mi tarjeta y empujo la puerta.

—Claro que no, pase.

Primero pruebo con la sala blanda, porque tengo la sensación de que esta va a ser una conversación adecuada para la sala blanda, pero han pegado en la puerta un letrero que dice «Ocupado» y además se oyen dentro unos sollozos horribles. Algún pobre diablo que ha perdido los nervios. La hago entrar en una de las salas principales de interrogatorios y reprimo el impulso de darle las gracias por hacer que al instante ese espacio huela mejor.

Se quita el chaquetón. Rechaza el té que le ofrezco.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted, Gina? —Mi mente está barajando un centenar de hipótesis, la principal de las cuales es la de que Gina no es una completa imbécil y sabe que anoche a su marido no debería haberle llevado diez minutos acompañarnos sanos y salvos hasta la verja de la entrada, y si no puede obtener respuestas de él, quiere obtenerlas de mí—. Imagino que no pasaba por aquí... —le digo, empujando la bolsa de Smythson con el pie—. ¿Por casualidad no será eso de ahí para mí? Me encantaría tener una de las agendas que venden en esa tienda.

Gina mira hacia abajo.

—Ah, estas. —De nuevo esa sensación de desorientación—. Quédesela. En serio. Ya les he comprado suficientes, más de las que se merecen. —Y, de hecho, levanta la bolsa del suelo y me la tiende. Yo niego con la cabeza, un poco avergonzada—. Simplemente necesitaba una excusa para venir al centro. Para venir aquí.

No respondo nada, me limito a estudiar su rostro. Es menos llamativa de lo que la

había imaginado. Atractiva pero un tanto común. La iluminación de estas salas nos iguala a todos.

Deja escapar un profundo suspiro.

—Yo la conocía, ¿sabe? Me refiero a Alice. —Calla unos instantes y se corrige —: Bueno, no es que la conociera en realidad. Nuestros caminos se cruzaron en el pasado, de manera breve pero intensa, se podría decir.

No es lo que esperaba. Noto una palpitación en lo alto de la cabeza. Un recordatorio del lóbulo frontal que me dice que ha llegado el momento de ser sensata e ir a buscar a Parnell.

Pero Gina ha pedido hablar concretamente conmigo.

No quiero causarle pánico ya antes de empezar.

Por esta misma razón me contengo para no decir: «Le ha mentado a un agente de policía», aunque sí la informo de que es necesario grabarlo todo y después le leo sus derechos, empleando el tono más suave posible.

—Dios, no sé por dónde empezar —dice echando la cabeza hacia atrás. La tensión le produce crujidos en los músculos del cuello—. Solo intentaba hacer una buena obra, y ahora me veo envuelta en todo esto. Lamento mucho haberles mentado, de verdad. Pero es que...

—Empiece por el principio —le digo con voz suave como un arrullo—. No pasa nada, está actuando correctamente, Gina.

—De acuerdo. —Apoya las palmas de las manos en la mesa y se serena como si fuera a hacer una presentación—. Hace aproximadamente cuatro años, Nate y yo estábamos atravesando una mala etapa, muy mala. Habíamos pasado por un proceso de fecundación *in vitro* que no estaba dando resultados y, en fin, eso estaba afectando nuestra relación. Creo que era porque los dos teníamos hijos de anteriores matrimonios. —Mi expresión lo dice todo—. Ah, sí, perdone: Leo es hijo mío, y Amber es hija de Nate. Amber tenía solo cuatro años cuando empezamos a salir, y Leo, siete, de modo que consideramos que ambos son de los dos. —Lanza un breve suspiro de tristeza—. La mujer de Nate falleció un año después de que naciera Amber. Tenía un problema cardíaco no detectado. —De improviso se le endurece el gesto—. Y mi ex es un completo vago que nunca se tomó el menor interés por Leo, así que fue perfecto, al instante nos convertimos en una pequeña familia.

—Pero es natural querer tener hijos que sean de los dos.

Gina baja la mirada y afirma con la cabeza.

—Eso creíamos nosotros. Lo dábamos por sentado, igual que usted. Pero al ver que no llegaban... En fin, resulta cruel e ilógico, pero cuando uno ha tenido un hijo con otra persona pero no puede tenerlo con su pareja actual, suceden cosas. Eso te hace ver la vida de manera distinta, y también la relación. Por lo menos eso fue lo que nos ocurrió a nosotros, no puedo hablar por los demás. El caso es que terminamos resentidos el uno con el otro, supongo. Fue una época horrible. En fin, Nate acabó enterrándose en el trabajo, lo cual quiere decir enterrándose en cenas con clientes, y

yo me quedé sola con mi pena noche tras noche. —Sus ojos me suplican que la comprenda—. Ya sé que suena melodramático, pero eso era lo que sentía: pena.

—Lo entiendo —digo en el tono más tranquilizador posible—. ¿Y dónde encaja Alice en todo esto?

Un profundo suspiro.

—Como digo, Nate se enterró en el trabajo y yo me enterré en internet. En foros de fecundación *in vitro*. Foros de apoyo, esas cosas. Al principio lo hacía solo para pasar el rato, pero luego empieza una a reconocer determinados nombres, a las personas que escriben habitualmente, y se forjan extrañas amistades.

—¿Y a Alice la conoció en uno de esos foros?

Otro gesto afirmativo.

—La verdad es que una acaba hablando de toda clase de cosas. No todo son desgracias, te sorprendes hablando de lo que ponen en televisión, de restaurantes, de maridos, de todo. Yo ya llevaba un tiempo charlando con Alice cuando un día mencioné que vivía en Hampton Court y que era muy agradable tener un palacio tan magnífico no muy lejos de casa, y ella me contestó: «Ah, entonces debemos de ser casi vecinas». Y resultó que era cierto: ella vivía en Thames Ditton, ¿no? En fin, así empezó la cosa. Comenzamos a charlar al margen de internet y quedamos en vernos. Nada formal, simplemente nos tomaríamos un café la próxima vez que yo fuera por su zona o ella viniera por la mía...

—¿Entonces le dio a usted la impresión de que Alice venía frecuentemente a Londres?

Gina se encoge un poco de hombros.

—Sí, supongo que sí.

Tomo nota de esto.

—Bien, ¿así que se vieron?

—Sí, unas cuantas veces. La primera fue cuando yo tuve que acercarme por su zona a comprar unas cosas de *hockey* para Amber, y después otro par de veces en el café que hay cerca de mi casa. El Donatella Caffè, aunque en aquella época no se llamaba así. Se me ha olvidado el nombre.

—¿Y qué le contó de sí misma?

Gina se inclina hacia delante, como si fuera a confiarme un chismorro.

—Esa es la cosa, que al final acabé hablando solo yo. En persona, Alice parecía bastante tímida, y enseguida me di cuenta de que no íbamos a hacernos amigas íntimas, pero lo sí que recuerdo es que su marido y ella solo llevaban un año o así intentando tener hijos y que ella todavía era joven, pero la angustiaba muchísimo no haberse quedado embarazada. —Deja escapar una risa nerviosa—. Allí estaba yo, con mis cuarenta y pico y arrastrando ya varios años de intentonas, y sin embargo teniendo que consolarla a ella.

—Parece frustrante.

—Lo fue. Fue intenso. Por eso fui perdiendo gradualmente el contacto con ella.

Empecé a poner excusas para no verla. Pero ella no parecía sentirse muy molesta. Después, dio la coincidencia de que mi relación con Nate se encarriló de nuevo y, en fin, ya vio usted en qué desembocó.

—Tuvo usted un final feliz.

Gina sonríe.

—Supongo que sí, ¿no? Aunque no siempre me lo parezca, cuando los pequeños se hacen caca en el suelo de unos grandes almacenes o cuando les da por jugar a las casitas a las tres de la madrugada.

Me echo a reír. Gina resulta una compañía divertida. Entiendo por qué Alice trabó amistad con ella.

—En serio, cuando se es un poco mayor, resulta mucho más difícil. —De repente me mira con ojo crítico—. ¿Qué edad tiene usted? ¿Veintitantos? Pues le aconsejo que no lo deje para muy tarde. Luego no se tiene la misma energía. Yo tenía veintiocho cuando tuve a Leo, y fue totalmente distinto.

Esbozo una sonrisa.

—Lo tendré en cuenta. De modo que desde entonces ya no volvió a ver a Alice, ¿hasta cuándo?

Gina se sorprende al recordar.

—Hasta hace aproximadamente un mes, puede que un poco menos. Apareció de la nada. Me tendió una emboscada. No en casa, sino cuando salía por la verja principal. Llevaba a los gemelos en el cochecito. Sinceramente, jamás se me olvidará la cara que puso cuando los vio.

—¿Se sintió usted amenazada?

Gina responde rápidamente.

—No, no, no fue nada de eso. Simplemente puso un gesto de... desesperación. Ya sé que es una tontería, pero me sentí fatal. Casi como si la hubiera decepcionado. Sé que parece ridículo.

—¿Cómo se enteró de dónde vivía usted?

Un leve movimiento de fastidio con la cabeza.

—Se sentaba a esperarme en el café que había en la calle, me dijo que lo había hecho varias veces, suponiendo que yo pasaría por allí en algún momento y que entonces podría seguirme.

—¿Y qué era lo que quería?

—Voy a decirle lo que quería yo, detective Kinsella.

—Llámeme Cat, por favor.

—Pues bien, Cat, yo quería que se apartara de mi calle. Nate estaba a punto de volver a casa y no sabía nada de mis «aventuras» en el foro de internet, y quería que siguiera sin saber nada. —Otra vez esa mirada suplicante—. El tema de la fecundación *in vitro* había estado a punto de destrozar nuestra relación, había sido una época horrorosa de verdad, y yo no quería volver a revivirlo todo.

Asiento para hacerla ver que lo entiendo, y en ese gesto hay una parte de

sinceridad.

Gina continúa:

—Así que dejé a los gemelos con Leo diciéndole que se me había olvidado la tarjeta en una tienda y que tenía que volver a buscarla y me fui con ella en el coche hasta King George's Park. Alice estaba muy alterada, tenía una cara horrible.

—¿A qué se refiere?

—No es que estuviera desaliñada o dejada, sino más bien agotada. Como si hubiera perdido la fe en todo.

—¿Y qué era lo que quería? —repito.

Gina me perfora con la mirada.

—Dinero. Me dijo que había abandonado a su marido, que la fecundación *in vitro* finalmente había dado al traste con su relación y que necesitaba tiempo para pensar lo que iba a hacer, pero que no podía mantenerse. Para serle sincera, resultó patética.

Todo encaja, aunque hay un detalle que no acabo de entender.

—¿Necesitaba dinero, y por eso recurrió a una persona a la que había conocido cuatro años antes y con la que solo se había tomado unos cuantos cafés?

Gina abre unos ojos como platos.

—¡Ya lo sé! Es demencial, ¿a que sí? Pero me dijo que se acordaba de lo amable que había sido yo en aquel entonces, de lo mucho que la apoyé, y me aseguró que probablemente yo era la única persona capaz de entenderla, porque mi marido y yo casi habíamos llegado a un punto similar al de ellos. Añadió que no tenía familiares ni amigos a los que recurrir.

Lo cual también encaja.

—Me dio mucha lástima. Y me sentí culpable. Es difícil explicárselo a una persona que no ha pasado por ello, pero me sentí fatal cuando me vio con los gemelos. Yo sé lo que es ver que otras personas consiguen lo que tú deseas con tanta desesperación. Y como yo era diez años mayor que ella, debió de parecerle doblemente injusto.

—¿Entonces le dio dinero?

—Llevaba sesenta libras en la cartera, y se las di. Pero le dije, y era la verdad, que no iba a poder darle más. Nate no es especialmente tacaño ni controlador con el dinero, pero yo no iba a poder explicar un fuerte reintegro de efectivo, aunque hubiera querido.

—¿Y a ella le pareció bien?

—Sí, no se puso agresiva, si es eso lo que está pensando. Me dijo que lo comprendía perfectamente, y luego añadió que tal vez le conviniera pensar en volver con su marido, al menos durante una temporada, pero que estaba segura de que él tenía una relación amorosa con otra mujer, y que era muy humillante. —Está a punto de echarse a llorar—. Eso tocó una fibra sensible, se puede decir. El padre de Leo, si se le puede llamar así, me engañaba, y yo seguí con él porque en ese momento creí que no tenía otra alternativa, y esa es exactamente la palabra que lo define:

«humillante».

Nate Hicks y Saskia French, juntos. Nauseabundo.

Gina continúa.

—Así que le dije, y ya sé que fue impulsivo y estúpido, que podía alojarse en uno de nuestros pisos durante una temporada, si le servía de algo, y la única opción realista, puesto que pretendía que no se enterase Nate, me pareció el piso de Kings' Cross en el que estaba Saskia. Como ya le dijimos, Saskia es una inquilina tan tranquila que casi se nos olvida que la tenemos. Sobre todo Nate, dado que la dueña de ese piso soy yo.

Arrugo el ceño.

—¿Y Saskia aceptó tener una compañera de piso así, de repente?

—Le dije que era una amiga de la familia, que solo iba a quedarse una temporada y que ese mes le iba a reducir el alquiler. —Tuerce la boca en una mueca de desaprobación—. Saskia sabe que lo que tiene vale mucho. No le he subido la renta en siete años, ¿y cómo me lo paga? ¡Convirtiendo mi piso en un maldito burdel!

—¿Así que es cierto que usted desconocía cuál era la verdadera... profesión de Saskia?

Gina pone cara de horror.

—Desde luego. No lo sabía, no tenía la menor idea.

—A Saskia debía de preocuparla que usted se enterase a través de Alice. —Escribo la palabra «móvil» en mi libreta—. ¿Tuvo usted mucho contacto con Alice después de que se mudara a su piso?

—No, ninguno.

—¿Tenía ella su teléfono, su dirección de correo electrónico?

—No, cambié la cuenta de correo hace unos años. Nos entraron a robar, ¿sabe? De modo que quise cambiarlo todo. Y no, no le di mi teléfono, quería tener la mínima comunicación posible. Le dije que si necesitaba ponerse en contacto conmigo, se lo dijera a Saskia, y que ya la llamaría yo.

La miro con expresión dubitativa.

—¿Y ya está? ¿Pensaba permitirle que se alojara en su piso de forma indefinida?

Gina baja las manos al regazo y las entrelaza con fuerza.

—Bueno, no, al principio pensé permitirselo durante unas pocas semanas e indagar luego qué planes tenía. Pero entonces llegaron las Navidades y lo de mi padre, y no es que me olvidara de ella, pero la relegué a un segundo plano. Y tampoco iba a decirle que abandonara el piso justo antes de Navidad. Sería un poco cruel, ¿no le parece?

Me inclino hacia delante.

—Gina, sabemos que Alice estuvo en el Donatella Caffè el viernes 12 de diciembre, pocos días antes de morir. ¿Cree que pudo ir allí para informarla a usted de lo que estaba sucediendo en su piso? Era lo mínimo que podía hacer, teniendo en cuenta la amabilidad que había mostrado usted con ella.

—No tengo ni idea. Lo único que puedo decirle es que no la vi. Desde luego no vino a casa, gracias a Dios. —Se lleva una mano al pecho—. Oh, Dios mío, no creerá usted que Saskia ha tenido algo que ver en todo esto.

—No necesariamente —miento—, pero sí es cierto que Saskia nos mintió. Nos contó el cuento chino de que a Alice la conoció en un bar, y que también era prostituta. ¿Por qué cree usted que nos dijo eso?

Gina reflexiona unos momentos.

—No sé, yo no he tenido nada que ver con esa mentira en particular, pero sí que le dejé bien claro que no quería que Nate se enterase de que Alice se alojaba en ese piso, así que Saskia, con independencia de lo que haya dicho, tan solo estaba intentando que esto no me afectara a mí. Como le he dicho, sabe que lo que tiene vale mucho. ¿Va a tener problemas por esto? Cielo santo, ¿voy a tenerlos yo?

No hago caso de su pregunta, y dejo que sufra un poquito más.

—Gina, ¿Alice utilizó alguna vez el nombre de Maryanne, ya fuera recientemente o cuando se conocieron? Saskia se refirió a ella como Maryanne desde el primer momento, y en cambio usted la conoce como Alice. ¿Tiene idea de por qué utilizó un nombre distinto?

—Ninguna en absoluto. —Levanta las manos en el aire—. Sinceramente, le he contado todo lo que sé. Y siento mucho haber mentido, jamás en toda mi vida me han puesto ni siquiera una multa de aparcamiento, pero es que me entró el pánico y lo único que quería era que no me salpicara. Pero de verdad que todo esto me parece horrendo y estoy destrozada. No dejo de pensar que si Alice hubiera vuelto con su marido, a lo mejor aún estaría viva. —Está cada vez más próxima a la histeria, habla cada vez más rápido—. Debería haberle dicho que volviera con su marido, ¿a que sí? Pero de verdad que estaba intentando hacer una buena obra.

—Lo sé, lo sé —le digo para tranquilizarla. A continuación, para volver a centrarla en el tema, le pregunto—: ¿Recuerda cómo se llamaban esos foros que visitaba?

Se pellizca el labio, todavía está alterada.

—No. No, lo siento, no lo recuerdo. Parece que ha transcurrido una eternidad. Y ya no tengo aquel portátil; si lo tuviera, con mucho gusto se lo entregaría para que lo examinase. Los muy cabrones se lo llevaron cuando entraron a robar en casa.

No puedo decir que me sienta muy desilusionada. Si Alice hubiera participado recientemente en dichos foros, los forenses los habrían encontrado.

Claro que también pudo hacerlo a través del teléfono.

—¿Qué va a pasar ahora? —Gina se inclina hacia delante, y por un segundo tengo la sensación de que va a cogerme las manos, pero frena un par de centímetros antes—. ¿Qué va a pasarme por haber mentido?

La acusación de obstrucción a la justicia sería una posibilidad remota. Dudo que se considerase de interés público malgastar valiosos recursos en detener a una buena samaritana que se equivocó. En cambio, el delito de obstrucción a la labor policial

podría colar. Hemos detenido a gente por menos que eso.

Sin embargo, cuando miro a Gina, lo único que siento es compasión. Compasión por una mujer que ha intentado hacer una buena obra. Compasión por una mujer que está agotada de vigilar a unos gemelos y controlar a unos adolescentes mientras su padre se está muriendo poco a poco bajo su techo.

Compasión por una mujer cuyo marido se acuesta con prostitutas.

Aparto a un lado mi compasión y adopto mi tono de voz más severo:

—Por esta vez no vamos a hacer nada, Gina. Pero recuerde lo que le digo: la amenaza de detenerla será muy real si descubro alguna falsedad en lo que me ha contado o averiguo que no me lo ha contado todo, ¿me ha entendido?

A Gina se le llenan los ojos de lágrimas, y empieza a buscar pañuelos de papel en múltiples bolsillos.

—Gracias, detective Kinsella. Gracias. No hay nada más, se lo prometo. Lo único que quiero es olvidar que todo esto ha sucedido y marcharme a casa con mi familia.

Permanezco sentada mientras ella recoge las bolsas y se pone el chaquetón.

—Pero debería hablar con su marido —le aconsejo—. Cuando hagamos una detención y esto pase a los tribunales, es del todo probable que la llamemos a usted para que declare. Lo que hizo Alice en sus últimas semanas de vida pasará a ser de conocimiento público, y con toda seguridad su marido se enterará.

Gina se apresura a negar con la cabeza.

—No, no, no puedo, se pondrá furioso. Si en el futuro no me queda más remedio, se lo diré, pero ya llegaremos a eso...

Imagino a Nate Hicks y Saskia French. A Saskia French haciendo cosas «que haría cualquier chica que se respete a sí misma, si se tomara la molestia». Imagino al ex de Gina engañándola. Imagino la humillación que debió de soportar.

Imagino todas las enfermedades de transmisión sexual a las que la ha expuesto ese capullo que tiene por marido.

—Gina, hágame caso, tiene que hablar con su marido.

Y yo tengo que hablar con mi jefa.

Steele todavía está reunida con los de arriba, así que lo descargo todo con Parnell sin hacer un alto para respirar, con la esperanza de que le agobie tanto la velocidad de la información que se olvide de echarme la bronca por no haber interrumpido la entrevista para llamarlo.

Y en efecto no me echa la bronca. Ni mucho menos, de hecho. A lo mejor es porque resulta un poco miserable, un poco antinavideño, poner de vuelta y media a una persona y poco después desearle que disfrute del merecido descanso durante las vacaciones de Navidad.

A lo mejor es porque se fía de mí. Lo cual me provoca una mirada de sentimientos contradictorios, ninguno de ellos especialmente agradable.

He hecho bien en no presentar cargos contra Gina, me dice. No obstante, parece

que con Saskia French no van a mostrar la misma clemencia. La historia de que Maryanne trabajaba de prostituta, sobre todo la conversación acerca de los supuestos «clientes chungos», podría habernos mandado en la dirección contraria —horas y horas de tiempo desperdiciado persiguiendo a unos puteros que no existían—, y al parecer Parnell considera que eso es mucho más grave que el pecado cometido por Gina, el de omisión de la verdad. Seguro que el fiscal está de acuerdo con él.

Pero, claro, es que Saskia estaba mintiendo para proteger a Gina.

A lo mejor debería haber presentado una acusación contra ella.

Hago un té y acto seguido me pongo con Parnell a trabajar en el tablón de la sala. Subrayamos dos veces el nombre de Saskia con rotulador rojo, una vez por cada secreto que tuvo que ocultar a Gina y que Alice Lapaine podría haber desvelado: su aventura con su marido y el modo en que se ganaba la vida. Siguiendo instrucciones de Parnell, llamo a Saskia para pedirle que se persone en comisaría el lunes, solo para charlar, nada de lo que preocuparse, pero me salta el buzón de voz. Una voz monótona que ruega al interlocutor que deje su mensaje, que ella ya intentará llamarle.

Lo de que ya «intentará» llamar me irrita. Implica arrogancia y complejo de superioridad.

Lo cual me convierte a mí en una hipócrita, porque tengo seis llamadas perdidas de mi hermana acumuladas en las últimas veinticuatro horas.

Sin embargo, soy una hipócrita consciente. Una hipócrita que tiene conciencia.

Marco el número de Jacqui, que contesta al tercer timbrado.

—¿Me has llamado? —le digo con esa fuerte dosis de ironía que mi hermana nunca ha sabido captar.

—Media docena de veces, Cat. Nadie está tan ocupado, ni siquiera tú.

No hay ningún deje desagradable, sino únicamente la típica superioridad moral de hermana mayor que me pone de los nervios.

—Oye, Jacqs, lo siento, es que...

—Oh, ya sé lo superimportante que eres —me interrumpe—, así que no te preocupes, voy a ser breve. ¿Vas a venir a comer mañana, que es el día de Navidad? Espera, voy a decirlo bien: vas a venir a comer mañana. Solo quiero saber a qué hora vas a llegar. Finn quiere que lo ayuden con el Lego Batcave, y por lo visto Ash, papá y yo no le servimos.

La mención de Finn da por zanjado el asunto. Apuesto a que su maravillosa carita y su entusiasmo sin límites compensarán la tensa animosidad que siempre amenaza con explotar cuando mi familia se reúne en un espacio confinado. Equilibrio de manual, supongo.

—Allí estaré —le digo a Jacqui—. ¿A qué hora es la comida?

—Alrededor de las tres, pero eso no quiere decir que tengas que presentarte a las tres menos cinco. Estaría bien que por una vez tuviéramos un día en familia como Dios manda.

Me deja alucinada pensando qué habrá querido decir con lo de «como Dios manda», pero contesto con un ruidito ambiguo que ella interpreta como un sí.

—Ah, y es probable que Finn quiera llamarte por la mañana para contarte lo que le ha traído Santa Claus, así que contesta el maldito teléfono, por favor. —Esta vez respondo con un ruidito afirmativo—. No sé, papá está igual de raro que tú. Decididamente, algo le ocurre.

Ojalá no estuviera tan supersensible a todas las referencias que se hagan a mi padre, pero en mi blindaje hay una grieta por la que se escapa la curiosidad.

—¿A qué te refieres con lo de que papá está igual de raro que yo?

—¡A que tampoco contesta el teléfono! Por lo general se puede confiar en él, pero últimamente... El lunes pasado, por ejemplo...

Estas palabras explotan en mi mente.

—¿Papá? ¿Que se puede confiar en él, has dicho?

—Sí. —Otra vez el tonillo recriminatorio—. Deberías hacer un esfuerzo de vez en cuando para ver la parte buena de las personas. Con nosotros es increíble.

—Oh, ¿en serio? ¿Por qué?

De pronto me invade la exasperación, la intriga y una inesperada punzada de celos. Es casi un milagro que consiga dar la impresión de que no me interesa.

—Se nota en mil detalles, Cat, pero principalmente con Finn. ¿Sabías que cuando Ash tiene turno de noche papá se queda en nuestra casa por si acaso necesito que alguien me acompañe al hospital? Pues lo suele hacer...

Por un instante, todo se detiene.

—¿Finn ha sufrido más ataques? Tienes al neurólogo disponible cualquier día, ¿verdad?

—No, no, solo tuvo uno muy leve el lunes por la noche. Se encuentra bien. Pero claro, es la ley de Murphy: el lunes Ash tenía turno de noche y papá tuvo que cancelar en el último minuto su plan de pasar la noche en mi casa.

—Muy de fiar —replico, sin aire triunfal.

—A eso precisamente me refiero —dice Jacqui—. No es normal en él. Y anoche tampoco pude hablar con él para contarle lo que había ocurrido. Me saltaba todo el rato el buzón de voz, maldito sea. Aunque también hay que reconocer que al día siguiente estaba inconsolable.

—¿Y dónde había estado?

Estoy empezando a sentir temblores. Hoy apenas he comido, pero no es por eso. Es por otra cosa.

—Ah, pues no sé. Dijo que le había surgido algo. Ya sabes que yo no presiono. — Jacqui mantiene un tono desenfadado, y me entran ganas de zarandearla. Zarandearla sin parar, hasta que se le quite de los ojos esa venda de felicidad que lleva y vea a nuestro padre tal como es—. A ver, ¿dónde suele estar uno un lunes por la noche? En la cama, claro está. —Emite una risa torpe—. La cuestión es en la cama de quién. Noel piensa que...

Lo que Noel piensa se pierde en la nada, exactamente donde debe estar, y en mi cerebro rebota lo que acaba de decir Jacqui. Resulta ensordecedor, igual que el timbre de una alarma.

«A ver, ¿dónde suele estar uno un lunes por la noche?».

Oigo cajones que se abren y se cierran, tintineo de cubiertos y el familiar portazo del gigantesco frigorífico. Jacqui se mueve por la cocina ocupada en tareas para no tener que pararse a reflexionar sobre el hecho de que papá ha antepuesto otra cosa a las necesidades de Finn y de su hija.

Yo también procuro no pensar en eso. Procuro no pensar en la pregunta que he venido formulado repetidamente a la gente durante los diez días que llevamos de investigación:

«¿Dónde estuvo usted entre las once de la noche del lunes 15 de diciembre y las cinco de la madrugada del martes 16?».

«Dijo que le había surgido algo».

1998. Lunes 1 de junio

La policía fue a casa de la abuela al día siguiente, mientras yo estaba jugando a Ositos Detectives, un juego increíble en el que reuní a todos mis ositos de peluche al estilo Poirot para desvelar de forma muy teatral el secreto de la desaparición de Maryanne.

Mamá dijo que aquello era de «mal gusto» y que sería más divertido que aprendiese a jugar a las damas. Papá dijo que jugar a las damas era mortalmente aburrido y me preguntó si podía jugar conmigo.

Mi pingüino de peluche se transformó en Gabe McShea, un borracho muy conocido y, según Jacqui, la última persona que había visto a Maryanne caminando por la Calle Larga en dirección al pueblo. Papá imitó a la perfección su forma de hablar gangosa mientras juraba que era inocente, y propinaba manotazos con su aleta cada vez que otro animal de peluche tenía la osadía de mirarlo.

Yo reía a carcajadas sin parar, hasta que empezaron a dolerme los carrillos.

Pat Hannon tomó la forma del Osito Marrón, un peluche viejísimo y flacucho que habíamos encontrado en la desvencijada caseta del jardín trasero de la abuela, metido entre una cortadora de césped y una carretilla. Olía un poco a aguarrás y tenía la oreja derecha a punto de desprenderse, pero el respunte de la boca le confería una expresión un tanto retorcida y malévola, perfecta para representar a nuestro principal sospechoso. Me recordó a algunos de los hombres que se reunían en nuestro pub, en la habitación que había al fondo.

Y en estas bobadas estábamos cuando llegaron los dos policías: un hombretón grande como un armario que se plantó en el mejor sillón mientras la abuela se quedaba de pie, encorvada y apoyada contra la cocina, y otro más joven que habló muy poco, salvo para aceptar todo el té y las galletas que se le ofrecieron.

El policía grandote agarró al Osito Marrón de la pata izquierda y dijo: «Hola, amiguito», y luego lo puso a bailar de manera ridícula sobre su rodilla. Con aquel único gesto, consiguió que el Osito Marrón dejara de parecer amenazador, y al instante sentí odio hacia él por haber echado a perder nuestro juego tan inteligente.

—¿Tú crees que tu osito sabrá dónde está Maryanne? —me preguntó al tiempo que les guiñaba un ojo a mamá y a papá, complacido consigo mismo.

Le respondí que mi osito no hablaba con maderos, y eso hizo que cerrase la boca de golpe.

Papá soltó una fuerte carcajada, tan fuerte y ruidosa que sobresaltó a Rosie, la perrita de la abuela. En cambio, a mamá no le hizo tanta gracia.

—Bien, ha surgido el nombre de Jacqui —siguió diciendo el policía, esta vez todo serio y profesional tras su fallido intento de ser amable con los niños—. ¿Podemos tener una pequeña charla? Nada formal, por el momento no es más que una breve

conversación.

Lo de «por el momento» pareció irritar a papá, que hasta entonces se había mostrado amistoso y hablador, pues había estado bromeando con el policía grandote acerca de diversos personajes del pueblo y tomándole el pelo al joven acerca de un importante partido de fútbol que había disputado su equipo Gaelic durante el fin de semana.

—Jacqui no está aquí —declaró papá al tiempo que depositaba otra taza de café en la mesa. No era mentira: Jacqui llevaba ausente desde el desayuno, cuando mamá le sacudió una bofetada por preguntar si estaría mal que fuera a casa de Maryanne a recuperar su CD de los Chili Peppers—. Pero cuando vuelva, ¿quieren que se la mande a la comisaría para que tenga esa «pequeña charla» con ustedes? ¿O mejor a O'Malley's?

El policía grandote miró a papá con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—¿Qué? —dijo papá entre risas, esta vez con una expresión de total inocencia—. ¿No es ese el pub al que van ustedes a beber? Les digo una cosa: en Inglaterra se han vuelto sumamente estrictos con el tema del alcohol al volante, pero no sé adónde vamos a ir a parar si un agente de la ley no puede tomarse una o dos pintas a la hora de comer, ¿no están de acuerdo conmigo?

El policía grandote también rio.

—Tiene gracia, señor, tiene usted mucha gracia. —Acto seguido se dirigió a la abuela con un gesto de cabeza—. Agnes, tiene usted en casa a todo un comediante. Pondría el cartel de «entradas agotadas» en el Teatro Real, estoy seguro.

Papá soltó otra carcajada, y yo me quedé pensando, extrañada de que la gente no dejara de reírse de cosas que ni siquiera eran graciosas, como Noel y su estúpida serie de televisión South Park o papá con aquella camarera del pub.

—No es más que un poco de diversión, sargento. No se ofenda. —Papá le tendió la mano, y todos los presentes contuvimos la respiración. Al final, el policía grandote se la estrechó—. Tranquilo, en cuanto regrese Jacqui, le diré que vaya a hablar con usted. Aunque sabe Dios cuándo será eso. Ya sabe usted cómo son estas cosas, todos hemos sido jóvenes.

—Sí, claro, no se preocupe, ya hablaremos con ella cuando sea. —El policía grandote consultó su reloj y se levantó a toda prisa, un poco agobiado—. Madre de Dios, llevamos aquí más de una hora, cuesta trabajo creerlo. Vamos —le dijo al policía más joven—, no robemos más tiempo a estas personas.

Se encaminaron hacia la puerta, pero de repente el policía grandote se detuvo; daba la impresión de haber cambiado de idea en el último segundo.

—Aunque, ya que estamos aquí, quisiera preguntarle una cosa, señor McBride: ¿Usted ha tenido alguna clase de trato con Maryanne Doyle?

—¿Trato? No, ninguno en absoluto. A ver, en una o dos ocasiones la he visto por ahí. En El Salón, y puede que también en Grogan's. Pero no la conozco, nunca he hablado con ella. Lo que ha sucedido es terrible, desde luego. Espero que la

encuentren y que esté bien.

El policía grandote abrió la puerta una rendija, y la perra aprovechó para salir. En el colegio nos habían hablado de un oso panda chino que fue capaz de presentir un terremoto. Papá había dicho que era un hecho comprobado que los animales tenían un sexto sentido para prever los desastres.

¡Feliz Navidad! ¿Te han regalado algo bonito?

SMS 09:06 h

Parnell

Una tremenda bronca por llegar tarde a casa y una sierra de podar inalámbrica. ¿Y a ti?

SMS 09:23 h

A mí un mensaje de Aiden Doyle en el buzón de voz diciendo que es una lástima que no podamos vernos en Mulderrin, que él podría haberme enseñado la zona, jajaja, y preguntándome si me apetecería salir a tomar una copa cuando los dos estemos de nuevo en Londres. Ah, y también me dice que su viejo aún sigue aguantando, aunque podría ocurrir que al muy cabrón le diera por estirar la pata ahora y estropearle las Navidades. Se despide diciendo *Nollaig Shona Duit*, feliz Navidad en gaélico.

Es el día de Navidad por la mañana. Gente que se desplaza por todo el país para ir a ver a sus seres queridos, malhumor y una montaña de regalos horteras comprados a toda prisa. Chocolate para desayunar. Alcohol antes del mediodía. Los Dawson no están, así que tengo la casa para mí sola. Como única compañía, mi propia respiración y los siseos y crujidos de la viejísima calefacción central del edificio. Se me pasa por la cabeza encender la televisión, pero me gusta este silencio. La calma antes de la inevitable tormenta. Y en efecto, el hechizo no tarda en romperse, un poco después de las diez, cuando me llama Finn para enumerarme a toda velocidad y sin aliento una lista de juguetes que jamás he oído nombrar y el orden exacto en el que vamos a jugar con ellos. Él ya ha jugado a Pie Face con el abuelo, pero los demás los está reservando para mí.

Abuelo. Qué palabra tan tierna y afectuosa, rebosante de bonhomía y calor de hogar. Es una palabra que nunca ha cuadrado con lo que es mi padre. Durante los primeros años, este la odió a muerte; no era exactamente el apelativo que seduce a las mujeres que él quería seducir.

Michael McBride. Viudo de buen ver. Bien.

Empresario de éxito. Bien... siempre que lo de «empresario» se entienda de forma un tanto libre.

En la actualidad gerente de un bar de Londres. Bien.

Abuelo. No tan bien.

Mentiroso. Cien por cien bien.

¿Peligroso?

A las once de la mañana, una hora socialmente aceptable, me sirvo una copa de

vino, después otra, y espero a que los contornos se vayan difuminando y las facciones de mi padre se vuelvan borrosas para no ver su cara.

Solo la extraña mueca que expresa su boca cuando sonrío a Maryanne en El Salón.

El leve gesto de desprecio mientras discuten en el prado de Duffy.

La mirada contrita cuando le dice a Jacqui que «ha surgido algo» y que no puede quedarse a dormir el lunes por la noche.

Tengo que hacer una cosa.

No sé con seguridad quién da un brinco más alto, si ella o yo.

Steele me mira fijamente desde el otro extremo de la sala. La irritación y la sorpresa pelean entre sí en su semblante, disputándose el lugar principal. Va vestida con un vaquero ceñido de color gris, un jersey negro extragrande y una descolorida camiseta de la banda de rock Sonic Youth que casi desmiente todo lo que yo sabía de la inspectora Kate Steele.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí? —me dice al tiempo que sienta sus posaderas en la silla de Emily.

—Yo podría preguntarle lo mismo a usted, jefa.

Una sonrisa irónica.

—Podrías, pero la que debe contestar eres tú, querida, no yo.

—Pasaba por aquí.

No es exactamente una mentira. En línea recta, la oficina se encuentra bastante dentro de la ruta que lleva a casa de mi padre, y siempre me ha gustado pasear por Londres el día de Navidad. La quietud apocalíptica de la ciudad. El brillo de la escarcha en las aceras aún vírgenes. He venido todo el camino, desde que salí de casa, por Albert Embankment, el London Eye y el puente de Waterloo, sin tropezarme más que con unos pocos transeúntes, todos los cuales me han deseado feliz Navidad cuando solo unos días antes nos habríamos ignorado unos a otros y probablemente nos habría sorprendido cualquier intento de contacto. Hasta que llegué a Theobald's Road y me encontré con un grupo de personas que venían de frente, sin duda provenientes de los oficios religiosos en San Jorge Mártir, no tuve que apartarme de mi camino para dejar sitio a nadie más.

Steele entorna los ojos.

—De acuerdo, así que pasabas por aquí y se te ocurrió entrar. ¿Por qué?

—Se me había olvidado una cosa. —Voy hasta mi mesa deseando que aparezca algo que resulte obvio. Hay una botella de vodka que gané en una rifa hace más de un año—. Estoy sin blanca —comento al tiempo que la cojo—. Y se me ha ocurrido aprovechar esta botella para llevarla como regalo. No puedo presentarme en casa de mi padre con las manos vacías.

Se ve a las claras que Steele no se lo cree, pero me sigue la corriente.

—De hecho, creo que yo tengo otra botella igual en mi despacho. Es de la

tómbola que organiza Flowers todos los años, ¿a que sí? —Se levanta de la silla y echa a andar en dirección a su despacho—. Bien, ya que estás aquí, podríamos tomarnos una copita de Navidad. Sé buena y trae un par de tazas.

Entro en la cocina, cojo una taza de Parnell, del club de fútbol Arsenal, y otra que no esté muy desportillada. Aprovechando que estoy aquí, me bebo un par de vasos de agua en el fregadero, maldiciendo las dos copas de vino que me he tomado antes.

Me limpio la boca y regreso al despacho de Steele.

—¿Hago de madre? —me propone. Sirve el vodka, brindamos chocando las tazas y bebemos. Ambas hacemos la misma mueca de desagrado al tragar—. Joder, a no ser que tu padre sea tu peor enemigo, yo no le llevaría esta agua sucia con sabor a meado, Kinsella.

Debería reírme. Lo intento, pero suena falso, incluso para mí.

Steele vuelve a sentarse. Sonríe satisfecha y se balancea en la silla igual que un personaje de dibujos animados.

—Bueno, déjate de monsergas y dime a qué has venido aquí.

«He venido porque cuando estoy en esta oficina me siento tranquila y competente, y en estos momentos, más que nunca, necesito sentirme tranquila y competente. Necesito pensar con claridad».

—Ya se lo he dicho. Estoy sin un céntimo y quise venir a por este...

—Y una mierda. Hace dos días que has cobrado. Además, ¿te crees que estoy ciega? Llevo toda la semana viendo las bolsas de regalos que tienes debajo de tu mesa.

Steele es como un maldito halcón, pero juro que lo es solo conmigo. El verano pasado estuvo varias semanas sin darse cuenta de que Ben se había hecho un corte de pelo un tanto radical, cosa prohibida en el departamento, y tampoco se percató de que Seth llevaba ya dos días con un pie escayolado, hasta que por fin le preguntó por qué cojeaba.

Visto por encima, me irrita mucho este grado de escrutinio que reserva solo para mí. Pero, analizado más en profundidad, me tranquiliza. Me recuerda que no me hace falta acudir a un vidente para saber que tengo a alguien vigilándome.

—De modo que si aún no tienes un regalo para tu padre —prosigue Steele— es porque eres una desorganizada o una egoísta. No porque estés sin blanca.

—Habla usted igual que mi hermana. Ella siempre está diciéndome que soy una desorganizada. Pero no lo soy. Simplemente no hago lo que ella quiere y cuando ella quiere.

Steele arruga la nariz.

—Típico de hermana mayor. Yo solo aguanto a la mía un par de veces al año, como máximo. —Abro la boca para preguntarle cómo sabe que mi hermana es mayor que yo, pero ella ya da el tema por zanjado—. Bueno, por tercera y última vez, Kinsella, ¿qué estás haciendo aquí?

Esbozo un pequeña sonrisa, como si me hubiera pillado.

—Quería echar una ojeada al expediente del robo que sufrieron los Hicks en su domicilio, ¿vale? —Tampoco es del todo mentira—. Se me olvidó hacerlo ayer antes de irme, y no me lo quitaba de la cabeza.

Steele levanta su taza a modo de brindis.

—Bueno, eso es muy encomiable, pero a veces, muy de vez en cuando, ojo, es necesario hacer caso omiso de esas preocupaciones y concentrarse en la vida personal durante unos días. ¿Tú tienes vida personal?

Miro a mi alrededor.

—¿Y usted?

Al instante me arrepiento de haber dicho esto, pero Steele no se ofende.

—Yo tengo mucho más que perder que tú, querida. Ya han pasado diez días y todavía no tenemos un sospechoso verdaderamente viable. Aún no hemos encontrado ningún esqueleto en el armario de Nate Hicks... Bueno, ninguno del que él no nos haya hablado, y además cuenta con una coartada para la noche del asesinato: estaba en Cardiff por razones de trabajo. Obviamente, intentaremos desbaratarle dicha coartada, porque Cardiff está a menos de tres horas en coche, pero... —Pero es poco probable, pienso yo—. Sigue estando Thomas Lapaine, supongo, pero la tal Abigail Comosellame se mantiene firme en que estuvo con ella toda la noche, así que necesitamos tener algo más con que acusarle antes de poder pensar siquiera en apretarle las tuercas. Por desgracia, según el Comité Independiente de Quejas contra la Policía, la línea que separa la diligencia del acoso es muy fina, y Lapaine tiene pinta de ser de los que presentan quejas.

Por supuesto: la acusación de brutalidad policial que tuvo lugar hace veinte años. Se me había olvidado, la verdad.

—Sí que tenemos otro sospechoso —digo incorporándome en mi asiento—: Saskia French. Tenía mucho que perder si Alice le contaba a Gina que dirigía un burdel en el piso que...

—Ya sé, ya sé, he leído tu informe, y estoy de acuerdo en que tenemos que volver a entrevistarla de todas todas. Pero, mira, vamos a dejar ya de hablar de trabajo, hoy es Navidad.

—Entonces está de acuerdo en que ese es el móvil más sólido que tenemos para...

—Chist. —Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera—. Se acabó hablar de trabajo.

Aguardo a que tome ella la iniciativa, porque no tengo ni la menor idea de qué vamos a hablar. Espero que no tenga la intención de diseccionar otra vez el cabreo que me pillé en mi habitación alquilada, pero por lo menos eso sería pisar tierra firme. Las únicas conversaciones que he mantenido con Steele relativas a temas que no tuvieran que ver con el trabajo han sido acerca de lo mal que olía el relleno de los sándwiches de la cafetería, y en otra ocasión acerca de unas botas mías de ante granate que no se creía que me hubieran costado solo treinta libras.

—¿Tienes novio, Kinsella?

Sonríó por encima del borde de la taza.

—No. ¿Por qué, conoce a alguien? Me gusta que midan más de uno ochenta y preferiblemente que no vivan todavía con sus padres, si eso sirve para estrechar la búsqueda.

Steele bebe otro trago de vodka y hace una mueca cuando lo siente descender por el gaznate.

—¿Y quieres formar una familia?

—¿Ha estado hablando con Gina Hicks?

—¿Eh?

—Oh, nada, es que Gina se puso a echarme el sermón de que no dejara eso para demasiado tarde. Solo tengo veintiséis años, por Dios. Hoy en día, eso es ser prácticamente una adolescente.

—No digo que debas formar una familia, simplemente te pregunto si quieres. O si quieres tener un marido, o un compañero de vida, o sea cual sea el término adecuado que se emplea en la actualidad, si es que no eres de las que se casan.

—Para serle sincera, jefa, no sé si en este momento quiero tener un apéndice, así que me parece que voy a acogerme a la quinta enmienda respecto de esas preguntas tan serias.

Steele se inclina hacia delante y tira lo que le queda de vodka en un jarrón de orquídeas.

—A mí me habría gustado tener hijos, ¿sabes? Antes creía que no, pero cuando una se va haciendo mayor ve las cosas de un modo un poco distinto. —Calla durante unos momentos; no es una pausa de tristeza, sino de reflexión—. Pero fue una decisión acertada, estoy segura. No podría haber llegado hasta donde he llegado y al mismo tiempo haber tenido hijos, no habría sido justo.

Me siento fascinada, pero también un poco violenta. Esta conversación de mujer a mujer constituye un territorio desconocido para mí.

—Lo que intento decirte, Kinsella, es que es verdad que no se puede tener todo, pero sí se puede tener una parte. Una no tiene por qué convertirse en el cliché disfuncional. Desde luego, yo no lo he hecho. —Levanta una mano para frenar el comentario obvio que yo estaba a punto de emitir—. Y sí, ya sé que es el día de Navidad y estoy en esta maldita oficina, bebiendo un vodka que sabe a meados de gato como si fuera un personaje salido de una novela de Raymond Chandler, pero tengo en casa a un hombre encantador esperándome con una botella de vino, un menú de cuatro platos y, si sabe lo que le conviene, el bolso de Mulberry que llevo insinuándole que me gusta desde el mes de abril. De modo que ya ves, no he tenido los 2,4 hijos que indican las estadísticas, pero sí que tengo un matrimonio maravilloso. Se puede.

Por cortesía, afirmo con la cabeza. No se me ocurre qué más puedo hacer.

Steele continúa presionando.

—Este trabajo no tiene por qué ser toda tu vida, Cat. Yo tengo sobrinos a los que veo habitualmente. Amigos fantásticos. Tengo dos gallinas y un invernadero. —Ríe al ver la cara de sorpresa que pongo—. Ah, ya veo, creías que echaba el vodka en las orquídeas por vaguería, ¿verdad? Pues no, lo he hecho porque es bueno para ellas, así no se marchitan. Además, este maldito vodka no sirve para nada más. —Yo río también, y eso le sirve de aliciente—. ¿Qué más? De vez en cuando acudo a un club de lectura, apuesto a que eso no lo sabías. Sí, les jode un poco estar hablando de temas y simbolismos y que yo aún no haya pasado del capítulo dos, pero me esfuerzo. —Se cruza de brazos—. Lo que estoy diciendo, Kinsella, es que deberías intentar construirte una vida personal que no tenga que ver con la muerte.

Tal vez debería irme a tomar esa copa con Aiden Doyle.

Me levanto tan bruscamente que me golpeo las rodillas contra la mesa.

—Mire, jefa, gracias por la charla y demás, pero es mejor que me vaya yendo. Mi hermana se va a pillar un cabreo monumental si me retraso, y antes quiero ver el expediente del robo en casa de los Hicks.

—No hace falta —me replica Steele—. Ya lo he mirado yo. Fue el 14 de septiembre de 2014. Se llevaron principalmente aparatos electrónicos, y también unas cuantas joyas y objetos de plata. —Una pausa—. ¿Quién tiene todavía objetos de plata?

Pues claro que lo ha mirado. Kate Steele: inspectora de policía, jardinera, ratón de biblioteca, criadora de gallinas; la mujer extraordinaria que siempre va un paso por delante.

Seguro que habría sido una madre estupenda.

Día de Navidad en McAuley's Old Ale House.

Abría dos horas al mediodía y servía de madriguera a viejos que normalmente solo se descubrirían la cabeza ante un cortejo fúnebre o al escuchar el himno de Irlanda y que aquí se ponían un gorro de papel de aluminio para jugar al juego de mesa más cursi que me haya regalado Santa Claus. Ganaban a Reg jugando al tragabolas y después limpiaban el suelo con Sligo Tom, con el juego de los vaqueros. Mis padres se hallaban ocupados sirviendo, sin vigilarme lo suficiente. Yo me ponía ciega a refrescos y me dejaba la mitad del almuerzo. Mamá se enfadaba y papá pagaba los platos rotos.

Abría otra vez por la tarde. Esta vez, para una clientela más joven. Amigos de mi padre y amas de casa de segunda fila, empapadas en perfumes nuevos y penetrantes y luciendo nuevas galas. A mí me mandaban a la cama, pero enseguida volvía a bajar sin que se dieran cuenta y me sentaba en la escalera a contemplar los bailes, las risas, las peleas, los llantos.

Hoy McAuley no está abierto.

Sin duda alguna, esto forma parte del pacto que ha hecho Jacqui de tener un «día en familia como Dios manda». Un pacto que ya he incumplido yo presentándome solo diez minutos antes de la hora de comer.

Mi padre me atrapa en la puerta de la cocina. Tanta atención resulta asfixiante, y parece más un estrangulamiento que un fuerte abrazo. Y ahora me parece también un poco una salida de pata de banco haberlo acusado, la última vez que lo vi, de haberse acostado con Maryanne Doyle. Por supuesto, esperaba que mostrara un actitud civilizada, incluso que fingiera un poco de afecto, aunque solo fuera por Finn. Pero hay mucha intensidad en el modo en que me abraza, en el modo en que me aprieta contra sí como si fuera una recién nacida. Yo no me atrevo a apretarme contra él. Desprende un olor muy desagradable: a un producto químico de sabor a limón, como el insecticida.

Jacqui, colorada por estar trajinando en la cocina, me propina un leve cachete en la cara.

—Sí, ya sé que huele horrible. Se llama «Hombre de Plata», lo eligió Finn.

—Porque el abuelo tiene el pelo de color plata —dice Finn abrazado a mi muslo como un torniquete.

Mi padre lo mira y le revuelve el pelo.

—Sí, gracias por recordármelo, campeón. —Luego agrega, más tranquilo—: Dentro de un rato me lavo para quitármelo. Seguro que ni siquiera se entera.

Lo cual seguramente es verdad. Desde luego, nunca se percata de que la tía Cat y el abuelo Mike apenas se dicen dos palabras el uno al otro.

—¿Quieres una copa? —me pregunta mi padre al tiempo que deja de abrazarme y me ayuda a quitarme el abrigo—. Tenemos tinto, blanco, Prosecco, Aperol...

—Ese es el que he escogido yo —exclama Jacqui con la cabeza prácticamente metida dentro del horno—. Por lo visto, en Australia está de rabiosa actualidad.

—Y también el cáncer de piel —se oye decir a Noel detrás de la puerta de la cocina. Probablemente debería asomarme y ofrecerle algún cumplido amable propio de la época, pero odio desearle Feliz Nada.

—Te equivocas —le replica Jacqui—. Los australianos tienen mucho más cuidado con el sol que los británicos.

—Un vino blanco, por favor —le digo a mi padre en tono civilizado pero cortante.

Me muevo siguiendo la voz de Finn, que está dando gritos de alegría mientras ve Super Mario, y acabo llegando al cuarto de estar. Aquí dentro todo es menos austero que en el resto de la casa, y todas las superficies me devuelven mi rostro sonriente desde alguna foto.

Empapada en el tobogán de agua de Alton Towers.

Ataviada como un hada gorda para la primera comunión, con un par de cuentas del rosario en una mano y un paquete de golosinas en la otra.

Jacqui y yo disfrazadas de brujas para Halloween.

Esa foto me mata. Se nos ve a las dos tan felices y tan complacidas con nosotras mismas con nuestros bonitos disfraces, que me entran ganas de llorar. Me entran ganas de ir a la cocina y decirle que lamento muchísimo no haber llegado más temprano, como ella quería.

Pero no lo hago. Hoy solo tengo fuerzas para una única discusión.

Jacqui se ha esmerado de verdad, hasta los muñequitos hechos con pan de jengibre que se bambolean en lo alto de nuestras copas de champán. Mi padre se sienta a la cabecera de la mesa —perfectamente decorada en colores rojos, verdes y dorados— y yo me sitúo dos asientos más allá. Ash se coloca en medio, contento de desempeñar el papel de cortafuegos.

Y durante un rato, funciona.

Por lo menos, resulta tolerable.

Ash se esfuerza para que el ambiente no decaiga, y cuenta la anécdota de un colega cuya novia lo dejó dos veces plantado en el altar, en dos Navidades consecutivas, y el maravilloso Finn actúa como un prisma que proyecta arcoíris entre los nubarrones negros de tormenta. La comida es lo bastante complicada para requerir por parte de Jacqui largas explicaciones del modo en que se ha elaborado, explicaciones que sirven para matar el tiempo. Y supongo que las galletitas de la suerte son divertidas; en la mía me sale un sujetapapeles gigante.

—Así que estás trabajando en ese caso, el de la tal Doyle, ¿no?

Es Noel el que saca el tema. Con independencia de lo que ocurra ahora, siempre podré señalar que fue Noel, y no yo, el que abrió la caja de Pandora y volcó su

contenido sobre la mesa de Navidad.

—Hay muchas personas trabajando en él —contesto en tono tajante.

—¿Habéis detenido a alguien? —me dice con los ojos brillantes—. Por lo general, el culpable es el marido, ¿no? Apuesto a que ha sido el marido.

—¿Podemos hablar de otro tema? —Toco a Jacqui con el pie por debajo de la mesa—. Oye, Jacqs, ¿todavía sigue en la tienda esa empleada de los sábados, la que tenía aquellas cejas tan exageradas?

Ella también me toca con el pie, un poco más fuerte que yo.

—Oh, vamos, Cat, danos la exclusiva. ¡Nosotros conocíamos a la víctima, por el amor de Dios!

Mi padre mantiene un gesto inexpresivo, pero en sus ojos percibo un aleteo minúsculo, el que se percibe cuando se conoce a la persona del derecho y del revés, cuando uno está alerta ante cualquier mínimo cambio de humor.

—Bueno, supongo que no la conocíamos de verdad. —Jacqui pone más zanahorias en el plato de Finn, un intento inútil—. Pero yo sí la recuerdo, salí con ella unas cuantas veces. Tú probablemente no te acordarás, Cat, eras solo una cría.

—Lo cierto es que sí. —Miro directamente a mi padre—. Era guapísima. Una chica difícil de olvidar así, tan deprisa.

Jacqui ríe y propina un codazo a Noel.

—¿Recuerdas que Geri acababa de dejar a las Spice Girls y Cat pensó que Maryanne iba a sustituirla, y que por eso desapareció?

Eso no me suena de nada, no tengo ni el más mínimo recuerdo borroso de que yo dijera tal cosa. Y habría puesto una mano en el fuego a que era capaz de recordar hasta el último detalle de lo que sucedió aquel día.

¿Qué otros detalles podría estar olvidando?

—A mí no me parecía que estuviera tan buena —gruñe Noel—. Yo diría que era normalita.

Ash lanza una carcajada.

—Claro, has rechazado a otras más guapas que ella, ¿a que sí?

—Acertaste, colega. Tendrías que ver a algunas españolas, algunas de las bailarinas del club. —Se besa las yemas de sus dedos gruesos y nudosos y dice en español—: Preciosas.

—Muy bien, Noel —le digo dándole un lento apretón de manos—. ¿Eso es todo lo que sabes de español? Imagino que donde trabajas no te hace falta tener una conversación larga.

—Oh, me las apaño —replica con una sonrisa felina—. También sé decir: «Que te jodan».

—¡Noel! —exclama Jacqui señalando a Finn con la mirada.

—¡Ya basta!

Lo que sorprende no es el tono que ha empleado mi padre, sino el hecho de que haya dicho algo. Desde que nos sentamos a la mesa no ha pronunciado una sola

palabra, aparte de reír a medias el chiste que le ha salido a Finn en la galletita.

Noel se hace el inocente.

—¿Basta de qué? Cat no quiere hablar de su trabajo, así que le estoy hablando del mío.

Finn pide permiso para levantarse de la mesa. Yo espero hasta que no puede oírme y está a salvo, con los ojos fijos en Super Mario.

—Voy a contarte una cosa de mi trabajo, Noel. El lunes me voy a Mulderrin. ¿Qué te parece eso? —Mi padre deja el tenedor y aparta su silla de la mesa. Por un segundo creo que va a salir de la habitación, pero simplemente es que ha perdido el apetito—. De hecho, estoy deseando ir —continúo, cogiéndole el ritmo—. Será agradable volver después de todo este tiempo. ¿Cómo es que nunca hemos vuelto, papá?

Mi padre rellena su copa de vino evitando mi mirada.

—¿De vacaciones, quieres decir? ¿Florida no te pareció bastante, cielo? ¿Es que las Maldivas no se podían comparar con Mulderrin?

Jacqui se ríe. Es esa risa aguda y apaciguadora que se ha vuelto tan característica de ella.

Yo me encojo de hombros.

—Es que siempre me ha parecido un poco injusto. A los abuelos los veíamos constantemente. ¿Por qué no nos llevaste nunca a ver a la abuela?

Mi padre capta el mensaje subliminal. Sabe adónde va a parar todo esto, pero aún no está preparado para sacar las armas. De modo que prueba con el humor.

—Hay que ver, esta hermana vuestra —dice señalando hacia mí con la cabeza y dirigiéndose a Jacqui y Noel—. Siempre preguntando por qué, por qué. Igual que cuando era pequeña y nos volvía locos a todos. Que por qué las ciruelas negras son rojas cuando están verdes.

Jacqui ríe.

—Que por qué tenemos barbilla. Que por qué el agua está mojada.

Retomo la conversación de antes. Con cierta agresividad.

—La tía Carmel me ha dicho que mamá quería que la enterrasen en Mulderrin, pero que tú te negaste. Dudo que el cementerio de Hatfield Road pudiera compararse con el sitio de Mulderrin en que nació.

—¿Desde cuándo la tía Carmel y tú sois tan amiguitas? —se burla mi padre.

—Desde hace años —miento—. Tenemos inquietudes similares. Y también nos parecemos en lo que nos gusta y en lo que nos disgusta.

A las dos nos gusta el hecho de que nos disguste mi padre.

Mi padre se pone tenso.

—Pues eso no es asunto de ella. Yo quería tener a tu madre cerca de mí, Cat, y no en otro país.

Jacqui deja escapar un leve gemido de tristeza y agarra a mi padre de la mano.

—Sin embargo, de lo que se trataba era de cumplir los deseos de mamá —le

respondo—, no de hacer lo que te convenía a ti. A ver, ¿cuándo fue la última vez que visitaste su tumba?

Me sostiene la mirada por primera vez.

—Ayer, precisamente. Fui a arreglar las flores que había llevado esta misma semana. ¿Y tú?

—El día de su cumpleaños.

Esboza una sonrisa diminuta, pero sin satisfacción.

—Bien. O sea, hace cinco meses.

En ese momento interviene Jacqui, empeñada en ignorar la tempestad que se está fraguando.

—Hay mucha gente a la que no le gustan los rituales, papá. Es algo personal. — Le aprieta la mano con más fuerza—. Aunque estoy contigo, me gusta visitar a mamá con frecuencia. Lo considero una señal de respeto. Una forma de honrarla.

El tono empalagoso de mi hermana me espolea.

—Yo ya honré a mamá en vida, Jacqs, y en mi opinión eso es más importante, ¿no crees? —Ladeo la cabeza fingiendo un gesto inquisitivo—. Papá, ¿por eso vas tanto a la tumba de mamá? ¿Para intentar compensarla de toda la mierda que...?

El puñetazo que descarga sobre la mesa es duro y tajante. Se vuelca una copa de vino y al instante una mancha de intenso color rojo se extiende por el mantel, amenazadora. Jacqui se levanta al momento, contenta de tener algo práctico en que centrar la atención.

Noel vuelve a sentarse y aplaude muy despacio, con una expresión divertida en la cara que no se molesta en disimular.

Mi padre se levanta con la cara bien alta, cuadra los hombros y sale de la cocina.

Y también de la casa.

Está claro que no me siento orgullosa de mí misma, pero mentiría si dijera que estoy avergonzada. Finn no se ha dado cuenta, y en realidad eso es lo único que me importa. Y si bien en ningún momento ha sido mi intención hacer daño a Jacqui, esa insistencia suya, poco clara, en atenerse a la fantasía de Padre del Año la convierte en una víctima colateral en lo que a mí respecta, y quizá hasta fuera beneficioso que la eliminase del todo. Finn y ella son los únicos vínculos que me atan a mi padre, al menos los únicos vínculos físicos. Los vínculos emocionales tienen la elasticidad de una tela de araña. Una resistencia tensil comparable a la del acero.

Mucho más tarde, veo a mi padre en la cocina, de pie junto al fregadero, mirando con expresión fija la semioscuridad al otro lado de la ventana. Está fumando, dando caladas largas y elegantes, cada una de ellas tan sagrada y satisfactoria como una oración. Al oírme vuelve ligeramente la cabeza, y capto un movimiento en la comisura de su boca que me indica que me estaba esperando. No reina en el ambiente ninguna energía corrosiva, sino tan solo un aire de triste inevitabilidad. La sensación de que todo conducía a este momento.

Estamos únicamente él y yo, y el resplandor plateado de la luna iluminando los tejados del norte de Londres.

Me siento a la mesa.

—¿Adónde has ido?

—Afuera. —Es una frase vacua para romper el hielo, y él lo sabe—. Di sin más lo que tengas que decir, Catrina.

Creo que exteriormente doy la impresión de estar calmada, pero la procesión va por dentro. El corazón me late a toda velocidad, la cabeza me palpita, los dedos me hormigean. Un enésimo ataque de pánico. Sin embargo, algo impide que me consuma del todo.

Un propósito.

Hago una inspiración corta, temblorosa.

—Le dijiste a la policía que no conocías a Maryanne Doyle. ¿Por qué mentiste?

Si estaba esperando experimentar una catarsis, me quedo con las ganas. Si acaso, me siento todavía peor.

—No la conocía. —Habla con serenidad, casi aliviado. Como si esperase algo muchísimo peor.

—Sí que la conocías, papá. La recogimos con el coche. Estaba haciendo autostop.

—Ah, ¿sí? Aquel día debí de recoger como a veinte autoestopistas, en aquella época había muchos. Para muchas personas, aquella era la única manera de poder llegar al trabajo. —Luego se gira y añade—: A lo mejor la recogimos a ella, pero, sinceramente, no me acuerdo.

Enderezo la espalda y me afianzo en el sitio.

—Sucedió solo unos días antes de que desapareciera. Así que en ese momento, cuando te lo preguntaron aquellos dos policías, sí que tenías que acordarte, aunque no te acuerdes ahora.

En este momento me mira con su expresión especial, la que dice que soy la niña de sus ojos y lo que le amarga la vida, y que su mundo sería mucho más fácil si no me quisiera tanto. Llevo ya tanto tiempo sosteniendo esa mirada que incluso la reconozco ahora que se ha vuelto borrosa.

—Tesoro, voy a decirte qué es lo que recuerdo. Tenía cuarenta teléfonos móviles robados escondidos debajo del tocador de la abuela, a medio metro de aquel puñetero policía, y lo único que me importaba era seguir dándole conversación para que no mirase a otra parte, ¿entiendes? —Se vuelve y me tiende las manos—. Así que adelante, detenme si quieres. Por posesión continuada de mercancía robada, así es como se llama eso, ¿no? Porque si no es de eso, no tenemos nada más de que hablar.

Durante una luminosa fracción de segundo me permito creer lo que dice. Es simplemente Michael McBride, el típico ratero de Londres que posee un alijo de teléfonos robados y un corazón de oro, y que no puede resistir la tentación de subir de vez en cuando a su coche a una esforzada y honrada autoestopista. Y si la autoestopista además es guapa, en fin, ¿qué va a hacer un hombre...?

Y todo ello parecería perfectamente factible si yo no hubiera visto lo que vi.

—Estuviste con ella en el prado de Duffy, papá, uno o dos días después de que la recogiéramos. Os oí discutir. Tú insinuaste que te estaba chantajeando.

Mi padre se bambolea un poco, igual que un boxeador que se ha quedado tocado tras recibir un golpe en la cabeza. Todas sus preguntas colisionan a la vez:

—¿Pero cómo...? ¿Por qué no...? ¿Se puede saber qué diablos hacías tú allí?

Le respondo sin rodeos:

—Te seguí. Casi nunca estabas en casa, y te echaba de menos. Y estaba aburrida —agrego en tono desenfadado, para diluir tanto sentimentalismo—. Jacqui y Noel andaban por ahí, en sus cosas. Mamá estaba siempre ocupada con la abuela. Yo no tenía nada que hacer, de modo que te seguí. Me pareció un juego genial.

Si yo fuera dada a la arrogancia, diría que mi padre se ha quedado impresionado, aunque no sé muy bien por qué. ¿Por cómo era yo a mis ocho años, de oído fino y vista aguda? ¿O por cómo soy de adulta, capaz de haber guardado ese secreto durante tanto tiempo?

Apaga el cigarrillo y enciende otro. Acto seguido se sienta enfrente de mí y se prepara para el duelo.

—¿Y bien? —le digo con la cabeza alta—. ¿Qué hacías con Maryanne en aquel prado?

Me contesta con una larga columna de humo, pero entre las volutas distingo la duda en sus ojos, veo que está sopesando las cosas, buscando la vía de menor resistencia. Tarda mucho en hablar. El frigorífico ronronea al fondo, y también se oyen unas risas enlatadas y estridentes, procedentes del televisor. Da otra profunda calada al cigarrillo, y durante esa inhalación parece estar tomando una decisión respecto de algo.

El estómago me da un vuelco mientras espero a que expulse el humo.

—Fue culpa de tu madre.

Me encojo sobre mí misma como si me hubieran abofeteado. O, más bien, como si me hubieran arreado un cabezazo.

Mi padre retrocede.

—Bueno, vale, a lo mejor no he sido justo al decir eso. Pero sí fue idea de tu madre.

Culpa. Idea. Este intercambio de palabras no quiere decir nada.

«¿De mamá?».

—Maryanne era una chica indómita. Una mala influencia para Jacqui. Le había pasado un poco de marihuana, y cuando tu madre se la encontró en el bolsillo se puso hecha una furia. —Se encoge de hombros—. Me dijo que hablara muy en serio con Maryanne, que la amenazara con acudir a la policía si no se apartaba para siempre de Jacqui.

Me viene a la memoria mi hermana Jacqui a sus catorce años, con aquel suave perfume a hierba que estuvo usando durante varios meses, mucho antes de

encontrarse con Maryanne Doyle. Y luego me viene a la memoria mi madre, una verdadera guerrera protectora de su prole. No habría tenido reparo alguno en hablar personalmente con Maryanne Doyle. Hasta habría disfrutado haciéndolo. Esto no tiene sentido.

Ni tampoco tiene sentido otra cosa.

—Entonces, ¿por qué mamá no contó todo eso cuando vinieron los policías? Lo de la droga podría haber sido importante. De ninguna manera mamá se habría callado algo así, habiendo desaparecido una chica.

Mi padre pone los ojos en blanco.

—Ya, porque tu madre era perfecta, Catrina. Una verdadera santa de nuestros días. —Sabe que es un golpe bajo, y yo no me molesto en señalarlo—. Tu madre estaba protegiendo a Jacqui, supongo. En aquella época, la droga todavía era algo muy fuerte, y de ninguna manera tu madre iba a crearle problemas a Jacqui, por mucho que hubiera desaparecido alguien. —Su expresión se suaviza—. Eso es lo que hace uno cuando tiene hijos, tesoro. Los protege primero a ellos y pasa de todo lo demás. Es así, y tu madre no era distinta.

«¿Protegiendo a Jacqui o protegiendo a mi padre?».

La segunda alternativa es demasiado dura para tenerla en cuenta siquiera, de modo que la archivo rápidamente bajo la etiqueta de «no mirar» en la caja fuerte de mi cerebro, el lugar en el que guardo los tabúes, sentimientos que no me atrevo a afrontar.

—Si eso es así, ¿a qué vino ese encuentro en secreto con Maryanne en el prado de Duffy? ¿Por qué no fuiste a su casa? ¿Por qué no hablasteis tranquilamente en El Salón?

Abre unos ojos como platos.

—¿Estás de broma? Si yo hubiera ido a su casa, Jonjo Doyle la habría mandado al hospital, y yo estaría en la camilla de al lado. Y a El Salón no fui porque... —hincha los carrillos y medita unos instantes—, en fin, no sé por qué, la verdad, ya han pasado dieciocho años, no me acuerdo de todos los detalles. Un día, al pasar, la vi en aquel prado fumando un cigarrillo a escondidas y aproveché la ocasión, nada más.

Sé con seguridad que eso no es cierto. Había quedado allí con ella. Lo sé en mi fuero interno, de una forma intuitiva, pero si algo he aprendido trabajando de detective es que no merece la pena defender un argumento que no se puede probar.

Afirmo lentamente con la cabeza.

—De acuerdo, así que por eso la amenazaste. Pero la acusaste a ella de estar amenazándote a ti. Pronunciaste la palabra «chantaje».

Mi padre lanza un suspiro breve y displicente.

—Joder, ¿de verdad dije eso? Difícilmente podía haber chantaje. Se trataba de una chica de diecisiete años que se creía la Mata Hari de Mulderrin, y quería que yo me enterase.

Lo cual no explica nada. Y así se lo indica la expresión de mi cara.

Se acerca un poco más a mí, como un afable contador de historias que tiene una jugosa anécdota, no como una persona que bordea el abismo que lo convertiría en sospechoso de un crimen.

—De modo que le dije exactamente lo que tu madre me ordenó que le dijera: «Apártate de Jacqui o le contaré a la policía que andas con drogas». —Calla unos instantes y me mira con una expresión que me resulta indescifrable—. Y Maryanne me contestó: «Pues en ese caso, a lo mejor tú deberías apartarte de Tina McGinn, o de lo contrario le contaré a tu mujer en qué andas tú».

Ya procesaré esta rabia más adelante.

—O sea que te estaba chantajeando.

Mi padre hace un gesto con la mano para quitar importancia al asunto.

—Lo estaba intentando, la pobre, pero entre Tina McGinn y yo no había absolutamente nada, y ella lo sabía de sobra. Tina no era más que una camarera del Grogan's que coqueteaba hasta con su propia sombra, y Maryanne debió de vernos un par de veces echando unas risas. Por el amor de Dios, Tina conocía a tu madre, era todo mentira. —Mi cara dice «sí, sí», pero no digo nada—. En fin, sea como sea, le dije a Maryanne: «Por mí como si pones un aviso en el tablón de anuncios de la parroquia, pero no vuelvas a acercarte a mi hija, ¿estamos?». Lo mejor que se puede hacer con personas así es descubrirles el farol. —Otra pausa—. Y eso es lo que era, en realidad. Después de aquello, cerró el pico.

Aplasta la colilla del cigarrillo. Anécdota concluida.

«Y fueron infelices y no comieron perdices».

Tengo la sensación de estar quedándome sin argumentos, de estar perdiendo ventaja. Necesito levantarme de nuevo, recuperar el nivel de antes, pero no encuentro a qué asirme. Con una mentira plausible tras otra, mi padre está desmontando todo aquello que he dado siempre por cierto, y aunque no me creo la mitad de lo que me dice, no tengo gran cosa con que poder contraatacar. Las dos únicas personas que podrían contradecirle están muertas.

De modo que formulo la pregunta inconcebible:

—¿Dónde estuviste el lunes pasado por la noche, papá?

Echa la cabeza hacia atrás, sin comprender.

—¿Qué?

—La noche en que asesinaron a Maryanne. Jacqui dice que ibas a quedarte a dormir en su casa pero que lo cancelaste, y eso no es nada propio de ti. Dice que tampoco logró dar contigo en toda la tarde, que tenías el teléfono desconectado. —Trago saliva a toda velocidad y continuo—. ¿Qué te surgió, papá? ¿Qué era tan importante como para anteponerlo a tus preciados hijos?

La confusión da paso a la furia. La furia y el pánico.

—¿Adónde quieres llegar con todo esto?

Me reclino en la silla para poner distancia entre nosotros.

—Voy a decirte exactamente adónde quiero llegar. Una chica te chantajea, te

amenaza, como quieras llamarlo. Después desaparece, tú le mientes a la policía afirmando que no la conoces, y dieciocho años más tarde aparece muerta a menos de cinco minutos de tu casa y más o menos a la misma hora en que tú, de forma inexplicable, desapareces del radar.

Apuesto por la conspiración antes que por la coincidencia. A la porra Parnell y su «insólita raza».

—¿Le hiciste algo, papá?

Las palabras me salen solas, desatadas y vertiginosas, y en ese momento me doy cuenta de que se ha acabado todo. Las esperanzas que pudiera albergar para el futuro, la nostalgia del pasado: todo ha sido barrido por una sola acusación impronunciable.

—Pero ¿qué coño es esto? —Su semblante se retuerce en una mueca de profundo rechazo—. ¿Y quién coño eres tú? —Se da un golpe en la sien—. No estás bien de la cabeza, tesoro. Eres una enferma mental. Tú misma eres una enfermedad.

Tardo un segundo en darme cuenta de que estoy llorando.

Cuando era pequeña, mi padre decía que antes prefería quedarse ciego que ver llorar a su niñita. En cuanto veía que me hacía una herida en la rodilla o que se me caía el peluche al suelo, rápidamente acudía a mi lado para curarme, para consolarme cubriéndome de besitos y montones de promesas.

Me gustaría que ahora hiciera lo mismo, que me consolara proporcionándome una sola coartada sólida como una piedra.

—Dime simplemente dónde estuviste. —Me aprieto los ojos con los dedos—. Dime dónde estuviste el lunes por la noche y dejaré todo esto, te lo prometo. Podremos empezar de nuevo, tener una relación normal, sin pelearnos...

Veo brillar una chispa en sus ojos, una chispa de anhelo. Pero es solo eso, una chispa.

—No voy a decirte nada. Yo no respondo ante ti, Catrina, acuérdate.

Parpadeo para no llorar.

—Como hija, puede que no. Pero como agente de policía, te convendría pensártelo.

Me contesta con una mirada afilada y oscura, casi negra.

—Pues a menos que tengas la intención de detenerme, a ti te convendría pensar en salir de mi puñetera casa.

—¿Has tenido una Navidad agradable? —me pregunta.

Me gustaría saber qué es una Navidad agradable para la doctora Allen. ¿Una casa llena de familiares emocionalmente equilibrados, que se adaptan sin esfuerzo a los radicales cambios en la rutina diaria con humor y de buen grado? ¿Amigos que hablan alegremente de sus sentimientos entre plato y plato, bebiendo alcohol en cantidades moderadas y responsables y comiendo solo hasta que quedan satisfactoriamente saciados?

Intento esbozar una sonrisa.

—No ha estado mal, gracias. ¿Y usted?

La doctora arruga la nariz.

—Ah, la mía ha sido tranquila —me responde en voz baja—. Apacible.

Lo cual suena estupendo, pero podría ser su forma de decir que se ha sentido profundamente sola y aburrida. Todos tenemos historias para enmarcar.

Lo cierto es que el día después de Navidad estuvo bastante bien. La casa, vacía. Las cortinas, cerradas. La calefacción, con una temperatura propia del Caribe. Yo, a solas con un montón de chocolate y marihuana suficiente para garantizarme una moratoria de veinticuatro horas sobre los malos pensamientos. Tras la tercera llamada de Jacqui, apagué el teléfono. Hice casi omiso del timbre de la puerta cuando sonó a media tarde, y ni siquiera me asomé por la mirilla para ver quién era. El único contacto que busqué con el mundo exterior durante todo el día fue el de intentar de nuevo hablar por teléfono con Saskia French, pero sin éxito. Supongo que en general fue un día bastante aburrido, pero, como ha dicho la doctora Allen, «apacible».

—¿Tienes previsto irte a alguna parte? —me pregunta la doctora mirando mi maleta con ruedas—. ¿Una escapada antes de Año Nuevo?

—No, no, es un viaje de trabajo. —Descubro una vía de salida—. De hecho, hoy me vendría bien terminar la sesión un poco antes, ya voy un poco justa para coger el vuelo.

—Por supuesto. ¿A qué hora quieres terminar?

Pruebo suerte:

—¿Dentro de unos diez minutos?

La doctora enarca una ceja y escribe algo a toda velocidad. No puede ser más de una palabra.

¿Mentirosa?

¿Fútil?

¿Impactada?

Aparta a un lado la libreta, que queda bamboleándose precariamente en el reposabrazos del sillón. Ojalá se caiga al suelo; un revuelo de actividad que aporte un

poco de vida a la rutina.

—O sea... —Me mira con gesto esperanzado—. Deben de irte bien las cosas si te encargan una misión en el extranjero.

—Pues sí, aunque también se podría interpretar en el otro sentido. Steele me manda a viajes inútiles para quitarme de en medio.

La doctora ladea la cabeza.

—¿Es un viaje inútil?

Me encojo de hombros.

—Trabajo de base. Y ahora que estamos empezando a vislumbrar a un posible sospechoso, una persona a la que precisamente he identificado yo, da la sensación de que me está relegando un poco, nada más.

La doctora levanta las manos mostrando las palmas.

—Bueno, yo no conozco los entresijos del caso, pero en mi opinión significa que la inspectora se fía de tu trabajo en solitario, y eso es bueno.

—Lo que significa es que se fía de que mantengo mi pasaporte vigente, nada más.

—Venga, ¿de verdad es eso lo que piensas?

Todavía noto la cabeza un poco embotada por efecto de la marihuana, y no tengo la suficiente agudeza mental para pelear.

—No, probablemente no —concedo con un suspiro—. Sea como sea, solo voy a Irlanda, no sé si eso puede considerarse el extranjero.

La doctora sonrío.

—Tu familia es irlandesa, ¿verdad?

—Mi madre. Era de la costa oeste.

—Una zona preciosa, según tengo entendido. —Entorna los ojos—. Has dicho «era».

—Sí, falleció hace unos años. Cinco, para ser más exactos. No sé si eso se puede considerar «unos años», para mí es como si hubiera pasado ayer.

—Lo lamento mucho, Cat. Nunca aceptamos la pérdida de una madre, por supuesto. ¿Qué edad tenías?

—Veintiuno. Fue un año antes de entrar en la policía.

La doctora, intrigada al instante, se remueve en su sillón.

—¿Ambas cosas están conectadas?

Oh, están conectadas en tantos aspectos que ni sé por dónde empezar. En el ansia de tener una familia nueva, un nuevo sentimiento de pertenencia, ahora que ya no está la única persona que me proporcionaba dicho sentimiento. En tener por fin la libertad de dar por sacado a mi padre, ahora que ya no tengo que preocuparme de la censura de mi madre.

Opto por decirle una verdad a medias:

—Es probable que exista una conexión, sí. El mundo parece un sitio más siniestro cuando tu madre no está en él. Supongo que entré en la policía con la idea de que así podría hacerlo un poco menos siniestro.

—¿Para ti o para otras personas?

Buena pregunta.

—Para ambos, creo.

La doctora afirma con la cabeza y junta las manos formando una pirámide.

—¿Qué más sacas de tu trabajo?

Otra pregunta decente, y preferible desde luego a nuestra primera media hora, en la que todas las preguntas se centraron en torno a cómo me sentía, qué tal dormía, por qué no hacía nada malo al ocupar esa habitación alquilada, etcétera, etcétera.

Esta vez respondo con una verdad completa:

—La seguridad de primera mano de que las normas funcionan.

A la doctora Allen la encantan las afirmaciones abstractas, disfruta con ellas igual que una gatita con un ovillo de lana.

—Ah, pues es una manera muy interesante de describirlo, Cat. ¿A qué te refieres? ¿Qué normas?

—Siempre he estado un poco obsesionada con la ecuanimidad, supongo. Por ejemplo, cuando estaba en el colegio, si terminaban echando la culpa de algo a un niño que no había hecho nada, me enfadaba muchísimo. De verdad. Y si alguien recibía un trozo de tarta más grande que el mío, ponía el grito en el cielo, pero luego siempre tenía que cerciorarme de que yo no recibía un trozo más grande que el de los demás.

—Ecuanimidad. —La doctora Allen recalca la palabra—. ¿Entonces estás hablando de justicia?

Lanzo una carcajada.

—¿Justicia? Eso es apuntar demasiado alto. Me conformo con la norma básica que dice que las personas malas reciben su castigo.

Una mirada de entendimiento, las cosas van encajando en su sitio.

—Pero para Alana-Jane y su madre las normas no funcionaron, ¿no? Su padre todavía anda libre por ahí. Nadie ha sido castigado por esa acción. ¿Por eso te resulta tan difícil lidiar con ello?

—Ya será castigado. De un modo u otro.

Lo creo de verdad. La cara que puso mi padre cuando se dio cuenta de que su «pequeña» estaba convencida de que él podía ser un asesino me ha dado una nueva perspectiva de la palabra «castigo». Los castigos más devastadores no son siempre los de tipo jurídico.

La doctora Allen se inclina hacia delante.

—¿Qué diferencia hay entre castigo y justicia, Cat?

Esto no me lleva mucho tiempo.

—El castigo es algo tangible. Es algo que se imparte. La justicia no es tangible, sino meramente un sentimiento de que las cosas son como deben ser.

—¿Y eso es importante para ti?

—Naturalmente que sí —contesto—. Es como preguntarle a un basurero si los

cubos de basura son importantes para él.

Una leve sonrisa de labios cerrados.

—Bueno, es que algunos de los agentes de policía que acuden a mi consulta tienen problemas con la idea de lo que es la auténtica justicia. Yo incluso diría que no creen que exista.

—Pues yo espero que sí, porque si no existe, más nos valdría a todos hacernos basureros. Por lo menos lo que hacen los basureros es tangible, es algo que la gente necesita: que le retiren la basura de su vida. —Reflexiono un instante sobre este punto—. Aunque es posible que yo también me dedique a ese oficio. Y usted —agrego.

Esta respuesta parece agradarle.

—¿De modo que en tu opinión hemos eliminado un poco de basura entre las dos, Cat? ¿Cómo te sientes?

Consulto el reloj. Es hora de irme.

No hay nada como disfrutar de un vuelo con turbulencias sentada al lado de una persona histérica que viaja en avión por primera vez para distraerte de tu propio caos mental, y me siento agradecida por ambas cosas cuando aterrizamos con una sacudida en el aeropuerto de Knock, luchando contra un tenaz viento de costado.

—Debe de ser algún huracán de por ahí —comenta el sargento Bill Swords, ya jubilado, al tiempo que arroja mi maleta en el maletero de su Volvo, un coche que ha visto días mejores—. Aquí siempre nos llega la cola de los huracanes. Música *rap* y ventarrones: ese es el regalito que hace América a la costa oeste de Irlanda.

Cuando Swords me dijo que vendría a recogerme, supuse que sería una especie de cortesía profesional, pero resulta que el sargento jubilado Bill Swords es ahora taxista y que el trayecto me va a costar setenta euros, muchas gracias. Es un tipo digno de ver, desde luego: pantalón de chándal a juego con unos zapatos de cordones de un negro reluciente y un jersey de ochos de color verde, remangado.

Sin abrigo. En esta parte del mundo la gente es muy resistente.

Me informa de que solo dispongo de este ratito para hacerle la entrevista. En cuanto me deje a mí, tiene que llevar a los integrantes de una despedida de soltero a Westport, y mañana se va a Lanzarote a disfrutar un poco del sol en invierno y jugar unos cuantos partiditos de golf. Me contengo para no decirle que no habría estado mal que me hubiera informado de antemano, y rebusco en mi bolso el aparataje de las entrevistas: libreta, bolígrafo, el expediente, etcétera. Swords se entretiene haciendo comentarios acerca de la capacidad para conducir de prácticamente todos los demás automovilistas y cantando los éxitos de los años sesenta que están emitiendo por la radio. Espero a que termine el estribillo del último para empezar a preguntar.

Una cortesía no profesional, se podría decir.

—Bien, Bill, ¿alguna vez se ha preguntado usted qué le ocurrió a Maryanne?

De repente su expresión se modifica y se torna seria, y su respuesta es instantánea:

—Sí que me lo he preguntado. Pero no me ha preocupado. Continuamente desaparece gente, Cat. Sinceramente, no se creería la cantidad de personas que dicen que se van a comprar el periódico y a las que de pronto, ¡puf! —retira ambas manos del volante—, ya no se las vuelve a ver. No es muy habitual, vale, pero tampoco es tan raro, y a no ser que tengamos pruebas de que ha sucedido algo raro, o a no ser que dicha conducta resulte totalmente atípica, lo cual no ocurría en el caso de Maryanne Doyle, no podemos hacer gran cosa. —Se interrumpe un momento para hacerle una peineta a un corredor que acaba de incorporarse por una carretera secundaria—. En cualquier caso, hablé con las personas que mejor la conocían, las presioné un poco para que se sintieran preocupadas, pero todas me respondieron lo mismo... Bueno,

aparte del padre y del hermano, pero es que normalmente la familia es la que menos sabe de una persona. Todos los demás repitieron que no les sorprendía lo más mínimo que Maryanne se hubiera fugado.

Hago un gesto afirmativo. Como soy tan voluble, decido que Bill Swords me cae bastante bien, aunque los setenta euros que me cobra me resulten un tanto excesivos para un trayecto de cuarenta minutos en un coche que parece una lata oxidada y que huele un poco a pies. Empiezo a pensar que tal vez me haya precipitado a la hora de juzgarlo. Si bien nada de lo que ha dicho difiere especialmente de lo que constató en un papel hace dieciocho años, en persona se lo ve menos indiferente y apasionado, lo cual me lleva a preguntarme si en realidad yo habría hecho otra cosa.

—Bueno, ¿y piensa quedarse mucho? —me pregunta.

—Me temo que no. Mañana tomo el vuelo de las 15:40 h para Gatwick. —Echo una ojeada al reloj del salpicadero—. Dispongo de veinticuatro horas.

Swords da un golpe en el volante, encantado.

—Eso es lo que dicen en las películas, ¿a que sí? Ya sabe, el teniente enfadado le dice al detective: «Tienes veinticuatro horas o quedarás fuera del caso, maldita sea». —Se ríe consigo mismo, dando botes en el asiento—. «¡Tienes veinticuatro horas o te retiro la placa!».

Resulta bastante contagioso, y no puedo evitar dibujar una sonrisa.

—Ya, bueno, es posible que llegemos a eso, Bill.

Swords arruga el gesto.

—Bueno, ¿y qué ha venido a hacer aquí, corazón? A esa chica la han liquidado en Londres, nada que ver con Mulderrin.

Echo mano de la política del partido:

—Puede que sí, puede que no. A lo mejor estuvo en contacto con alguien que pueda decirnos algo. A lo mejor le pidió a ese alguien que no dijera nada pero ahora está muerta. No sé, Bill, agarrarse a un clavo ardiendo es mejor que quedarse sentado sin hacer nada, pensando.

Swords no se queda convencido.

—En Mulderrin se habría sabido una cosa así, por mucho que alguien hubiera prometido mantenerla en secreto. Esto no es Londres, Cat. En Londres uno podría pasearse por Picadilly Circus como Dios le trajo al mundo sin que nadie le prestase la menor atención, pero aquí, si dejas pasar unos días sin lavarte, la gente empieza a especular. Los secretos son chismorreos que uno todavía no ha podido contar porque no ha estado lo bastante borracho, ¿comprende? —Debo de tener una expresión desesperada, porque de improviso Swords cambia de tono—. Bueno, nunca se sabe, supongo. No pasa nada por hablar con la gente...

Abro el expediente y saco la lista de nombres.

—Dado que no tengo mucho tiempo, ¿le importa decirme quién vive todavía por aquí? ¿Con quién debería hablar primero?

Swords lanza una carcajada.

—Tiene tiempo de sobra, corazón. La mitad de esos ya se han reunido con su creador, el Señor tenga piedad de ellos. Otros cuantos han emigrado. Hay gente de Mulderrin en Estados Unidos, y también en Australia. ¡Uno se ha ido a Papúa Nueva Guinea, nada menos! —Al parecer, esto le resulta de lo más gracioso, y, precisamente porque lo suyo es tan contagioso, también me lo parece a mí—. Colette Durkin sigue viviendo aquí, pero, pobrecilla, el ascensor no le llega a la azotea, no sé si me entiende. No está muy bien de la cabeza.

Tacho el nombre.

—¿Y qué le pasa?

Swords hace un chasquido con la lengua.

—Lo que le pasa a todo el mundo. Tiene depresión, supongo. Ansiedad. ¿No es así como lo llaman hoy en día?

—De eso hay mucho, Bill.

—Pues no es mi caso, gracias a Dios. Yo terminé mis treinta años en 2012, empecé a cobrar la pensión, compré este coche, y ahora me lo paso en grande paseándome por todas partes, oyendo la radio y echando unas risas con el personal. Y unas cuantas pintas el fin de semana, claro.

Me ha convencido. Me pregunto si querrá una aprendiz.

—Sea como sea —continúa—, las dos únicas personas con las que debería molestarse en hablar son Manda Moran y Hazel Joyce. Ellas dos y Maryanne eran muy amiguitas. Manda Moran sigue siendo Manda Moran; no se ha casado nunca, la pobre, pero tiene un Bed & Breakfast detrás de St Benedict's. Tengo entendido que le va muy bien. En líneas generales, es una gran persona. Hazel Joyce se llama ahora Hazel O'Keefe, me parece. Vive en el pueblo de al lado.

Por ninguna otra razón que no sea mi tendencia de kamikaze, bajo la vista al expediente y exclamo:

—¡Anda, qué curioso, si hay alguien apellidado Kinsella! Supongo que no será un pariente mío, jaja.

Swords arruga la cara.

—¿Por qué diablos habré interrogado yo a Agnes Kinsella? —Reflexiona un minuto—. Ah, ya sé: tenía en casa unos parientes venidos de Inglaterra. Una de las niñas era medio amiga de la Doyle.

—¿Los McBride? —pregunto con naturalidad, como para pasar el rato.

—Si usted lo dice. A mí se me olvidan los nombres. Ah, Agnes Kinsella era una mujer estupenda. Una mujer como Dios manda. Falleció..., no sé, hará ya diez años.

Once años. Aquel día yo tenía un examen final de Ciencias y no pude asistir al funeral, y al final acabó yendo solo mi madre. Mi padre tuvo que irse en el último minuto a hacer un trabajo para el «tío» Frank. Un trabajo que implicaba viajar a Róterdam y volver en el mismo día. Mi madre pareció aceptarlo con total tranquilidad. Yo estuve varios meses rabiando.

—Ya hemos llegado —anuncia Swords señalando la calle—. No hemos tardado

tanto, ¿no?

Entramos en Mulderrin por la Calle Larga, un camino estrecho y tortuoso flanqueado por grandes setos de endrinos y tapias grises construidas con piedras. Los árboles que todavía bordean el prado de Duffy llevan atados al tronco unos globos de color dorado y rojo que ya están empezando a desinflarse y arrugarse.

—El fin de semana pasado hubo una boda —explica Swords en tono de malhumor—. En Siria hay niños que se están muriendo de hambre, y estos se gastaron dos mil quinientos euros en flores, ¿se lo puede creer? Escandaloso.

A medida que nos vamos acercando al pueblo se hace visible el letrero: «MULDERRIN», escrito con austeras letras negras. Habría jurado que en aquella época había una frase que decía: «Bienvenidos a...», pero es posible que sea un exceso de sensiblería por mi parte. Un embellecimiento de la realidad, cosa que ocurre a menudo con los recuerdos. Hay una señal que recomienda conducir con prudencia que no recuerdo que estuviera antes. Y también un hermanamiento con otra localidad de Bretaña: algún afortunado dignatario local que estará trasegándose un buen Chablis a expensas del contribuyente, sin duda. Las casas se ven más nuevas, y da la sensación que se han duplicado en número. Construcciones enormes dotadas de garajes dobles y porches con columnas, monumentos a la época en que el Tigre Celta^[6] aún se rascaba la barriga y la ostentación era algo que se consideraba de rigor.

La plaza del pueblo se halla vacía. Solo se ven unos cuantos coches aparcados y algún que otro anciano caminando encorvado por la acera y llevando una lata de comida para perros. El Salón ahora tiene otro nombre, pero pasamos por delante de él tan deprisa que no me da tiempo de leerlo, y la tienda de Riley's se ha transformado en un supermercado.

También hay una casa de apuestas, tres *pubs* y una funeraria. Un sitio donde comer, otro donde hacer la compra, apostar dinero o beber y otro donde morir. El esquema de una vida sencilla.

Mi Bed & Breakfast se encuentra aproximadamente a un kilómetro del pueblo. Swords insiste en ayudarme con mi minúscula maleta y en presentarme a la dueña, una mujer alta y con el cabello tan mal teñido que se le ha quedado del color de la leche cortada. Antes de marcharse, me explica cómo funcionan las cosas en el pueblo.

—Si quiere beber algo, va a tener que esperar un poco. No abren hasta más tarde, aunque si tiene mucha sed supongo que podría probar en el Grogan's. Seguramente Matty Grogan le abrirá la puerta a alguien como usted. —Me guiña un ojo y me da una suave palmadita en el antebrazo—. Bueno, Cat Kinsella. Cuídese, corazón...

Resulta inesperado, y también un signo de autocomplacencia, pero durante una fracción de segundo, mientras contemplo cómo se marcha Swords, al venir de nuevo a Mulderrin experimento un sentimiento de serenidad, la sensación de que se ha restablecido algo en mi interior. De que vuelvo a ser la persona que fui: una niña de

ocho años confiada y poco convencional, con una mata de rizos grasientos y una hilera de dientes flojos, y casi seguro que vestida con una camiseta de Pokemon.

Mi madre aún está viva, y se pelea con la abuela.

Jacqui todavía es la persona que yo quisiera ser.

Noel todavía es Noel, solo que más delgado y con aquellas ridículas líneas dibujadas en el corte de pelo.

Mi padre todavía es mi héroe, y el mundo aún está en paz. Haciendo caso omiso de la recomendación de Swords de que me cuide, mucho más tarde, cuando ha amainado el viento y he dado buena cuenta de un guiso casero, emprendo un peligroso paseo a oscuras hasta la antigua casa de la abuela, valiéndome únicamente de la luz de mi teléfono para buscar la ruta, que recuerdo solo a medias. Regreso hasta la Calle Larga, doblo a la derecha al llegar a la verja de Duffy, vuelvo sobre mis pasos cuando se hace evidente que debería haber ido por el otro lado y por último paso junto al prado en el que estaban las vacas de Pat Hannon. Este camino me lleva hasta el inicio de la Calle de los Socavones, también denominada Calle donde Vive la Abuela. O actualmente denominada para mí la Calle donde Fui Verdaderamente Feliz por Última Vez.

La casa de la abuela no ha cambiado, al menos de manera obvia. Continúa siendo pequeña y cubierta de estuco blanco, y aún conserva ese tejado de pizarra que los clanes de los Kinsella cuidaron durante más de un siglo. Pero ahora hay una antena parabólica en la fachada y un trampolín para niños donde antes estaba el gallinero. La pintura es reciente. Las ventanas se ven muy nuevas.

Sin embargo, a través de los visillos alcanzo a ver el resplandor familiar del fuego en la chimenea, y de forma instintiva intento aspirarlo, convencida de que podría percibir su olor y su sabor, ver a toda mi familia reunida en torno a él, picando algo de comer, discutiendo unos con otros y viendo partidos en la televisión antes de irnos a la cama. Aprovechando los últimos momentos de nuestro padre antes de que nos diera un beso y saliera.

En la ventana de la habitación más grande, en la que dormía la abuela, hay una niña pequeña, iluminada profusamente, que no tendrá más de diez años. Está sonriendo de oreja a oreja, batiendo palmas y haciendo muecas, así que yo también sonrío y le hago una foto. Se sobresalta al ver el *flash* y se aparta de la ventana.

¿O será simplemente que yo estoy agotada?

«Exhausta», decía mi madre cuando yo afirmaba que había monstruos en mi armario o fantasmas que arrastraban las cadenas frente a mí.

Luego, cuando miro, descubro que en la foto no aparece ninguna niña, sino únicamente un perchero en el sitio que antes ocupaba el reloj del tatarabuelo.

Al día siguiente encuentro a Manda Moran explicando a un grupo de turistas de California la diferencia que hay entre la morcilla blanca y la negra. Las reacciones oscilan entre el escepticismo y la repugnancia.

—Bien, entonces tomaremos café con tostadas —dice en tono jovial, probablemente aliviada de dejar la sartén para otro día. El estado del comedor del desayuno, forrado de madera, sugiere que ya ha soportado varias horas de actividad, y me siento tentada de ayudar a Manda a recoger los cacharros.

No puedo decir con certeza que el paso del tiempo no haya tratado bien a Manda Moran porque, sinceramente, no me acuerdo de ella. Sin embargo, estoy bastante segura de que cuando era adolescente no podía estar como está ahora, y sin duda alguna me habría acordado de ese extraño cuerpo triangular. De la cintura para arriba es más bien normal, pero de cintura para abajo tiene la anchura de una autovía. Igual que una tienda india con patas.

—Ah, ya me habían dicho que iba a venir. —Me indica unas puertas dobles de cristal esmerilado—. Pase, dentro de un minuto estoy con usted.

—¿Quién se lo ha dicho, Aiden Doyle? —Siento una leve punzada de irritación. Quería pillarlos desprevenidos.

—No, ese viejo idiota de Swords.

Pobre Bill.

—Él ha sido un poco más amable al referirse a usted —replico, sonriente.

Esto la sorprende.

—Ah, ¿sí? A saber qué pretende. Querrá mi cuerpo, digo yo. —De pronto lanza una carcajada, tan contenta de convertirse en el objeto de su propio chiste—. Aiden Doyle, en cambio... —añade, salivando cómicamente como el Lobo Malo—. Ese sí que está como un queso.

Sonrío como diciendo: «Sin comentarios».

Entrar en los aposentos de Manda Moran es como meterse en el armario que conduce a Narnia, porque te espera un mundo completamente distinto. Mientras que la decoración del resto de la casa se basa en sofás de chenilla y cortinas bordadas, su espacio personal está realmente mimado. Es menos una residencia de ancianos y más el piso de un jugador de fútbol. Un espacio abierto con sofás de cuero blanco, suelos de mármol negro y un televisor del tamaño de una mesa de billar.

Sin embargo, lo más revelador son las doscientas o más tarjetas navideñas que abarrotan casi todas las superficies y paredes disponibles. Son los cientos de personas que no han incluido a Manda Moran en una felicitación grupal de Facebook. Tampoco le han enviado una nota colectiva por correo electrónico. Han tomado un bolígrafo, han escrito su nombre, han pasado la lengua por un sobre, han buscado su

dirección, han comprado un sello y se han acercado hasta la oficina de correos, y todo ello me dice que probablemente lo que ha dicho Swords sea verdad: que, en líneas generales, Manda es una gran persona.

—Perdone lo desordenado que está todo —me dice al tiempo que entra y ataca un desorden inexistente ahuecando cojines y cambiando revistas de sitio—. No tengo ni un minuto para mí misma. Me parece que esos idiotas no entienden el concepto de Bed & Breakfast. Significa cama y desayuno, y quizá una cena ligera si me lo piden con cariño. ¿Sabe lo que me pidió anoche uno de ellos? —No espera a que yo intente adivinarlo—: ¡La carta de vinos y un puñetero cubo para el hielo!

—Lo próximo que pidan serán tratamientos de belleza como los de los balnearios. Mi comentario le gusta.

—¡No me sorprendería lo más mínimo! Tomará usted un té, claro.

No es una pregunta sino una orden, pero de todas formas hago un gesto afirmativo.

—Bueno, ¿y qué demonios voy a poder decirle yo de Maryanne Doyle? —exclama desde la zona de la cocina—. Ha sido terrible, desde luego. Swords me ha dicho que la estrangularon, ¿no? ¡Y que todo este tiempo estuvo viviendo en Inglaterra! A solo cincuenta minutos de aquí en avión. —Apoya las manos en sus enormes caderas—. Es muy raro que nunca haya venido por casa, ¿no cree?

«Sí, muy raro».

—No solo estuvo viviendo en Inglaterra —respondo, gritando también—. Había recorrido medio mundo: Sídney, Hong Kong, Ciudad del Cabo.

Manda hace un ruido como diciendo: «Vaya suerte tienen algunas» y luego se interrumpe.

—Ah, bueno, eso ya es algo. —Su voz rezuma un tonillo de resentimiento—: Por lo menos ella hizo algo con su vida.

Voy hasta la isleta de la cocina y la observo por espacio de unos instantes: pone el hervidor de agua en el fuego, saca las tazas del armario, sirve la leche y el azúcar; todo sin mirarse las manos ni una sola vez. Una triste coreografía.

—Entonces, ¿no me equivoco al pensar que usted no volvió a saber nada de Maryanne?

Manda adopta una expresión soñadora, como hacía la abuela cuando revivía el momento en que se enteró de la muerte de Elvis Presley.

—La última vez que vi a Maryanne Doyle fue el viernes 19 de mayo de 1998, por la tarde —me dice a la vez que quita el celofán de un paquete de galletas—. Y desde ese día no he vuelto a saber absolutamente nada de ella. Todavía me parece verla ahora, sentada contra la pared de St Benny's, fumando un cigarrillo y enseñando el tirante del sujetador a un chico. Maryanne en estado puro. Calculaba que desde la Semana Santa le habían crecido los pechos hasta una copa D. No dejaba de hablar de ello.

—¿Y recuerda que ocurriera algo raro en los días o semanas posteriores a la

desaparición de Maryanne?

Manda me entrega una taza.

—La verdad es que no. Hazel tiene mejor memoria para esas cosas. ¿Va a hablar con ella?

Afirmo con la cabeza.

—¿Recuerda algo, Manda? Algo que dijera Maryanne, alguna persona con la que se vio, planes que tenía para el futuro, cosas así.

Manda suelta un leve bufido.

—Oh, planes tenía muchísimos. Pero todos centrados en América, no en Inglaterra. No tengo ni idea de qué era lo que pensaba hacer en América, pero a esa edad se tienen muchos sueños grandiosos, ¿no?

Trago un sorbo de té sin hacer caso de lo dulce que está.

—¿Y cuál era el gran sueño de Maryanne?

Manda lo descarta con un encogimiento de hombros.

—Oh, no me acuerdo, y aunque me acordara, no sé de qué demonios iba a servirle.

Pongo mis cartas sobre la mesa.

—No sabemos con seguridad qué era lo que estaba haciendo Maryanne en Inglaterra alrededor del año 2001, cuando apareció en Brighton, y si pudiéramos entender un poco mejor sus motivaciones, sus intereses, quizá eso nos diera alguna pista para saber por dónde empezar, Manda. Ya sé que es un poco difícil, pero no tenemos demasiadas opciones fáciles.

Manda deja la taza y me sonrío con gesto conspiratorio.

—Por Dios, ha debido de cabrear seriamente a alguien para que le hayan encargado este trabajo. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Enfadar a su jefe?

Sonrío y me invade un sentimiento de afinidad hacia Manda Moran. Puede que tenga muy ensayado el papel de solterona jocosa, pero es más lista que el hambre.

Y todavía no ha terminado.

—En fin, a ver... —dice examinándose las uñas, que lleva cortas y muy cuidadas—, solo estoy especulando, pero yo diría que hay una razón muy obvia para que una chica irlandesa se largue a Inglaterra con tanta prisa, y no es para perseguir un sueño maravilloso, no sé si me entiende.

Perfectamente.

—¿Cree que Maryanne estaba embarazada y quería abortar? —Me reservo el dato de que nos consta que tuvo un hijo; esto no es necesario que lo sepa Manda, y podría desencaminarla—. ¿Qué la hace pensar eso?

Pero Manda se niega a hablar de ese tema y se encoge ligeramente de hombros.

—Como digo, es pura especulación. Sin embargo, Hazel está segura de ello. A propósito, ¿cuándo va a ir a verla?

Miro el reloj.

—Dentro de una media hora. ¿Todavía siguen viéndose mucho?

Manda sirve más té. No me molesto en discutir.

—Oh, pues no sé. ¿Cuánto es mucho? Este negocio mío me tiene ocupada todo el día. Ella tiene tres niños, todos menores de siete años, y un marido que es un inútil, aunque muy guapo, eso sí. —De nuevo se le nota un deje de melancolía en la voz—. Pero es muy triste, ¿no cree? Antes éramos amiguísimas y en cambio ahora, aunque vive en el pueblo de al lado, tenemos suerte si nos vemos cada tres o cuatro meses.

De pronto le viene algo a la mente que le ilumina el rostro. Y yo vuelvo a sonreír de oreja a oreja, aun sin saber por qué.

—¿Sabe una cosa? A la mierda esto —dice al tiempo que apaga el hervidor de agua y coge las llaves del coche—. Si me tomo otra taza más de té, me voy a volver tarumba. Vámonos a Ganley's. Llamaré a Hazel y le diré que se reúna allí con nosotras. ¡Va a ser genial! Además, tienen unas pastas riquísimas —agrega cogiendo el teléfono. Le brillan los ojos por la emoción de romper la rutina—. Y Hazel le será muchísimo más útil que yo, se lo aseguro. Antes no se le escapaba nada, y ahora es exactamente igual.

A Hazel O'Keefe no se le escapa nada, ni siquiera, por lo visto, el potente esperma del inútil de su marido, y la expresión de Manda es digna de ver cuando aparece Hazel en Ganley's con una barriga tremenda y un gesto en la cara que dice: «No preguntes».

—Por lo que veo, el marido ha recuperado su encanto —aúlla Manda, incapaz de contener la risa.

La antigua cafetería ahora se llama Ganley's y es un pequeño *bistro* de lo más cursi, con manteles de cuadros rojos y blancos y pinturas de muñecas Pierrot de mirada triste que observan nuestro milhojas de frambuesa desde todas las paredes.

Hazel se deja caer en el asiento negando con la cabeza en dirección a Manda.

—Cierra el pico. Es un puto desastre. En serio, mi marido no tiene más que estornudar cerca de donde estoy yo, y ya me deja otra vez preñada. —Toma la carta del menú y mira en derredor—. Bien, solo tengo veinte minutos, me temo, como es la puñetera costumbre.

Hazel O'Keefe, cuyo apellido de soltera era Joyce, ya no lleva la melena pelirroja recogida en una cola de caballo. Ahora luce un corte de pelo de bajo mantenimiento y unas cejas de alto mantenimiento, como si hubiera tenido que elegir entre lo uno y lo otro y hubiera decidido que la mejor opción era dibujarse orugas en la cara.

Además, se le nota una cierta crispación, una irritabilidad que sugiere que no le vuelve precisamente loca que la hayan hecho venir en mitad del día a tomarse unas pastas francesas con agentes de la autoridad.

—Justo estábamos hablando de Aiden Doyle —le dice Manda, lo cual es absolutamente mentira. De hecho estábamos hablando del pelo de Manda, que tiene un precioso color castaño cobrizo.

—No me digas. Me han dicho que ha venido a ver a su padre por Navidad.

Seguro que ha dicho cosas agradables de nosotras, ¿a que sí? —Me mira a mí—. Adelante, ¿qué es lo que ha dicho? Seguramente nos lo merecemos, la verdad, no pasa nada.

Le doy la versión corta:

—Simplemente, que usted en ocasiones es un poco áspera.

—Ya, igual que los demás —contesta Hazel llamando con un gesto a la camarera—. Pero por aquel entonces Aiden era bastante cateto. Tengo entendido que actualmente está en Londres y es un pez gordo. ¿Estará en el mercado, le interesará una familia ya hecha? Ya me veo yendo y viniendo con los niños por Bond Street.

—Hablando de Londres —digo, una vez que se ha pedido un chocolate—. Hazel, ¿usted sabe si Maryanne conocía a alguien en Londres, o si Inglaterra era un punto de partida?

—No. Por lo menos a mí no me lo mencionó nunca, y créame que me lo habría mencionado. Tenía un par de primos en Chicago y, en serio, tal como lo contaba, cabría pensar que disfrutaba de la libertad de la gran ciudad. —Se reclina un poco en el asiento y empieza a frotarse la barriga rítmicamente—. Por la época en que desapareció había una familia inglesa en el pueblo, creo que eran de Londres.

Se me para el corazón.

—Oh, Dios, sí, me había olvidado de ellos —dice Manda—. ¿Lo ve? Ya le he dicho que Hazel se acuerda de todo. Yo no valgo para nada, tengo memoria de pez.

—Ah, ¿y usted cree que...? —No sé cómo terminar esta frase, así que me siento agradecida cuando la llegada del chocolate caliente de Hazel nos obliga a hacer una breve pausa.

Hazel bebe un sorbo y musita:

—Joder, está medio frío, como de costumbre... Ah, no, no he querido decir nada con eso. Como ha mencionado Londres, me ha venido a la memoria, nada más. Lo cierto es que no tuvimos mucho trato con ellos. La chica vino un par de veces con nosotras, eso fue todo.

Manda le propina un codazo.

—Pero habría sido típico de Maryanne simplemente decidir que le gustaba el acento inglés y largarse a Inglaterra sin mirar atrás.

—Ah, pero qué mema eres, Manda. Mire, Cat..., es Cat, ¿verdad? Entre usted y yo, Maryanne estaba embarazada, y cuando una está embarazada hay una sola razón para marcharse a Inglaterra. ¡Yo misma estoy pensando marcharme también!

—¿Y eso no se lo contó a Bill Swords? —le pregunto.

No pretendo que parezca una acusación, pero Hazel lo interpreta así.

—Naturalmente que no. A las amigas no se las delata, y de todas formas pensé que lo más probable era que Maryanne volviese, así que ¿para qué iba a causarle problemas yendo por ahí contándole sus cosas a la gente?

—¿Por qué está tan segura de que Maryanne estaba embarazada? —Intento mantener un tono desenfadado, con cuidado de no soliviantarla otra vez, aunque

tengo la impresión de que Hazel O'Keefe se soliviantaría hasta hablando con un monje budista—. ¿Se lo dijo ella?

Una brevísima negación con la cabeza.

—No. Pero, hombre, había aumentado una talla de sujetador en menos de seis semanas. Y yo la sorprendí varias veces vomitando en El Salón —empuja la mesa—, aquí dentro, porque así se llamaba este local por aquel entonces. Le echó la culpa a la bebida, pero no estaba bebiendo tanto, era otra cosa. A ver, no había dejado el alcohol ni nada de eso, pero tampoco se cogía ya tajadas como las de antes. Le aseguro, como hay Dios, que estaba embarazada, y punto.

No discrepo.

—Sin embargo, si estaba pensando en abortar, le habría costado mucho dinero: el avión, el viaje, el alojamiento... ¿De dónde iba a haber sacado tanto dinero en efectivo?

—Le iba bastante bien con las propinas que le daban aquí —aporta Manda.

Hazel es más escéptica:

—Oh, Maryanne era una chica de muchos recursos. Yo diría que se lo sacó a algún idiota comiéndole el tarro.

«¿Haciéndole chantaje?».

—¿Tiene idea de quién podía ser el padre?

—¡El padre! —repite Hazel entre risas. Se le ha marcado una línea de chocolate en el labio superior; Manda no se lo señala, así que yo tampoco—. Yo apostaría a que era Ryan Roland o Shane Dillon, pero lo cierto es que podría haber sido cualquiera. Además, a Maryanne también le gustaban los hombres mayores que ella, así que Dios sabe. No era lo que se dice...

Manda frunce el ceño.

—Ah, no, para el carro, Hazel. Hablas como si Maryanne fuera una auténtica lagarta, y no lo era. —A continuación se vuelve hacia mí—. Era una chica guapísima, esto es todo. Nunca le faltaban ofertas, ¿sabe?

De repente me vibra el teléfono. Bajo la vista para mirarlo, rezando para que sea cualquiera menos Jacqui. Ya sé que acabaré teniendo que librar esa batalla, pero desde luego puede esperar un día más. O una semana más. O una vida entera.

Parnell

Saskia French sigue sin contestar. Los Hicks no tienen parientes cercanos. Tengo a la encantadora señora Doris del piso 12 A vigilándola. ¿Cuándo vuelves?

SMS 12:03 h

Me apresuro a escribir la respuesta mientras Hazel le hace un gesto a la camarera para pedirle la cuenta.

Vigilancia encubierta, me encanta J. Vuelvo a la oficina sobre las 17:30 h. Parece que Maryanne estaba embarazada cuando salió de Irlanda.
SMS 12:05 h

Ya enviado el mensaje, vuelvo a centrar la atención en Hazel O'Keefe, consciente de que en los próximos minutos va a salir de Ganley's tan rápido como entró, y Manda Moran estaba en lo cierto: ha resultado mucho más útil.

—¿Y qué hizo usted al ver que Maryanne no regresaba? —le pregunto—. A ver, sí, quizá pensaba practicarse un aborto, ¿pero no le resultó extraño que ya no regresara, que ya nunca volviera a ponerse en contacto?

—¿Y por qué iba a regresar? —replica Hazel al tiempo que se limpia el chocolate del bigote—. ¿Qué había para ella en Mulderrin? ¿Un padre que era un sinvergüenza y un hermano pequeño con la cara llena de granos? —Se encoge de hombros—. Yo le deseé buena suerte.

—¿Y usted, Manda?

—Yo me sentí un poco dolida —reconoce— y quizá un poco preocupada, sí. Pero es que yo ya tenía problemas propios de los que ocuparme. Pensé que a lo mejor había pescado a algún tipo rico y guapo, y, como dice Hazel, le deseé buena suerte. —Me mira con gesto serio, como si fuera importante que yo entendiese una cosa—. Pero sí que me acordé mucho de ella. La busqué en Facebook, pero claro, no sabía si se habría casado y habría cambiado de apellido.

—También cambió de nombre de pila. Se puso Alice.

Manda y Hazel intercambian una mirada emocionada.

—Alice —repite Hazel sonriendo, y es una sonrisa de verdad. Una sonrisa genuina que dice que Maryanne hizo eso por alguna razón concreta—. Alicia en el País de las Maravillas. Así la llamábamos nosotras, porque siempre estaba con la cabeza en las nubes, ¿sabe? Vivía soñando con todos los sitios a los que iba a viajar, lugares en los que quería vivir. Pero nosotras se lo decíamos en broma, y a ella la encantaba. Siempre decía que le gustaba mucho que la llamáramos así.

La emoción de Manda termina en llanto, un llanto que deja a Hazel sorprendida y horrorizada.

—Joder, Manda, domínate —le dice, mirando en derredor para cerciorarse de que nadie se ha dado cuenta—. Vamos a ser la comidilla de todo el pueblo, so tonta.

Saco un pañuelo de papel de mi bolso, y Manda se sorbe las lágrimas y me da las gracias.

—Bueno, ¿y con quién más piensa hablar, Cat? —me pregunta al cabo de unos instantes.

—Con nadie más. Ha sido una visita rápida. —Pero hay algo que me hormiguea por dentro... la oportunidad de meter la mano en otro avispero—. Lo cierto es que Swords ha mencionado a una tal Tina McGinn —miento—. Ha dicho que era todo un personaje, que coqueteaba hasta con su propia sombra. Ese tipo de personas suelen

ser los mejores testigos. A lo mejor voy a hacerle una visita.

A mí misma me parece algo endeble, y ni siquiera sé con seguridad lo que espero conseguir. ¿De verdad quiero hablar con Tina McGinn, o simplemente quiero ver si habría sido del tipo que le gustaba a mi padre?

Hazel eleva tanto las cejas que le chocan con el nacimiento del pelo.

—¿Que coqueteaba hasta con su propia sombra? ¿Eso es lo que le ha dicho Swords? —Una mirada fugaz en dirección a Manda—. Diga más bien que jodía a todo el mundo. Menudos humos se daba.

Manda no protesta. Su expresión de santurrón lo dice todo.

—Ya no vive aquí, hace años que se fue. La última noticia que tuve de ella fue que había roto otro matrimonio en Spiddal.

Percibo que aquí puede haber una historia, quizá la de un hombre de apellido Moran que cayó rendido a los encantos de Tina McGinn... Y aún percibo otra sensación más fuerte: la de que, al contrario de lo que aseveró mi padre, que no había habido absolutamente nada entre Tina McGinn y él, apostararía todo lo que considero sagrado en la vida a que sí lo hubo.

«Lo cual dio a Maryanne más fuerza para chantajearlo, ¿y obligarlo a hacer qué?».

—Bien. —Hazel se levanta bruscamente—. Es mejor que me vaya si quiero que la casa continúe en pie. —Le da dos besos a Manda y se prometen verse como es debido en Año Nuevo, una promesa que ambas saben que no van a cumplir—. Espero que atrape al culpable —dice dirigiéndose a mí—. Maryanne podía ser un poco alocada en ocasiones, pero, claro, a esa edad lo éramos todas.

—Oh, vamos, no era tan mala, Hazel. —Manda vuelve a secarse las lágrimas, más por efecto que porque lo necesite—. No hables mal de una persona que ha muerto.

Hazel recoge su teléfono.

—Es que Maryanne era sarcástica, ¿sabe?, y eso es una cosa que nunca he podido soportar. Manda y yo, y hasta la del Durkin Donut, Colette Durkin, nos peleábamos, discutíamos, nos poníamos de vuelta y media y todo eso, pero Maryanne era muy correcta, muy sarcástica. Te humillaba delante de la gente. Te ponía en ridículo sin que te dieras cuenta.

—Y siempre estaba quitándote cosas —agrega Manda, a todas luces aplicando la estrategia de «si no los puedes vencer, únete a ellos»—. No es que robara, porque ella era más astuta; pero de repente se hacía amiga íntima tuya, ¿sabe? Estaba todo el tiempo encima de ti, halagándote, diciéndote que tal o cual cosa tuya era maravillosa y le daba muchísima envidia, cosas así. Antes de darte cuenta, ya se lo habías regalado. Terminabas diciendo: «Toma, te queda mejor a ti». Y lo triste es que era verdad.

—Oye, qué chula tu Campanilla —me dijo tocando el diminuto colgante de color

rosa que llevaba yo alrededor del cuello, regalo de primera comunión de una tía mía lejana que no era demasiado beata—. ¿Dónde te la has comprado? ¡Es genial! Mira, hasta hace juego con el aro que llevo en el ombligo, ¡es perfecta!

1998. Sábado 6 de junio

—¿Puedo pedir un aspirador de coche como regalo de Navidad?

Mamá me miró con gesto enojado, apretando los labios y entrecerrando los ojos. Llevaba toda la mañana mirándome con gesto enojado. Y también todo el día anterior. Y toda la semana. Estaba enfadada conmigo porque yo había perdido mi colgante de Campanilla, un regalo de no sé qué tía de América que no tenía dinero para malgastarlo en niñas malcriadas que no cuidan las cosas como es debido.

Y aún se enfadaría más si supiera que lo había regalado.

—Pues claro que sí, tesoro —contestó papá, que estaba recogiendo patatas fritas y paquetes de tabaco de los laterales del coche—. También podrías pedírtelo para tu cumpleaños, que llegará antes.

El problema era que para mi cumpleaños yo quería un soplador de hojas. Uno grande y de color rojo, con control de velocidad, como el que utilizaba el «tío» Frank para limpiar de hojas la elegante entrada para coches de su casa. Pero no podía pedir su soplador de hojas y un aspirador para el coche juntos, porque Jesús decía que no había que ser avaricioso. Eso también lo había aprendido en la catequesis que recibí para la primera comunión.

Mamá metió la cabeza en el asiento de atrás y sacó una piel de plátano.

—Esto es asqueroso. No han pasado más que dos semanas, y hay que ver cómo está el coche.

Me planté a su lado de un brinco.

—En realidad no han pasado dos semanas, sino doce días. —Empecé a contarlos con los dedos—. Martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado.

—Vale, listilla, no seas tan descarada con tu madre —me reprendió papá al tiempo que sacaba un mapa de Irlanda de la guantera—. A ver, Ellen, ¿tú crees que esto le va a servir a tu madre para algo?

Mamá miró a papá con el mismo gesto enojado.

—¿Para qué va a querer mi madre un mapa de Irlanda, Mike? No ha salido del país desde no sé cuándo. Lleva más de un año sin salir de Mulderrin.

Nosotros llevábamos doce días sin salir de Mulderrin. Tampoco yo sabía para qué necesitaba papá un mapa de Irlanda.

Y tampoco sabía por qué mamá insistía en llamar a la abuela «mamá». Parecía una niña pequeña.

—Mamá —le dije, recalcando la palabra—. ¿Puede volver la abuela con nosotros? Yo creo que Londres le gustaría.

Papá rompió a reír, y gritó por encima del ruido del aspirador:

—Por qué no, ¡se pirra por la gente del East End!

A mí me pareció genial, pero mamá se puso en jarras y me respondió:

—No seas ridícula, Catrina, ¿dónde iba a dormir?

Pero yo ya estaba preparada para esa respuesta. Lo tenía todo pensado. La abuela podía quedarse con mi cama, con lo cual tendrían que comprarme otra nueva a mí, y si no sabían muy bien cuál comprarme, yo ya había visto una en el catálogo de Argos que tenía forma de Buzz Lightyear. O bien la abuela podía quedarse con la cama de ellos, porque mamá solía irse muy a menudo a casa de tía Carmel y papá estaba muy acostumbrado a dormir la siesta en el sofá. Luego, y esta era la idea que más me gustaba, le dije que tal vez Noel se marchara de casa, con lo cual la abuela podía quedarse con su habitación (solo después de que la hubiéramos ventilado bien durante una semana entera, claro). Mi última sugerencia (y, para ser sincera, la que me gustaba menos) fue la de que yo le dejaría mi habitación y dormiría otra vez con Jacqui, que era lo que me veía obligada a hacer cada vez que teníamos a una de las camareras dentro de casa.

Claro que, desde que Alina —la camarera de Letonia— se fue, no había venido a dormir ninguna más.

Quedó claro que esta última sugerencia tampoco les gustó nada a mamá ni a papá, porque se miraron el uno al otro con cara rara y después mamá abrió el maletero gruñendo no sé qué para sus adentros.

Papá apagó el aspirador del coche, vino hasta mí y me dio un tironcito del pelo.

—Es una idea estupenda, tesoro, pero dentro de unos días empieza el Mundial de Fútbol y para la abuela sería demasiado barullo. Además, ella no podría subir las escaleras. En el pub tenemos muchas más escaleras de las que tiene la abuela aquí.

Así era. Catorce peldaños por la escalera de incendios para llegar a la puerta de la calle. Otros catorce para llegar a la cocina y al cuarto de estar. Y otros catorce más que había que subir cuando llegaba la hora de irse a la cama. Papá tenía razón: la abuela no iba a poder con aquello.

Me quedé desilusionada, pero por lo menos papá pensaba las cosas y hacía observaciones bien hechas. No se quedaba allí de pie, con la cara enfurruñada o gruñendo por lo bajo, como hacía mamá.

Pero de repente mamá dejó de poner cara de enfurruñada.

—Mira, Cat —me dijo señalando el maletero. Corrí a ver qué le había quitado el enfado—. Es increíble lo que se encuentra uno cuando busca como es debido, ¿a que sí?

Me asomé y lo vi brillando entre una bota de agua y una de aquellas cajas de color marrón que papá me había advertido que no debía tocar nunca.

Mi colgante de Campanilla.

¡Pero si yo se lo había regalado a Maryanne Doyle!

A lo mejor Maryanne se había enterado de que mi madre estaba enfadada conmigo por haberlo perdido y había decidido hacer una buena acción y devolvérmelo sin que yo me diera cuenta. Desde que Maryanne desapareció, la gente

no dejaba de decir cosas malas de ella, pero si me había devuelto el colgante, tan mala no podía ser.

Pero la verdad es que eligió un sitio bastante absurdo para depositarlo: el maletero del coche de papá.

—Bien, pues ahora ya te has hecho una idea más clara de cómo era Maryanne, piensas que estaba embarazada cuando se marchó de Irlanda y has aprendido a decir «chocolate caliente» en francés. ¿Y nada más?

Es un buen resumen. Steele no pretende ser mordaz, simplemente carece de paciencia para los matices de la versión larga.

—Sí. ¿Le vale con que le escriba el informe en la parte de atrás de un paquete de tabaco?

Steele levanta una mano.

—Basta de negatividad, Kinsella. ¿Estás segura de que Maryanne estaba embarazada?

—Mostraba todos los primeros síntomas, y como teoría encaja: chica irlandesa que viene a Inglaterra para abortar sin que se entere nadie.

Steele hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pero es obvio que algo la hizo cambiar de opinión, dado que ahora sabemos que tuvo al niño.

—Una vez más, sin que se enterase nadie —aporta Renée, recogiendo ya sus cosas—. No figura registrado en ninguna parte, y tampoco en su historial médico.

—¿Quizás actuó como vientre de alquiler? —propongo yo. Las dos asienten como si ya hubieran hablado de eso—. Por lo menos, ello explicaría su desesperación con la fecundación *in vitro*. Gina Hicks me dijo que incluso cuando conoció a «Alice» años atrás ya la vio muy alterada debido a que el tratamiento no estaba funcionando, lo cual resultaba un poco extraño dado que no llevaba tanto tiempo intentándolo.

Renée entiende lo que pretendo decir.

—Sí, eso tiene que doler bastante. Luchar por concebir un hijo cuando ya se ha dado a luz a uno perfectamente normal.

—Pero eso no explica por qué interrumpió el tratamiento de fecundación *in vitro* —dice Steele.

Para mí sí que lo explica: «Maryanne era una chica de muchos recursos».

—Llevaban ya tantos intentos que yo creo que consideró a Thomas Lapaine un caso perdido y empezó a buscar en otra parte.

—¿Y se vino a Londres en busca de un nuevo donante de esperma? —Steele sopesa la pregunta—. Resulta un tanto materialista, pero bueno.

—No fue solo por eso, acuérdesese. Le dijo a Gina Hicks que estaba segura de que Thomas Lapaine tenía una aventura, así que yo creo que fue algo así como «tú me estás engañando, y no puedes darme lo que más deseo en el mundo, que es un hijo, de modo que ¿por qué tengo que aguantarlo? Me largo».

—Tiene lógica —acepta Steele—. Por supuesto, se contradice con la versión que dio Lapaine, la cariñosa nota que supuestamente le dejó ella y de la que solo tenemos noticia por él. Pero, para ser sincera, a mí me costaría creer que el cielo es azul si saliera de la boca de Thomas Lapaine.

—Pero ya lo hemos descartado definitivamente, ¿no?

Steele me pasa un rotulador.

—En efecto, desde hace unas horas. Emily ha tomado declaración a la chismosa de la vecina de Abigail Shawcroft y ha confirmado que lo vio dentro de la casa esa noche y también lo vio salir de ella a la mañana siguiente.

Me acerco al tablón de la pared y tacho con una cruz de gruesos trazos de color negro el nombre de Thomas Lapaine. A continuación cambio de rotulador y escribo arriba de todo, en rojo, la siguiente frase: «¿Vientre de alquiler?».

Es una teoría interesante.

El nombre de Nate Hicks ya ha sido tachado.

—¿Así que está claro que estuvo socializando en Cardiff? —pregunto.

—Eso parece —contesta Steele—. El hotel ha confirmado que se registró a la entrada y a la salida. Las cámaras de seguridad lo vieron subiendo a su habitación a las doce y diez de la noche, y por lo visto no salió de nuevo hasta la hora de desayunar. Su coche no se movió del aparcamiento en toda la noche.

—Gilipolleces.

Se abre la puerta y entra Parnell. Al instante viene directamente hacia mí.

—Vaya, a quién tenemos aquí, pero si es nuestra *jet set* internacional. ¿Qué, te alegras de haber vuelto?

La respuesta es un rotundo no. Daría cualquier cosa por estar todavía en Mulderrin, paseando por la Calle Larga para quemar las calorías de la tarta milhojas. De hecho, quiero ser Bill Swords. Quiero recorrer la comarca entera al volante de mi cuatro latas, cantando las canciones de Dusty Springfield y haciéndoles peinetas a los demás conductores. También me conformaría con dirigir un Bed & Breakfast, como Manda Moran. Diablos, hasta me conformaría con dirigir un Bed & Breakfast con Manda Moran; me dio la impresión de que no le vendría mal un poco de ayuda.

Fundamentalmente, quiero estar en cualquier otro sitio que no sea este, en esta sala, involucrada emocionalmente en este maldito caso.

Steele siente lo mismo que yo.

—Esto va fatal, señores. El domingo por la noche apareció una mujer asesinada en Wimbledon, un estrangulamiento, y casi sentí alivio al pensar que pudiera guardar relación con nuestro caso. De hecho, esperaba que el culpable fuese un asesino en serie, ¿os lo podéis creer? —Yo sí, de todo corazón—. Resultó que el perpetrador era un saco de mierda al que la víctima había mandado a la porra después de unas cuantas citas. Anoche acudió a la comisaría de Mitcham y lo confesó todo. —Se retira el pelo de la cara y añade—: Ya podemos soñar.

Miro a Parnell.

—Deduzco que aún no sabemos nada de Saskia, ¿no?

Su mirada refleja preocupación.

—No. Sigue con el teléfono desconectado, y en el piso sigue sin haber señales de vida. Tengo a una tal señora Stevens haciendo vigilancia encubierta desde el piso de enfrente —una sonrisita en mi dirección—, de modo que en cuanto aparezca Saskia o cualquier otra persona, nos enteraremos.

—¿Y Facebook? —pregunto. La solución para todo.

—No la he encontrado —contesta Renée—. Es evidente que sigue unos parámetros de privacidad muy estrictos.

Inquieta, lanzo un suspiro y dejo el rotulador.

—Tengo la sensación de que deberíamos estar avanzando más. Saskia tiene un móvil, nos mintió, ha desaparecido del mapa sin decir nada y...

Steele interrumpe mi caída en picado señalándome con el dedo.

—Vale, vale, es posible que tenga un móvil, si pensaba que Maryanne tenía planeado delatarla ante Gina Hicks revelándole que estaba tirándose a su marido o a los maridos de otras por dinero. En ese caso, efectivamente es un motivo para cerrarle la boca. Pero desconocemos si Maryanne estaba planeando hacer tal cosa.

Respiro hondo.

—Gina Hicks le dijo específicamente que para cualquier cosa se pusiera en contacto a través de Saskia, pero sabemos que estaba en el café de la calle el viernes anterior a su muerte, así que, obviamente, quería hablar con Gina sin que lo supiese Saskia. ¿Qué otra conclusión podemos sacar?

Steele levanta una mano.

—¿Que opinaba que el Donatella Caffè hacía el *espresso ristretto* más horrible de este lado del Ecuador? ¿Que su intención era entregar una tarjeta de Navidad? ¿Que había quedado para almorzar con Jack el Destripador? ¡No lo sabemos!

Me muerdo las mejillas por dentro, pero Steele conoce mis tics nerviosos.

—Mira, Kinsella, aquí estamos todos del mismo lado, y estoy de acuerdo en que hay un móvil que explorar, pero Saskia French no nos ha mentado a nosotros más de lo que ha mentado a otras personas, incluida Gina Hicks, y por el momento no tenemos razones para creer siquiera que ha desaparecido. Se habrá ido a casa de sus padres, que es lo que dijo, ¿no, Lu? —Parnell afirma con la cabeza—. Lo cual es completamente normal en esta época del año, y, dado que no estaba detenida y ni siquiera era formalmente una sospechosa, no teníamos ningún derecho a impedirselo. Ni siquiera a pedirle la dirección.

—¿Dónde viven sus padres? —pregunta Renée a Parnell.

—En Somerset, parece ser.

—Si es en la zona rural de Somerset, allí los teléfonos móviles no tienen mucha cobertura —apunta Renée.

—También puede ser que haya apagado el teléfono porque no quiera que la llame ningún cliente estando en casa de sus padres —agrega Steele.

No me queda más remedio que asentir. Steele es la que dirige el cotarro, y siempre lo hace con una mezcla de lógica aplastante y razonamiento sereno. Resulta prácticamente imposible discutirle algo.

—Y otra cosa más —sigue diciendo—: He estado examinando las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad, y sí, voy a mantener la mente abierta, desde luego, pero, sinceramente..., me parece que no era una mujer. No creo que una mujer hubiera podido cargar con tanta facilidad con un cadáver. Maryanne, Alice, comoquiera que la llamemos, no era lo que se dice muy menudita, ¿sabéis?

—Saskia French es un armario, jefa, yo no lo descartaría —dice Parnell.

Steele apoya las manos en la mesa.

—No lo estoy descartando, Lu. Es que no estoy preparada para dejarme llevar por el pánico y empezar a peinar Somerset de arriba abajo. —Acto seguido señala a Renée, que ya ha recogido todo y está lista para plegar velas—. Ahora, si no os importa, voy a hacer lo mismo que mi inteligente amiga y me voy a ir a casa. Mañana, más.

Sin embargo, yo todavía no quiero irme. No quiero estar sola.

Parnell me lee el pensamiento.

—¡No, Kinsella! —exclama—. Hoy nada de ir al *pub*. Ya me ha caído suficiente castigo. Resulta que regalar a tu mujer y a tu madre el mismo perfume está un poquito contraindicado. —Nos mira buscando empatía, pero no la encuentra—. No sé... Las mujeres... son un maldito campo de minas...

En cambio Aiden Doyle no me rechaza. Dice que tiene un compromiso con un tipo de la cadena Sky, pero que si le doy diez minutos intentará cambiarlo. Luego me pregunta si me ha gustado el viaje a Mulderrin. ¿He tenido oportunidad de dar una vuelta en el autobús turístico? ¿Me he subido a la noria?

«Qué chistoso».

Tal como ha prometido —bueno, con un retraso de catorce minutos, pero no lo cuento—, me llama otra vez para confirmarme que está libre. Una hora más tarde estamos los dos sentados junto a la ventana de arriba del Chandos, bebiendo cerveza barata y contemplando la relativa calma de Trafalgar Square, que ya se está preparando para la arremetida de mañana, que es Nochevieja. Está incluso más guapo de lo que yo recordaba. Lleva el mismo vaquero gastado, pero con una camiseta blanca de manga larga que exhibe unos pectorales del grosor perfecto: tonificados sin llegar a la ostentación.

—Así que has cancelado tu cita con el servicio técnico de Sky, me siento honrada. Es trágico, pero lo he dicho en serio.

—Pues sí, de todas formas apenas veo esa cadena. Para lo que hay que ver... Programas de cocina y malas noticias, nada más. —Su acento suena más fuerte, más profundo, tras su visita relámpago a Mulderrin; es más una cadencia que un soniquete—. Calculo que me has ahorrado cuarenta libras al mes, y además me has enseñado

dónde se toma la cerveza más barata de todo Londres. Eres como mi ángel de la guarda financiero.

Veo mi rostro reflejado en la ventana. Ojalá me hubiera recogido el pelo.

—Huy, que mi jefa no te oiga decir eso. Está amenazándome con rebajarme al Departamento de Inteligencia Financiera.

—¿No te apetece? —me pregunta, al tiempo que intenta sin éxito abrir una bolsita de cacahuetes.

Le quito la bolsita, la rasgo con los dientes y se la devuelvo.

—¿Te apetecería a ti? Supone pasar ocho horas todos los días analizando IAS.

—¿Qué es eso?

—Disculpa. Informes de Actividades Sospechosas.

—A mí me suena maravilloso, pero, claro, es que yo soy un obseso de los números.

Cojo mi bolso fingiendo que me dispongo a marcharme.

—Si hubiera sabido que eras un friki, no te habría llamado...

—Pues lo soy —contesta entre risas—. Un friki de tomo y lomo. Hasta tengo una camiseta que dice «Llevo los números en el corazón».

—Tú sí que sabes impresionar a una mujer. —Me reclino en mi asiento—. ¿Y a qué te dedicas, entonces? No tienes pinta de banquero ni de contable.

—Tú tampoco tienes pinta de detective.

—¿Y qué pinta tiene un detective?

Se esfuerza en buscar una respuesta.

—Ah, yo qué sé. Gabardina marrón, pelo revuelto, un cigarro en la boca.

Me lo quedo mirando con sorna.

—Colombo, básicamente.

—Exacto. Tú no te pareces en nada a él.

—No se equivocan los que dicen que los celtas tienen mucha labia, ¿eh? —Aiden sonríe. Sonreímos los dos—. Pero, en serio, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo para una empresa de apuestas por internet. Soy analista de riesgos, bueno... —hace el gesto de quitarse el sombrero—, analista sénior, por favor.

Pongo cara de estar impresionada, aunque no tengo ni idea de lo que significa eso.

—Mi padre siempre apostaba por mí a un caballo en el Grand National, y me temo que esa es toda mi experiencia en el mundo de las apuestas.

—¿Tuviste suerte?

—Una vez gané treinta libras. Tenía solo seis años, así que me pareció una fortuna.

—Espero que las invirtieras de manera sensata, ya que tienes tanta inteligencia financiera y todo eso...

—Muy sensata. Compré un llavero para mi padre y una Barbie Porsche para mí, y doné diez libras a la PDSA. —Aiden no reconoce las siglas—. Los animales pobres.

—Qué niña tan buena. Yo envío todas las Navidades cincuenta dólares a los sobrinos que tengo en Canadá. Lo único que se compran con ellos son juegos de ordenador en los que machacan gente.

—No sé si era una niña buena. —Extiendo la mano para que me dé cacahuetes, y él me la sostiene mientras los echa. Es agradable—. Tal como me repitió constantemente mi hermano, ese dinero lo gané en un deporte cruel con los animales y luego me hice la buena donando un poco a los animales. Resulta un poco maquiavélico, ¿no te parece?

Aiden bebe un trago de su cerveza.

—Lo que me parece es que no está bien decirle eso a una niña de seis años, la verdad, pero en fin, estoy intentando impresionarte, ya sabes, después de lo mal que he empezado con lo de mi camiseta de «Llevo los números en el corazón», así que no voy a ponerme también a criticar a tu hermano.

—Oh, por favor, críticale, me impresionarás muchísimo.

Aiden entorna los ojos.

—Hum, no estoy seguro, pero tengo la sensación de estar metiéndome en algo de lo que luego voy a arrepentirme. ¿No serviría con que te mandase un enorme ramo de flores al trabajo, junto con un globo y un osito de peluche que lleve escrito «Te quiero mucho»? —Esta vez me guiña un ojo—. Eso siempre impresiona, ¿no?

Yo le devuelvo el guiño.

—Oh, siempre... Flores, ositos amorosos e igualdad salarial, eso es lo único que le pedimos las mujeres a la vida.

Aiden lanza una carcajada.

—Por esa pulla, es posible que hasta lo haga, mira. Voy a mandarte el ramo más grande y más hortera que encuentre. —Se pone a buscar floristerías en internet con el teléfono—. ¿Estás todo el tiempo en Holborn?

—No, y ni se te ocurra mandarme nada allí. —Le arrebato el teléfono—. A mi jefa le daría un ataque si se enterara de que tú me has mandado flores. Incluso le daría un ataque si supiera que estoy aquí.

—¿Por qué? —Un momento de confusión, hasta que cae en la cuenta de que no somos simplemente dos personas normales que están disfrutando de una cerveza normal—. Joder, no seré todavía un sospechoso, ¿no? —Pánico y una pizca de emoción juvenil—. En serio, ¿en algún momento he sido realmente un sospechoso? ¿O tienes la obligación de hacer pasar a todo el mundo por el trago de preguntarle por «la noche en cuestión»?

No estoy preparada para responderle a eso. Puede que ya lleve dos cervezas y esté un poquito enamorada, pero aún no he perdido del todo el dominio de mí misma.

En cambio, tengo una pregunta que hacerle yo a él. Una pregunta seria.

—¿Me permites un comentario? —Me mira con expresión amenazante, que es la única expresión con que uno puede mirar cuando se le dice algo así—. No se te ve muy afectado por lo de Maryanne.

Vuelve la cabeza y mira por la ventana. El brillo de satisfacción que tenía hace un momento se le ha borrado de la cara. Al instante siento deseos de retirar las palabras que acabo de pronunciar y volver a metérmelas por la garganta, que es donde deberían haberse quedado.

Intento enmendar el daño:

—No es una crítica, Aiden, de verdad, es una mera observación.

Dios, esto es peor todavía: suena condescendiente.

Él continúa mirando por la ventana, hacia la columna de Nelson.

—La verdad es que no sé lo que siento, Cat. No sé qué es lo que debo sentir. Al final he conocido a su marido. —Esboza una sonrisa contrita, para evitar un sermón—. Es un tipo extraño, ¿no te parece? Un tipo aburrido y reservado. —«Coincido contigo»—. Sea como sea, me agradó que me dijera que quería conocerme. Pensé que a lo mejor así me sentiría más cerca de Maryanne.

—Lo comprendo. Pero percibo que no fue así, ¿me equivoco?

Aiden apura la espuma que queda en el fondo de su cerveza.

—Se me hizo muy raro oírle hablar de «Alice». Y también la manera en que la describió: como una persona callada, pasiva. En varias ocasiones estuve a punto de decirle: «¿Quién? ¿La cotorra de Maryanne?». —Respira hondo, con un gesto de tristeza—. No sé, al final me marché sintiéndome todavía más lejos de ella, de Maryanne, claro. A esa tal Alice no la conozco de nada, y no puedo sufrir por la pérdida de una persona a la que ni siquiera conocía. —Se pasa una mano por la cara—. Joder, sí que me estoy poniendo existencial esta tarde, ¿no?

En mi opinión, simplemente está siendo sensible. Espero que mi expresión refleje lo que siento.

—Va a volver a Sídney —agrega.

Eso estimula mi instinto de investigadora.

—Ah, ¿sí? ¿Cuándo? ¿Dentro de poco?

—Más o menos. Bueno, eso es lo que tiene pensado. Me dijo que ojalá no se hubieran marchado nunca de allí Alice y él, que allí eran felices. Yo le contesté que no debía precipitarse, que es fácil equivocarse cuando uno está dolido, pero él simplemente me miró como diciendo: «¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?». Y tiene razón. ¿Quién soy yo? No le conozco, y tampoco conocía a «Alice». Éramos dos desconocidos el uno para el otro.

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué. Hay una razón por la que me alegro de haberle conocido. Me habló de todos los lugares del extranjero en los que vivieron, y también me contó cómo se conocieron en Brighton. —Sonrío para animarle a que continúe, aunque no sé adónde quiere ir a parar—. Y eso me hizo pensar... que ella siempre quería vivir en la costa. Él mismo dijo que aquella casa de Thames Ditton representaba un sacrificio enorme para ella, pero que por lo menos estaba junto al río. Por eso pienso que fue feliz de pequeña en Mulderrin, porque allí estábamos a un paseo del puñetero

océano Atlántico. Me sentí mejor al pensar que no se había olvidado del todo de dónde provenía, aunque la vida en casa fuera horrible durante casi todo el tiempo.

A propósito de eso:

—¿Cómo está tu padre?

—Pues no muy bien, Cat, no muy bien. —Vuelve a mirar por la ventana. Sigo su mirada, pero no estoy fijándome en la columna de Nelson ni en el esqueleto de caballo sin jinete que corona el Cuarto Plinto; estoy fijándome en su rostro reflejado en el cristal. En su expresión soñadora y triste.

—Si hay algo que yo pueda hacer... —Resulta de lo más torpe, pero es lo único que se me ocurre.

Aiden se anima instantáneamente.

—Podrías dejarme que te invitara a cenar algún día. Algún día que sea pronto — agrega—. También podría prepararte yo una cena. Si tienes una especial predilección por los sándwiches de jamón y queso y por la *pizza* al microondas, soy tu hombre.

—¿Y qué tal unos sándwiches de queso con judías?

Aiden pone los ojos en blanco.

—Por Dios. En fin, siempre tiene que haber alguien que prefiera salirse del menú.

Aiden me cae bien. Me cae bien de verdad.

Mi hechizo bajo la luz de la luna queda roto al instante por el choque de hipotermia que me espera en el portal cuando vuelvo a casa. Ni siquiera sé cómo ha sabido mi dirección, en todo momento he procurado no dar muchos detalles.

Lección dolorosamente aprendida. Esto es lo que ocurre cuando uno no contesta al teléfono.

—Jacqs, ¿qué estás haciendo aquí? Hace un frío que pela. ¿Cuánto tiempo llevas esperando?

Mi hermana no me responde, pero por el color de su nariz deduzco que ya lleva un buen rato. Abro la puerta, casi con la esperanza de oír algún ruido, pero, siendo realista, es mejor que los Dawson no hayan vuelto todavía.

No hay ninguna necesidad de que vean esto.

Entro en la casa, me quito el abrigo y lo cuelgo en un extremo de la barandilla. Jacqui no me acompaña.

—¿No vas a entrar? —Me mira fijamente—. Mira, Jacqs, voy a cerrar la puerta, así que decídete.

Finalmente entra en el vestíbulo y mira en derredor, asombrada de ver los cuadros enmarcados y las carísimas alfombras turcas. Estoy a punto de preguntarle si tiene algún problema hasta que de pronto caigo en la cuenta. Cree que todo esto es mío, que tengo alquilado el piso entero. No se le ocurre pensar que hay personas que viven en habitaciones de dos metros de largo por tres de ancho habilitadas en un desván y que cuentan con dos baldas reservadas en las que colocar su comida.

—¿Te apetece un té? —le ofrezco yendo hacia la cocina—. Por la cara que traes,

no te vendría mal tomar algo caliente.

—¿Un puto té?

Son solo tres palabras, ni siquiera una idea coherente, y mucho menos una frase, pero esas tres palabras suenan más sinceras que ninguna otra cosa que haya dicho mi hermana en mucho tiempo. Lleva años sin soltar tacos.

—Vale, ¿te apetece un puto té?

En cuanto lo digo, comprendo que ha sido un error.

Jacqui da un paso hacia mí.

—¿Por qué lo haces, Cat? —A la luz del vestíbulo descubro que no solo tiene colorada la nariz, sino también que ha estado llorando—. ¿Por qué te empeñas en hacer que todo sea tan insoportable? ¿No puedes aceptar a los demás tal como son?

Me dejo caer pesadamente en el primer peldaño de la escalera. Esto no va a ser una agradable conversación en la cocina.

—Cuando dices «los demás», entiendo que te refieres a papá. ¿Qué ha estado diciendo?

Su semblante se contrae en una mueca de indignación.

—¡Nada! De eso se trata, precisamente. No contesta al teléfono, ni tampoco al timbre de la puerta. Incluso pregunté por él en el *pub* el domingo por la noche, pero me dijeron que no estaba, aunque vi luz en el piso de arriba.

—Puede que haya...

—¿Puede que haya hecho qué, Cat? Puede que haya llegado a la conclusión de que sus hijas le dan demasiada lata y haya cortado también conmigo. ¿Qué fue exactamente lo que le dijiste el día de Navidad?

Estoy demasiado cansada para esto, demasiado desprevenida. He soñado con tener esta conversación con Jacqui, para discutir las cosas, para afrontarlas de cara, pero por esta vez desearía que volviera a enterrar la cabeza en la arena.

—Tuvimos una diferencia de opiniones, eso es todo, nada que tú debas...

—Y una mierda, Cat. Papá y tú no tenéis diferencias de opiniones, vosotros os destrozáis mutuamente. —«De modo que se ha dado cuenta»—. El día de Navidad yo sabía que estabais los dos en la cocina, y le dije a Ash: «Ya están otra vez», pero como no os oí dar voces, pensé que a lo mejor estabais hablando, ya sabes, como las personas normales. Y de repente oigo un portazo y veo que papá viene al salón y nos dice que nos vayamos. —Se golpea el pecho con el puño—. ¡A nosotros! A Ash, a Finn y a mí. Ash le dijo que había bebido demasiado para conducir y que un taxi a Edgware le iba a costar una fortuna siendo Navidad, pero papá sacó dos billetes de veinte y nos dijo: «Salid ahora mismo de mi casa, os lo he pedido educadamente».

Me cuesta trabajo creerlo.

—¿Eché a Finn a la calle?

—Bueno, exactamente no —admite Jacqui—. Nos dijo que a Finn podíamos dejarlo allí, pero yo estaba que echaba humo, Cat. Le contesté que si nosotros no éramos bienvenidos, tampoco lo era Finn, así que tuve que despertarlo y subirlo al

taxi en pijama.

No encontraré autoafirmación lo suficientemente autocomplaciente ni cuba de vino lo bastante grande que evite que me vaya a sentir fatal por esto durante lo que me quede de vida. Meto las manos hasta el fondo de los bolsillos en un intento de borrar de mi mente la imagen de Finn, confuso y soñoliento, tiritando con su pijama de dinosaurios.

—Lo lamento mucho. Lo lamento de verdad. —Siento deseos de cogerle la mano, pero sé que la va a apartar—. Papá no debería haberla tomado con vosotros. No entiendo por qué lo ha hecho. ¿Entiendes ahora por qué es un capullo?

—Lo que entiendo —me responde con voz firme— es que debía de estar muy cabreado por alguna cosa.

—Oh, por el amor de Dios, deja de hacerle mejor de lo que es.

Jacqui se pone de rodillas para mirarme a los ojos.

—¿Qué, igual que tú haces a mamá mejor de lo que era? La tienes casi canonizada. Yo también la quería, Cat, pero no era perfecta.

—¿Y qué? Nadie lo es —le replico.

Jacqui se me acerca otro poco más.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué un ángel como mamá no abandonó a un supuesto «capullo» como papá?

«Sí, muchas veces. Y se me han ocurrido muchos motivos, sin ningún orden en particular: por amor, por dinero, por estabilidad, por costumbre, por miedo a lo desconocido y por baja autoestima. Pero no pienso decirlo».

—¿Adónde quieres llegar? —pregunto en vez de eso.

—Pues a que papá no puede tener todo malo. Si se tiene en cuenta que la santísima Ellen McBride le amaba.

Esto me enciende.

—Ten un poco más de respeto, Jacqs, estás hablando de mamá.

—Tenía sus defectos, Cat. A veces tenía muy mal humor, ¿no te acuerdas? Nada era lo bastante bueno para ella. Cuando estaba de morros, hasta la manera en que cerraba las cortinas te hacía pensar que la habías decepcionado por algo.

—Por lo menos con ella nos sentíamos seguros.

Jacqs echa la cabeza hacia atrás, en un gesto de perplejidad.

—Sinceramente, no sé qué quieres decir con eso. A mí papá siempre me ha hecho sentirme segura. No sé dónde estaríamos si...

—Estás hablando de dinero, Jacqs.

Un gesto de sorna.

—Ah, ¿y tú no?

Esto me descoloca. ¿Dinero?

Jacqui interpreta mi silencio como una confirmación de algo, se la ve casi complacida.

—Ya me lo parecía —dice, asintiendo para sí misma—. Pero quería oírtelo decir

a ti. Le dije a papá que no lo mencionase, que ya lo sacarías tú, se lo dije, pero es obvio que él quería hablar con franqueza contigo. —Vuelve a recorrer la casa con la mirada y hace un gesto de altivez—. En fin, es evidente que te va bastante bien, y si tenemos otro hijo vamos a necesitar reconvertir el *loft*. Dijimos que pensábamos pedir un crédito, pero papá insistió...

Un crédito.

Reconvertir el puñetero *loft*.

¿De modo que cree que la cosa va de eso?

Siento que me devora la cólera igual que un fuego devora un bosque. Intento contar hasta diez y concentrarme en la respiración, pensar en Aiden Doyle y en las posibilidades que puede haber ahí.

Pero, naturalmente, no hay ninguna posibilidad. No la habrá nunca. Porque él es hermano de Maryanne Doyle y mi padre es...

«¿Cómo?».

—¿De verdad quieres saberlo, Jacqs? —Me pongo de pie—. ¿De verdad quieres saber de qué va todo esto, y lo que creo que es capaz de hacer papá? —Me mira con un gesto inexpresivo, como diciendo: «Ya hemos pasado por esto», que solo sirve para arrojar gasolina al fuego—. Espera aquí.

Antes de que la razón se imponga, corro escaleras arriba y saco la caja de zapatos que guardo bajo la cama.

Debajo de las fotos familiares que hizo mi madre en Mulderrin y de la libreta roja en la que escribo las cosas que no puedo decir, hay un objeto que reluce como si fuera nuevo.

Hace años que no lo saco de esta caja. Me lo impide acaso un miedo estúpido, sobrenatural, de lo que dicha acción pudiera desatar. Pero es que ya se desataron todos los demonios del infierno cuando entró aquel empleado en la sala y nos dijo lo de: «Un cadáver. Una mujer. Leamington Square».

Vuelvo a bajar las escaleras a la carrera, con decisión.

—Mira. —Le muestro el colgante de Campanilla. Jacqui no pestañea—. ¿Te acuerdas de esto?

Mueve la cabeza arriba y abajo y después de un lado al otro, como si estuviera diciendo: «Sí, me acuerdo. No, no tengo ni la menor idea de por qué me lo enseñas».

—Lo encontré estando en Mulderrin, en el maletero del coche de papá, el día que nos íbamos, mientras le ayudaba a limpiar toda la basura que había dentro. —Jacqui baja el rostro; sabe que esto es grave, pero no sabe por qué—. Yo le regalé este colgante a Maryanne Doyle un día antes de que desapareciera. Me dijo que le parecía precioso y que hacía juego con el aro que llevaba en el ombligo, y como era tan guapa y yo era tan idiota, le dije que podía quedárselo.

Jacqui empieza a retroceder, más asustada de mí que de lo que pueda querer decir esto acerca de nuestro padre. Seguro que más tarde dirá: «En serio, Ash, mi hermana no está bien. Definitivamente ha perdido del todo la cabeza. Me dio miedo».

Ya tiene la mano en el pomo de la puerta, y me doy cuenta de que va a marcharse sin pronunciar una sola palabra y no me va a dejar otra alternativa que explicárselo punto por punto. Sin edulcorantes. Sin filtros. Sin dejarme nada en el tintero.

—¿Entiendes lo que estoy diciendo? Yo se lo regalé a Maryanne Doyle, Jacqs. Ella se lo guardó en el bolsillo y ya no volví a verlo más. ¿Cómo acabó en el maletero del coche de papá? ¿Qué estaba haciendo Maryanne Doyle en el maletero del coche de papá?

Nunca he estado adscrita al culto de la Nochevieja. Nunca me he dejado seducir por su fascinación. Todo eso de reflexionar sobre el pasado y albergar esperanzas para el futuro me parece una idea nefasta cuando una ha estado envenenándose el cuerpo durante siete días seguidos y tiene el sistema nervioso hecho trizas a causa del maratón de alcohol y comilonas que la han ido dejando sin energías.

Es una idea especialmente nefasta a las cinco de la madrugada, cuando una está sola en la cama, en la más densa tiniebla, esperando a que el resplandor anaranjado de las farolas de la calle ponga fin a otra noche oscura del alma.

Pero benditas cinco de la madrugada.

La coherencia aporta consuelo.

Cosa nada sorprendente, anoche dormí de manera entrecortada, apenas algún rato de veinte minutos en el que veía a unas mujeres llorosas y de rostro velado que emergían de rincones oscuros para suplicarme algo.

Mary Shelley tenía a Frankenstein, que «visitaba su almohada a medianoche»; yo, fundamentalmente, tengo a Jacqui.

A eso de las tres, encendí la luz y le escribí un mensaje de texto a mi hermana. Un incoherente tratado lleno de excusas falsas y justificaciones inconexas. Realmente de lo más denigrante que hay: «Lo siento de veras, pero...».

Menos mal que no se lo envié.

Tampoco envié el que escribí a Aiden Doyle.

Gracias por la cerveza. Creo que no deberíamos vernos más. Lo siento.

Cat.

SMS 03:32 h

Finalmente hago un esfuerzo y, como un zombi, me dirijo hacia la ducha. El agua está caliente pero trae poca presión, otra cosa que hay que reparar en esta casa. Todavía envuelta en la toalla, paso media hora chutándome hidratos de carbono y cafeína, sentada en la misma escalera en que anoche acabó mi relación con Jacqui, hasta que me percato de que estoy tiritando. Tiritando igual que un dibujo animado. Enciendo la calefacción y vuelvo al piso de arriba, a llenar mi habitación con los sonidos enlatados y descerebrados de la televisión matinal.

Una ducha. Hidratos de carbono. Cafeína. Sonidos vacuos. Es una mezcla que por lo general me funciona para sacudirme lo peor del abatimiento que me produce pasar una noche en blanco; sin embargo, hoy no consigo encontrar alivio. Siento una tristeza profunda y una fuerte opresión en el pecho, y por primera vez en mi vida se

me pasa por la cabeza llamar al trabajo para decir que estoy enferma.

Hasta que me llama Parnell, claro.

—Jefe —me sale un graznido. Me doy a mí misma la opción, dependiendo de lo que él me diga—. Has madrugado mucho, ¿te encuentras bien?

Su voz sueña extraña, más suave.

—Es mejor ser madrugador que trasnochador, Kinsella, y, contestando a tu pregunta, no, no me encuentro bien.

Quito el volumen del televisor, con lo cual dejo muda a una morena de voz demasiado cantarina que estaba predicando lo que hay que hacer para bajar la barriga en doce horas. Para la «gran noche», dice.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? Te noto raro.

Lo que le ha sucedido a Parnell es que le ha salido un absceso en una muela, «más doloroso que un parto», insiste, mientras al fondo se oye a Maggie gritando obscenidades. Lo que le ha sucedido a nuestro caso es que se ha recibido una llamada de la «espía» de Parnell, la señora Stevens, la cual ha informado de que anoche acudió al piso de Saskia French «una mujer morena que llevaba una maleta» y le dijo a alguien por teléfono que ya volvería a la mañana siguiente, cuando encontrase la otra llave.

Todo lo cual implica que tengo que pasarme casi cuatro horas esperando frente a Ophelia Mansions, maldiciendo a esa mujer y su definición del término «mañana», las mismas horas que Parnell pasa sentado en la consulta del dentista maldiciéndose a sí mismo por no haber cuidado mejor de su dentadura.

Por fin aparece justo pasadas las doce del mediodía. Una mujer de cutis dorado y acento refinado. Subo con ella los seis tramos de escalera y mientras tanto le voy dando la versión resumida en dos minutos de un caso con el que ya llevamos dos semanas.

No parece inmutarse al conocerlo.

—¿Maryanne ha muerto? —Se palpa los bolsillos de su abrigo de piel vuelta y me pasa un momento el bolso para poder rebuscar a conciencia dentro de él—. Lo siento. No tenía ni idea. Estas tres últimas semanas he estado en las Seychelles con un cliente.

Se llama Naomi Berry. Lleva trabajando «con, no para» Saskia French varios años y tiene llave del piso porque a Saskia le gusta que cuide un poco de las cosas cuando ella no está. Explica que anoche se pasó por el piso porque Saskia le permite dejar aquí sus «cosas» de trabajo para no tener que cargar con ellas entre este lugar y su vida respetable de aprendiz de acupuntora en Crouch End, y se quedó muy sorprendida al ver que Saskia no estaba, porque la semana que transcurre entre Nochebuena y Nochevieja suele ser muy lucrativa. Al parecer, son clientes que se sienten agobiados por la familia y están desesperados por «relajarse», y no lo consiguen dando un simple paseo por el bosque en invierno o tomándose tranquilamente una cerveza en el *pub* del barrio.

Todo esto, antes de atravesar la puñetera puerta de la calle.

—¿Así que usted conocía a Maryanne? —Por fin consigo colar una frase.

—Poco. —Saca la llave con gesto triunfal y la introduce en la cerradura—. Antes de irme yo, estuvo aquí aproximadamente una semana.

En el felpudo aguarda una pila de correo, sobre todo correo basura: folletos de pizzerías, tarjetas de taxistas, cartas dirigidas al «ocupante de la vivienda», e impregna el aire un olor rancio y dulzón. Naomi me observa con cautela en la tenue luz —resulta obvio que ya está más que harta de ver aparecer a la policía—, pero decididamente no huele a muerto. Más bien a fruta podrida. O a un cubo de basura que no se ha vaciado. Naomi deja la maleta en el suelo y entra en la cocina a investigar. Yo continúo hasta el cuarto de estar y empiezo a abrir ventanas.

—Bien, ¿y qué puede decirme usted de Maryanne? —pregunto empleando un tono relajado y amigable.

Naomi aparece en la puerta sosteniendo la ofensiva bolsa de la basura frente a sí, como si fuera una rata muerta. En estos momentos, las vacaciones al sol en las Seychelles deben de parecerle un sueño muy lejano.

—Nada. Y le digo que nuestros caminos no se cruzaron durante mucho tiempo. Apenas hablamos la una con la otra, aparte de algún que otro saludo.

Afirmo con la cabeza y no insisto más.

—Naomi, la verdad es que necesitamos hablar con Saskia y ya llevamos casi una semana sin poder contactar con ella. ¿Usted ha tenido noticias suyas?

—No, pero es que ella sabe que cuando estoy de vacaciones con un cliente no debe llamarme. Por lo general, los clientes quieren vivir la experiencia plena de «tener una novia», y no les gusta que te suene el teléfono cada dos segundos. Les recuerda lo que eres. —Calla unos instantes y frunce los labios—. Supongo que Saskia podría estar de viaje con un cliente.

Respondo con un gesto negativo.

—Dijo que iba a casa de sus padres. Imagino que no tendrá usted su dirección, ¿no?, o un número de contacto...

Naomi tuerce ligeramente los labios, no sé si por la bolsa de basura o por mi pregunta.

—¿Sus padres? Que yo sepa, a su padre no llegó a conocerlo, y su madre falleció hace más de un año. Lo pasó bastante mal, aunque llevaban años sin hablarse.

«Vale».

La libero de la bolsa de basura y me ofrezco a bajar con ella los seis tramos de escalera. Ni un «gracias», tan solo una breve sonrisa que sugiere que seguramente dicha tarea me pega más a mí. Mientras bajo, llamo por teléfono a la comisaría y a través de Renée le dejo el mensaje a Steele de que por lo visto no hay padres que buscar en Somerset ni, ya puestos, en ningún otro condado y que por lo tanto hay una probabilidad muy alta de que Saskia French haya tomado las de Villadiego. Después llamo a Parnell y le digo exactamente lo mismo.

Parnell me dice, lo mejor que puede en su estado de semianestesiado, que está subiéndose al coche y que se dará toda la prisa que pueda.

Cuando regreso al piso, veo encendida la luz del vestíbulo y a Naomi junto a un pequeño charco de agua, sosteniendo una escoba y un recogedor con torpeza, como si no supiera muy bien cómo se usan. Hay un jarrón cilíndrico tumbado de costado y un montón de cristales rotos alrededor de unas flores mustias que antes debieron de tener un alegre color amarillo y ahora tienden más bien hacia un ocre parduzco.

—¿Un accidente? —le pregunto.

—No, lo he visto al encender la luz. Además, esa mesa está un poco torcida. — Levanta la vista—. Es muy raro, Saskia suele ser bastante ordenada. Me sorprende que dejara esto así.

De modo que se marchó a toda prisa, por voluntad propia o de otra persona.

—Déjelo tal como está, Naomi. No toque nada. —Luego señalo el salón—. ¿Podemos sentarnos? Necesito hacerle unas cuantas preguntas más.

Naomi reflexiona un minuto y yo le sigo el juego, prolongando la ficción de que ella realmente tiene alguna otra alternativa. Por fin se encoge de hombros y pasa por mi lado.

—De acuerdo, no sé en qué voy a poder ayudarla, pero en fin...

Elijo el sofá: elegante, anguloso y poco cómodo, como el que hay en la sala de espera de la doctora Allen. Naomi se queda de pie, ligeramente apoyada contra el alféizar de la ventana. El tenue sol de mediodía enmarca bellamente su figura, y si no fuera por las bolsas de los ojos, producto del desfase horario, y por su rostro completamente inexpresivo, yo diría que casi parece un ser celestial.

—¿Alguna vez oyó decir a Maryanne o a Saskia que tenían miedo de alguien?

—No, pero, como le he explicado, no hablé demasiado con Saskia.

Paso a hacer preguntas más específicas, atenta a la mínima reacción que susciten:

—¿Conoce usted a Nate Hicks?

El nombre no la turba.

—Sé quién es. Pero no lo conozco en persona.

—¿Alguna vez lo vio con Maryanne?

Un movimiento negativo de cabeza, lánguido.

—No.

—¿Alguna vez lo ha visto en este piso?

—Hace mucho tiempo que no, pero es que solo vengo unas cuantas veces por semana.

—¿Y a su esposa, Gina Hicks?

Su semblante permanece inexpresivo, indescifrable.

—No.

—¿Sabía usted que Saskia tenía una relación con Nate Hicks?

Naomi ladea la cabeza.

—¿Quiere decir que es un cliente?

—Bueno, era un poco más que eso. Tenían una aventura amorosa, una relación. Por lo menos, eso era lo que creía Saskia.

A Naomi esto parece resultarle divertido, y emite una carcajada grave que no cuadra con el tono afectado y cursi que tanto trabajo le está costando adoptar.

—Esa es una idea absurda —dice, recuperándose rápidamente—. Un cliente quizá, pero ¿un amante? —Al pronunciar esta palabra le chispean los ojos—. A Saskia le gustan jóvenes, delgados y con pinta de artistas. Me parece que nunca la he visto salir con alguien que tuviera más de cuarenta y cinco, y el tal Hicks debe de rondar como mínimo esa edad.

—Saskia lo ha confirmado —replico.

—Pues me sorprende —me concede rápidamente, no tiene tanto interés por el tema como para continuar discutiendo—. Pero ¿por qué me pregunta por él? ¿Tiene algo que ver con lo que le ha ocurrido a Maryanne?

Su tono de voz desprende un aburrimiento que me resulta refrescante. Una completa falta de implicación emocional que significa que es menos probable que mienta, a diferencia de todas las demás personas involucradas en este caso.

Basándome en eso, decido nombrarla mi ayudante de confianza.

—Necesito hacer una llamada rápida —le digo—. ¿Le importa ir a mirar si falta algo obvio en la habitación de Saskia? ¿Sabe dónde guarda el pasaporte, por ejemplo?

Naomi no está muy segura.

—Pues... Yo... La verdad es que no sé muy bien si a Saskia le gustaría que yo me pusiera a revolver entre sus cosas. Yo...

—Naomi, Saskia lleva casi una semana sin ponerse en contacto con nadie, y ha estado compartiendo un piso con una mujer a la que han asesinado. Estamos muy preocupados por ella, como sin duda también lo estará usted.

Estoy segura de no es así en absoluto, pero Naomi tiene la amabilidad de por lo menos fingir que sí. Asiente con gesto solemne y se encamina hacia la habitación de Saskia, aunque sin darse ninguna prisa.

Parnell me responde al instante por el manos libres.

—Calma, pequeña, dentro de quince minutos estoy ahí.

—Escucha, jefe, no sé con certeza si Saskia se ha pirado. Esto tiene toda la pinta de haber sido escenario de un altercado. Nada importante, no se ve que haya sangre, pero han empujado una mesa y han tirado un jarrón al suelo. Tengo un mal presentimiento.

Durante unos segundos no oigo nada más que el ruido de la estática y de las bocinas de los coches.

—De acuerdo, se lo voy a comunicar a Steele, y voy a mandar al equipo para que empiecen a llamar a todas las puertas. A ver si alguien ha oído o visto algo.

—Vale, yo voy a echar una ojeada a la habitación de Saskia.

El crujido de la estática se intensifica.

—La anterior orden judicial ya abarcaba la vivienda entera —vocea como puede—. Los forenses ya han examinado la habitación de Saskia.

—Sí, pero buscaban el bolso y el teléfono de Maryanne, cosas que tuvieran algo que ver con ella. Yo voy a buscar algo que pueda decirnos dónde está Saskia.

Una pausa.

—Vale, de acuerdo, podría haber algo que no hayan considerado importante la primera vez. Voy a pedir que envíen a alguien del Departamento Forense a echar un vistazo a ese estropicio.

Y a continuación cuelga sin despedirse.

Abro la puerta de la habitación de Saskia.

—¿Ha aparecido algo? —pregunto, atónita al encontrarme con una habitación sumamente desordenada y carente de ventanas. Parece una exposición de arte moderno llamada *Pandemonium*.

—Me sorprende que haya dejado su habitación así. —Naomi está sentada en la cama, un gigantesco diván provisto de un cabecero de latón. Por el suelo se ven cosas desperdigadas: prendas de ropa, artículos de maquillaje y un arsenal de artilugios de belleza eléctricos que me costaría trabajo identificar. Me veo obligada a pasar de puntillas entre ellos para encontrar un espacio libre—. Todavía está aquí su pasaporte —dice señalando una mesilla de noche—, pero es muy raro que no se haya llevado esto. —Se inclina hacia el cabecero de la cama, desenrosca un pomo de latón de la barandilla y extrae dos abultados fajos de billetes de veinte. Habrá fácilmente unas dos mil libras.

—Y, sin ninguna duda, no está con un cliente. —Abre el armario ropero, hecho a medida, y me muestra diversas telas: terciopelos rojos, sedas negras y una pieza de encaje azul celeste similar al vestido de dama de honor que llevé yo en la boda de Jacqui. El recuerdo me produce una punzada de dolor—. Porque no se ha llevado ninguna de las prendas buenas.

A pesar del servicio que me ha prestado, quiero que salga de la habitación; así podré echar una buena ojeada.

—Gracias, Naomi. ¿Podría tomar un té? —Me he acostumbrado a que esta sea una petición razonable que hacerle a cualquiera. Naomi Berry pone cara de sentirse ofendida—. Flojo y sin azúcar —agrego, sonriente—. Y sin mucha leche.

Naomi se da cuenta de que estoy hablando en serio y sale de la habitación con la actitud de quien acaba de graduarse en una escuela de élite: la espalda recta y la cabeza alta.

Primero ataco el armario. Me pongo a rebuscar entre la ropa y sacudo todos los zapatos, sin tener la menor idea de lo que estoy buscando. Al fondo hay unos cuantos bolsos; llevan etiqueta de diseñador, pero me parece que son de imitación. Dentro no tienen más que unos cuantos recibos arrugados y barras de labios a medio usar. Las baldas están repletas de amorosos jerseys de invierno y camisetas de tirantes, salvo la

de arriba, en la que hay una maleta de pequeño tamaño que todavía tiene puesto el talón de equipajes del aeropuerto: de London Heathrow a Praga. Dentro no hay nada.

A continuación centro la atención en la cama. Miro debajo del colchón. Luego abro los cajones y veo un conjunto de juguetes sexuales descansando sobre toallas y sábanas cuidadosamente dobladas. Después miro en las dos mesillas de noche y no encuentro nada revelador aparte de que Saskia French toma la píldora anticonceptiva y una crema con hidrocortisona para combatir la piel seca.

Poco más queda por mirar, porque la cama acapara casi toda la habitación, y ya estoy a punto de empezar a hojear un puñado de libros de bolsillo que hay en una estantería ligeramente torcida cuando de pronto me suena el teléfono. Tardo unos instantes en localizarlo. La persona que llama me habla en tono impaciente y malhumorado.

—¿Todavía estás ahí? —Es Steele.

—Aquí estoy. ¿De modo que ya sabe lo de los padres de esta chica? Bueno, la posibilidad de que no tenga padres y...

—Déjalo, Kinsella. —Se la oye con eco... Quizá esté usando el manos libres—. Escucha, tengo aquí conmigo a Sonny Shah, del SERIS. Ha estado examinando los vídeos del registro que se llevó a cabo en el piso de Saskia antes de Navidad.

El SERIS. Servicio de Obtención de Imágenes Especializado en la Recuperación de Pruebas. Responsable de una tonelada de tareas, entre ellas la grabación de vídeos en escenas del crimen. De importancia esencial en todas las investigaciones de asesinatos, porque nunca se sabe qué objeto inocuo puede transformarse en pertinente en el futuro.

—Hola —saluda una voz tímida y nerviosa. Con acento de Birmingham, diría yo.

—Sonny, explícalo tú —dice Steele.

Sonny se aclara la garganta.

—Pues... Bien, como ya saben, tomamos una vista panorámica de todas las habitaciones y..., en fin..., con las Navidades por medio ha habido un poco de retraso a la hora de examinarlo todo, pero..., en fin...

Steele lo interrumpe:

—En pocas palabras, Sonny cree haber descubierto una cosa en el vídeo, y necesito que vosotros lo examinéis. —Se me acelera el corazón; si esto no tuviera una importancia crucial, lo habría dejado en manos de Parnell—. Hay una habitación al final del pasillo, frente a la cocina. Dentro hay una cama individual, pero parece más bien un cuarto extra, un sitio en el que amontonar trastos.

Antes de que Steele haya acabado la frase, ya estoy de pie en la puerta.

Sonny Shah vuelve a hacer acto de presencia través de la línea.

—Hay una foto en la pared. Bueno, es más bien un montaje de varias fotos juntas.

Lo encuentro a mi derecha, según entro en la habitación. Veintitantas versiones de Saskia French que me devuelven la mirada. Saskia French con diversas personas, sonriendo, frunciendo los labios, poniendo cara de tía buena, posando y haciendo un

sinfín de cosas más que podría reconocer si me pusiera las gafas. Me las saco del bolsillo y las limpio un poco por encima con la manga.

—Vale. Entendido.

—Fíjate en el ángulo superior izquierdo —vuelve a decir Steele—. La imagen se ve un poco borrosa, es una foto vieja.

Me acerco un poco más.

—Hum, no estoy seguro al cien por cien, está muy diferente —dice Shah, que se apresura a excusarse—: He ampliado la foto todo lo que he podido, y me parece que es ella.

Sin embargo, yo sí que estoy segura al cien por cien. Al ciento diez por cien, como suelen decir algunas personas irritantes.

Con toda claridad, se trata de Maryanne Doyle.

Lo expreso en voz alta, pero no estoy segura de que me hayan oído, porque mi teléfono acaba de estrellarse contra el suelo. Casi instantáneamente vuelve a sonar, pero yo me quedo inmóvil, con miedo de que, si me agacho, no vuelva a tener fuerzas para incorporarme otra vez. Finalmente deja de sonar.

Maryanne Doyle y Saskia French. Juntas. De pie encima de una mesa, posiblemente bailando. Maryanne con su melena rizada negra azabache y Saskia con el pelo más corto y más despeinado, un par de tonos más claro que el que lleva actualmente, negro carbón. En la foto no pueden tener más de dieciocho o diecinueve años, con sus refrescos de limón de la marca Hooch y sus minifaldas de tela vaquera. Las dos exhiben en la cara una sonrisa de felicidad. Dos chicas disfrutando de la vida.

Pero lo que me hiela la sangre no son las dos chicas, sino los hombres que aparecen al fondo. Los hombres que las observan sonrientes y con gesto libidinoso, levantando en alto sus cervezas a modo de trofeo. Los hombres que recuerdo yo del *pub* de mi padre. Los hombres que contaban el dinero en la trastienda cuando mi madre no estaba.

Y al «tío» Frank, sentado en el reposabrazos de un sofá y vestido con una camiseta del West Ham idéntica a la de mi padre, excepto que la de este llevaba impreso «Di Canio 10» en la parte de atrás mientras que la de Frank decía «Frankie 666», el muy egocéntrico.

En cambio a mi padre no se lo ve en la foto, y también es obvio que no la tomaron en el *pub*, lo cual ya es algo; una molécula de misericordia en medio de esta montaña de basura.

Aunque alguien tuvo que hacer la foto. El mero hecho de pensar que el fotógrafo pudiera haber sido mi padre resulta tan repugnante que por el momento me veo obligada a bloquear dicho pensamiento en mi cerebro.

Mientras intento calmar mi respiración, oigo unas voces a lo lejos. Son voces conocidas, reconfortantes. Parnell calmando a Steele por teléfono. Emily quejándose de las escaleras. Seth siendo todavía más pijo que Naomi Berry con su elegante pronunciación y empleando cada dos por tres el término «espléndido».

De repente se me acerca una de las voces. Ni siquiera me había percatado de que entraba en la habitación.

—¿Y bien? —dice Parnell sin resuello a causa de las escaleras—. ¿Es ella?

No le respondo, me limito a señalar el ángulo superior izquierdo. Tengo un leve temblor en la mano que rezo para que solo me resulte visible a mí. Parnell frunce los labios al observar a las dos amigas minifalderas. Le confirma a Steele que sí, que es ella, y cuelga.

Desde fuera de la habitación nos llega la voz de Naomi Berry:

—¡El té!

Parnell asoma la cabeza.

—Me temo que no tenemos tiempo de tomar té. ¿Le importa ir a ver al detective Swaines, por favor? Él le tomará una declaración completa. En estos momentos está en el rellano de la escalera, es un tipo alto y rubio, Brad Pitt a su lado parece un cerdo con verrugas, no tiene pérdida.

Naomi se aleja por el pasillo murmurando un «yo no sé nada» que se pierde poco a poco.

Parnell recoge mi teléfono del suelo y me lo devuelve con una expresión divertida en la cara.

—Bueno, ¿y qué significa esto?

Por lo general, cuando Parnell me hace preguntas así, se trata de una especie de examen. Parnell en su papel sabio y paternal. Pero me parece que hoy está perplejo de verdad.

—No lo sé exactamente. —Siento un hormigueo en los pies que me incita a salir huyendo, pero me pesan demasiado las piernas. Aparto unos cuantos trastos de la cama para sentarme. El colchón está hundido y lleno de bultos, debe de tener varias décadas de antigüedad—. Significa que Saskia ha mentado como una bellaca, lo cual tiene que significar que Gina también está mintiendo, a no ser que debamos creer que Maryanne era amiga de Saskia desde hacía mucho tiempo pero resulta que por «pura casualidad» apareció en el mismo foro de fecundación *in vitro* que la casera de Saskia hace cuatro años. Ya sé que tú crees en las coincidencias, jefe, pero en este caso no me parece que las haya.

Parnell hace una foto de la foto sirviéndose de su teléfono y después se sienta a mi lado con gesto inexpresivo.

—Pero ¿quién está encubriendo a quién? ¿Y por qué? ¿Qué estamos pasando por alto? —Se lleva una mano al mentón—. Dios, cómo me duele la muela.

—A mí me duele la cabeza. Tenemos una víctima con dos identidades, un recién nacido que desapareció o murió y un montón de gente que miente más que habla pero contra la cual no pesa ninguna acusación capaz de sostenerse ante a un tribunal. Saskia French ha desaparecido. Gina Hicks está claro que oculta algo. Y aunque las que más quebraderos de cabeza nos están dando son las mujeres, estamos bastante seguros de que el asesino, o por lo menos la persona que se deshizo del cadáver, es un

hombre.

Parnell se rasca la cabeza. Y medio ríe, porque la cosa no es para menos.

—Aiden Doyle es una especie de friki especialista en analizar algoritmos —agrego—. Seguro que a él se le daría mejor que a nosotros resolver este maldito rompecabezas.

Parnell me propina un codazo.

—Oye, que nosotros tampoco somos tan lerdos, ¿eh? Vamos avanzando. Yo creo que podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que en este momento Saskia French es una persona interesante, de modo que haremos un llamamiento para solicitar información; la gente puede ponerse en contacto con la Oficina de Prensa. Nosotros —agita el dedo para confirmar que se refiere a él y a mí— tenemos que averiguar qué es lo que sacan los Hicks de todo esto. Yo informaré a Steele, pero de momento no quiero detenerlos ni llevarlos a la comisaría, pues lo único que conseguiría con eso es que se parapetasen tras su abogado. Yo digo que los sorprendamos en su casa, y que después crucemos los dedos para que lleguen a la conclusión de que una breve y agradable charla en el sofá, habiendo sido previamente advertidos de sus derechos, por supuesto, no garantiza que hayan acabado con la declaración. Solo quiero saber cómo se justifican antes de mostrarnos más insistentes. No podremos grabar nada —añade—, así que procura anotar todo, ¿de acuerdo?

En ese momento asoma la cabeza de Emily por la puerta. Trae una sonrisa feliz en la cara.

—Señor, me parece que es posible que tenga algo. Una mujer del piso 12 B dice que la mañana del día de Navidad vio a Saskia entrar en el piso con un individuo y que oyó que daban voces. No suele prestar mucha atención a los hombres que entran y salen de esa vivienda, porque ya se conoce la rutina, pero de este se acuerda porque parecía bastante joven.

«Joven». No un individuo cincuentón de cabello entrecano y dotado de una sonrisa capaz de fundir el granito. Casi entro en combustión espontánea de puro alivio.

—A Saskia le gustan jóvenes —comento—. Por lo menos, eso dice Naomi. Así que a lo mejor tiene un novio. A lo mejor está con un novio.

Pero Emily no ha terminado:

—¿Sabes a quién recuerda la descripción, Cat? Al hijo mayor de los Hicks. El que entró en la cocina cuando estábamos en su casa. Ya sabes, el del corte de pelo sexi.

—Con el flequillo de punta —le confirmo a Parnell, que está frunciendo el ceño—. Se refiere al chico que tocaba el violín.

—Lo he encontrado en Instagram —sigue diciendo Emily—. Su foto de perfil no es gran cosa, ha utilizado un estúpido filtro psicodélico que obviamente distorsiona bastante la imagen, pero la vecina está un ochenta por ciento segura de que era él.

Parnell se levanta tan bruscamente que deja el maltrecho colchón dando botes.

—Bien, vámonos —me dice a mí—. Tenemos que ir a su casa ahora mismo. — Luego se dirige a Emily—: Por favor, recoge todas estas fotos y mételas en una bolsa. Que esa chica, como se llame, sepa que las hemos requisado como posible prueba relacionada con un delito.

Lanzo una última mirada a la foto deseando con todas las fibras de mi ser que pudiéramos dejarla aquí, a la vista, en este lugar que no resulta amenazante, lejos de ese mundo regido por bolsas llenas de pruebas y salas de reuniones presididas por tabloneros. Porque, no nos confundamos, una vez que esté clavada en nuestro tablón y el conocido rostro del «tío» Frank pase a formar parte permanente del empapelado de la comisaría, el hecho de que yo no haya querido identificarlo me sitúa muy cerca de la peligrosa posibilidad de perder mi trabajo.

«Como si no estuviera ya rondándola».

Y posiblemente me sitúe también muy cerca de la posibilidad de perder mi libertad, porque a un fiscal envalentonado no le costaría demasiado esfuerzo acusarme de intento de obstrucción a la justicia, y respecto a la falta de ética profesional, sería un juego de niños. Pan comido para cualquier ministerio fiscal.

Echo a andar por el pasillo detrás de Parnell. Camina a un paso bastante vivo, teniendo en cuenta que me saca casi treinta años de edad y más de treinta kilos de peso, pero es que a él lo impulsa un propósito, mientras que yo cargo con un sentimiento de culpa que me va frenando. Siento las piernas como si fueran de plomo. Al pasar junto al cuarto de estar me acuerdo de que antes abrí una ventana, y le digo a Parnell que espere un segundo mientras la cierro.

Y entonces es cuando lo veo.

—¡Jefe! —exclamo.

Parnell está hablando con un técnico de investigación de escenas del crimen que acaba de llegar, y no acude de inmediato. De modo que me acerco a él y lo agarro del brazo igual que haría una niña ansiosa que reclama atención.

—Jefe. —Él intenta zafarse de mí y terminar la conversación con el técnico—. ¡Parnell, es urgente! ¡Por favor! Tienes que ver una cosa.

El técnico murmura algo desagradable, pero me da lo mismo. Lo único que me preocupa es que otro par de ojos confirmen lo que me está pareciendo ver.

Empujo literalmente a Parnell hasta el cuarto de estar.

—Espera aquí —le digo, y echo a correr a la habitación del fondo para quitarle a Emily de las manos el montaje de fotos sin darle explicaciones. Vuelvo al cuarto de estar, donde Parnell me está esperando con gesto displicente, jugueteando con el cigarrillo electrónico que lleva en el bolsillo, así que paso por alto los preámbulos habituales de «No puedo saberlo con seguridad» y «Podría estar equivocada» y voy directa al grano:

—Mira. —Señalo primero la pared y luego la imagen de Saskia y Maryanne—. La pintura tiene un color distinto, pero el estucado de yeso es el mismo. Fíjate en ese friso.

Unas palabras que jamás habría imaginado que fueran a salir de mi boca.

Parnell me quita las gafas de la nariz y se las pone en la suya. Luego se aproxima la foto a la cara y la observa detenidamente, de cerca y de lejos, con una sonrisa que va ensanchándose poco a poco.

—Sabes, me parece que has acertado, pequeña.

—Así es, he acertado. Resulta inconfundible. Inconfundible de tan horroroso. — Es un comentario duro, pero es que las rosas y las cintas nunca han sido lo mío—. Te digo, jefe, que esa foto la tomaron dentro de este piso.

Atiende la puerta Amber, la hija adolescente, con el gesto huraño y los ojos enrojecidos. Indica con el dedo la salita y a continuación sube rápidamente la escalera, de puntillas, cargada de hombros y sin mostrar el menor interés, deseosa de volver a recluirse en el refugio de su habitación.

Está claro que en esta casa reina un ambiente glacial. Un ambiente sombrío que no alcanzan a disimular los carísimos adornos y los agradables perfumes de Navidad. Se percibe en la quietud que impera en todas partes, en ese silencio tan poco natural. En la distancia que separa a los miembros de la familia aunque ocupen el mismo espacio: Gina Hicks sentada en la ventana en actitud rígida, ensimismada en su iPad; Nate en la pared de enfrente, hojeando ociosamente el *Times*. Al instante me vienen a la memoria las incontables ocasiones en que mis padres, enfadados, se evitaban el uno al otro y pasaban las horas rumiando y ahondando en la discusión que habían tenido la noche anterior. Tan solo algún que otro portazo interrumpía el doloroso silencio que pesaba sobre la casa. Mis hermanos y yo realizábamos en absoluto silencio actividades que acostumbrábamos a realizar a todo volumen.

Es obvio el ambiente que reina aquí.

Gina está enterada de la aventura amorosa de su marido.

No obstante, resulta sorprendente el efecto que puede ejercer en la reconciliación de una pareja que la policía les lea sus derechos. Lo que dicen parece unirlos, de modo que van desplazándose de manera sincrónica desde los rincones más alejados de la habitación hacia el sofá, hasta quedar sentados el uno a lado del otro, cogidos de la mano, como si estuvieran posando para una foto de la familia real.

Mientras voy sacando mi libreta, Parnell explica el motivo de nuestra visita. Empleando el tono más tranquilizador que puede, les explica por qué ha tenido que leerles sus derechos. «Tenemos que protegernos, ¿comprenden? Por si acaso ustedes tuvieran información que pudiera sernos de utilidad». Gina apenas muestra reacción alguna, su mirada inexpresiva sugiere que este no es más que otro puñetazo en el estómago y que ya está empezando a acostumbrarse. Además, debe de ser la única persona en el mundo que parece haber adelgazado durante las Navidades: el vestido de seda gris sin mangas le cuelga informe sobre su cuerpo de pajarillo.

—Me hago cargo de que no hemos llegado en un momento ideal para ustedes —dice Parnell tratando de ser amable, con la intención de que piensen lo menos posible en un abogado.

—No hemos hecho planes —contesta Gina—. Rara vez salimos en Nochevieja. Todo es una gran estafa, ¿no les parece? En todos los locales te cobran un dineral por cenar mal y ver un espectáculo que no está a la altura ni de lejos. Los taxis son una pesadilla...

Ya, ya...

—Nos preocupa que pueda haberle sucedido algo a Saskia French —dice Parnell, todo sinceridad en su mirada y en sus manos abiertas—. Ya lleva bastante tiempo sin ponerse en contacto, y pensamos que podría haberse marchado del piso a toda prisa. ¿Puedo preguntarles si alguno de ustedes ha tenido noticias de ella?

Gina suelta la mano de su esposo.

Parnell se dirige a él:

—Señor Hicks, ¿Saskia se ha puesto en contacto con usted recientemente?

Todo el lenguaje corporal de Nate revela bien a las claras que es un tipo duro: los puños cerrados, la mandíbula apretada, los hombros levantados y tensos.

—No —sisea.

Parnell continúa aguijoneando:

—¿Se le ocurre adónde puede haberse ido? ¿A algún lugar especial para ella? ¿A casa de alguna amiga? ¿Alguna vez han hablado de ese tipo de cosas?

Hicks no contesta, se limita a emitir leves resoplidos de furia por la nariz.

—Voy a tomar eso como un no —dice Parnell—. ¿Y usted, señora Hicks?

Gina, en una actitud regia, se pone en tensión.

—No, no he tenido noticias de ella.

Levanto la vista de mi libreta y hago una ligera mueca de desagrado, como si la información que estoy a punto de compartir me doliera tanto a mí como a ellos.

—Su hijo Leo ha sido identificado como el individuo al que oyeron discutir con Saskia la mañana del día de Navidad. Como es natural, necesitamos hablar de eso con usted, y también con él.

A mí misma me sorprende la serenidad de mi tono de voz, el grado de profesionalidad. No es así como me siento.

Una carcajada de incredulidad de Nate.

—¿Leo? ¿Discutiendo con Saskia?

Afirmo con la cabeza.

—Me parece que el término empleado fue que «daban voces».

—No estaba debatiendo la índole de ese altercado, detective Kinsella. —Otra vez ese jodido engreimiento—. Estaba sugiriendo que no hubo ningún altercado. Su testigo debe de estar en un error. —De nuevo ríe para sí mismo—. Resulta verdaderamente ridículo.

Gina toca a su marido en el muslo para que deje de reír.

—Me temo que no van a poder hablar con Leo. Se ha ido de viaje durante varios días, a Viena, a tocar en un concierto. Es un violinista de gran talento, y también pianista, por supuesto.

«Por supuesto».

Gina levanta el rostro.

—No obstante, puedo decirles que yo le pedí a Leo que fuera al piso de Saskia a entregarle un aviso de desahucio. —Nate se remueve en su asiento y hace un esfuerzo

para controlar la sorpresa—. Mencionó que habían tenido unas palabras, porque Saskia puede ponerse un poco agresiva, por así decirlo, pero eso fue todo: unas palabras. Esos pisos tienen las paredes tan finas que cualquier conversación parece una discusión.

—¿Envió a un adolescente a entregar una comunicación legal? —Parnell no se reprime al hablar de las decisiones que toman los padres.

—Leo cree que ya tiene edad para involucrarse en el negocio familiar —interviene Nate—. Últimamente le estamos dando más responsabilidades.

—¿Y en qué consiste exactamente el negocio familiar? —pregunta Parnell, que está empezando a divertirse—. Sé que usted es director no ejecutivo de varias actividades, señor Hicks, y dueño de una cadena de salones de belleza...

—En realidad son salones de manicura. —Intenta parecer indiferente, pero se le nota que se ha alterado un poco. A nadie le gusta que indaguen en su currículum.

—Le pido disculpas. Salones de manicura —dice Parnell—. Pero, como supongo que no se encargará usted mismo de limar uñas y aplicar esmalte, ¿puede decirme qué es lo que hace a diario?

—Desarrollo y administración de la propiedad.

Parnell finge haberse quedado impresionado.

Lo cierto es que no sé muy bien adónde quiere Parnell ir a parar con esto. De hecho, no estoy segura del todo de que no se trate de un concurso espontáneo de a ver quién mea más lejos.

Vuelvo a encauzar la conversación al tema de Gina y Leo.

—Perdone, Gina, ¿ha dicho que usted envió a Leo a entregar el aviso de desahucio? —Ella hace un gesto afirmativo—. Pero la mañana del día de Navidad estaba usted en la ciudad. Vino a la comisaría, ¿se acuerda? —Otro gesto de sorpresa por parte de Nate Hicks—. ¿Por qué no se lo entregó usted misma? Nuestra comisaría se encuentra apenas a un kilómetro del piso de Saskia.

Gina se enfada.

—Porque no tenía ganas de encontrarme cara a cara con Saskia French, por eso. Y como Leo iba a ir a la ciudad de todas formas, le pedí que se pasara por allí. —Me mira a los ojos con un gesto de decepción, como si yo hubiera traicionado su confianza, la hermandad que nos unía—. Y, tal como acaba de señalar usted, acudí a la comisaría. Tenía que hacer unas compras de última hora. No me habría dado tiempo de ir también a King's Cross.

Nate arruga el entrecejo.

—Cielo, ¿para qué fuiste a la comis...?

Gina vuelve a hacerlo callar con otro toque en el muslo.

—Lamento mucho que la visita de Leo haya ocasionado un problema, detectives. Si hubiera sabido que Saskia estaba en casa, no le habría pedido a Leo que fuera. Es frecuente que Saskia se vaya durante la Navidad, así que pensé que no habría problema en que Leo le dejase una nota en el buzón.

Doy unos golpecitos en la libreta con el bolígrafo.

—Un momento, acaba de decir que temía enfrentarse cara a cara con Saskia. ¿Y ahora dice que no esperaba que estuviera en casa?

Una media sonrisa.

—No quería correr ese riesgo.

—¿Por qué? —le pregunta Parnell—. ¿Por qué no quería correr el riesgo de enfrentarse cara a cara con Saskia French?

Nate se encoge sobre sí mismo. Está más pálido que el mármol de la chimenea.

Gina baja la mirada.

—Me parece que ya conoce la respuesta a esa pregunta, detective. No sé por qué siente la necesidad de humillarme en mi propia casa.

—¿Nos permite ver el aviso de desahucio, Gina? ¿Hizo una copia? —Lo digo suavemente, en un tono que sugiere que mi intención es la de ayudar, la de soslayar la indiscreción de su marido, pero sin embargo se la ve más incómoda que antes.

—No hice una copia. Simplemente lo rellené a toda prisa y lo imprimí. Lo siento. Me encojo de hombros y tomo nota.

—No se preocupe, supondremos que se encuentra en el piso de Saskia. Nuestros forenses darán con él.

—La verdad —dice Gina con gesto inexpresivo— es que lamento mucho saber que Saskia podría estar en peligro. No se lo deseo a nadie, a pesar de todo, pero no sé qué más podemos hacer nosotros.

Parnell no se traga esa pantomima caritativa.

—Lo que puede hacer, señora Hicks, es decirle a su hijo que regrese en el primer vuelo para someterse a un interrogatorio.

Gina se lleva una mano al pecho.

—¡Eso me parece una medida más bien extrema!

—En absoluto. Que nosotros sepamos, Leo fue la última persona a la que vieron con Saskia French. Debe comprender usted que necesitamos hablar con él.

Nate apela a Parnell:

—Oiga, amigo, ¿usted tiene hijos?

Lo de «amigo» suena ridículo. Engolado y forzado.

—Cuatro —responde Parnell.

—Joder... —Esto le cuadra mejor que lo de «amigo»—. Pues entonces sabrá que a los chicos jóvenes les encanta hacerse los hombrecitos. Eso es lo único que estaba haciendo Leo, no me cabe duda. —Le dirige a Gina una sonrisa afectuosa, hay quien diría que condescendiente—. La verdad es que deberías haber caído en eso, cielo, pero, sinceramente, detectives, no hay nada que nosotros, o Leo, podamos decirles.

O es un valiente o es un idiota: ponerse a echarle sermones a su mujer por su falta de visión cuando él está revolcándose con la prostituta que tiene de inquilina.

—De todas formas, preferimos oírlo de labios de Leo —dice Parnell.

Nate mira a un lado y a otro. Está buscando una vía de escape.

—Lo cierto es que parece que hay un problema con los vuelos. Por tormentas y fuertes vientos de hasta cien kilómetros por hora que están barriendo el norte de Austria, o eso nos han contado. Y las previsiones tampoco parecen buenas, así que sabe Dios cuándo regresará Leo. ¿Qué les parece una comunicación por Skype? —Se lo ve complacido con su sugerencia—. Aunque sospecho que la calidad no será muy buena. Desde el lunes no sabemos nada de él, claro que eso no es nada raro en los adolescentes. Intentaremos organizar una llamada para dentro de uno o dos días, ¿les parece bien?

Parnell reprime una sonrisa. Es que la arrogancia de Nate Hicks resulta bastante divertida.

Parnell decide que ha llegado el momento de golpearlos con algo tangible: saca su teléfono y empieza a toquetear la pantalla fingiendo que es alérgico a la tecnología y musitando por lo bajo: «Malditos cachivaches».

Nate lo encuentra gracioso, pero Gina percibe que está a punto de suceder algo grave. Me reclino en mi asiento y observo cómo se le acelera la respiración en su esquelético pecho.

Por fin, Parnell se inclina hacia delante y les muestra el teléfono.

—Esta es una fotografía de Saskia French con Maryanne Doyle, o podemos llamarla Alice Lapaine, para entendernos. Háganme el favor de echarle un vistazo y decirme si están de acuerdo.

Nate estudia la foto, la amplía, luego la reduce, con la habilidad de alguien que se pasa la vida encima de su teléfono.

—Bueno, efectivamente es Saskia, solo que mucho más joven. A la otra mujer no la conozco, excepto por las fotografías que he visto en los medios de comunicación y la que me enseñó usted, de modo que no podría decir con absoluta certeza que es ella.

Gina coge el teléfono y lo sostiene con ambas manos, frunciendo el ceño.

—Las dos están muy distintas, pero sí, yo diría que son Saskia y Alice.

Dejo la libreta y la miro fijamente.

—Entonces, teniendo en cuenta que ha reconocido que estas son Saskia y «Alice» fotografiadas hace muchos años, tenemos que preguntarle, Gina, si es cierto que usted conoció a «Alice» hace solo cuatro años. —Gina no responde nada. Decido suavizar el tono, a ver si funciona—: Vamos, tiene que admitir que parece demasiada coincidencia que la mujer que usted afirma haber conocido hace cuatro años en un foro cualquiera sobre la fecundación *in vitro* resulte ser una antigua amiga de una de sus inquilinas más duraderas.

No debería haber empleado el término «coincidencia». Le proporciona una salida, por pobre que sea.

Gina, ahora más envalentonada, le devuelve el teléfono a Parnell.

—Como dice usted, debió de ser una coincidencia. No cabe otra explicación.

—Oh, yo creo que sí, señora Hicks. —El tono de voz de Parnell va cargado de advertencia—. ¿Qué diría usted si le dijéramos que esta foto, que estamos fechando

en torno al año 1999, puede que el 2000, fue tomada en el piso de King's Cross del que usted es propietaria? ¿Ve por qué nos resulta tan difícil creer lo que está diciendo?

Nate lanza un suspiro de irritación.

—En aquella época Gina no era la propietaria del piso, así que eso no sirve de nada. Incluso ya cansa.

—Sinceramente, no sé qué decirle —contesta Gina, desesperada. Podría estar fingiendo, pero el surco de su frente, que antes ya era pronunciado, ahora es una caverna—. Es que todo esto no tiene sentido. El piso lo compramos en 2005. Saskia French era una inquilina fija que traía unas referencias excelentes...

Nate la toma de la mano.

—Todo eso ya se lo he explicado yo, cielo, pero no quieren hacer caso. Quizá deberíamos llamar a Felix.

No es necesario adivinar quién es el tal Felix.

Parnell está encendido, y no se lo reprocho. «Quizá deberíamos» no es lo mismo que «Exijo ver», pero es probable que ya solo dispongamos de unos minutos, como máximo.

—Señor y señora Hicks: una mujer asesinada a la que por lo menos usted —señala a Gina— ha admitido reconocer es fotografiada hace muchos años en un piso que ahora casualmente es de su propiedad. Para serle sincero, no sé en qué está mintiendo, pero sé que está mintiendo. Ha muerto una mujer a la que se relaciona continuamente con el piso que posee usted en King's Cross.

—¿Es que no ha oído lo que acaba de decir mi mujer? No compramos ese piso hasta...

Me pone enferma oír su voz. No sé cómo lo soporta Gina.

—¿A quién se lo compraron? —le pregunto en tono cortante—. ¿Quién se lo vendió? Solo nos llevará diez minutos averiguarlo, así que háganse un favor y...

—Se lo vendí yo.

Una voz procedente de la puerta. Frágil pero autoritaria.

El abuelo.

El de la barba de Santa Claus y el cáncer en estadio cuatro.

—Bueno, Gina no me lo compró a mí, naturalmente. Yo se lo transferí. —Una breve risa—. Por si les interesa saberlo, se lo quité a Lenny Spoons en los años setenta. No se lo compré, se lo gané en una apuesta de póquer. Aquellos sí que eran buenos tiempos. No había ninguna ley.

Gina se levanta de su asiento y se dirige hacia él con los brazos abiertos.

—Papá... Por favor... No... Tenemos un... No digas nada más.

Parnell también se levanta, con la boca abierta como un pez. Miro primero al uno y después al otro esperando que alguien me explique lo que está pasando, pero ellos se limitan a mirarse, enfrascados en su particular reencuentro. En el semblante de Parnell hay un asomo de sonrisa.

—Señor Mackie, cuánto tiempo —dice por fin—. Así que al final acabó pudiendo más la necesidad de tomar una buena taza de té, ¿no? ¿O fue el buen tiempo lo que lo animó a volver?

El anciano lanza una carcajada.

—A decir verdad, lo que más echaba de menos era este humor cáustico. El Cuerpo Nacional de Policía^[7] se toma las cosas demasiado en serio. Cuesta pronunciarlo, ¿eh? Son muy serios los de la *pasma*. Los polis.

Parnell se vuelve hacia Gina Hicks, cuyo rostro se ha vuelto del color del pegamento.

—De acuerdo, señores, opino que ha llegado el momento de cambiar de sitio. Todos ustedes deben venir al nuestro, y nuestros chicos se trasladarán al suyo. Ah, señor Hicks —Nate Hicks tenía la cabeza entre las manos, pero al oír su nombre la levanta—, voy a detenerlos a los dos por ayudar a un delincuente, y muy posiblemente por obstrucción a la justicia, así que opino que quizá tenga razón, quizá haya llegado el momento de que llamen a Felix.

Resulta que Felix Whiteley es un poco más partidario de irse de juerga en Nochevieja de lo que son Nate y Gina Hicks, y cuando finalmente dan con él, dos horas más tarde, está ya a medio camino del New Forest, donde se dispone a asistir, junto con su señora esposa, a una cena de siete platos seguida de un «baile de máscaras».

Sea lo que sea eso.

Naturalmente, acepta dar media vuelta y regresar a toda velocidad por la M3, pero, dado que hay un aviso de que un camión acaba de hacer la tijera justo antes de Basingstoke, lo cierto es que no puede decirnos a qué hora podrá sumarse a nuestra pequeña velada de Fin de Año, con lo cual los Hicks tienen que quedarse solitos esperando en un calabozo y Patrick Mackie a cargo del médico de la policía. Según dicen, se lo considera en condiciones de permanecer retenido siempre y cuando lo mantengan bajo observación.

El llamamiento de Steele para solicitar información sobre el paradero de Saskia se ha hecho hace un rato. No sé muy bien cuántas personas verán el telediario de las seis en Nochevieja, porque sospecho que a esa hora la mayoría de la gente ya ha empezado la última gran comilona del año, pero todos hemos aceptado quedarnos en la comisaría a la espera, atendiendo los teléfonos y preparados para entrar en acción si es necesario.

Alguien ha pedido una *pizza*, pero por una vez no tengo hambre. En cambio Parnell se siente en su elemento, y está entreteniendo al equipo al tiempo que devora cuñas de *pizza* hawaiana de borde grueso.

—Patrick Mackie. Ya era todo un personaje cuando yo todavía era un policía novato.

Ben no puede contenerse: agarra un pedazo de nieve falsa de la base del árbol de navidad y se lo pega en la barbilla.

—Eh, jefe, ¿a que no se me reconoce con este hábil disfraz?

Para ser justos, Parnell se lo toma con buen humor. No todos los días se le pasa a uno por alto el delincuente más buscado de todo el Reino Unido porque iba disfrazado de Santa Claus.

—En mi defensa —dice—, Mackie abrió la puerta una sola vez y yo lo vi durante dos segundos, y, como acabas de indicar, apenas le vi la cara. Estas dos —nos señala a Emily y a mí— tuvieron con él una conversación entera.

—Pero no le conocíamos de nada —protesta Emily—. ¡No se puede esperar que reconozcamos a todos los criminales que han existido desde la II Guerra Mundial!

Sonríó, pero estoy demasiado agotada para entrar al trapo. Y sé que Parnell solo está bromeando.

—¡La II Guerra Mundial! ¡Serás caradura! —dice, sonriendo—. Sea como sea, tal como estaba diciendo antes de que me interrumpieran con tan mala educación, en aquella época Patrick Mackie era sin duda todo un personaje. La fama se la ganó en los años setenta, pero cuando tuvo éxito de verdad fue en los ochenta, y continuó más o menos hasta 2007. Tráfico de drogas, extorsión, prostitución, fraudes a inversores financieros, de todo. Corría el rumor de que también estaba involucrado en la trata de personas; puede que no dirigiera él el cotarro, pero ponía el dinero. Y también en varios robos importantes a mano armada.

—¿Trabajaba principalmente en Londres? —pregunto, solo por decir algo. Si hago preguntas, me siento un poco menos aislada.

—Principalmente, pero las grandes redes siempre se extienden un poco. De ese modo, explotan la fragmentación de nuestra denominada «gran» estructura policial de Gran Bretaña. Por lo menos en aquella época estaba muy fragmentada.

—¿Y qué le ocurrió para que perdiera la posición que había adquirido? —pregunta Flowers.

—Lo que le ocurrió fue la SOCA, la Agencia contra el Crimen Organizado Grave. Tony Blair se empeñó en hacerles la vida imposible a los peces gordos del crimen. Mackie recibió el soplo de que estaban estrechando el cerco sobre él y huyó. Estuvo una temporada en Ámsterdam, parece ser, y luego se fue a España. Desde entonces no habíamos sabido nada de él.

—Supongo que el soplo se lo dio uno de los nuestros —apunta Flowers, recalcando las palabras.

Parnell se limpia las manos.

—Fue un político de alto rango, si debemos creer lo que decían los rumores.

—¿No era un poco arriesgado regresar al Reino Unido? —sugiere Craig.

—Está viejo y sufre una enfermedad terminal. Supongo que no tenía nada que perder.

«Maryanne. Este caso trata de Maryanne, no de un mafioso ajado y disfrazado de Santa Claus».

Me vuelvo hacia Parnell.

—Jefe, todo esto es muy interesante, pero ¿qué estamos diciendo? ¿Que Maryanne estaba metida en una red de delincuencia organizada? Y de todos modos, Patrick Mackie ya se había jubilado, ¿no?

—Los tipos como él no se jubilan nunca, simplemente se desplazan a la retaguardia. Por ejemplo, esos salones de manicura que supuestamente posee Nate Hicks; llevan la firma de Patrick Mackie. Salones de manicura, salones de rayos UVA, lo que se quiera: son las clásicas tapaderas para blanqueo de dinero.

—Pero los Hicks están más limpios que una patena —interviene Renée—, en la base de datos de la policía no hay nada sobre ellos. Y tampoco sobre una tal Gina Mackie.

—Pues están implicados —dice Parnell sin el menor asomo de duda—. De alguna manera. Tienen que estarlo. Recemos para que los forenses descubran algo en la casa, y ya nos preocuparemos más adelante de los motivos. Por el momento, necesitamos algo a lo que agarrarnos. ¿Qué tal vamos con Leo Hicks, Cat?

La respuesta sincera es que no vamos.

—He hablado con los de Control de Pasaportes de Viena. Está confirmado que Leo entró en ese país el domingo 28, así que es posible que en eso los Hicks estén diciendo la verdad. Quizá lo enviaron a casa de Saskia a entregar algún mensaje, se hizo el hombrecito y después se fue. He conseguido hablar con su profesor, por si acaso el concierto fuese una actividad del colegio y pudiera proporcionarme una ubicación, pero por lo visto no lo es. De hecho, el profesor no tenía ni idea. No hizo más que hablar y hablar del gran talento que posee Leo y de sus esperanzas de verlo ingresar en el Royal College of Music.

—Lo encontraremos —asegura Parnell—, es cuestión de tiempo. Incluso aunque Nate y Gina hayan dejado de hablar, ahora tenemos sus teléfonos, y deben de haber estado en contacto con él, sin duda. A los dos parece gustarles mucho borrar mensajes, pero cuando los del Departamento de Tecnología empiecen a indagar, seguro que aparece algo.

—¡Ya tenemos algo! —Al otro lado de la sala, Seth cuelga el teléfono y acto seguido viene hacia nosotros a grandes zancadas y con gesto triunfal—. Saskia French. —Parnell hace ademán de coger las llaves del coche—. No, no, no se anime tanto, jefe, no se ha producido ningún avistamiento. Se trata de una persona que cree haber trabajado con ella a finales de los noventa y principios de los dos mil en una clínica abortiva de Candem. La conocía por el nombre de Sarah Finch, muy imaginativo, y era administrativa y recepcionista. La despidieron a principios de 2001, tras sorprenderla llevándose información comprometida a casa, principalmente detalles personales sobre las clientas. Pensaron que quizá estaba planeando chantajear a varias de ellas. Al parecer, en aquel momento no llamaron a la policía porque no querían montar un escándalo, a algunas mujeres ya les resulta bastante duro acudir a ellos sin enterarse de esas cosas, pero, sea como sea, esta persona ha considerado que nos convenía saber que si Saskia es esa Sarah Finch, siempre ha sido un personaje un

tanto turbio.

—¿Entonces no tiene la seguridad de que sea ella? —digo, echando un jarro de agua sobre el desfile triunfal de Seth, lo cual no es en absoluto mi intención.

—Está bastante segura, pero no pondría la mano en el fuego, eso es exactamente lo que ha dicho. Pero yo creo que ambas son la misma persona. Ha logrado darme muchos detalles de su físico, bueno, todos los que se pueden dar al cabo de quince años, y los he contrastado con la descripción adicional que le proporcionó Naomi Berry a Steele para hacer el llamamiento en televisión.

—¿Qué descripción adicional? —pregunto.

La verdad es que no he visto el llamamiento en la tele. No he tenido ánimos.

—Rasgos distintivos, cosas así.

—Mide casi un metro ochenta, eso resulta bastante distintivo —comenta Craig.

Seth afirma con la cabeza.

—En efecto, pero por lo visto también es una forofa de los tatuajes y los *piercings*. La informante ha dicho que la tal Sarah Finch exhibía ambas cosas. Cuando le dijeron que debería tapárselos para trabajar en la recepción, se molestó bastante. Eso encaja con lo que le dijo Naomi Berry a Steele, que cuando Saskia está «fuera de servicio» suele llevar un aro en la nariz y otro en la ceja. —Luego se señala la hendidura de debajo del labio inferior—. Y una bolita justo aquí.

Siento que me recorre un intenso escalofrío. La voz de Seth se difumina hasta desaparecer, y surge otra voz más nítida que no deseo oír: la de Noel.

«Así, calculando por encima, me parece que está echando un polvo con esa titi que lleva un *piercing* en el labio, la que suele venir aquí».

La que estaba de espaldas a mí en el McAuley's. Tatuajes tribales que le recorrían toda la espalda.

¿Qué fue lo que dijo mi padre de ella?

«Tiene treinta y tantos, y de todas formas es solo una amiga».

Mi padre conoce a Saskia.

Espero a que Seth termine y luego me llevo a Parnell a un lado. Le digo que tengo que salir un momento. Que ya sé que no es lo ideal, pero que no me encuentro muy bien. No es nada importante, simplemente necesito un poco de aire fresco y tal vez acercarme hasta la farmacia. Tardaré solo una hora, como máximo.

Claro, responde él, sin problema. Tarda todo lo que necesites. Ahora que lo pienso, ya me parecía que tenías mala cara.

Le doy las gracias, le digo que es el mejor jefe del mundo, le prometo que terminaré los apuntes de la llamada con el profesor de Leo y me voy.

Lo que no le digo es que existe la posibilidad de que no vuelva nunca.

Cojo un coche policial y me dirijo directamente al McAuley's, bastante segura de que mi padre no estará allí, pero de todos modos empeñada en comprobarlo. Claramente, en estos seis últimos meses Parnell me ha contagiado su filosofía: «La paciencia es la madre de la ciencia, pequeña». «Todo callejón sin salida supone un problema menos».

Imagino la cara que va a poner dentro de unas horas, esos ojos bondadosos y sonrientes nublados por el sentimiento de decepción y de haber sido traicionado. Y el solo hecho de pensarlo me causa una fuerte opresión en el pecho.

Aparco al otro lado de la calle. Arriba no hay luz, ninguna señal de que mi padre esté en casa, pero me acerco de todas formas. En la puerta discuto con un empleado puntilloso que me dice que necesito una entrada para pasar. Me hormiguea en el bolsillo la tarjeta de la orden judicial, pero antes intento servirme de mis credenciales como hija. Sin embargo, el empleado no me cree, de modo que le digo que llame a Javier. Cruzo los dedos para que un atractivo camarero español se acuerde de la chica corriente vestida con una parka que vino por aquí hace casi dos semanas.

Se acuerda, y me deja pasar.

—Pero tu padre no está —me dice con el ceño fruncido—. Pensaba que estaba contigo.

—¿Conmigo? —Resulta tan absurdo que me hace reír, a pesar de todo.

Javier llama a otro camarero para cerciorarse de no estar equivocado.

El otro camarero se lo confirma:

—No, lleva varios días sin venir por aquí. Está con la familia. Esquiando en Val d'Isère, creo.

Mi padre nos llevó una vez a Val d'Isère. Mi madre decía que era importante aprender a esquiar, ahora que yo iba a un colegio pijo. Pero yo no me sentí precisamente en mi elemento, y pasé todo el rato acobardada. El único recuerdo feliz que tengo es el de unas creps de manzana caramelizada que devoraba después de todas las comidas.

Pero mi padre no se encuentra en Val d'Isère en este momento.

Esta Nochevieja encuentro las carreteras tranquilas mientras enfilo en dirección norte, entrando en el condado de Hertfordshire, y en menos de una hora llego a Radlett. Solo he rebasado mínimamente en dos ocasiones el límite de velocidad. A lo largo de todo el trayecto me dan una y otra vez luz verde y me cruzo con conductores amables que me permiten adelantarlos. Debería sentirme complacida, porque no soy lo que se dice una persona con paciencia al volante, pero tengo la desagradable sensación de que el mundo está conspirando para que yo llegue lo más rápidamente posible a mi destino, y me aterra averiguar el motivo.

La casa está oscura. El único vecino aguafiestas de todo el callejón. Hasta Kevin Farrow, Kevin el «Cenizo», como solía llamarlo mi padre, parece estar dando una pequeña celebración en su casa, porque hay una hilera de coches aparcados unos junto a otros a lo largo de la calle.

En cambio, el coche de mi padre no está. ¿Es posible que me haya equivocado?

Cruzo la verja de la entrada y me dirijo al lateral de la casa, al estrecho espacio que queda entre la prolongación de la cocina y el garaje, en el que yo fumaba porros liados a mano y enviaba mensajes de texto a chicos muy lanzados. Me asomo por la ventana del garaje, pero ahí tampoco hay ningún coche.

De pronto me vibra el teléfono. Es Parnell.

El abogado de Hicks sigue atascado en la M3. Entrevista mañana. Si te encuentras mal, no vuelvas, hay gente suficiente para cubrirte.

SMS 19:36 h

Contesto con un «gracias» y el emoticono de pulgares arriba. Por lo menos, esto me permitirá ganar un poco de tiempo.

Ya está lloviznando. Es una llovizna gélida, pero aún no es nieve. Todas las puertas de la parte de atrás están cerradas con llave, y las persianas de la cocina están bajadas. Busco en los cubos de basura alguna prueba de la presencia reciente de alguien, pero no hay nada en ninguno de ellos. Tan solo una araña frenética en el cubo de reciclar que corretea describiendo círculos.

«Sé cómo te sientes, amiga».

Cojo la araña en la mano y la lanzo suavemente hacia el sendero. No sé si con eso la he rescatado o he empeorado su situación. ¿Asfixia frente a hipotermia? Dos finales brutales para una misma vida de mierda, reflexiono mientras contemplo cómo se aleja. No se me escapa la analogía.

Consulto el teléfono y busco el número de mi padre. Pretendía hacer uso del factor sorpresa, pero esto no me está llevando a ninguna parte, así que no sirve de nada empeñarse. Voy a tener que hacer las cosas yendo por el camino más largo. Voy a tener que llamarlo, albergar la esperanza de que responda, preguntarle muy amablemente dónde está y después preguntarle más amablemente todavía si está dispuesto a hablar conmigo.

Espero de todas todas encontrarme con el contestador automático, esa voz grave y festiva que dice: «Mierda, me he perdido tu llamada. Déjame un mensaje». Pero, para mi sorpresa, el teléfono suena.

Y suena dentro de la casa.

Salgo disparada hacia las puertas del patio y aplasto las manos contra el cristal.

—Papá, soy yo. Sé que estás ahí dentro.

Nada. En la calle se oye retumbar un bajo que marca un ritmo de baile.

—¡Déjame entrar! —le grito a la oscuridad—. Sé que conoces a Saskia, y que ella

conocía a Maryanne. —Ningún cambio. Mantengo el volumen, pero modifico el tono —: Escucha, papá, seré yo o mis compañeros. Y ellos pedirán sangre, mientras que yo solo quiero entender.

No tengo ni idea de si lo estoy diciendo en serio o no.

Vuelvo a marcar otra vez el número de teléfono. Y otra vez más. Cuando a la tercera salta el contestador, voy hasta el jardín de rocas, que ahora está descuidado, y cojo la piedra más grande que encuentro. Me sitúo junto a la puerta trasera y respiro hondo tres veces para reflexionar sobre las consecuencias de lo que estoy a punto de hacer. ¿Podría dispararse una alarma? ¿Podría llegar mi padre a hacerme daño?

Estoy a punto de perder el valor cuando de repente se abre la puerta con un chasquido.

Su silueta basta para sorprenderme. Los hombros encorvados y la cabeza abatida. No sé por qué, pero parece más pequeño. Como disminuido. Y pensar que he pasado la mayor parte de mi vida quejándome de su arrogancia y su fanfarronería de mafioso. Ahora a duras penas soy capaz de mirar esta versión encogida de sí mismo. Es tan solo un hombre de mediana edad, asustado, que se esconde en la oscuridad.

—No puedes quedarte mucho rato —me dice al tiempo que se repliega hacia el interior de la casa—. Podría ser peligroso.

Entro en la cocina e instintivamente alargo la mano hacia la izquierda buscando el interruptor de la luz. Él me aferra el brazo y me arrastra consigo.

—¿A qué te refieres con que podría ser peligroso? —Intento zafarme de él—. ¿Qué es lo que está pasando, papá? ¿A qué viene esta falta de comunicación?

—En el estudio —responde al tiempo que me empuja hacia delante.

Entro en el denominado «estudio», el pequeño enclave situado en el centro de la casa, accesible a través del comedor por un lado y a través del salón «bueno» por el otro. No hay ventanas que comuniquen con el mundo exterior y, por lo tanto, nada que anuncie al mundo exterior que allí dentro hay alguien. Y tampoco hay ventilación; flota un olor a cerrado y a humo.

—Durante el día no hay problema —dice a la vez que se sienta detrás de un escritorio de roble que fue comprado únicamente para ser exhibido—. Simplemente, no me acerco a las ventanas principales. Pero por la noche, esta es la única habitación en la que sé que no corro peligro si enciendo las luces.

Me quedo de pie, midiéndolo con la mirada, a la espera de una explicación. Al ver que dicha explicación no llega, me siento en la silla de enfrente y me preparo físicamente para aguantar todo el tiempo que dure esto.

—Simplemente cuéntamelo, papá. Cuéntame qué hiciste, o qué has hecho ahora, y te prometo que los dos nos sentiremos mucho mejor.

Es el truco más viejo del manual, por supuesto. «Interrogatorios para tontos». La voz suave, el tono de cuento para dormir los he empleado innumerables veces. «Venga, sé que eres buena persona, te sentirás mucho mejor cuando te desahogues».

Pero mi padre no se deja convencer, así que retomo la estrategia básica. La de formular preguntas «específicas y cerradas», creo que la denominan en Hendon.

—¿Sabes dónde está Saskia?

—No.

—¿Sabes si se encuentra en peligro?

Silencio.

—¿Hiciste daño a Maryanne? —Mi boca se niega a pronunciar la palabra «matar».

Mi padre me lanza una mirada tan afligida que juro que yo misma acuso la tristeza que lo tiene tan abatido. Por un segundo, incluso siento la vergüenza que siente él.

—No —responde, un mero susurro.

—¿Quién se lo hizo, entonces?

Su mirada se centra en una foto situada justo a mi derecha. Es uno de esos carísimos retratos de familia en los que da la sensación de que todos se caen bien.

—Se suponía que iba a ser una excepción —dice al final, con un profundo suspiro—. Solo Maryanne. Pero el asunto se desmadró. Yo no quería que sucediera lo que sucedió... No soy mala persona, Catrina... Ya sé que tú piensas que sí, pero no es verdad... Y tampoco lo era Maryanne...

No digo nada. No está intentando convencerme a mí, sino a sí mismo.

—Estaba de mierda hasta arriba. Debía dinero a un..., en fin, a un tipo al que no convenía deber dinero, digámoslo así. En aquella época jugaba mucho al póquer. Al póquer clandestino, el de trastienda. A veces ganaba mucha pasta, pero era más frecuente que la perdiera. Sea como sea, ese tipo quería que le pagara. Uno de sus hombres se acercó a Jacqui, ¿sabes? La detuvo en mitad de la calle, le dijo que era muy guapa y la cameló con el cuento de que podía hacerse modelo y todo eso. —Emite una risa triste—. Dios, aquella noche Jacqui estaba como una moto, ¿te acuerdas? —Me acuerdo. Pero yo no diría que estaba como una moto, sino más bien que estaba insufrible—. Sabía que todo aquello eran chorradas. Sabía que contenían una amenaza velada.

—¿Era Patrick Mackie?

Mi padre afirma brevemente. Si le ha sorprendido que yo conozca ese nombre, desde luego no lo demuestra.

—Así que necesitaba desaparecer durante una temporada. Que desapareciéramos todos. Además, tu madre se sentía culpable de llevar varios años sin ir por casa, porque no habíamos vuelto desde que tú naciste, y pensé que podía matar dos pájaros de un tiro. Solo iban a ser unas semanas, mientras reflexionaba sobre lo que me convenía hacer.

—Siempre la has cagado, papá, eso no es nada nuevo. Pero ¿qué tiene esto que ver con Maryanne?

Coge una botella de un alcohol de color transparente: ginebra, o quizá vodka, no

alcanzo a ver la etiqueta.

—Hay una cosa que quiero que quede clara, tesoro. Yo jamás le puse la mano encima a Maryanne, ni antes ni ahora. No se trata de eso.

Permanezco inmóvil como una piedra.

—Vale, te escucho.

De pronto es como si se abriera una espita y empezaran a fluir las palabras. Tal vez, si hace años me hubiera ofrecido a escucharlo en lugar de bombardearlo con histrionismos de adolescente y actitudes pasivo-agresivas de persona adulta, podríamos haber llegado antes a este punto.

—Todo comenzó con esa maldita camarera del Grogan's. —Menea la cabeza con resentimiento—. Una noche que estábamos borrachos nos dimos un beso en la boca, nada más que eso, Catrina, un estúpido beso del que casi ya no me acordaba al día siguiente. En cambio Maryanne nos vio. Era una tía muy lista, eso hay que reconocérselo. Buscaba un poco de escándalo en la vida de todo el mundo y no le daba miedo explotarlo en beneficio suyo. Me amenazó con contarle a tu madre lo que había visto, y..., en fin..., tu madre y yo ya estábamos pasando por un mal momento, y encima estaba el asunto de Mackie... Ya no quería más problemas.

—¿Y en qué la beneficiaba chantajearte? ¿Qué era lo que quería?

Mi padre cierra los ojos y suspira otra vez.

—Estaba embarazada.

Yo ya lo sabía, naturalmente. Lo sospechamos desde la autopsia, y Hazel O'Keefe más o menos me lo confirmó a mí ayer. «¿Cómo es posible que haya sido ayer mismo?». Pero oírsele decir a mi padre le añade un toque siniestro. Pronuncia «embarazada» como si la sola palabra lo dijera todo. Como si fuera la razón de que estemos aquí. La razón de que nos hayamos pasado la vida entera haciéndonos daño el uno al otro.

—Dijo que mantendría la boca cerrada si yo le daba unos cuantos cientos de libras y un pasaje a Dublín para aquel sábado, en el transbordador. Quería abortar, y tenía que llegar a Liverpool.

Me acuerdo de aquel sábado. Mi padre no había vuelto a casa desde la hora de comer, mi madre estaba haciendo la permanente a la abuela y Jacqui y Noel andaban por ahí. «Campando», decía la abuela.

Aquel día yo estaba tan aburrida que incluso me puse a hacer los deberes de matemáticas.

—De modo que terminé diciéndole que sí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Podrías habérselo contado a mamá. A ver, qué importaba otra más..., sobre todo si solo había sido un beso de borracho.

—Pero es que también me daba lástima Maryanne —se apresura a interrumpirme—, aunque fuera tan ladina. Jonjo Doyle era un cabrón, sobre todo después de tomarse unas cuantas pintas, y yo sabía que le iba a sacudir una paliza tremenda a su hija cuando se enterase de que le habían hecho un bombo. —Me mira durante largos

instantes, intentando comunicarme algo. Me parece que me está suplicando que no lo juzgue con demasiada dureza—. Así que se me ocurrió una idea. Fue la idea más nefasta de toda mi vida, tesoro, pero tú no puedes hacerte cargo de lo estresado que estaba por lo de Patrick Mackie, y por primera vez en varias semanas conseguía ver una salida.

Empuja la botella hacia mí, pero no me ofrece un vaso. Mi deseo es rechazarlo, pero podría servir para calmarme el pulso.

Bebo directamente de la botella. Es ron blanco.

—Patrick Mackie era un capullo tremendamente codicioso. —Levanta un dedo—. Yo no estaba involucrado en sus chanchullos, pero sabía que tenía montado un negocio: pagaba unos cuantos miles de libras a las prostitutas para que se quedasen preñadas y después vendía los niños en el mercado negro.

«Corría el rumor de que también estaba involucrado en la trata de personas...».

—Ganaba mucho dinero con ello. Hay muchísima gente que está forrada y que no puede tener hijos. El problema era que la mitad de las veces las chicas eran drogadictas. Prometían dejar las drogas pero no lo cumplían, y los niños nacían con el síndrome de abstinencia, o con bajo peso, y me parece que Mackie estaba empezando a cuestionarse si aquello merecía la pena. Yo no tenía nada que ver con eso, entiéndelo —me repite—. Simplemente me enteraba de muchas cosas, conocía a mucha gente...

Se hace obvio en qué va a desembocar todo esto, pero necesito oírse lo decir a él.

—Así que Maryanne me hizo pensar, porque estaba cabreada, sabes; no es que el aborto le diera lo mismo, pero pensaba que no tenía otra alternativa. La miré: era una chica delgada, sana, guapa, lista, la perfecta joven irlandesa, y pensé: «Pues a lo mejor sí que tienes otra alternativa, pequeña». Patrick Mackie tenía todos los contactos, y era evidente que cualquier matrimonio rico se enamoraría de Maryanne nada más verla, y se enamoraría todavía más del hijo que tuviera, de modo que comprendí que allí había mucho dinero. Dinero suficiente para que ella pudiera abandonar al cabrón de su padre y empezar de nuevo. Así que, cuando por fin reuní el valor necesario para ponerme en contacto con Mackie, se lo dejé bien claro. Me aseguré de que entendiera que aquella chica no era una simple putilla a la que se pudiera sobornar con un par de miles de libras, que iba a tener que pagar mucha pasta, pero que también iba a ganar mucha: como mínimo, cinco veces más de lo que le pagase a Maryanne, así que iba a ser un buen negocio para él...

—Y un buen negocio para ti. Ibas a poder librarte de las deudas. Todos salíais ganando, ¿no?

Se pone a la defensiva.

—Todos, tesoro. Maryanne aceptó sin dudarlo un momento.

—Todos excepto el niño, que fue vendido al mejor postor como si fuera un pedazo de carne.

Debería sentir ganas de escupirle, de estrellarle la cabeza contra la pared, de

arañarle la cara. Pero no siento furia, no siento nada. Estoy vacía, ingrávida. Me clavo las uñas en las palmas de las manos para experimentar alguna sensación.

—Los mejores postores eran buenas personas. Delincuentes, quizá, pero haber tenido algún que otro roce con la ley no significa que uno no pueda dar una buena vida a un hijo. No significa que uno no sea capaz de dar cariño. ¿Sabes lo difícil que es adoptar legalmente si en tu expediente figura algo más que una multa de tráfico? Es posible que eso haya cambiado en la actualidad, pero en aquella época... —deja la frase sin terminar.

—¿Y qué pasó después?

—Lo que ella quiso que pasara. Yo la recogí en mi coche y ella se escondió en el maletero hasta que salimos de Mulderrin...

Acaba de resolverse el misterio del colgante de Campanilla, con un retraso de dieciocho años y después de cien batallas.

Mi padre arruga el ceño, no entiende por qué me altero tanto al conocer un detalle tan nimio como ese.

—Es que uno nunca sabía a quién iba a encontrarse en la carretera —dice a modo de explicación— ni quién iba a pararte para charlar un rato. Simplemente no quisimos correr ese riesgo, nada más. Pero en cuanto nos hubimos alejado unos kilómetros, Maryanne se trasladó al asiento de atrás y me parece que se quedó dormida. Yo la llevé hasta Dublín, tal como estaba planeado, y se subió en el transbordador. En el otro lado estaba esperándola un miembro del equipo de Mackie para llevarla a Londres. Maryanne no abortó, y le pagaron diez mil libras.

Diez mil libras. Que hoy serían unas doce mil. El reloj que lleva mi padre en la muñeca no pudo costar mucho menos.

—Entonces, si todos fueron felices y comieron perdices, ¿por qué ha muerto Maryanne? ¿Por qué tú te escondes en la oscuridad, en tu propia casa?

—Se suponía que lo de Maryanne iba a ser un caso excepcional —responde apretándose la frente con los dedos para borrar los recuerdos—. Ahora me cuesta trabajo creer que fuese tan ingenuo, pero es que ni se me ocurrió que Mackie quisiera continuar con aquello y convertirlo en un negocio aparte. Y Maryanne le tomó el gusto a la buena vida y quiso más. Fue idea suya convertir en objetivo a alguien que trabajase en una clínica abortiva.

—Saskia.

Un gesto afirmativo.

—Muchas chicas irlandesas se dirigían a Manchester o a Liverpool, supongo que porque esas ciudades estaban más cerca del transbordador, pero algunas tomaban el tren a Londres, y la clínica más cercana a la estación de Euston era la de Candem. Allí era donde trabajaba Saskia. Lo que hacía fundamentalmente era informar a Maryanne de las chicas que estuvieran indecisas y pasarle sus datos. Maryanne se ponía en contacto con ellas, y de vez en cuando alguna que otra entraba en el juego. Ahí lo tienes, un gran negocio —añade con sorna.

Casi me echo a reír.

—¿Y qué, tú no lo aprobabas? No me digas que no te llevabas una buena tajada. Una comisión, un pago a la entrega, en sentido literal. —Paseo la mirada por los muebles hechos a mano, todos los accesorios, todos los aparatos—. Dios mío, todo esto lo compraste con ese dinero, ¿a que sí? Toda esta mierda. Hasta mis estudios.

Mi padre coge un posavasos, lo vuelve del revés y luego otra vez del derecho; necesita hacer algo para no sostenerme la mirada.

—No vas a creértelo —dice por fin—, pero no me sentía cómodo con todo aquello. Nada en absoluto. No era mi intención que el asunto se desmadrara tanto, pero daba la impresión de que Maryanne y Saskia, sobre todo Maryanne, pensaban que estaban prestando un servicio público, que estaban ayudando a unas chicas a sacar el máximo partido de una situación negativa, ese era su razonamiento. No había necesidad de recurrir a un aborto, las chicas cobraban un dinero, todos cobrábamos un dinero y unos padres afectuosos obtenían un recién nacido. No había ningún problema. Durante una temporada me tuvo convencido de que se trataba de un delito en el que no había víctimas. Y sí, me gustaba el dinero, así que me olvidé de los remordimientos de conciencia.

—¿Por qué te remordía la conciencia?

Una mirada desafiante.

—Porque aquello estaba mal.

«Eso no cambia las cosas. No quiere decir nada. No sé si convierte a mi padre en un hombre mejor o peor de lo que yo lo consideraba».

—¿Mamá estaba enterada de esto? —Me atraganto al hacer esta pregunta, porque temo la respuesta.

Gracias a Dios, mi padre niega con la cabeza, consternado.

—No, nunca, absolutamente nada. Tu madre hacía la vista gorda ante muchas cosas. No era Teresa de Calcuta, ¿sabes? A ella también le gustaba vivir bien, tener cosas bonitas, pero a eso no le habría hecho la vista gorda, de ninguna de las maneras. Cuanto menos supiera, mejor.

Ahí está, pues. Es posible que tenga que hacer una ligera revisión del pasado, reconfigurar un poco la imagen que tengo de mi madre para verla menos virtuosa y más mercenaria, pero en esencia es bastante simple.

Mi madre era un ser humano. Con sus defectos. Le gustaban las cosas bonitas. Amaba a mi padre. Pero tenía sus límites.

Puedo soportarlo.

Vuelvo a centrar la atención en mi padre.

—Has dicho que Maryanne te tuvo convencido durante una temporada. ¿Qué fue lo que cambió?

—Que me enteré de cosas. —Tuerce la boca, le tiemblan los labios; se siente asqueado y furioso—. La mayoría de aquellos niños no se vendían a unos padres afectuosos, sino a otras redes de trata de seres humanos, redes mundiales. Sabe Dios

dónde terminaron y con quién. —Se mece ligeramente. Está apretando el vaso con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos—. La verdad es que no quiero remover eso, Catrina. Si lo pienso mucho... Todos los días de mi vida me atormenta acordarme de lo que puse en marcha. —Me mira a mí, deseoso de hallar comprensión—. En cuanto lo supe, le dije a Mackie que no quería volver a tener nada que ver con todo aquello, aunque no es que hubiera estado demasiado involucrado hasta aquel momento, porque lo que hacía en realidad era echar una mano en las operaciones indirectas: llevar a las chicas en coche, ocuparme del mantenimiento del piso, cosas así.

—¿Chicas?

Afirma con la cabeza, y da la impresión de que el esfuerzo le resulta doloroso.

—Sí, en aquel piso solía haber tres o cuatro chicas embarazadas al mismo tiempo. Maryanne y Saskia también vivían allí, para cuidar de ellas. Para «guiarlas», decía Maryanne.

Una fábrica de niños en pleno centro de Londres. En este momento me gustaría que hubiese una ventana por la que asomarme. Algo que me recuerde que hay vida —estrellas, un cielo, gente, risas— fuera de esta habitación negra como boca de lobo.

—¿Y la atención médica? Quiero decir, ¿cómo hacían para...? —Noto la voz quebrada, ronca.

—Gina, la hija de Mackie, era médico en prácticas. Su padre insistía en que tuviera un empleo respetable, y contar con un médico en la familia era algo muy útil para una persona como Mackie. Gina era la que supervisaba las cosas en el día a día. Supongo que era la jefa de Maryanne y de Saskia.

Me inclino hacia delante.

—¿Qué fue lo que sucedió, papá? Esto ocurrió hace años. ¿Qué pasó para que todo volviera a salir a la luz?

—Fue Maryanne la que lo volvió a sacar a la luz. Hace unos meses dio conmigo. Literalmente, yo hacía quince años que no la veía, y de repente apareció una noche, en la puerta de mi casa, diciéndome que quería ponerse en contacto con Gina. No explicó para qué, simplemente dijo que había estado recordando el pasado y que... —Levanta las manos en el aire como diciendo: «Quién sabe»—. Sea como sea, me dijo que había visto a Saskia, pero que no había querido decirle dónde estaba Gina. Yo le contesté que seguramente tenía un buen motivo para ello. Yo sabía que Gina, con el paso del tiempo, se había vuelto respetable, y que no le gustaría nada que reapareciera Maryanne. Pero Maryanne no se detuvo. La noté un tanto desesperada, lo cierto es que daba lástima. Y me sentí culpable por haberla involucrado en aquel asunto tantos años atrás, así que al final me derrumbé y se lo dije. No sabía la dirección exacta de Gina, pero conozco gente y puedo averiguar cosas. —Se queda mirando fijamente su vaso, con gesto abatido—. Una semana más tarde, Maryanne apareció muerta.

Espero un rato, aunque probablemente no son más que unos segundos.

—De modo que Gina mató a Maryanne, ¿es eso lo que estás diciendo?

Un leve encogimiento de hombros, como diciendo: «La detective eres tú, así que saca tú las conclusiones».

Miedo más amor igual a pánico.

—¿De modo que ella te reprocha que le enviaras a Maryanne? ¿Has recibido amenazas? ¿Por eso te escondes? Joder, papá, ¿no se te ha ocurrido nada mejor que esconderte en tu propia casa?

Se encoge de hombros, un indicio de su antigua fanfarronería.

—Dudo que Maryanne le dijera que fui yo, y de todos modos no sé si Gina se acordará tanto de mí. Yo trabajaba para Mackie, no para ella. Ella me consideraba simplemente un empleado de mantenimiento al que pagaban bien. Y Mackie, en fin, lleva años sin dejarse ver. Se dio a la fuga. Que yo sepa, podría incluso haber muerto.

—Bueno, ¿y por qué todo esto? —pregunto señalando la habitación.

—Por precaución.

—¿Contra qué? Has dicho que no crees que vengan a por ti.

En ese momento se abre la puerta. Yo envejezco veinte años de golpe, pero a mi padre se lo ve más fastidiado que asustado.

—No se protege a sí mismo: me está protegiendo a mí.

Saskia.

—He sido yo la que ha acudido a él —dice, penetrando en la habitación. «Así que deja de molestarle», se sobreentiende—. Cuando llegó aquel matón amenazándome... para «entregarme un mensaje», dijo, comprendí que no podía quedarme allí, y no sabía adónde ir.

Lo del «matón» me deja perpleja.

—¿Te refieres a Patrick Mackie?

Saskia, con el pánico pintado en el rostro, se vuelve hacia mi padre.

—¿Por qué trae a Mackie a colación, Mike? Dijiste que hacía mucho tiempo que no estaba, que con un poco de suerte había muerto. —Después se vuelve hacia mí—. Me refiero al hijo de Gina. Es el pequeño guardaespaldas de su mamá. Incluso pensó que le tenía miedo, como si fuera a tener miedo de semejante imbécil. Pero lo que me da miedo es esa familia. Me aterroriza.

Decido contárselo.

—Patrick Mackie no ha muerto, y está de nuevo en Inglaterra. —Mi padre sufre un sobresalto y la mesa se mueve unos centímetros—. Relájate. Se está muriendo, si te sirve de consuelo. Y se encuentra bajo custodia policial, igual que Gina Hicks. No corres peligro, ¡así que enciende de una vez el resto de las luces!

—Bajo custodia —repite Saskia—. ¿Y usted se cree que los Mackie no continúan teniendo un brazo bien largo? Si quieren cerrarme la boca, ya encontrarán a alguien que se encargue de ello, por mucho que se encuentren bajo custodia.

—¿Y por qué iban a querer cerrarle la boca? ¿Porque usted conoce su pasado? ¿O porque sabe lo que le ha ocurrido a Maryanne?

Mi padre, resignado, le hace una seña con la cabeza para que continúe.

—La verdad es que son dos caras de la misma moneda. Lo sé todo. —Se deja resbalar por la pared y termina derrumbándose en el suelo, agotada—. ¿Cómo los han cogido? ¿Quién ha hablado? —Levanta la cabeza bruscamente, con los ojos muy abiertos—. De ninguna manera saldrán bajo fianza, ¿no?, por un delito como este.

No puedo mentir. Literalmente, no soy capaz. No me queda ni un solo gramo de astucia en el cuerpo.

—De momento no están detenidos por este asunto, sino por otros motivos, pero no son precisamente de la alta sociedad. Permanecerán encerrados esta noche, eso es todo cuanto puedo prometerle. —«De modo que toma una decisión, y rápido»—. Vamos a necesitar algo más para poder retenerlos más tiempo. ¿Puede usted proporcionarnos algo más? Podemos protegerla, Saskia, si nos dice todo lo que sabe. Es la única manera de que usted no corra peligro a la larga.

Digo «podemos», pero sé que mi carrera está acabada. Ya estaba acabada tras la primera mentira. No tengo necesidad de leer las *Normas de Conducta Profesional* del College of Policing para saber que la mía ha sido realmente pésima.

Saskia vuelve a mirar a mi padre, y entre ambos se transmiten un mensaje importante. No percibo un romance, sino algo más profundo. Disney lo definiría como amistad verdadera, pero yo diría más bien que es dependencia mutua.

Saskia hace una inspiración profunda, temblorosa, de las que te cambian la vida.

—De acuerdo, le contaré todo, pero con una condición: que mantenga a Mike, su padre, fuera de esto.

«¿Habrás sabido desde el principio quién era yo? ¿Lo sabía ya el día en que estuve en el piso de King's Cross?».

—No hay necesidad de involucrarlo. De todos modos, no estaba realmente involucrado, ni en lo más importante ni tampoco en lo más sórdido. Y aquella noche, la noche en que murió Maryanne, cuidó de mí cuando yo no tenía ningún otro sitio al que ir, y no quiero que sea castigado por eso. No lo permitiré. Él es la única persona a la que Maryanne y yo le hemos importado, tanto antes como ahora. Él nos cuidaba, se reía con nosotras, nos trataba como a seres humanos, no como si fuéramos carceleras y las chicas fueran ganado. De modo que ese es el trato. No necesita a Mike para llevarlos a la cárcel, solo me necesita a mí.

Es un giro tan encantador de la situación que estoy a punto de pedirle que continúe hablando, que acerque una silla y me hable del gran hombre que me he perdido, de las maravillosas cualidades que nunca he sabido ver en él. Y también es un salvavidas, una oportunidad para aferrarme al trabajo que tanto amo un poco más de tiempo, porque no soy tan tonta como para creer que esto no iba a volverse al final contra mí, desde luego. Un poco más de tiempo bastará. El tiempo suficiente para que me recuerden por algo más que esto.

Pero no va a suceder tal cosa. Es imposible.

—Saskia, puede que usted quiera mantener a mi padre al margen, pero cuando

acusemos a Gina Hicks, quizá ella tenga otras ideas. Y también Patrick Mackie.

Pero Saskia me refuta rápidamente el argumento. Está claro que lo ha pensado muy a fondo.

—Ellos no funcionan así. Ellos no son de los que arrastran a la gente consigo, sobre todo a los pelagatos, y no te lo tomes a mal, Mike. ¿De qué les iba a servir? Solo le proporcionarían munición a alguien para que les echase más mierda encima, y Mike tiene mucha mierda que echarles encima, más asuntos que este. Ellos no correrían ese riesgo, lo sé. Nadie sale beneficiado de involucrar a Mike en esto. —Me mira con intención—. Incluida usted, imagino.

Así que Saskia lo cuenta todo. Los Hicks son detenidos. Uno de los delincuentes más buscados del Reino Unido vuelve a estar bajo nuestra jurisdicción y Maryanne obtiene justicia.

Y yo logro conservar mi trabajo, o por lo menos intentaré jugar con la loca posibilidad de conservarlo, a ver qué pasa.

Todo el mundo sale ganando, ¿no?

Afirmo lentamente con la cabeza, pero me siento abrumada por un fuerte sentimiento de pérdida.

Me imagino a todos nosotros en el *pub* cuando esto haya terminado. Flowers está pagando una ronda para todos. Ben y Seth están monopolizando la gramola como de costumbre. Parnell y yo hemos colonizado nuestra mesa habitual, la que está rodeada por un panel de madera de roble, un reservado lo bastante grande para que quepa una brigada de Homicidios de tamaño mediano, y Renée está jurando que solo se quedará a tomar una... Más tarde afirmará que se refería a una botella, no a una copa. Emily está enganchada en una conversación con un tipo: puede que sea uno de los tipos mayores que vienen por aquí a tomarse copas porque la cerveza es bastante barata y ponen las carreras que emite el Canal 4, o puede que sea uno de los jóvenes pretendientes que salen de las oficinas de alrededor para profesar su amor por una «taberna como Dios manda» antes de atiborrarse de botellines de cerveza de baja graduación y bolsas de patatas fritas.

Como siempre, la mujer más ocupada de la cristiandad, la inspectora Kate Steele, «estará aquí dentro de un minuto».

Una vez pedidas todas las copas y elegida la música, la conversación se desviará inevitablemente hacia el momento en que se inició este caso. El gran descubrimiento. Todo el mundo reclamará una parte del mérito, como es natural. Exagerará el papel que desempeñó a la hora de desentrañar la trama. Pero el hecho es que nadie ha empujado este caso hacia un lado ni hacia otro. Nadie tiene derecho a alardear. Porque para todo el mundo, salvo para mí, ocurrió simplemente que, a las nueve y cuarto de la noche del 31 de diciembre de 2016, Saskia French entró en la recepción de la comisaría de Holborn y de forma voluntaria, por iniciativa propia, pidió hablar con la persona responsable de la investigación de Maryanne Doyle.

En aquel momento Parnell no estaba, se había ido a dar su paseo «reconstituyente de la tarde», como dijo, de modo que, mientras regresaba a la comisaría al trote, Seth recabó la información esencial y le leyó a Saskia sus derechos.

Saskia no quiso llamar un abogado.

Así es como sucedió, por mucho que el relato se haya remodelado y teñido de romanticismo en los anales de la historia del MIT4.

Así es como está sucediendo ahora mismo, de hecho.

En la entrevista están presentes el detective en funciones inspector Luigi Parnell y la detective Renée Akwa. Parnell y Renée se complementan muy bien. Con más matices que los simples de poli bueno/poli malo, pretenden representar el papel de poli simpático/poli formal: Parnell se encarga de ser simpático y Renée formula las preguntas directas.

Derrumbada en la sala de observación, viéndolo todo en el monitor, me encuentro yo.

No he pensado qué le voy a decir a Parnell para explicar por qué he vuelto. Por qué no me he quedado en la cama con mi misteriosa y repentina enfermedad. Lo único que sé en este momento es que necesito estar aquí. Por nada del mundo puedo perder de vista a Saskia, ahora que es un testigo significativo.

Un testigo significativo dotado de una energía incendiaria de la que uno no puede fiarse.

Un testigo significativo que va vestido con un jersey de mi propiedad, sacado con toda la cara del armario de la que era mi habitación de adolescente.

—De acuerdo, Saskia, vamos a empezar por el principio. —Parnell se reclina en su asiento para ponerse cómodo, una señal para que ella haga lo mismo—. ¿Se llama Saskia? ¿No Sarah?

Una media sonrisa de suficiencia, al tiempo que pasa un dedo por el borde de la mesa.

—Saskia.

—¿Por qué se cambió el nombre? —le pregunta Parnell, como si fuera mera curiosidad.

—No hay mucho que contar. Simplemente quería un nombre más exótico para el trabajo. Sarah resultaba un tanto convencional, un nombre de esposa. Y no es eso lo que quieren los clientes.

—Me parece lógico.

A continuación toma la palabra Renée; enmascara su calidez innata con un tono frío y pragmático:

—¿Cuándo conoció a Maryanne Doyle, Saskia?

La interrogada estira las manos y se mira las uñas, que están algo rotas. Es la arrogancia en persona, pero yo sé que es todo fachada.

—En 1999. Yo estaba fumando un cigarro en la parte de atrás de la clínica y hacía un frío que pelaba, así que tuvo que ser en el mes de febrero, como muy tarde. Ella me pidió fuego y me contó que trabajaba en una oficina al otro lado de la calle. A partir de entonces, me la encontraba allí todos los días, a la hora del cigarro. Empezamos a hablar de grupos musicales y cosas así, y de repente un día me enseñó unas entradas que tenía para ver a Faithless en el Brixton Academy. Yo creía que ya no quedaban entradas, pero ella se echó a reír. Me dijo que conocía gente, y que a ninguna de sus amigas le gustaba aquel grupo, así que me invitaba a mí, si me apetecía. Me pareció un poco raro, pero la verdad era que tenía muchas ganas de ir, así que me dije: «A la mierda». Nos hicimos amigas. Ella siempre tenía mucho dinero, siempre lo pagaba todo: más conciertos, bares de moda, los mejores locales...

—Recoge las manos y se sienta encima de ellas—. En fin, aquello continuó durante un par de meses, y luego me lo preguntó. Yo sabía que había estado preparándolo todo para aquel momento, que aquello de convertirse en mi mejor amiga había sido teatro.

—¿Qué fue lo que le preguntó? —dice Renée.

Saskia baja la mirada.

—Si estaría dispuesta a pasarle los datos de chicas que se registrasen en la clínica para abortar o para ver al médico, y que a mí me parecieran indecisas respecto a querer abortar, sobre todo irlandesas. Dijo que conocía a un tipo que pagaría mucha pasta por esa clase de información. Yo trabajaba en la recepción, ¿comprende?, inscribía a las chicas, las observaba. Una aprende a reconocer las señales.

—¿Y usted accedió a hacerlo?

Saskia pone los ojos en blanco.

—Bueno, la primera vez que me lo pidió no le dije exactamente: «Sí, no hay problema», pero es que estaba sin blanca. Precisamente aquella semana acababa de cobrar, una paga mínima, e iban a subírmela a tres libras con sesenta a la hora. Cuando se lo conté a Maryanne, se echó a reír como una loca. De modo que con aquello quedó cerrado el trato.

Parnell afirma con la cabeza, todo él compasión y comprensión.

—¿Y nada más? ¿Usted le pasaba los datos y ellos incrementaban su cuenta corriente?

—Al principio. Pero luego empecé a enterarme mejor de cómo funcionaba todo aquello, empecé a saber más cosas de Maryanne; supe que había vendido a su hijo y que había montado un «negocio» con aquel tipo. Daba la impresión de que se pegaba la gran vida: vivía en un piso en el centro y ganaba varios miles de libras al mes solo por cuidar de un par de chicas embarazadas. Claro que no tardé en enterarme de que en realidad no las cuidaba, sino que las vigilaba, pero en aquel momento me pareció increíble, y quise participar también. Así que le sugerí que si hubiera dos cuidadoras, podrían tener más chicas, ¿no? Ella me contestó que hablaría con su «socio».

—¿Cómo se llamaba el socio? —pregunta Renée con gesto impertérrito, inexpresivo.

Saskia titubea, sabe que está a punto de cruzar una línea.

—Se llamaba Patrick Mackie, pero me parece que ella habló con su hija Gina. Gina se encargaba más de las operaciones del día a día. Y también de entregar a los recién nacidos.

—Para que conste en la grabación —dice René en tono seco—, se refiere usted a Gina Hicks, ¿verdad?, su casera.

Saskia se inclina hacia delante e imita a Renée:

—Para que conste en la grabación, sí, me refiero a ella. —Luego sonrío para sí misma, y al hacerlo se le agrieta el labio inferior, que empieza a sangrarle.

—Continúe —le dice Renée sin alterarse.

—Bien, pues Maryanne habló con Gina. Unas semanas más tarde las dos estábamos dándonos la vida padre. Aunque yo tuve que conservar mi empleo en la clínica, como es natural.

Parnell se inclina hacia ella.

—A ver si lo he entendido bien. Usted le pasaba los datos a Maryanne. Ella

abordaba a una chica, una que no pareciera muy decidida a abortar, y le hacía una oferta que no podía rechazar. ¿Así es como funcionaba?

—Bueno, no era tan simple, pero dicho de manera resumida, sí. Era un buen trato: pasabas una larga y agradable temporada en un lujoso piso de Londres, porque en aquella época era lujoso, con todas tus necesidades satisfechas, y al terminar te pagaban ocho de los grandes. A ver, tenía que ser necesariamente un buen trato. Las chicas debían mentir durante varios meses seguidos a sus familias acerca de dónde estaban, no resultaba nada fácil. Pero, claro, es que ocho de los grandes es mucho dinero. Maryanne alardeaba diciendo que a ella le habían pagado diez, pero que Mackie ya no pagaba tanto porque ahora tenía otros «gastos fijos» que atender. Así nos denominaba a Maryanne y a mí: «gastos fijos».

Parnell hincha los carrillos.

—Un negocio arriesgado. ¿A Maryanne no la preocupaba que alguna chica le dijera que se fuese a paseo y acudiera a la policía?

—Hubo algunas que la mandaron a la mierda, pero era poco probable que se fuesen de la lengua. Si no les interesaba el trato, lo único que querían era acabar con aquello sin que nadie se enterase, no iban a ponerse a armar un escándalo y destapar que habían ido a Londres para abortar. Además, Maryanne no abordaba a tantas. Yo acabé haciéndome una experta en detectar a las mejores candidatas, así que nuestro porcentaje de éxitos era muy alto. —Abre las manos a modo de explicación—. Daba igual lo indecisas que estuvieran; si eran demasiado jóvenes, yo sabía que iba a resultarles muy difícil justificar una desaparición durante siete u ocho meses enteros, así que ni nos molestábamos. Si eran demasiado mayores, podían ser un poco más peleonas, porque eran más conscientes de lo que querían y no eran tan fáciles de controlar. —Se le quiebra la voz—. Joder, parece horrible, lo sé. Pero es que yo tenía diecinueve años y hasta aquel momento había llevado una vida de mierda, y me gustaba el dinero.

—Saskia —le dice Parnell en tono suave y sereno—, no estamos aquí para juzgarla. No se flagele, siga hablando. Lo está haciendo muy bien. —Ella responde con un gesto afirmativo de agradecimiento—. Bien, entonces, cuando una chica aceptaba, ¿qué sucedía a continuación?

—La enviábamos a pasar unos días con una «familia de acogida» mientras lo organizábamos todo. Hay clínicas que se dedican a eso, ¿sabe?, para mujeres que no pueden permitirse pagar durante esas pocas noches un Bed & Breakfast. De modo que Maryanne pensó que parecería un poco más legal si también cubriéramos esa opción. Naturalmente, las «familias» eran simplemente gente pagada por Mackie, todo era una gran farsa. Pero en cuanto nos era posible, trasladábamos a las chicas al piso.

Renée coge una hoja de papel.

—El número 12 C de Ophelia Mansions, Frederick Street, King's Cross. ¿Aquí es donde todavía reside actualmente?

Saskia hace un gesto afirmativo y esboza una sonrisa sarcástica.

—Sí, es donde todavía resido.

—¿Y literalmente tenían a esas chicas en una jaula de oro hasta que daban a luz?

Saskia reflexiona sobre la expresión «en una jaula de oro».

—Supongo que se podría denominar así. Pero no era precisamente una casa de caridad. La comida era lo mejor de lo mejor, porque Gina, que era médico, estaba obsesionada con la nutrición. Y también tenían el canal Sky de televisión, todas las cadenas, y en general todo lo que les apetecía: libros, revistas, productos cosméticos especiales... Y algunas de ellas se cachondeaban pidiéndonos algunas marcas, y Maryanne o yo se las conseguíamos. Por lo general era yo, porque, debido a mi trabajo, salía más.

Parnell se frota el mentón.

—Entonces, ¿está diciendo que no salían nunca del piso? Olvidémonos de la nutrición; eso no puede ser sano.

—A veces Maryanne, cuando ya se fiaba de ellas, las sacaba para que dieran un paseo.

—¿Como a los perros? —El gesto de Renée es puro hielo.

Repentinamente, Saskia se incorpora en la silla y apunta a Renée con el dedo.

—No tenía por qué hacerlo, ¿sabe? Gina nunca lo exigió. Era un acto de bondad. —Parnell sonríe para calmar los ánimos—. Por supuesto, ella también quería salir. Cuando hacía bueno, llevaba a las chicas a merendar al aire libre, iban hasta Leamington Square Gardens, que no estaba lejos. A ella le encantaba aquel parque, decía que era tal como se había imaginado que era Londres, todo casas pijas de estilo georgiano y farolas anticuadas. —Hace una pausa, con la respiración entrecortada—. Allí fue donde la encontraron, ¿no?

Parnell afirma con gesto reverente.

—Cabrones —dice Saskia apretando los dientes—. Apuesto a que fue una advertencia para todo el mundo de que debían mantener la boca cerrada. Toda chica que pasara por el piso habría captado el mensaje alto y claro. A todas les encantaba aquel parque, porque era el único sitio al que salían. En cierto modo, todas éramos prisioneras, solo que no lo veíamos así. —Sonríe, y esta vez es una sonrisa auténtica, sin pizca de sarcasmo—. No obstante, algunas veces Maryanne y yo nos escapábamos, de noche, y dejábamos a las chicas solas. Nuestro sitio favorito era Turnmills, que estaba a poco más de un kilómetro del piso. Pero en una ocasión fuimos hasta Heaven, pasado Charing Cross. Corrimos un riesgo, pero mereció la pena. Durante unas horas pudimos hacer cosas normales, como bailar o coquetear, en lugar de pasarnos noche tras noche en casa, viendo reposiciones de *Friends* en compañía de unas mujeres que estaban hasta arriba de hormonas.

—¿Y los hombres? —pregunta Parnell reclinándose de nuevo—. ¿Las chicas recibían alguna visita masculina?

—¿Qué quiere decir con eso?

Me llevo una mano a la nuca. No la noto sudorosa, sino al rojo vivo. «No te pongas a la defensiva —intento transmitirle—. No lo niegues de plano».

—Alguna entrega —sugiere Renée—, cosas para las chicas...

Una carcajada hueca.

—No exactamente. A veces guardaban en el piso drogas. Dinero. Armas, alguna que otra vez, aunque Maryanne protestaba por ello. Pero no me acuerdo de ningún nombre. Casi no recuerdo las caras.

—Pues esto estaba en la pared de su habitación. —Parnell le muestra la fotografía y señala a los hombres que aparecen retratados—. ¿Esto reaviva algún recuerdo?

Saskia observa la instantánea durante largo rato, con cara de póquer.

—No —responde, y la aparta—. Esa foto es de hace mucho tiempo, incluso se me había olvidado que la tenía, la verdad. Casi nunca entro en esa habitación. Joder, en aquella época yo estaba buenísima —dice, cambiando de tema y mirando a Renée—. En esa época una no se da cuenta, ¿verdad? No lo valora.

Renée permanece impassible, mientras que Parnell tamborilea con las palmas de las manos sobre la mesa; es un gesto informal, casi como un redoble de tambor.

—Sí, todo lo bueno se acaba, como dicen. ¿Cuánto tiempo estuvieron trabajando juntas Maryanne y usted?

Saskia responde al momento, como si hubiera ocurrido el día anterior:

—Maryanne se marchó a Brighton a principios de 2001. Siempre decía que quería vivir cerca del mar. Yo continué todavía una temporada, pero aquello era demasiado para una sola persona. Cometí algunos errores en la clínica, supongo que se me empezó a notar lo que hacía. Sea como sea, cuando me pillaron con datos de clientes en el teléfono, me despidieron.

—Supongo que los Mackie se enfadarían con Maryanne por haberse marchado.

—Sí, pero no tanto como me había imaginado. De todas formas, creo que Mackie estaba pensando en ir reduciendo el negocio. Quería asuntos más lucrativos, estafas más fáciles. Y me parece que Gina perdió el interés, aunque, para ser sincera, no sé si tuvo interés alguna vez, se limitaba a cumplir lo que le ordenaba su padre. Era como un robot.

—¿Entonces fue eso lo que le ocurrió a Maryanne? —La voz de Renée transmite un deje de burla, no sé cómo se lo tomará Saskia—. ¿Perdió interés por ganar un montón de dinero organizando meriendas al aire libre y viendo Sky TV?

Saskia parpadea despacio, pero no reacciona.

—Perdió la fe en lo que estaba haciendo.

—¿La fe? —repite Parnell.

—Sí, la fe. Mire, admito que yo lo hacía por el dinero, lisa y llanamente; en cambio Maryanne... No digo que ella no fuera avariciosa, porque sí lo era, pero creía de verdad que estábamos haciendo algo bueno, que les estábamos ofreciendo una buena alternativa a aquellas chicas. Yo me lo tomaba a cachondeo, me reía de su actitud de hada madrina, pero hay que reconocer que ella había pasado por eso, y yo

no. Ella sabía que representaba un verdadero salvavidas.

—Claro, claro —dice Parnell afirmando rápidamente con la cabeza—. Pero ¿qué fue lo que cambió? ¿Por qué perdió la fe?

Saskia se queda con la mirada fija en la mesa, mordiéndose el labio. Vuelve a hacerse sangre, pero por lo visto no se percata de ello.

—Ocurrió algo a finales de 2000, ya cerca de Navidad. Había una chica llamada Kristen. Era una chica agradable, pero se pasó todo el embarazo cambiando constantemente de opinión; era una persona de alto mantenimiento, un verdadero coñazo. Maryanne tenía que hablar continuamente con ella para convencerla de que volviera a entrar en razón... Yo esas cosas se las dejaba a Maryanne, porque, como digo, había pasado por lo mismo. Pues bien, cuando Kristen dio a luz, quiso quedarse al niño, sin discusión posible. Era la primera vez que sucedía algo así. Maryanne estaba muerta de miedo, pensó que Gina iba a ponerse como una furia...

—¿Y no se puso como una furia? —pregunta Parnell.

Saskia hace una mueca de resentimiento.

—No, porque simplemente entró en el piso y se llevó al niño sin más. Lo sacó literalmente de la cuna mientras Kristen se quedaba allí sentada, chillando.

Todo borde al que he intentado aferrarme hasta ahora empieza a disiparse, a licuarse.

Renée se ajusta la cola de caballo, supongo que para no descargar un puñetazo sobre la mesa.

—Imagino que entonces Kristen acudiría a la policía.

Saskia baja la mirada de la mesa al suelo, y su voz se convierte en un farfallo:

—Qué va, no se atrevió. Teníamos sus datos gracias a la clínica, ¿se acuerda? Gina le dijo con toda claridad: «Sabemos dónde vives, y dónde vive tu familia». Era algo que siempre se daba por sentado una vez que una chica había dado a luz y se disponía a dejar el piso, solo para que no se desmadrara, pero era la primera vez que yo se lo oía decir a Gina sin ningún disimulo.

—¿Qué entendió usted que significaba? —dice Renée.

Saskia le dirige a Renée una mirada como diciendo: «Adivínelo».

—¿Que si contaba algo harían daño a su familia? —propone Parnell.

Saskia se encoge de hombros.

—Eso no lo sé con seguridad. Que harían daño a su familia, que le causarían problemas, no sé. Lo único que sé es que no convenía correr el riesgo de averiguarlo.

—¿Y eso afectó a Maryanne? —pregunta Parnell—. ¿No encajaba con su imagen de hada madrina?

Saskia asiente sin levantar la mirada del suelo.

—Fue peor. Gina, tras amenazar a Kristen, nos dijo a nosotras que nuestro trabajo consistía en devolverla al redil y conseguir que comprendiera que todo era por su bien. Así que nos dio quinientas libras y nos mandó a Oxford Street a comprarle unos cuantos regalos. Unos putos regalos. Unas horas más tarde, cuando regresamos al

piso, nos encontramos a Kristen en la bañera con unos profundos cortes en las muñecas. Nos quedamos allí de pie sin más, con las putas bolsas en la mano. —Los recuerdos la hacen palidecer—. Yo me quedé horrorizada, pero Maryanne estaba inconsolable. Durante las semanas siguientes la estuve observando, pues, a juzgar por lo deprimida que estaba, me preocupaba que ella también se cortase las venas. Pero no lo hizo, simplemente se marchó. Ni siquiera se despidió, solo dejó una nota con dos frases: «Me he ido a Brighton. Que tengas una vida feliz». Y ya está. La verdad es que me dolió. Habíamos pasado mucho juntas.

—¿Kristen estaba muerta? —pregunta Parnell; su tono de voz es liviano, y su lenguaje corporal, relajado.

«Reducir el delito al mínimo, hacer que continúen hablando... Interrogatorios para tontos: nivel intermedio».

—No. Estaba muy mal, pero tenía pulso.

—¿Llamaron a una ambulancia? —pregunta Renée.

—Llamamos a Gina. —La anterior palidez de Saskia da paso a un intenso sonrojo; por lo menos, es un signo de reconocimiento de que ha sonado patético—. Al cabo de unos minutos se presentó un tipo, un tal Gavin no sé qué. Ya digo que nunca me acuerdo de los nombres de la gente. Nos dijo a Maryanne y a mí que saliéramos.

—¿Sabe qué le sucedió a Kristen? ¿Sabe si sobrevivió?

—No lo sé. Ninguna de las dos se atrevió a preguntarlo. —Desvía la mirada y se pierde en las opresivas paredes de color gris de la sala—. Dios, era jovencísima.

—Igual que usted. —El tono de voz de Renée sigue siendo gélido, pero deja traslucir una chispa de compasión. A Saskia se le llenan los ojos de lágrimas—. A usted también se le debió de pasar por la cabeza marcharse de allí —agrega Renée, nuevamente pragmática—. ¿Qué fue lo que la retuvo? ¿Qué es lo que la ha retenido durante todo este tiempo?

—Al principio sí que lo pensé, pero es que yo era la más popular, la que nunca se iba de allí. De modo que cuando el negocio de los bebés se acabó, Gina me dijo que podía quedarme una temporada hasta que encontrara otra cosa. Lo único que tenía que hacer era «entretener» a los amigos de Patrick Mackie de vez en cuando, hacer la vista gorda ante sus negocios. Durante una temporada las cosas fueron bien, pero luego un miembro de la banda de Mackie me introdujo en las drogas a lo grande, y al poco tiempo había pasado de entretener a un sinvergüenza de tanto en tanto a ofrecer sexo a cambio de dinero a jornada completa. Para pagarme el mantenimiento, me decían. Y más adelante trasladaron a otras chicas al piso. A una de ellas la reconocí: había estado con nosotras un año antes, era una de las que habían vendido a su bebé. Era una estudiante de sobresaliente; recuerdo que nos contó que ya tenía plaza en la universidad para el curso siguiente, que quería ser arquitecta. Cuando apareció otra vez en el piso, estaba enganchada a la cocaína, venía con los ojos morados y dudo que fuera capaz siquiera de explicar lo que era un arquitecto. —Mira alternativamente

a Renée y a Parnell—. Maryanne y yo no lo sabíamos, lo juro, pero los hombres de Mackie agarraban a las chicas más vulnerables en cuanto abandonaban el piso, las que estaban un poco deprimidas, con las hormonas descontroladas. Les ofrecían drogas, conseguían que se engancharan y..., en fin, ya saben adónde conduce eso...

—¿Usted todavía consume? —pregunta Parnell.

Sé lo que está pensando: «Si consume, no se le nota».

—No, quedé limpia hace seis años. Y apenas bebo tampoco. Pero sigo haciendo lo que hago porque se gana dinero, y en unos años más habré ahorrado lo suficiente para empezar de nuevo en otra parte. Muy lejos de aquí. Puede que en Nueva Zelanda.

«¿En la cárcel de mujeres de Bronzefield? ¿En la de Downview?».

—¿Y qué es lo que paga, y a quién? —pregunta Renée.

—El cuarenta por ciento de mis ingresos, a Gina. Más que si trabajara para una agencia, pero es que también regento el negocio del piso. En la actualidad, elijo con quién trabajar.

Renée enarca una ceja.

—¿De modo que Gina Hicks no es su casera, sino su proxeneta?

Una risa seca y nerviosa.

—Supongo que sí. Pero me gustaría ver por un agujerito la cara que pone cuando usted se lo diga. A Gina le gusta considerarlo una «renta». Hace unos años se volvió muy estirada. Creo que desde que su viejo huyó del país ha intentado llevar una vida más o menos honrada, todo lo honrada que puede ser cuando el dinero que se posee es producto del sufrimiento que has causado a los demás. Así que no le gusta pensar que está llevándose parte de las ganancias de una prostituta.

—No debió de gustarle que Maryanne volviera a aparecer —dice Parnell, y después añade—: ¿Cuándo reapareció, Saskia? ¿Cuándo volvió a ponerse en contacto con usted?

—A principios de mes. Yo no había vuelto a tener noticias suyas desde el día en que se marchó. Casi me muero del susto cuando abrí la puerta. Y ella también, de hecho; me dijo que había ido solo por probar suerte, porque en realidad no pensaba que yo siguiera viviendo allí. Estaba muy cambiada, lo cual también me sorprendió. Seguía siendo muy guapa, pero con un estilo más corriente, y había perdido bastante el acento. Era como si hubiera borrado por completo su pasado. Y no se lo reprocho.

—¿Y qué era lo que quería? —pregunta Renée.

—Al principio no lo dijo, solo me preguntó si podía entrar. Así que le dije que sí, que por qué no, y fui a hacer café para las dos, pero cuando regresé al cuarto de estar la vi de pie en la habitación del fondo —hace una mueca de perplejidad— y pensé: «¿Qué diablos estará haciendo?». De repente se volvió hacia mí y me dijo: «Aquí es donde lo tuve. Este es el único sitio en el que lo tuve en brazos». De verdad, ya sé que voy a parecerles una idiota, pero le pregunté: «¿A quién? ¿De quién estás hablando?». Ella me contestó: «De Daniel», y se echó a llorar. Joder, hasta le había

puesto nombre.

—¿Se refería a su hijo? —confirma Renée—. ¿De modo que se arrepentía de haberlo entregado?

Saskia afirma con la cabeza.

—Aunque en su momento no se arrepintió, desde luego. Lo único de lo que hablaba era del dinero que había ganado y la estupenda alternativa que había sido aquello. Creo que ni siquiera llegó a enterarse de que la criatura había sido niño.

—El arrepentimiento no siempre es algo instantáneo —apunta Parnell—. En ocasiones, el tiempo no cura, sino todo lo contrario.

—El tiempo y el hecho de no poder tener hijos —replica Saskia en tono pragmático—. Empezó a contármelo todo después de tres tazas de café. Ahora estaba casada, y su marido y ella habían probado con la fecundación *in vitro*, pero no les había funcionado. Y, para colmo, estaba convencida de que su marido tenía una aventura. Repetía una y otra vez que no podía dejar de acordarse del niño, de Daniel, se preguntaba si sería feliz, cómo sería ahora, esas cosas. —Se estremece ligeramente—. Era una situación muy extraña. No sé, me daban pena ella y todo lo ocurrido, pero como hacía tanto tiempo que no la veía, se me hacía raro.

—¿Y cómo terminó alojándose en el piso?

—Simplemente me lo pidió. Había perdido el acento y aquella maravillosa melena negra, pero desde luego no había perdido la cara dura. Me dijo que había dejado a su marido, que andaba mal de dinero y que no sabía qué hacer. No tuve valor para decirle que no. Durante unos días todo fue bien; charlábamos de los viejos tiempos, de la locura que había sido todo aquello, y empecé a pensar no que pudiera quedarse a vivir conmigo de forma permanente, sino que simplemente podríamos hacernos amigas. Y de pronto volvió a ponerse intensa.

—¿Intensa? —repite Renée.

—Me presionó para que la pusiera en contacto con Gina con el fin de preguntarle qué había sido de Daniel. «¿Preguntarle qué?», le dije. «A lo mejor Gina sabe dónde están ahora los padres, dónde está él», me contestó. No deseaba causar problemas, solo quería saber que su hijo se encontraba bien. —A Saskia se le oscurece el semblante—. Naturalmente, yo sabía que Gina iba a flipar, así que intenté quitarle la idea de la cabeza. Le dije que no sabía dónde vivía Gina y que casi nunca hablaba con ella, que simplemente le ingresaba la «renta». Pero Maryanne empezó: «¿Y no podrías fingir que hay un problema con el piso, de fontanería o algo así, para hacerla venir?». Yo le contesté: «Ya, Maryanne, ¿y crees que Gina va a presentarse aquí con la caja de herramientas?». Creo que casi se le había olvidado ya cómo era aquella gente, lo peligrosa que podía resultar. En fin, tuvimos una discusión al respecto y entonces le dije que tenía que marcharse, pero ella bajó el tono y aseguró que dejaba ya el tema. Y así lo hizo, hasta aproximadamente una semana más tarde, cuando me dijo que se había tropezado con no sé quién y se había enterado de dónde vivía Gina. Estaba eufórica.

—¿Con quién? —pregunta Parnell apoyando los codos en la mesa e inclinándose hacia delante—. ¿Con quién se tropezó?

Siento cómo se me acelera el corazón conforme me acerco a la pantalla. Este es el momento. Ahora es cuando mi vida podría pulverizarse literalmente. Al fin y al cabo, ¿cómo estar segura de que se puede confiar en Saskia? ¿Cómo estar segura de que cuando dijo aquello en la casa estaba hablando en serio? Todo podía ser un juego, una complicada estratagema para socavar cualquier acusación que presentemos contra su casera-proxeneta favorita.

De repente oigo de nuevo la voz de Gina Hicks en mi cerebro:

«Saskia sabe que lo que tiene vale mucho...».

—No sé con quién se tropezó —responde Saskia con voz firme, tema zanjado—. Con alguien. No se lo pregunté porque no quería saberlo. —En este momento mira directamente a la cámara, y sus ojos perforan los míos—. Desconocía el número exacto de la calle, pero había ido allí unas cuantas veces, y en una de ellas le pareció ver a Gina entrando con el coche, pero no le hizo caso. Así que continuó yendo por allí, casi lo vigilaba, una locura. Después de varias visitas, Gina me llamó para preguntarme qué coño pasaba y para saber si Maryanne se había puesto en contacto conmigo. Le contesté que sí, y que seguramente no iba a dejar el asunto en paz hasta que obtuviera alguna respuesta, de modo que quizá le conviniera hablar con ella o disuadirla con alguna evasiva. Finalmente dijo que de acuerdo, y unos días más tarde fuimos a su casa.

—¿Usted también? —dice Parnell percibiendo algo concreto.

—Sí. Estaba preocupada por Maryanne, pero no voy a mentir: también me preocupaba mi situación con Gina. Pensé que si también acudía yo, podría... —Se toma unos instantes para buscar el término adecuado—. Podría mediar, velar por que las cosas mantuviesen un tono civilizado. Pensé que Gina me lo agradecería. Supongo que no debería dejar mi empleo de día.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que la reunión se tornó desagradable por culpa de Gina. Al principio Maryanne estaba bastante tranquila, se limitaba a hacer preguntas, ¿sabe? En cambio Gina estaba de mal humor, se lo noté nada más entrar. Podría haber dicho simplemente: «Lo siento, no sé dónde están los padres. Pero sé que son unas personas excelentes y que le habrán dado una vida muy feliz al niño». Fin de la historia, o eso cabía esperar. Pero nada de eso: le dijo la verdad.

Parnell se acerca otro poco más.

—¿La verdad?

Saskia se pasa los dedos por un lado de la cara.

—No había tales padres. Eran simplemente actores pagados por Mackie para que las chicas se sintieran mejor al entregar a sus hijos. La mayoría de los niños eran vendidos a traficantes, redes mundiales, a cambio de grandes sumas de dinero, así que Dios sabe qué les ocurría. Yo diría que nada bueno. Y Gina se lo contó tal cual a

Maryanne.

—¿Usted lo sabía? —pregunta Renée.

Un pequeño movimiento, patético.

—En ese momento no. Si lo hubiera sabido, de ninguna manera habría seguido en el negocio. A ver, lo mío era codicia, ya lo he reconocido, pero no soy un monstruo. Sinceramente creía que aquellos niños eran entregados a familias.

—¿Y por qué se lo contó Gina a Maryanne? —pregunta Parnell, confuso—. ¿Por qué, como dice usted, no se la quitó de encima con alguna otra explicación?

Saskia recorre la sala con la mirada en busca de una respuesta. No parece que con el paso del tiempo haya conseguido entenderlo.

—¿Sinceramente? No lo sé. Gina se mostró alterada desde el momento mismo en que llegamos, lo cual me resultó comprensible hasta cierto punto, pero si hubiera actuado con normalidad, supongo que Maryanne habría terminado por marcharse sin más. Pero en vez de eso nos dijo que subiéramos a la planta de arriba, al cuarto de servicio, por Dios, como si no quisiera que le ensuciáramos las habitaciones buenas. Le dijo a Maryanne que disponía de dos minutos como máximo, y que después quería verla fuera de su casa. Pero Maryanne continuó con sus puñeteras preguntitas hasta que Gina saltó: le dijo que no tenía ni la menor idea de dónde estaba su hijo, ni, ya puestos, el hijo de nadie. Que todos los recién nacidos eran vendidos a traficantes pocos minutos después de salir del piso. Maryanne le saltó encima y la sacó a empujones al rellano de la escalera, y entonces empezaron a forcejear.

Parnell tiene la cabeza un poco ladeada.

—¿Está diciendo que vio cómo Gina Hicks mataba a Maryanne?

—No.

Renée se queda con el bolígrafo suspendido en el aire, y Parnell eleva tanto las cejas que casi se le salen de la cara.

—Las vi discutir, y vi que Gina empujaba a Maryanne escaleras abajo, o quizá Maryanne se cayó sola, desde donde estaba no pude saberlo con seguridad. —Apoya la cabeza entre las manos, con la cara vuelta hacia la mesa—. Maryanne debió de darse un golpe en la cabeza, porque había sangre, y bastante. Me entró el pánico y salí huyendo. No podía pensar con claridad. Creí que Gina iba a reprocharme haberle sugerido que hablase con Maryanne, y lo único que quería era largarme de allí. Pero cuando me fui, Maryanne aún se movía, eso seguro. Ya sé que no debería haber huido, y vivo atormentada desde entonces, pero Maryanne estaba viva, intentaba incorporarse. —Su voz pierde fuerza—. Los periódicos dijeron que la habían estrangulado, que tenía unos cortes en la garganta y tal. De eso yo no sé nada. Se lo prometo, no sé nada.

Renée toma unas cuantas notas mientras Parnell, intentando asimilarlo todo, retira su silla de la mesa a fin de disponer de más espacio para absorber la enormidad de lo que acaban de oír. Pero si está esperando a que Saskia llene el silencio, no va a tener suerte, porque la interrogada permanece sentada, pacientemente, aguardando su

reacción, aguardando su dictamen.

—Dos preguntas —dice Parnell al fin—: En primer lugar, usted nos confirmó que mantenía una relación con Nate Hicks, pero a su colega Naomi Berry pareció sorprenderla. —Saca un papel del fajo que tiene Renée—. El término que anotó mi agente fue «incrédula». ¿Continúa sosteniendo dicha afirmación?

No creo que Ben haya empleado el término «incrédula», a él le van más los términos como «alucinada» o «patidifusa».

Saskia hace un gesto negativo con la mano.

—Oh, joder, eso. No, no la sostengo. No tocaría a ese tipo ni con un palo.

—¿Por qué lo dijo él, entonces? —pregunta Parnell.

Un gesto totalmente inexpresivo.

—Porque es un imbécil integral. Pero un imbécil leal, a Gina y a Patrick Mackie. Hace y dice lo que sea necesario con tal de congraciarse con ellos. —Frota el índice contra el pulgar, símbolo del dinero—. Porque le compensa.

—¿Hasta el punto de estrangular a Maryanne y arrojar su cadáver junto a Leamington Square Gardens?

Saskia se encoge de hombros. No quiere comprometerse.

—No lo sé. Quizá. —Una carcajada áspera—. ¿Quiere que le cuente una cosa muy graciosa? Esa chorrada de la relación amorosa fue idea suya, al margen de Gina. No sabía que Gina se iba a presentar en esta comisaría a contarle a usted un montón de mentiras sobre foros de fecundación *in vitro* y no sé qué más. Él pensó que inventando esa historia de una relación conmigo iba a desviar la atención de Gina y centrarla sobre sí mismo. Aquel día, cuando ustedes se fueron de la casa, me llamó para asegurarse de que yo dijera lo mismo si ustedes me preguntaban. Estaba muy complacido consigo mismo. Menudo imbécil.

Pero la cuestión es: ¿le convenía centrar la atención sobre sí mismo si a Maryanne la mató él? La respuesta es «muy posiblemente», dado que la vida de Nate Hicks, su estilo de vida, puede que incluso su autoestima..., todo ello se basa en seguir contando con el favor de su mujer y de su suegro, y si bien Gina interpretó muy bien su papel, poniendo a Nate como el hombre de la casa y retratándose a sí misma como la estresada madre de clase media, ahora resulta bastante obvio quién es el que dirige el cotarro en esa relación.

—Así pues, ¿reconoce usted que nos mintió acerca de Nate Hicks? —la reprende Renée—. ¿Que obstruyó nuestra investigación?

—Sí. —Un largo siseo, como el de una serpiente.

Parnell vuelve a acercarse a la silla.

—Verá, Saskia, nos ha mentado usted acerca de muchas cosas. Principalmente para proteger a Gina Hicks, también, lo cual me lleva a mi segunda pregunta. ¿Por qué hemos de creerla? ¿Por qué nos cuenta esto ahora?

Saskia tensa todo el cuerpo, y yo misma noto que me pongo rígida. Pura solidaridad.

—Porque sé que para ellos soy un cabo suelto. Es posible que Gina se haya conformado con enviar al canalla de su hijo con un mensaje amenazante, pero ¿Patrick Mackie? —Le tiemblan los labios, pero deja la frase sin terminar.

Parnell intenta arrojarle unas miguitas de tranquilidad:

—Yo le he visto, Saskia, y pesa menos que Renée, aquí presente. Ya no es el hombre que usted recuerda, créame.

Saskia se toca el pecho.

—Da lo mismo que tenga el cuerpo hecho polvo, lo que importa es lo que tiene aquí dentro, en el corazón, y le aseguro solo tiene un hueco vacío. —Parnell abre la boca, pero Saskia no ha terminado—. Pero también se lo estoy contando porque, hace mucho tiempo, Maryanne fue amiga mía, y no merecía morir. No merecía que yo huyera y la dejara tirada. Ese día no la ayudé, pero quizá pueda hacerlo ahora.

Parnell lanza un suspiro de aflicción.

—Sin embargo, seguimos sin saber quién la ha matado, Saskia. Lo que nos ha contado no es suficiente. Por ridículo que parezca, Gina Hicks podría afirmar que Maryanne salió de su casa y se cruzó en el camino de un desconocido violento. Se denomina «duda razonable», y es la mejor arma que esgrimen los culpables.

—Pues entonces hagan mejor su trabajo. —El tono de voz de Saskia contiene un deje de rabia. Rabia contra sí misma, contra Parnell, contra la desgracia de haber conseguido aquel empleo de recepcionista que la metió en este horrendo embrollo—. Averigüen lo que le ha ocurrido a Maryanne, o los dos le habremos fallado, ¿no le parece? —Otra vez se le llenan los ojos de lágrimas—. Y hágame caso, detective Parnell, no es una sensación agradable.

Mientras salgo de la sala de observación y me meto en el ascensor antes de que me alcance Parnell, voy pensando en lo que acaba de decir Saskia, y no puedo por menos que coincidir con ella.

Fallarles a los que han depositado su confianza en ti no es una sensación agradable en absoluto.

—Para serle sincero, la cosa no pinta bien, Gina.

Silencio.

Parnell, el rey de los eufemismos, se sienta al día siguiente frente a Gina Hicks, rígida como una escoba. Renée bulle de rabia a su lado, lista para atacar con un comentario mordaz o con una cuchillada sutil, siguiendo el plan del interrogatorio. Felix Whiteley es exactamente igual que todos los abogados chupasangres con los que me he tropezado en la vida, inflado en verborrea y en estatura, con un aire de fría arrogancia que enmascara una actitud vigilante aguda como la de un halcón.

Estoy de nuevo en la sala de observación, esta vez acompañada de Seth y Ben. Flowers asoma la cabeza de tanto en tanto, y pregunta si hay algo «jugoso» que contar.

La respuesta corta es «no». No hay nada jugoso, a menos que cuente el batido de frutas que se está tomando Whiteley. De hecho son varios batidos, en plural: uno para él y otro para Gina. Eso es lo que se consigue cobrando 650 libras la hora: una bebida rica en fibra que parece un líquido radiactivo y un corte de pelo que recuerda a la melena de Gina. Sin embargo, el batido que está tomando está permanece intacto; según el agente encargado de la custodia, por sus labios no han pasado más de unos pocos sorbos de agua desde que, hace diecisiete horas, fue arrestada y despojada de sus pertenencias.

Casi lo mismo se puede decir de mí. Solo he tomado un par de vasos grandes de agua y unos chupitos de ron. La sola idea de ingerir algo sólido me produce arcadas.

«No deberías estar aquí», me dijo Parnell esta mañana cuando me encontró derrumbada sobre mi mesa, investigando salas de concierto en Viena. «En serio, tienes peor cara que ayer. ¿Sabes qué te sentaría a las mil maravillas, Kinsella? Una dosis de comodidades hogareñas. Sopita de pollo, una bebida energética y unos cuantos días de descanso».

Comodidades hogareñas. Dos palabras que nunca he usado juntas en una misma frase. Un oxímoron, diría Seth.

—En serio, Gina, la cosa no pinta bien —repite Parnell—. Y va pintando peor cada minuto que pasamos aquí. Estoy perdiendo la paciencia, y usted está perdiendo toda posibilidad de salir de la cárcel antes de alcanzar la edad de la jubilación.

Ya ha transcurrido una hora. A Gina le han explicado a grandes rasgos lo que ha confesado Saskia, pero la frase del día es «sin comentarios», aderezada con algún que otro «mi cliente se niega a declarar» de Felix Whiteley, solo para enredar un poco las cosas. Para que nadie se duerma.

Lo mismo ha sucedido con Nate Hicks un poco antes. En su caso se han encargado Seth y Flowers.

—Venga, Gina, tiene que comprender que al empeñarse en no hacer comentarios parece usted culpable —le dice Parnell.

Whiteley protesta.

—Eso no la hace parecer culpable en absoluto. Mi cliente actúa basándose en el firme consejo de su asesor legal, nada más. —Su tono de voz no pega nada con su corpachón: es menudita, casi femenina.

Parnell suspira y se cruza de brazos.

—Señor Whiteley, no soy un experto en leyes, pero, tal como yo lo entiendo, el objetivo de negarse a hacer comentarios es evitar decir algo que pueda incriminarte. Pero en este caso incrimina claramente a su cliente. —Le entrega una foto, una instantánea de la escena del crimen en alta resolución—. Como puede ver, se ha rociado todo con luminol y se han detectado restos de sangre cerca del pie de las escaleras del domicilio de su cliente. El dibujo en forma de curva sugiere que se ha intentado limpiar dicha sangre.

Whiteley examina la foto. Gina mantiene la vista al frente.

—Yo diría que es pronto para confirmar con exactitud a quién pertenece esta sangre, detective inspector. Dudo que su equipo de forenses haya empezado siquiera a recoger la sangre, y mucho menos a someterla a un análisis de ADN.

—Correcto. Pero todos sabemos que resultará que pertenece a Maryanne Doyle, y por lo tanto, junto con la declaración de Saskia French, tendremos pruebas irrefutables en contra de su cliente.

Whiteley le responde a Parnell con una media sonrisa. Para un abogado que cobra 650 libras por hora, «irrefutable» constituye todo un reto. Vamos a quitarnos los guantes, comienza el juego.

En cambio Parnell se dirige a Gina:

—¿Está escuchando? He dicho «irrefutable». Así que no merece mucho la pena aferrarse a lo de «sin comentarios». Lo mejor que puede hacer es hablar con nosotros.

En realidad, no es lo mejor, sino lo peor. Cada palabra que diga nos facilitará la vida a nosotros, no a ella. Whiteley ha instruido a su cliente a la perfección.

Gina baja la cabeza.

—Sin comentarios.

Parnell decide presionar un poco más; no piensa permitirle que interrumpa el contacto visual así como así.

—Verá, sabemos con toda seguridad que Maryanne resultó herida en el interior de su casa, porque así lo confirman la ciencia y un testigo presencial, ¿pero quién la estranguló, Gina? ¿Quién le hizo esos cortes en el cuello? ¿Fue usted, eh? Yo apostaría a que no. No la considero capaz de hacer algo así.

—Sin comentarios.

—¿Maryanne se cayó? Si Maryanne se cayó, usted no tuvo la culpa, y si nos dice quién la mató, eso obrará en su favor.

—Sin comentarios.

Renée afila el cuchillo.

—¿Hablamos entonces del tráfico de recién nacidos? Eso no va a sentar muy bien en la cárcel, créame. Díganos qué fue lo que le ocurrió a Maryanne, y tal vez podamos ayudarla.

Whiteley casi se pone de pie.

—Mi cliente no desea responder preguntas que tengan que ver con...

—¿Dónde están los gemelos? —interrumpe Gina sorprendiéndonos a todos—. ¿Y Amber?

Renée mira a Parnell.

—¡Cielo santo, tenemos un comentario!

—En realidad es una pregunta —replica Whiteley. No sé muy bien si está haciéndose el listillo o existe alguna importante diferencia jurídica.

Parnell afirma con la cabeza.

—Y, a diferencia de su cliente, nosotros no tenemos inconveniente en responder a las preguntas que nos haga. —Se vuelve hacia Gina—. Tengo entendido que en estos momentos sus hijos están con la madre de Nate.

En el semblante de Gina se reflejan emociones contradictorias: resentimiento y alivio batallando entre sí.

—Naturalmente, nos hemos puesto en contacto con Servicios Sociales para que se formalice un plan a más largo plazo —dice Renée casi con regocijo, solo para ver qué reacción consigue.

Gina empuja su silla hacia atrás bruscamente y empieza a recorrer arriba y abajo los pocos metros que separan la mesa de la pared.

—¿Y dónde está Leo? —pregunta Parnell dando otra vuelta de tuerca.

Gina abre la boca, pero Whiteley la frena haciéndole un gesto que indica que ya se encarga él.

—Creo que mi cliente ya les ha informado de que su hijo se encuentra en Austria.

—Sin embargo, parece poco dispuesta a facilitarnos una dirección exacta, y necesitamos hablar con él, ahora más que nunca, a la luz de la declaración que ha hecho Saskia French, en la que consta que él la amenazó. Sin duda le beneficiaría ponerse en contacto con nosotros de manera voluntaria.

Gina vuelve a sentarse, las piernas cruzadas con fuerza, el pie derecho moviéndose nervioso.

—¿Puedo preguntar por qué se dan tanta prisa en aceptar todo lo que ha dicho Saskia French? O debería decir más bien Sarah Finch. —Whiteley intenta hacerla callar de nuevo apoyando su regordeta mano en el delgado antebrazo de ella, pero Gina se zafa inmediatamente—. ¿Han examinado la ficha policial de Sarah Finch? No tiene precisamente fama de decir la verdad.

Resulta que sí la hemos examinado. Las tres denuncias por hurto en tiendas tienen un pase. La advertencia que recibió en 1997 por haber prestado falso testimonio a la policía podría resultar problemática.

—Hay pocas personas que tengan esa fama, lo cual convierte nuestro trabajo en una auténtica pesadilla. —Parnell se vuelve hacia Renée—. ¿Cómo era la frase? Esa que Kinsella repite todo el tiempo, esa tan graciosa. —Finge hacer memoria, pero yo sé que no lo necesita—. Ah, sí, ya sé: «Solo hay tres cosas que digan la verdad: los niños pequeños, los borrachos y los *leggings*». —Ríe para sí mismo—. ¿A que es buena? Sin embargo, se le olvida la ciencia. La ciencia dice la verdad, casi siempre.

Necesito que Gina Hicks diga la verdad. Por difícil que parezca la situación para ella, tampoco será muy halagüeña para mí si Parnell y Renée no consiguen que confiese. Porque si Gina no queda libre de toda sospecha, habrá un juicio. Y un juicio implica prestar testimonio policial. Y prestar testimonio policial implica que tendré que escoger entre quedar libre de toda sospecha —es decir, un suicidio profesional— y arriesgarme a subir al estrado. Y cometer perjurio.

Tengo que persuadirla de que diga la verdad.

Me levanto y salgo de la sala de observación. Seth me pregunta adónde voy, así que le digo que estoy mal de la tripa, con lo cual ya no pregunta más, y tomo el pasillo que conduce a la sala de interrogatorios. Se me hace tan largo como si midiera un kilómetro cuando en realidad no serán más de veinte pasos. Llamo a la puerta y pido hablar con Parnell. Él responde con amabilidad y cortesía, como si ya esperase la interrupción, pero cuando lo tengo frente a frente le advierto una expresión que amenaza tormenta, y además emplea un lenguaje impropio de él:

—Joder, Kinsella. —Me asombra oírle pronunciar esa palabra, y de hecho siento que me asoman las lágrimas a los ojos—. Si lo que estás buscando es que te dé permiso para irte a casa, podrías habérselo pedido a Flowers, ¿no te parece? Él es sargento, tiene autoridad. Precisamente ahora que la interrogada por fin estaba empezando a pasar del «sin comentarios». ¡Joder!

—Ya lo sé. He estado viéndolo todo desde la sala de observación. —Cuadro los hombros y endezco la espalda en el intento de aumentar mi volumen al máximo—. Jefe, quiero participar. Puede que la interrogada haya dejado de decir «sin comentarios», pero tampoco está reaccionando positivamente a Renée y a usted, se le nota en el lenguaje corporal. En cambio, opino que quizá yo sí pueda sacarle algo.

—No me digas. ¿Y cómo es que de repente te has convertido en una experta interrogadora? —Está irritable, no se lo cree—. De todas formas, ya tenemos suficiente para acusarla sin necesidad de que confiese. No es lo ideal, pero otras veces nos ha funcionado con menos.

Allá voy.

—¿En serio? Es posible que tengas lo suficiente para acusarla de agresión, si es que los forenses encuentran algo que demuestre que a Maryanne la empujaron escaleras abajo, porque la declaración de Saskia por sí sola no bastará, ya que dijo que no lo vio con claridad. Y Gina tiene razón sobre la personalidad de Saskia. Si esto llega a juicio, la harán pedazos. Y en cuanto al asesinato, no tenéis nada de nada, y de todas formas no pensáis que Gina haya sido capaz de hacer algo así, ni yo

tampoco lo pienso. Pero ambos sabemos que ella sabe quién lo hizo. Sencillamente, no va a revelarlo a menos que comprenda que no le queda otro remedio.

«Y no le queda otro remedio. Ningún otro».

Seth pasa por mi lado y me lanza una mirada de extrañeza de la que, gracias a Dios, Parnell no se percata. Parnell está demasiado ocupado asimilando el hecho de que una detective de veintiséis años le está echando el sermón.

—Mira, jefe, tiene su lógica —le digo procurando parecer racional—. Yo soy quien más tiempo ha pasado con ella, y sé qué resortes hay que pulsar. Piénsalo, he estado presente en todas las interacciones que hemos tenido con ella, y fue conmigo con quien pidió hablar cuando vino aquel día a la comisaría.

—Para contarte una sarta de mentiras, lo cual podría querer decir que a ti te considera una inocente.

Esto último me ha dolido, pero, para ser justos, yo también estoy golpeando en el bajo vientre al decir implícitamente que Renée y él no están consiguiendo resultados.

—También podría significar que conmigo le resulta fácil hablar, que me ve compasiva. Pero, oye, si me considera una ingenua, perfecto. Al intentar engañarme, puede que termine metiendo la pata ella misma. Merece la pena intentarlo, ¿no crees?

Parnell no me contesta, simplemente regresa a la sala y propone un descanso de quince minutos. Supongo que con la intención de llamar al responsable de la investigación de la escena del crimen para hablarle de trayectorias y obtener alguna prueba definitiva de que a Maryanne la empujaron por la escalera, pero, al parecer, me equivoco.

Y, al parecer, voy a participar.

Mientras se llevan a Gina para que vaya al cuarto de baño, Parnell me hace entrar y le explica a Whiteley que yo voy a ocupar el sitio de Renée. Whiteley se encoge de hombros con displicencia: un agente de policía que viste trajes tan baratos es exactamente igual que otro. Renée, que carece totalmente de ego, reacciona con una indiferencia similar.

Cuando Gina vuelve a entrar en la sala, intenta imitar la postura de impasibilidad de Whiteley, pero en su actitud se ha producido un ligero cambio. No se la ve más relajada, pero sí menos tensa. Resulta obvio que en mí ve una cara amiga. ¿O tal vez un alma cándida? La verdad es que da lo mismo, puedo trabajar con ambas posibilidades.

—Hola otra vez. —Se sienta y adopta una postura ligeramente menos rígida que antes—. ¿Anoche estuvo celebrando el Año Nuevo? Porque, por la cara que tiene, parece que sí.

Parnell concentra la mirada en la cinta. Lo que menos le conviene es que un abogado que cobra provisiones de fondos de seis cifras afirme que el interrogatorio tenía un defecto técnico porque uno de los agentes sufría resaca. Gracias a Dios, todavía no he accionado el interruptor.

Contesto con una sonrisa.

—Estoy bien, gracias, Gina. Es que esta mañana he tenido que maquillarme a toda prisa, eso es todo.

—Pues tiene suerte. Yo todavía llevo encima el maquillaje de ayer.

Le concedo otra sonrisa más; acto seguido, la cinta empieza a avanzar y abro el expediente del caso. Saco varias fotografías de la autopsia y las extiendo sobre la mesa. Whiteley apoya la barbilla en una mano y observa el macabro rompecabezas con gesto inexpresivo.

—¿Se supone que estas fotos tienen que conmoverme? —dice Gina sin emoción—. No es mi intención parecer insensible, pero antes de tener a los gemelos ejercí de médico durante quince años, principalmente como médico de cabecera, aunque también pasé una temporada en urgencias, así que me temo que no soy tan remilgada.

—Pero debe de ser distinto cuando uno conoce a la persona —apunto.

—Sin comentarios.

Ya estamos otra vez.

—¿Es distinto cuando la persona que ha causado esas lesiones ha sido usted?

Una mirada al techo.

—Sin comentarios.

—Pero, claro, ¿cuáles de esas lesiones causó usted, Gina? —Sostengo la foto en alto y señalo la profunda laceración que muestra Maryanne en la zona frontal de la cabeza, ya afeitada—. Estamos bastante seguros de que esto lo causó usted, o la escalera de su casa, pero ¿qué me dice de esto? —Esta vez le enseña una fotografía del pecho en la que aparece un hematoma rojo-azulado, posiblemente causado por un objeto agudo entre las costillas—. ¿O de esto otro? —La última foto es del cuello de Maryanne: las marcas de dedos, los cortes superficiales.

—Sin comentarios.

—¿Fue Nate? —le digo, aumentando el ritmo—. Tengo entendido que es un hombre que dice a todo que sí, pero ¿mataría por usted, Gina? ¿Tanta devoción le tiene? ¿O tanto depende de usted? ¿De usted y del dinero de su padre?

—A la mierda con Nate.

Lo que me sorprende no es la palabrota, sino el tono de desprecio que destila, puro y sin filtrar. Me tomo un segundo para pensar cómo utilizar esto en nuestro provecho, pero Parnell se me adelanta, deseoso de seguir hurgando en la herida mientras está abierta:

—Usted y Maryanne se pelearon —afirma—. Ella se cayó o usted la empujó, y entonces le entró el pánico. Le pidió a Nate que se encargara de solucionarlo, ¿verdad?

—Sin comentarios.

Parnell continúa:

—O quizá no se lo pidió. Quizá Nate se deshizo de Maryanne por iniciativa propia.

—Sin comentarios.

—¿Nate le da miedo, Gina? ¿Tiene miedo de lo que ha hecho?

Gina suspira.

—Sin comentarios.

Repite la misma frase una y otra vez, pero está empezando a cansarse.

—Mire —le digo—, lo único que necesitamos es una fibra o una célula cutánea para contrastar las muestras que hemos obtenido del cuerpo de Maryanne, y Nate estará acabado, Gina. Será mejor para usted, y para sus hijos, que hable con nosotros, que la verdad salga de usted.

Al oír mencionar a sus hijos, Gina respira hondo y cierra los ojos.

«Ahora sé exactamente cómo encauzar esto».

Empiezo a recoger las fotografías.

—Verá, si quiere puede hacer caso de lo que le ha aconsejado el señor Whiteley, pero el inspector va a acusarla de todas formas, y entonces ¿sabe dónde va a terminar con tanto repetir eso de «sin comentarios»? —El tono de amenaza la obliga a abrir los ojos—. En el Old Bailey^[8], juzgado número 1. Especulación por parte de los medios de comunicación. Personas desconocidas juzgándola en Twitter, llamándola monstruo y bruja. Y no solo por haber participado en el asesinato de Maryanne, sino también por todo lo que hizo hace años, por todos esos recién nacidos que vendió. —Parpadea con fuerza; más que un parpadeo es un gesto nervioso—. Porque, desde luego, todo eso va a salir a la luz. Creo que cuando por fin salga de la cárcel no tendrá que volver a preocuparse de dar copas de Navidad, porque será una paria.

Whiteley emite un carraspeo, pero no le doy ninguna oportunidad, ahora que tengo a Gina tan atenta y horrorizada.

—Usted no es mala persona, Gina. Ha hecho algunas cosas muy malas, pero no es mala persona, estoy convencida de ello. —Señalo a Parnell con un gesto de cabeza—. Mi inspector, aquí presente, opina que no es más que una embustera. Opina que me contó una sarta de mentiras cuando vino a verme el día de Nochebuena, y en líneas generales tiene razón, la mayor parte eran mentiras, todo aquello que me dijo de que a Maryanne la había conocido en un foro sobre fecundación *in vitro*. Pero el caso es que he examinado su historial médico; su experiencia con la fecundación *in vitro* no era mentira, ¿a que no? ¡Nueve intentos! Debió de ser realmente agotador. Ya imagino lo importantes que deben de ser para usted los gemelos. En fin, es evidente que todos sus hijos son importantes para usted.

Gina me mira largamente y luego se inclina hacia Whiteley. Los dos hablan en susurros durante unos momentos hasta que la conversación finaliza con un solemne gesto afirmativo por parte de Gina y un encogimiento de hombros de su abogado que significa: «Allá usted».

Sigue un silencio denso hasta que por fin Whiteley dice:

—Mi cliente admite que hubo un altercado en su domicilio con la fallecida, Maryanne Doyle. Maryanne se cayó por la escalera y se lesionó, pero, aun herida, salió de la casa por su propio pie. Mi cliente no tiene la menor idea de lo que le

sucedió después de eso.

Meneo la cabeza en un gesto de negación, decepcionada. Por dentro estoy gritando.

—Me temo que eso no es suficiente, Gina. Tan solo ha admitido lo que ya sabemos nosotros. Por citar la conocida frase, «nos vemos en los juzgados».

Me levanto, deseando que Parnell haga lo mismo. Deseando que a Gina le entre el pánico y empiece a hablar.

Las rodillas de Parnell apenas han tenido tiempo de ponerse en movimiento cuando mi segundo deseo se hace realidad.

—Le ofrecí dinero, pero no quiso marcharse —dice Gina mirándome. Su voz denota sorpresa, como maravillada de que no todos los problemas puedan solucionarse con dinero—. Eso era lo único que quería, que se marchara, que dejara de hablar de los... —Se encoge sobre sí misma, no es capaz de pronunciar la palabra—. Que dejara de hablar de lo que habíamos hecho, de todo lo que había ocurrido años atrás. Pero ella no callaba, así que se lo dije. Le dije la verdad, que no sabía dónde... —Tampoco puede terminar esta frase—. Se puso fuera de sí, dijo que iba a volver al día siguiente, y también al otro, y que iba a contarles a mis hijos lo que yo había hecho con su niño. —Hace un gesto irónico—. En aquella época, cuando ganaba tanto dinero, no la preocupaba tanto su niño. Se lo recordé, y entonces se abalanzó sobre mí, bueno, en realidad nos abalanzamos la una contra la otra. Las dos empezamos a empujarnos.

En algún momento habrá que rellenar las lagunas que están dejando los accesos de pánico y las frases sin terminar. Hasta las confesiones más detalladas requieren después horas para comprobar los hechos y tediosas verificaciones, pero por el momento bastará con que esto nos conduzca al suceso principal.

Vuelvo a sentarme.

—La caída no mató a Maryanne, Gina. ¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—Sí lo sabe. —Me inclino hacia delante—. Piénselo detenidamente. Lo que le ocurrió a Maryanne se debió a que usted no quería que sus hijos supieran lo que había hecho. Bien, pues si vamos a juicio, se enterarán de todo. Y también se enterará todo el mundo: sus amigos, los padres de sus amigos, sus profesores. Conocerán hasta los detalles más escabrosos. La fábrica de niños, el tráfico de recién nacidos, su labor de proxeneta. Y también sabrán lo de Kristen. Sus hijos sabrán lo que le ocurrió a Kristen.

La expresión del rostro de Gina me dice dos cosas. Una: que está derrumbándose. Dos: que probablemente Kristen esté muerta.

La expresión del rostro de Parnell me recuerda otra cosa. Se supone que anoche yo no estaba aquí. Se supone que no tenía que saber nada de Kristen.

Continúo presionando.

—¿Va a poder vivir sabiendo que sus hijos la odian, Gina? ¿Que la consideran un

monstruo? ¿Que van a poder leer todos los macabros detalles en los periódicos y en la red? ¿De verdad puede correr ese riesgo?

—No les haga caso —la advierte Whiteley, aunque no lo dice de corazón. Sabe que ya no tiene el control—. Solo intentan intimidarla.

Gina mueve continuamente la cabeza, de un lado al otro.

—Pero no puedo correr ese riesgo. Y él no querría que lo corriera.

—¿Quién? —pregunta Parnell—. ¿Nate?

Gina hace caso omiso de Parnell y me mira a mí.

—Si él admite haberlo hecho, ¿no habrá ni juicio ni detalles ni medios de comunicación?

En absoluto.

—Si todos se declaran culpables, se dictará directamente condena y saldrán muchos menos detalles a la luz pública. Sus hijos quedarán menos expuestos, eso se lo puedo prometer.

—Él querría que yo lo hiciera. —Lo dice en un susurro, más para sí misma que para nosotros—. No querría que los chicos sufrieran, no querría que...

—¿De modo que fue Nate? —pregunto, con la respiración cada vez más acelerada.

—Que se joda Nate. —Otra vez escupe el nombre con desprecio—. ¿De verdad cree usted que Nate tiene los cojones necesarios para hacer algo así? Cuando Maryanne se cayó, me quedé conmocionada, no sabía qué hacer. Se movía, más o menos, pero se había dado un golpe muy fuerte en la cabeza, y había mucha sangre. Me quedé petrificada en el sitio.

—¿Y?

—¿Y? ¿A quién recurre una chica cuando tiene problemas?

«Tenía un problema, ¿a quién iba a recurrir?».

Palabras textuales de Gina.

Patrick Mackie está sentado frente a nosotros irradiando calma y satisfacción, tan sereno como estaría un hombre sentado en un sillón en su porche contemplando cómo se pone el sol sobre el Serengueti. La enfermedad ha hecho estragos en él, de eso no hay duda; según Parnell, en sus buenos tiempos era un tipo muy atractivo. Y, visto de cerca, bajo el resplandor de la única bombilla que cuelga sobre la mesa, los seis a doce meses que le han dado de vida me parecen un cálculo bastante ambicioso. Sin embargo posee una gran dureza interior, una fortaleza mental que parece mantener erguido su maltrecho cuerpo, y cabe decir que da la impresión de ser un hombre que no tiene problemas para dormir. Tal vez sucede eso cuando a uno le queda un número limitado de noches de sueño.

O cuando no se tiene conciencia.

—Bien, ¿estaba usted en la casa? —le pregunta Parnell—. ¿Vio lo que ocurrió, cómo iba evolucionando la situación?

Mackie niega con la cabeza.

—No, yo estaba fuera, con los gemelos, ocupado en mis asuntos. Nunca me alejo demasiado, obviamente, pero, a fin de cuentas, ¿quién va a reconocerme en un parque infantil? Además, a aquella hora ya se había hecho de noche. Usted no me reconoció a plena luz del día —dice señalando a Parnell, y a continuación estalla en una carcajada que inevitablemente desemboca en un violento acceso de tos seca—. Sea como sea —continúa, tras limpiarse la boca—, allí estuve, montando a Max y a Mia en el tiovivo. Son mis dos amores. Solo por poder pasar tiempo con ellos ya valió la pena correr el riesgo de volver. La verdad es que los niños pequeños le hacen a uno poner los pies en la tierra, ¿no cree?

—Me gustaría saber si los niños que usted vendió a Dios sabe quién tuvieron alguna vez la oportunidad de jugar en un parque o de subirse a un tiovivo. ¿Usted se lo pregunta alguna vez? —le dice Parnell.

Desconozco qué retorcida maldad le hace encogerse de hombros.

—No, la verdad es que no. —Pero al ver mi expresión, se siente obligado a explicarse—: Mire, querida, hice lo que hice, no sirve de nada obsesionarse con ello. Tómese como un pequeño consejo de un anciano moribundo.

Otra vez empieza a toser. Podría ofrecerle más agua, pero en vez de hacerlo me quedo mirándolo desapasionadamente, alentada por la idea de que a lo mejor exhala su último suspiro en esta sala tan oscura y deprimente.

—De modo que estaba en el parque jugando al abuelito cariñoso —prosigue Parnell una vez que Mackie ha dejado de toser.

—Me llamó Gina y me explicó lo que había pasado. Y pensé: «Maryanne Doyle; es el pasado, que nos persigue». Era una chavala irlandesa muy engreída y muy cabreada.

Esto me sorprende.

—¿Se acuerda de cada soldado de infantería al que contrató, señor Mackie?

—¿Soldado de infantería? ¿Está de broma? Esa chica fue la que ideó el plan. Menuda pieza era. De todas formas, cómo iba a olvidarme de ella... La muy zorra huyó del piso llevándose un alijo de cocaína y como unos cuatro de los grandes. Esas cosas no se me olvidan.

—Pues en ese caso debió de alegrarse mucho al saber que esa «zorra» estaba en aquel momento en casa de su hija, tirada en el suelo, semiinconsciente.

Mackie agita una mano huesuda y surcada de venas.

—Oh, por favor, querida. ¿Poco más de diez gramos de cocaína y unos cuantos miles de libras? Sí, si la hubiera atrapado en aquel momento, quizá le habría dado una pequeña lección para que aprendiese a mostrar más respeto. Pero ¿casi veinte años después? Lo que hice no tuvo nada que ver con todo aquello. Simplemente lo hice para ayudar a mi hija, como haría cualquier padre. Gina no podía ir a la cárcel por culpa de aquella pequeña golfa.

—Pero va a ir a la cárcel, Patrick. —Dejo de llamarlo señor Mackie; es demasiado respetuoso para este pedazo de escoria—. Con independencia de que la caída de Maryanne fuese un accidente o no, Gina desempeñó un papel fundamental en un negocio de tráfico de menores.

Mackie me señala con un dedo.

—Gina se aseguraba de que aquellos niños nacieran sanos, nada más. Y solo lo hacía porque se lo ordenaba yo. A mi hija la controlaba yo, ahora me doy cuenta. No debería haberla metido en el negocio, pero, como digo, no sirve de nada obsesionarse.

—Olvídese de lo que hizo Gina —le dice Parnell en tono grave y pausado—. Díganos exactamente lo que le hizo usted a Maryanne.

Mackie guarda silencio durante unos instantes, jugando con nosotros, saboreando el momento.

—Bah, qué cojones —dice al fin con una ancha sonrisa—. Supongo que da igual. Ya no pueden hacerme gran cosa, ¿no? La Navidad próxima estaré muerto.

Y, gracias a eso, el mundo será un lugar más limpio.

—Primero la dejé fuera de combate —dice en tono frívolo, mirándome primero a mí y después a Parnell—. No quería aguantar tanto pataleo y tanto intento de arañarme, y tampoco me costó mucho trabajo dejarla inconsciente, porque ya casi lo estaba cuando llegué. Después la trasladé al garaje. Al principio iba a cortarle el cuello, porque estaba hecho polvo y no sabía si iba a tener fuerza suficiente para estrangularla, pero claro, no quería más sangre, ya había bastante en la casa. — Levanta las manos en alto—. De modo que al final sí que la estrangulé. Esperé un buen rato, hasta..., no sé, las tres y media o las cuatro de la madrugada, y luego me

fui con ella al norte de Londres y la arrojé al lado de su querido y puñetero parque. Para que todo el mundo captara bien claro el mensaje.

—¿Todo el mundo?

—Todo el que hubiera pasado por aquel piso y tuviera dos dedos de frente para abrir la boca.

—Pero fue un gran riesgo —comento—. Arrojarla en pleno centro de Londres.

Mackie se encoge de hombros.

—No tanto a aquella hora de la noche en un lugar como aquel. Además, cuando uno se está muriendo, nada le parece tan arriesgado, créame, querida.

Parnell me adivina el pensamiento:

—Señor Mackie, no se lo tome a mal, pero me cuesta trabajo creer que hiciera todo eso usted solo. Se está muriendo, está muy débil. ¿Cómo consiguió meter a Maryanne en el garaje? ¿Y, ya puestos, en el coche? ¿Lo ayudó Gina?

—¡No! —exclama Mackie enfurecido, elevando la voz—. En cuanto volví, le dije que cogiera a los pequeños y se fuera a un hotel a pasar la noche. Ella no sabía lo que yo iba a hacer. Que quede absolutamente claro. Mi hija no tuvo nada que ver con esto.

—¿Dónde estaban Amber y Leo? —pregunto yo.

—No lo sé, querida. Gina dijo que ella iba a encargarse de eso, que se aseguraría de que no volvieran a la casa.

Parnell no le da respiro:

—Señor Mackie, la persona que aparece en las imágenes grabadas por la cámara de seguridad sacó el cadáver del coche con considerable facilidad. Esto no lo hizo usted solo. ¿Lo acompañaba Nate?

—¿Nate? Tiene que estar de coña. —El mismo tono de desprecio—. Ese muchacho tiene algo dentro de la sesera, sí, pero no es el primero al que recurriría si necesitara fuerza física. Todo lo que tiene de grande lo tiene de blandengue. Pero yo todavía tengo muchos amigos aquí, detectives, socios, gente a la que puedo llamar si necesito un... favor.

—Y supongo que no nos va a dar el nombre de ese «amigo», ¿verdad?

—Con mucho gusto. Fue un tipo llamado Gavin Eckers. En la década de los noventa trabajaba para mí, y en estos últimos años ha estado al frente del Shakespeare que hay en Nunhead. Gavin siempre ha sido un buen tipo. Ni siquiera se inmutó cuando le pedí que me diera una vuelta en su coche y me ayudara a deshacerme de una cosa. Pero de poco les va a servir que les haya dado su nombre, porque hace unos días sufrió un pequeño accidente. No me gustan los cabos sueltos, ¿saben?

Con semejante padre, Gina nunca ha tenido la menor posibilidad.

El cierre gradual de la mayoría de los casos es en general tedioso y consume mucho tiempo. Sin embargo, hacia finales del mes de enero en el MIT4 reina un aire de euforia colectiva. Desde luego, podría deberse al alivio que sentimos todos al ver acercarse el esperadísimo día de paga, o quizá al ligero aumento de la temperatura, que ha pasado de «ártica» a «fresquita», pero, con toda probabilidad, se debe a la inmensa felicidad que supone no tener que hacer los preparativos para un juicio. Las declaraciones de culpabilidad implican siempre un trabajo bien hecho, palmaditas en la espalda para todos y vino y cerveza todas las tardes en la Bell Tavern. Hasta Steele termina sumándose a la celebración. Es la primera vez que la veo achispada. En una de esas ocasiones, particularmente animada, incluso se pone a cantar con Parnell, y entre los dos destrozan la canción *Islands in the Stream* sin entonar una sola nota correctamente. Lo más suave que se puede decir es que han modificado ligeramente la melodía.

Pero me hacen reír. Y luego me siento mal conmigo misma por haberme reído.

Porque, si bien todavía conservo mi empleo y mi padre aún conserva su libertad, Maryanne Doyle sigue estando muerta. Enterrada en una pradera de Surrey, por cruel insistencia de Thomas Lapaine —un hombre que a duras penas acierta a pronunciar su nombre—, pese a que la familia suplicó que trasladaran su cuerpo a Irlanda y lo enterraran junto a su madre. Y, probablemente dentro de poco, junto a su padre.

El día que despejamos la sala de reuniones me siento rara y con náuseas. Ahora hay otras personas que necesitan esta sala, lo comprendo, acaban de encontrar a un muchacho de quince años asesinado de un navajazo justo detrás de St. Pancras, mientras que a nosotros no nos ha entrado ningún caso nuevo que requiera más que unas cuantas mesas apiñadas en un rincón cualquiera. Así y todo, aún no quiero dar por terminado el tema de Maryanne, y, literalmente, no soporto la idea de que Flowers, o tal vez Ben, metan los restos en cajas y después las arrastren por el suelo porque están demasiado resacosos para cargar con ellas en brazos. Lo he visto. Joder, puede que hasta yo misma haya hecho eso en una o dos ocasiones. Pero Maryanne es diferente.

Maryanne siempre será diferente.

Al final, termino haciendo lo único que puedo hacer, y ese día me quedo un rato más para cerciorarme de que todo se hace con cariño, de que las últimas horas que pase Maryanne en esta sala al menos las pase de manera ordenada y digna.

La fotografía en la que aparece el «tío» Frank me golpea en el plexo solar una última vez. Abrumada por el sentimiento de culpa, llamo a mi padre y le pido que me diga la verdad acerca del papel que desempeñó su supuesto hermano de sangre en el negocio. ¿Estoy protegiendo a una figura clave o simplemente a otro estafador más?

¿A un traficante a sueldo o simplemente a un pervertido alcoholizado? Durante un insignificante segundo, que no debe repetirse nunca, juro por lo más sagrado que si mi padre insinúa que Frank hacía algo más que disfrutar de la hospitalidad de aquel piso, llamaré inmediatamente a Steele —o, para ser sincera, probablemente a Parnell— y le confesaré todo con pelos y señales. A la mierda las carreras profesionales y las familias, al fin y al cabo están sobrevaloradas.

Pero mi padre se muestra reservado. No se compromete. Dice que «no le sorprendería» que Frank hubiera invertido dinero, que tuviera alguna conexión directa con los de arriba, pero afirma que no lo sabe con seguridad y que desde luego no tiene ninguna prueba.

De modo que la pelota vuelve a estar totalmente en mi tejado. ¿Protejo a mi padre o voy a por Frank? No puedo hacer ambas cosas. Puede que no comparta el ADN con mi «tío» Frank, pero aun así nuestras raíces están demasiado entrelazadas para que cualquiera de los dos logre sobrevivir a las consecuencias de emprender una investigación formal contra Francis Clayton, alias «Frank».

De modo que elijo a mi padre. Cosa que siempre he sabido que haría, excepto durante un único segundo de locura y sinrazón.

Buena hija.

Mala policía.

Y entre las felicitaciones públicas y la autocondena privada, la actividad del Departamento de Homicidios sigue su curso. Todavía estamos intentando dar con Leo Hicks. Intimidar a testigos no es algo que nos tomemos a la ligera, ni siquiera cuando se trata de alumnos de colegios privados con complejo de gánster que actúan obedeciendo órdenes de sus madres.

De hecho, ni siquiera cuando el Servicio de Protección de Menores nos avisa de que sería difícil de probar, dado que Saskia no era nuestra testigo cuando Leo la amenazó.

Resulta que lo del concierto, al menos, era verdad..., aunque Leo no hiciera acto de presencia. La Kensington Symphony Orchestra tuvo que actuar con un violinista menos en el Wiener Konzerthaus de Viena, sus padres siguen negándose a arrojar algo de luz sobre su paradero y en sus teléfonos tampoco hemos descubierto nada que nos ilumine. De lo único de lo que podemos estar seguros es de que no ha salido de Austria en avión, aunque con el servicio de tren que enlaza ese país con Alemania, Italia, Suiza y Hungría, por nombrar solo unos pocos, Leo Hicks podría estar prácticamente en cualquier parte. Tomándose una cerveza en Múnich o teniendo una audiencia con el papa en Roma.

Cuando no estoy codeándome con la Interpol, me dedico a la pesca de arrastre por los certificados de defunción de todas las personas llamadas Kristen que fallecieron a finales del año 2000. Suponer que su muerte quedase registrada demuestra mucho optimismo por mi parte, pues es más probable que se deshicieran de su cadáver de

una forma digamos menos oficial, pero alguien tiene que intentarlo, ¿no? La vida de una joven merece por lo menos que se intente encontrar un agujero en un pajar.

Cuando eso se torna una misión imposible, me pongo a buscar a todas las Kristen denunciadas como desaparecidas en el Reino Unido y en Irlanda a principios de los años 2000, y solo doy con una que parece interesante: una tal Kristen McCloud, cuya desaparición denunció su madre en febrero de 2001, después de que se mudara de County Kerry a Londres en mayo de 2000. Kristen llamaba a casa frecuentemente, me dice su madre, aunque nunca había vuelto para hacer una visita. Sin embargo, la última vez que llamó fue durante la primera semana de diciembre de 2000, y recuerda que aquel día notó a su hija un tanto deprimida. A partir de entonces, ya no volvió a saber nada más de su único retoño. Saskia French echa un vistazo a su foto e insiste, apenada, en que no es ella, mientras le tiembla la barbilla y se le llenan los ojos de lágrimas. A Gina Hicks le cuesta trabajo incluso mirarla. A ambas las atormenta, a cada una a su manera, lo que le sucedió a Kristen. Ambas siguen queriendo creer que quizá aún esté viva, llevando una vida estupenda, con un ejército de chiquillos y con unas cicatrices apenas visibles en las muñecas que le recuerdan que en otra época su vida no fue tan maravillosa.

Todavía estamos esperando la sentencia. Si bien en teoría una declaración de culpabilidad debería suponer un proceso bastante sencillo, siempre hay algún que otro pique insidioso entre la defensa y el fiscal en torno a cuáles son los hechos aceptados por ambas partes y, en este caso, si merece o no la pena mandar a la cárcel a un enfermo terminal. Pero, con un poco de suerte, Patrick Mackie morirá en prisión. Lo cual quiere decir que cumplirá un máximo de doce meses por haber cometido un asesinato.

No puedo obsesionarme demasiado con esto, empiezo a sentir un hormigueo por dentro.

Imagino que a Gina le caerán cinco años por agresión física; ahora sabemos que fue agresión, pues la ubicación de las manchas de sangre sugiere un empujón, no una caída. No estoy muy segura de que vayan a tomarse la molestia de acusarla de haber ayudado a un delincuente, habiendo una multitud de imputaciones en su historial como traficante, pero ya veremos. Hay que decir que la cárcel no le sienta bien. En las cuatro semanas que han transcurrido desde la imputación, su melena dorada se ha vuelto gris en las raíces, y, desprovista de su maquillaje y de todos los atrezos del barrio de Wandsworth, parece una mujer normal y corriente. Casi anodina. Claro que tampoco es que reciba muchas visitas; por lo visto, todas esas personas que bebieron su vino de marca pija y comieron sus canapés navideños ahora se mantienen muy lejos de aquí. En realidad, tan solo la honra con su presencia Felix Whiteley, y de vez en cuando Parnell o yo con la esperanza de obtener alguna información adicional, que ella se niega a facilitarnos. Únicamente habla para preguntar por los gemelos, que no quiere que vengan a verla, y para interesarse ocasionalmente por la salud de su padre. Ni una sola palabra acerca de Nate, y la pobre Amber —«Leo es mío, Amber es de

Nate»— apenas tiene una oportunidad tampoco. Está claro que cuando las cosas se ponen feas, los lazos que importan son los de la sangre.

Eso lo entiendo yo muy bien.

En un giro del destino que sé que a ella le encanta: en las ajetreadas semanas que siguen soy yo la que persigue a Jacqui, soy yo la que le deja mensajes en el contestador y le suplica que me dedique un poco de su tiempo. Finalmente quedamos en un café junto a San Pablo, para almorzar. Yo pido un *panini* y un *capuccino* grande, ella dice que no quiere nada y luego rompe a llorar.

He tenido encuentros más fáciles, desde luego. Y también he tenido encuentros más sinceros.

En un esfuerzo por difuminar el trauma que le causé al contarle que Maryanne había viajado en el maletero del coche de nuestro padre, me explayo a lo largo y a lo ancho y le doy toda clase de explicaciones. En primer lugar, afirmo que cuando lo dije estaba borracha. Borracha y tomando medicación. Sufriendo mal de amores. Agotada. Después insinúo las drogas, en el intento de sugerir que un exceso de marihuana me había inducido un estado de hiperrealidad que me llevó al convencimiento de que nuestro padre se dedicaba a transportar mujeres muertas en el maletero del coche. Por si acaso, le detallo otra serie de alucinaciones absurdas que he tenido últimamente, otra serie de acusaciones disparatadas que he hecho («Ya he dejado la marihuana, en serio, he aprendido la lección, te lo prometo...»), e incluso termino confesando que he estado yendo a una psicóloga del trabajo y que ahora me doy cuenta de que existe la posibilidad de que haya estado transfiriendo lo que sentía hacia el padre asesino de Alana-Jane a mi propio padre, que era totalmente inocente. La transferencia es algo muy común cuando uno tiene la mente frágil, aseguro.

Debería ofenderme que Jacqui se lo crea todo con tanta facilidad, pero no tengo tiempo para eso: me siento muy agradecida de que me perdone. Por no mencionar lo mucho que me alivia que en ningún momento le haya comentado nada a nuestro padre.

Gracias a Dios, Jacqui no tiene problemas para esconder debajo de la alfombra todo lo que resulta desagradable.

Todavía no me he visto con mi padre. Estamos dando un respiro a nuestros sentimientos, y solo hablamos de vez en cuando por teléfono. Una noche me propone que el próximo verano vayamos a Irlanda, tal vez los dos solos. Lo lanza como una oportunidad para llevar unas flores a la tumba de la abuela, que es lo menos que puede hacer después de haber estado tanto tiempo evitándola, pero yo sé que también alberga la esperanza de que ambos enterremos unos cuantos fantasmas. Es posible que logremos expiar nuestros pecados mientras paseamos ociosamente junto al prado de Duffy o mientras caminamos el uno al lado del otro por la Calle Larga.

Para evitar la sensación de incomodidad, le respondo que lo pensaré, pero sé que no vamos a hacerlo. Me resulta inapropiado.

Lo que me resulta totalmente apropiado es regresar al sitio en que encontraron a Maryanne.

La temperatura es suave, raro para un mes de enero. «¡Hace más calor que en Madrid!», repite todo el mundo. No obstante, desde luego que el tiempo no está más seco que en Madrid. Unos enormes nubarrones grises llevan una hora descargando una lluvia torrencial, pero por lo menos la sensación es agradable. Extrañamente apropiada para lo que estoy a punto de hacer.

Cerca del punto en que hallaron el cuerpo de Maryanne han colocado unos pocos ramos de flores bajo un árbol. Son ramos pequeños, modestos, depositados principalmente por los amables residentes de Leamington Square.

Buenas noches y que Dios te bendiga, te desean los Okonjo (número 6).

No te conocíamos, pero nos causa mucha tristeza que hayas muerto. Con cariño, Lily y Freya Markham (número 14). Besos.

Cuando me parece apropiado, me pongo en cuclillas y, a la vista de todo el mundo —aunque no veo que haya nadie mirando—, probablemente doy la impresión de estar leyendo los mensajes y empapándome en la pena. Pero lo que estoy haciendo en realidad es escarbar con las manos en la tierra reblandecida por la lluvia. Me está llevando un poco más de tiempo del que había calculado, pero sigo escarbando. Y cuando por fin he formado un escondite de unos cuantos centímetros de profundidad y otros tantos de anchura, lo saco del bolsillo, lo deposito en el fondo y luego vuelvo a cubrirlo con la tierra hasta que queda bien tapado.

El pequeño colgante de Campanilla que quise que tuviera Maryanne.

Aiden Doyle y yo vamos avanzando sin prisa, saliendo de vez en cuando, quedándonos en la cama, deleitándonos el uno al otro con detalles de nosotros mismos. Y sí, ya sé que los secretos a la larga acaban matando una relación, pero de momento ni siquiera soy capaz de imaginar lo que quiere decir «a la larga» y, en cualquier caso, según afirman todos los libros de autoayuda que tengo en mi casa, deberíamos preocuparnos menos y vivir con más intensidad el presente.

Así que aquí estoy ahora, sentada en su viejo sofá, esperando a que me traiga mi sándwich de queso con judías.

—Estoy pensando en ir a Canadá —vocea desde la cocina, o por lo menos eso me ha parecido entenderle por encima del ritmo machacón de la música *tecno* que he descubierto que tanto le gusta.

Me levanto para bajar el volumen, y al hacerlo lo veo con el rabillo del ojo.

—Pero si solo llevas aquí unos meses. Sí que eres un culo inquieto.

Se apoya un momento en el marco de la puerta, con un rallador de queso en una

mano y una espátula en la otra. ¡Dios, qué bueno está!

—No digo irme a vivir allí, so tonta, aunque parece que está muy bien. ¿No dicen que los canadienses son los más felices de todo el mundo, o algo así?

—Me parece que eso lo dicen de los daneses.

—¿Los daneses? —repite él, poco convencido—. ¿Y qué tienen que los hace tan felices?

—Ah, pues no sé, la socialdemocracia, conciliación entre trabajo y vida personal, mujeres de lo más sexi...

—Eso último me viene bien. —Me propina un azotito en el trasero con la espátula—. Sea como sea, marisabidilla, no estoy pensando en emigrar, sino en tomarme unas vacaciones. Para ir a ver a mi hermano y a sus hijos, ¿sabes? Kevin y yo nunca nos hemos llevado muy bien, él es un poco mayor que yo y un poco antiguo...

—¿Y eso lo dice un tipo que lleva una camiseta con la frase «Llevo los números en el corazón»?

Esquivo otro azotito y corro a refugiarme en el sofá.

Él sonrío de oreja a oreja y sigue hablando:

—Pero después de lo que le ha ocurrido a Maryanne, me ha dado por pensar, ¿sabes?

Sí, lo sé. A uno le da por pensar en su familia, en el vínculo irrompible que lo resiste casi todo. Todas las flaquezas y las idiosincrasias. Todos los fracasos y las decisiones erróneas.

—Bueno, ¿y qué opinas entonces? —me pregunta, nervioso—. ¿Te apetecen unas vacaciones en Canadá?

—No estoy segura. Tú tendrás mucho con lo que ponerte al día... y... y me parece que va a ser demasiado intensivo. —En su semblante se refleja que se siente herido—. Por lo menos de momento —me apresuro a añadir—. Es que yo soy muy lenta para moverme, Aiden, y solo ha pasado un mes. Oye, mira, mi último novio no consiguió meterme la mano por debajo del jersey hasta que llevábamos tres meses saliendo, así que deberías considerarte afortunado, cielo, porque tú prácticamente me has visto hasta el útero en el mismo tiempo que él necesitó para acercarse a mi sujetador.

El humor. La última línea defensiva en cualquier situación difícil.

—Bueno, pero piénsalo, ¿vale? —dice sin cejar en su empeño—. No estoy hablando de mañana, sino más bien del verano. En esa época hay un montón de buenos festivales. El festival de Escapade es en el mes de julio, y llevan a los mejores DJ.

Al parecer, a Maryanne también le encantaba la música para bailar; cada vez que Saskia y ella reunían el valor suficiente, se escapaban juntas a Turnmills. Aiden y su hermana podrían haber sido dos hermanos realmente fiesteros.

Podrían haber sido. Habrían sido. Deberían haber sido. Qué tristeza da pensarlo.

—Te prometo que lo pensaré —le respondo, y lo digo en serio. Quién sabe, a lo

mejor para cuando llegue el verano me ha tocado la lotería, si es que empiezo a comprar lotería, y entonces no necesitaré preocuparme de mi carrera ni de posibles comités disciplinarios, acusaciones de mala praxis y suicidio profesional.

—De momento me vale con eso —me dice al tiempo que me pasa una cerveza. ¿Cerveza para acompañar un sándwich de queso con judías?—. Mi madre siempre decía «lo pensaré» justo antes de concederte lo que querías, así que eso me anima, la verdad. —Acto seguido va hasta un aparador, saca un álbum de fotos pequeño y regresa con una sonrisa de satisfacción en la cara—. Toma, te conviene ir conociendo a las personas que vamos a visitar, y también al resto de la familia, si tienes interés.

Lo tengo.

Las primeras fotos son en blanco y negro. Un anciano haciendo una mueca de disgusto, apoyado en un bastón delante de una bañera de estaño, y luego una anciana también con expresión malhumorada, frunciendo el ceño, con la misma bañera al fondo.

—Estos son mis abuelos —explica Aiden situándose detrás de mí—. Me hace gracia lo mucho que les molestaba la cámara, era como si les resultara sospechosa. Qué diferente es todo ahora, ¿verdad? ¡Imagínate lo que pensarían de las fotos que se hace todo el mundo con el móvil! —Río la gracia y me inclino hacia delante para examinar de cerca a un individuo de aspecto ligeramente más joven que sostiene una horca para la paja como si fuera un paraguas y a una mujer diminuta con el pelo permanentado y vestida con un abrigo rojo de botones, tan seria y rígida como uno de los soldados de la Guardia Real. No hay ninguna foto de Jonjo Doyle, lo que no me sorprende. En cambio hay muchas de la madre: una mujer guapa y regordeta ataviada con diversos vestidos veraniegos. Me siento nerviosa conforme voy avanzando hacia las fotografías más recientes, pero lo cierto es que de Maryanne solamente hay una. Despreocupada y sonriente, acercando la mano a la cámara con los dedos formando una V.

—Esa es la única foto que tengo de ella. Aparte de la que le entregué a la policía. Venga, sigue —me insta—. Se supone que cuando llegues a las de Canadá empezarás a salivar y se te abrirá el apetito.

Desde luego, no se les puede reprochar que abran el apetito. Hay glaciares y cascadas, paisajes de montaña y el centro de Vancouver de noche. También hay fotos de los dos niños más monos que he visto en toda mi vida. Los cambios de pañales y la hora del baño dan paso a fotos del colegio y a partidos de *hockey* sobre hielo, todas ellas debidamente documentadas para el tío al que saben que seguramente no conocerán nunca. Las últimas son muy recientes, ya no se les ve un solo gramo de papada infantil ni un atuendo mal escogido sobre el que hacer un comentario afectuoso. Las papadas han desaparecido, el pecho se le ha definido y el cabello aparece peinado con estilo.

—Qué niños tan guapos, ¿a que sí? —presume Aiden, todo orgulloso—. Ese de ahí es Kian, el que está a la derecha, el que tiene los pelos de punta. Parece que se ha

electrocutado. ¿No se parece a su tía Maryanne?

De repente percibe un olor a queso quemado. Sale disparado hacia la cocina, con un ataque de pánico y soltando tacos sin parar. Ahora que me he quedado sola, examino la foto más de cerca. Se me acelera la respiración, y de pronto me invade la sensación de que no voy a ser capaz de soportar la oleada de energía que ha empezado a correrme por las venas. «¿Cómo diablos no he visto esto antes?».

Porque, en efecto, Kian Doyle se parece un poco a su tía Maryanne.

Pero se parece mucho más a otra persona.

Una persona a la que su tía Maryanne jamás llegó a conocer.

—No sirve de nada negarlo, Gina. Podemos obtener su ADN de un cepillo del pelo, de un cepillo de dientes, él no tiene por qué estar presente. Leo es hijo de Maryanne.

Cuadro los hombros y me preparo para recibir su negativa, pero Gina se limita a mirarme, relajada y resignada, casi como si le extrañase que hubiésemos tardado tanto tiempo.

La que se extraña de eso soy yo. Ahora que lo he visto, ya no puedo dejar de verlo. Los mismos ojos azul mar, el mismo cabello negro azabache. La boca es un poquito distinta, quizá. Tiene los labios más finos y el mentón un poco más estrecho —dos rasgos heredados de su padre, quienquiera que fuese—, pero en conjunto el parecido resulta inconfundible. Sus pómulos rivalizan con los de Aiden.

Es un Doyle hasta la médula.

—Leo es hijo mío. —Su afirmación levanta eco en la sala de visitas, vacía de gente—. Yo lo crie. Yo lo alimenté. Yo fui la que estuvo a su lado en el hospital cuando de pequeño tuvo bronquitis. Yo fui la que le cantó, la que le recitó los días de la semana y le enseñó a atarse los zapatos. Yo soy la única madre que ha conocido. Esa mujer, la que lo echó al mundo, no lo quería. Ella prefirió la ropa de marca y los bolsos de diseño antes que a él. No puede presentarse años más tarde pretendiendo tener derechos sobre un niño al que tuvo en brazos literalmente dos minutos. —Una risa nerviosa—. Tuvo mucho más tiempo en la mano el sobre marrón, se lo puedo asegurar.

—¿Por qué se quedó con el niño? ¿Por qué no lo vendió?

Gina cierra los ojos y respira hondo, llenándose los pulmones de aire, al tiempo que su cabeza se llena de recuerdos muy preciados.

—Porque era guapísimo, perfecto. No podía entender que Maryanne pudiera entregarlo, pero lo hizo —chasquea los dedos—, así, sin más. Me lo puso en los brazos como si fuera un par de zapatos de otro número y empezó a contar el dinero.

—¿Y su padre le permitió quedárselo? Ese niño representaba mucho dinero para él.

Gina se encoge de hombros.

—Para entonces Maryanne ya había demostrado quién era, ya le había sugerido que convirtiera todo aquello en una cadena de producción. Mi padre sabía que vendrían más, así que accedió. Yo creo que se sintió culpable.

—¿Culpable? —No estoy segura de que sea un sentimiento que entienda Patrick Mackie, pero supongo que Gina lo sabrá mejor que yo. Hasta los monstruos pueden tener pliegues ocultos.

—Yo ya llevaba diez años trabajando para él. Diez años —repite Gina, recalcando la palabra—. Y solo tenía veintiocho años. Creo que era consciente de que trabajar

para él me había privado de tener otra vida. Yo solo quería tener algo que amar, algo que no fuera un negocio, algo que se pareciera a una vida normal. Así que le dije a la cara que, si me quería, debía permitir que me quedara con el hijo de Maryanne.

—Pero podría haber tenido un hijo propio. —Nada más decirlo, me doy cuenta de que esto podría no ser cierto. Conocemos ya sus problemas de fertilidad, y además en los años noventa la fecundación *in vitro* no era tan habitual.

—Me resultaba más fácil quedarme con un niño no deseado —responde Gina con sencillez—. Ya llevaba una vida bastante ajetreada, estudiando y a la vez trabajando para mi padre. Quedarme embarazada habría supuesto una pesadilla, o así era como lo veía yo en aquel momento. De todas formas, el hecho de ser quien era hacía que rara vez se me acercasen los hombres. Y los estudiantes de medicina con la cara llena de granos tampoco eran mi tipo.

—Pero usted no llegó a tener una vida normal, ¿no? Continuó con el «negocio» de su padre mucho después de quedarse con Leo.

Gina se apresura a corregirme:

—Continué trabajando en el piso, supervisando a las chicas, entregando a los niños. Dejé de involucrarme en... todo lo demás.

—Cuando dice «todo lo demás», ¿se refiere a las drogas, la prostitución, los grandes fraudes?

La mirada de puro rencor podría ir dirigida a mí o a sí misma. Lo más probable es que vaya contra sí misma.

Hace un gesto de negación con la cabeza.

—Nunca quise formar parte de todo aquello. Nunca. Y eso explica en parte por qué tenía sentido quedarme con un niño. Sabía que, si me convertía en madre, mi padre me permitiría apartarme de los asuntos más turbios. —Se inclina sobre la mesa, agotada, derrumbada—. En lo más hondo de mí, lo único que quise siempre fue tener una carrera profesional como Dios manda, una familia, amigos decentes. Y cuando conocí a Nate, por fin conseguí todo eso. Nate era un hombre respetable.

—De modo que Nate en realidad podría haber sido cualquiera. Para usted era simplemente su pasaporte a una vida normal.

Gina no parece sentirse ofendida por este comentario.

—Supongo que se podría decir así. Él ya tenía una hija pequeña, así que efectivamente era un pasaporte a un núcleo familiar ya construido. Leo. Amber. Un niño y una niña. Era perfecto. Y creo que en cierto sentido yo incluso le amaba. Me gustaba que fuera un hombre bien educado. Conocía los mejores restaurantes, los mejores colegios, adónde ir a esquiar, qué vino maridaba con tal o cual plato. Formaba parte del ambiente del que yo quería formar parte, así que me obligué a amarlo. Pero resultó que él aún deseaba más formar parte del ambiente de mi padre.

—Entonces ya no era tan respetable.

—Era un hombre corruptible. —Me perfora con la mirada y agrega—: Como la mayoría de las personas, si se dan las circunstancias adecuadas.

No es posible que Gina sepa nada de mi padre ni de mí, no tiene forma de saberlo. Y, sin embargo, sus palabras van cargadas de intención.

Sigue hablando, con la barbilla apoyada en una mano.

—Percibí la codicia de Nate el día mismo en que lo conocí, pero me pareció perfecto, pues significaba que aceptaría quién era mi padre y de dónde provenía yo.

Hago un gesto de asentimiento.

—Nate es la fachada de varios de los negocios de su padre, ya lo sabemos.

Gina no me lo discute.

—Yo no me oponía a eso. Ya digo que lo que quería era tener una vida un poco más normal, no disociarme totalmente de mi vida anterior. —Vuelve a encogerse de hombros—. A mí me parecía bien todo lo que hicieran Nate y mi padre, simplemente no quería que me lo contaran. Y después, cuando mi padre huyó del Reino Unido, todo resultó más fácil. Éramos felices. Las cosas iban bien.

—Hasta que regresó Maryanne preguntando por su hijo.

—Hasta que regresó mi padre y le echó la zarpa a Leo. Empezó a comerle la cabeza hablándole de que debía ser su sucesor, de que tenía que tomar las riendas del negocio familiar. ¡Y lo peor es que Leo lo idolatra! Lo considera toda una leyenda y quiere ser como él. Haría lo que fuese con tal de impresionarlo. Me horroriza verlo.

Pruebo una teoría, a ver si encaja. Lleva bullendo y tomando forma en mi cerebro desde las dos de la madrugada:

—¿Leo estaba en casa, Gina? ¿La vio a usted empujar a Maryanne por la escalera? ¿Por eso quiso usted que saliera del país, para mantenerlo apartado de todo esto?

Gina endereza la espalda y durante unos segundos no dice nada. En la sala no se oye ni una mosca, pero yo aguardo pacientemente, empeñada en que sea ella quien rompa el silencio.

Lo rompe tras exhalar un largo suspiro.

—No ha estado mal, pero no ha acertado al cien por cien. Leo no se encontraba allí en aquel momento, no vio lo que ocurrió. Pero llegó a casa poco después, mientras yo estaba esperando a mi padre. No debía volver a casa, se suponía que estaba en un entrenamiento de *rugby*, pero había empezado a llover y él justo estaba recuperándose de un fuerte catarro. Tenía que pensar en el concierto de Viena.

—Y entonces vio a Maryanne.

—Maryanne lo vio a él, ese fue el problema. —Calla unos instantes y pone los ojos en blanco—. Oh, por el amor de Dios, ¿de verdad cree que Leo tenía idea de quién era ella? Es un adolescente, detective. No se fija en ninguna chica salvo que esté medio desnuda o lleve material deportivo en la mano. En cambio Maryanne sí lo reconoció. Lo reconoció de inmediato. —Se le tuerce el gesto—. Conmover, ¿a que sí?

Imagino a Leo entrando en aquella casa, con el pelo oscurecido a causa de la lluvia, los mechones que antes estaban de punta ahora convertidos en rizos. Y con

esos inconfundibles ojos azules clavados en los de la mujer que yace en el suelo. La mujer que lo trajo al mundo.

Naturalmente que Maryanne lo descubrió, y por ese motivo tenía que morir.

Si Gina carecía del valor suficiente para hacerlo, ya se encargaría papaíto, no dudaba de ello. Cuando llamó a Patrick Mackie para recabar su ayuda, fue como si ella misma estuviera asesinando a Maryanne.

—Por Leo me esforcé en hacer todo lo correcto. Leo era mi niño perfecto. Colegio privado, actividades extraescolares de todo tipo, vacaciones de estudios, clases de piano. —Incluso ahora, no puede evitar hincharse de orgullo—. Es un niño dotado de un talento increíble, ¿sabe? El día en que cumplía dieciséis años hizo el examen preuniversitario.

No sé muy bien lo que debería responder, así que no respondo nada. Pero siento un ligero hormigueo; todo está empezando a encajar rápidamente.

—Y no pasó nada hasta que llegó mi padre. —Me mira a los ojos, con expresión desafiante—. Usted no tiene ni idea de lo que es que tu padre te cause pavor. —Parpadeo para evitar algo. ¿Una carcajada? ¿Una lágrima?—. Tener la sensación de que él te define y de que, hagas lo que hagas y por mucho que te esfuerces, jamás podrás escapar de lo que él es. Tener la sensación de que quizá tú eres igual de malvada que él. Yo no quería eso para Leo. Tenía que alejarlo de aquí, sacarlo del país, apartarlo del veneno de mi padre.

No tengo valor para decirle que me parece que ya es demasiado tarde. Que Leo ya no es ni su niño perfecto ni el hijo de Maryanne.

Ahora, Leo es el hijo de Patrick Mackie.

Lo fue desde el momento mismo en que ayudó a su abuelo a deshacerse del cadáver de Maryanne. Puede que incluso lo ayudase a asesinarla.

Los cortes superficiales que presentaba en el cuello... eran marcas de vacilación, sugirió Vickery. El que las hizo intentaba hacer acopio de valor. Era un asesino sin experiencia, en esto estuvo de acuerdo todo el equipo. Aquello no había sido obra de uno de los criminales más buscados del Reino Unido.

Pero ¿podemos probarlo? ¿Podremos probar alguna vez que Leo Hicks mató, sin saberlo, a su propia madre biológica?

Desde el aparcamiento llamo a Richard Little, el profesor de piano cuyo coche fue sustraído y utilizado para trasladar el cadáver de Maryanne. Me confirma que tiene un alumno llamado Leo Hicks, de hecho ha estado bastante preocupado por él. Debía haber vuelto a las clases el 17 de enero pero no ha tenido noticias ni de él ni de sus padres. Por lo visto, nadie atiende sus llamadas.

También, sin darse cuenta, reconoce que Leo sabía que él iba a estar en Malta en la fecha en que le robaron el coche. Comenta que el último día de clase, unas semanas antes de Navidad, estuvieron hablando de Malta. Leo había estado en La Valeta con sus padres cuando era más pequeño, y le aseguró que era un sitio precioso.

Era un joven muy culto, dice con entusiasmo. Un joven de gran talento.

Dejo que su entusiasmo se vaya diluyendo y luego le doy las gracias por su tiempo y le digo que me ha sido de gran ayuda.

Cosa que es cierta, supongo.

Los hechos confirmados por el profesor difícilmente pueden constituir una prueba firme, pero por lo menos son algo. Algo sobre lo que formular una acusación si las autoridades atrapan alguna vez a Leo Hicks.

Con un sentimiento de pesar y una migraña a las puertas, llamo a la comisaría y pido que envíen de nuevo a los forenses al domicilio de los Hicks, a requisar todos los zapatos de Leo. Nunca se sabe, podríamos tener suerte con una huella, aunque últimamente la suerte no ha estado de nuestra parte, y albergo la sólida sospecha de que toda la ropa de Leo fue destruida de inmediato.

Ya sabemos que a Patrick Mackie no le gusta dejar cabos sueltos.

—Tengo entendido que estás estudiando un posible traslado.

Por una vez la doctora Allen no está tan centrada en el dinero. No estoy estudiando un posible traslado: voy a trasladarme. En calidad de «adjunta», lo cual no es una cuestión semántica ni ninguna jerga ociosa que utilice la policía, sino la razón principal de que haya aceptado.

Trabajando en calidad de «adjunta», si bien es posible que aprenda cosas nuevas en un edificio nuevo con gente nueva, esencialmente seguiré estando bajo el ala de mi Unidad de Mando de Operaciones. O, dicho en términos más sencillos para los que no pertenecen al mundillo policial, seguiré atada al delantal de la inspectora Steele.

Seguiré formando parte de Homicidios, en espíritu, ya que no en cuerpo.

—He decidido aceptarlo —le digo a la doctora Allen, que pone cara de sorpresa y agrado—. Bueno, solo será durante cinco meses, y es «muy prestigioso» —agrego imitando el mantra de Steele.

La doctora se permite un atisbo de sonrisa.

—¿Y adónde van a trasladarte?

—A la oficina del alcalde, nada menos. Para trabajar en la redacción definitiva del Plan Policial contra la Delincuencia. Es un plan a cuatro años, un proyecto bastante ambicioso.

La doctora Allen bebe un sorbo de su café solo y da su aprobación con un gesto de cabeza.

—En efecto, muy prestigioso. Y muy visible. Parece una oportunidad fantástica, Cat. El contenido del trabajo que vas a desempeñar debe de ser sumamente atractivo.

Lo es. Más o menos. Lo que resulta más atractivo es no tener que mirar a los ojos ni a Parnell ni a Steele durante los cinco próximos meses, aunque no estoy del todo segura de que bastasen cinco vidas para atenuar el sentimiento de culpa que me invade cada vez que Parnell me elogia por mi jugada maestra con Gina Hicks en la sala de interrogatorios. Por haber luchado por extraerle una confesión como si mi mundo dependiera de ello.

Tampoco estoy del todo segura de que Parnell no albergue sospechas a ese respecto, pero eso podría ser simplemente una paranoia mía.

Una paranoia que quizá se disuelva en parte tras un lapso de cinco meses.

—A la mierda el contenido —replico—. El puesto de trabajo lo tendré en Southwark, a media hora andando, sin necesidad de coger el transporte público. ¿Quién, en su sano juicio, iba a rechazar algo así?

—Es un aliciente, desde luego, lo entiendo. Pero ni por un segundo me creo que esa sea la razón principal. Ha debido de ser una decisión muy difícil.

Efectivamente, lo ha sido. Ya estoy echando de menos a Parnell, y eso que

todavía no me he marchado.

—Y es un empleo de nueve a cinco, lo cual representa otro aliciente aún más importante. —A este comentario me responde con una mirada severa, pero esta vez estoy medio de broma—. Lo digo en serio, un horario de nueve a cinco supone una gran ventaja. Tengo algunos asuntos que atender en mi vida personal, asuntos familiares. No me vendría mal una vida laboral un poco más rutinaria. —Suelto una carcajada y luego me meto el puño en la boca—. Joder, ¿he dicho rutinaria? No es exactamente el cliché de novata rebelde que yo creía ser.

—¿Así es como te ves a ti misma? Hum, te retaría a que reflexionaras sobre eso, Cat. —Me inclino hacia delante, reto aceptado. La doctora Allen interpreta mi lenguaje corporal a la perfección—. Bueno, es que hace unas semanas hablabas de tu obsesión por la ecuanimidad, de tu necesidad de confirmar que determinadas normas se cumplen. Esas no suelen ser las preocupaciones de alguien que es un rebelde hasta la médula. Puede que seas más conformista de lo que crees.

Asiento con la cabeza, porque tiene razón. Es cierto que una parte de mí desea vivamente conformarse, ser como las Emily Beck de este mundo, que van por la vida con una actitud insulsa que atrae a todo el mundo, que hace que todo el mundo las mire pero no demasiado de cerca. Ni ignoradas ni adoradas.

—Bueno, ¿y qué va a pasar ahora? —pregunto—. ¿Declara que no estoy más loca que una cabra y me manda a casa?

—¿Crees que debería hacerlo?

—Estoy durmiendo mejor, eso está claro.

Por supuesto, es más fácil dormir mejor cuando disfrutas de las atenciones de un atractivo irlandés varias noches por semana, pero ese detalle lo paso por alto. Sabe Dios qué lugar ocupa en la escala de exceso de empatía de la doctora Allen el hecho de «tirarse a un miembro de la familia de la víctima».

—Eso es muy alentador —contesta, haciendo un esfuerzo para esbozar una sonrisa alentadora—. Dormir bien debe ser una prioridad, no un lujo. Pero no es el único indicio de que vamos progresando.

—¿Qué quiere decir?

—Que también has avanzado en otras cosas.

«En cambio he retrocedido en las cosas que cuentan: integridad, sinceridad, confianza».

Me trago la autocrítica y procuro adoptar un tono complacido:

—¿En serio lo cree?

—Desde luego se te nota más presente que en nuestras citas anteriores. Hasta hace poco no he tenido la sensación de que estuvieras «aquí». Físicamente estabas, por supuesto, pero...

—Pero mentalmente, estaba como cincuenta kilómetros al sur de Botsuana.

Espero que sonría, pero no lo hace.

—Eres demasiado dura contigo misma, Cat. Estabas distraída, eso es lo único que

estoy diciendo. Se te notaba distante.

—¿Distante y excesivamente empática? ¿Es posible algo así?

—Muy posible. La personalidad de la mayoría de la gente es un manojito de contradicciones. Rara vez se es A o B.

«Bien que lo sé yo».

—Entonces, doctora Allen, ¿qué es lo que considera usted un indicio de progreso en el tema de la empatía? ¿Tengo que demostrar que me he convertido en una arpía sin sentimientos para que usted me mande a casa?

Los comentarios sarcásticos tampoco son un «indicio de progreso», pero la doctora los pasa por alto. Uno y no más, ¿eh?

—La empatía *per se* no tiene nada de malo, Cat, pero según en qué grado. Un exceso de empatía en el trabajo puede suponer una debilidad. Es muy difícil tomar decisiones racionales cuando se está sintiendo literalmente el dolor de otra persona. Ahora bien, la compasión... —Inclina la cabeza hacia el otro lado—. La compasión es algo completamente distinto. Es posible sentir compasión por alguien sin sobrecargar los propios circuitos. —Consulta el reloj, dos minutos y contando—. Pero yo diría que en eso también has hecho progresos. La inspectora Steele me ha dicho que en tu último caso has desempeñado un papel clave, y tengo entendido que no era un caso fácil.

Este elogio me produce una náusea que me apresuro a desechar.

—Fue bastante simple. Obtuvimos una declaración de culpabilidad, así que solo queda esperar la sentencia y el informe médico del anciano. Pero deberían meterlo en la cárcel. A la mierda él y su enfermedad. Muy pocas personas se merecen un cáncer de pulmón, doctora Allen, pero desde luego él es una de ellas...

La doctora Allen me ofrece la sonrisa de la Mona Lisa. Una sonrisa esquiva. Una sonrisa tan imparcial que fastidia. Esta noche tengo que ensayarla en el espejo, pienso que me puede resultar muy útil.

—Bueno, pues eso es todo —termina diciendo; no se levanta de la silla, pero se prepara—. Tendremos sesiones de seguimiento cada seis semanas, y por supuesto, entretanto, ya sabes dónde estoy. —Una breve pausa—. Pero ¿hay alguna otra cosa que quieras decirme o preguntarme ahora?

Reflexiono un instante.

—Supongo que hay una. —La doctora capta mi tono humorístico y reacciona con una sonrisa *a priori*—. Si rara vez se da una personalidad que sea A o B, ¿eso quiere decir que puedo ser una persona rebelde, espontánea y *sexy* y al mismo tiempo un esclava de la rutina?

La doctora se echa a reír.

—Por supuesto que sí. Pero no desprecies tanto la rutina, Cat. La rutina tiene mala prensa en esta sociedad actual, que funciona a base de adrenalina, pero proporciona cierto grado de seguridad y tranquilidad. No pasa nada por ansiar un poco de rutina. Si son sinceras, la mayoría de las personas te dirán que la desean.

—Yo no la deseo —replico, de nuevo un poco sarcástica. Ya me he pasado—. Solo necesito un poco de tiempo para mí misma, y estando en Homicidios no se tiene espacio para mucho más.

Mi rutina para el futuro previsible, tal como ha estipulado Jacqui, que se ha nombrado a sí misma mediadora principal, consiste en ir a cenar a su casa, «a las seis en punto, ni un minuto más tarde», un par de veces por semana.

Estando presente nuestro padre.

Aunque Noel no, gracias a Dios. Noel se ha vuelto a Fuengirola, otra vez a servir cervezas en clubs de *strip-tease* de medio pelo y a pagar las deudas de juego o de drogas cuyo dinero le adelantó papá.

Hasta el momento hemos tenido solo dos cumbres, pero Jacqui se ha encontrado en su elemento presidiendo anodinas conversaciones acerca de la ampliación del *loft* y de las proezas futbolísticas de Finn mientras nos servía potentes guisos caseros y succulentas carnes asadas. La típica comida que representa a la familia, imagino.

Comida reconstituyente.

La curación directamente de la cuchara a la boca.

Lo cierto es que la curación suele empezar cuando Jacqui no está presente, cuando está recogiendo la cocina o negociando con Finn la hora de acostarse. Entonces es cuando mi padre y yo nos sentamos en silencio —un silencio tenso pero extrañamente apacible— a ver la televisión y criticamos o nos reímos de las mismas cosas.

Siempre las mismas cosas.

Y, en cualquier caso, Jacqui no tiene de qué preocuparse: papá y yo ahora estamos unidos de por vida, como nunca antes lo habíamos estado.

Porque yo ya no soy la guardiana de sus secretos: él es el guardián del mío.

Agradecimientos

Son necesarias muchas personas para que el más grande de los sueños se haga realidad, de modo que allá vamos...

Gracias a mi agente, Eugenie Furniss, por haber creído en mí con tanta pasión desde el principio. Tu entusiasmo por mi libro me dejó asombrada. Muchas, muchísimas gracias.

A Katherine Armstong, redactora extraordinaria, gracias por enamorarte de Cat, de Parnell y de los demás tanto como yo, y por haber aplicado tu vista certera y tu enorme corazón a este libro y contribuir a enriquecerlo. Gracias también a Bec Farrell, que fue la primera persona que defendió mi libro, y a todos los de Bonnier Zaffre: lograsteis que me sintiera muy bien recibida durante lo que ha sido una experiencia ligeramente extracorporal. Gracias también a Jon Appleton, por sus correcciones hechas con ojo de halcón.

A Richard & Judy y WHSmith, por haber elegido este libro como el ganador del concurso *En busca de un superventas*. Es raro que yo me quede sin palabras, pero bien hecho, lo habéis conseguido.

A Erin Kelly, Anna Davis y Rufus Purdy de Curtis Brown Creative. Me cuesta creer que casi hayan pasado tres años desde que entré en la sala de juntas con una idea aún sin desarrollar y un montón de dudas. ¡Estoy en deuda con vosotros por haberme ayudado a darle la vuelta a la tortilla!

A Alan Howarth por sus valiosas informaciones acerca de los procedimientos policiales. Lo de «un par de preguntas» se transformó en varios meses de bombardeo diario, pero que sepas que te lo agradecí inmensamente. Si ha quedado algún error, la culpa es atribuible únicamente a mí, no a Alan.

La lista de animadoras es interminable. Gracias a todo el que me haya oído repetir una y otra vez que iba a escribir un libro y haya logrado mantener el interés. Doy especialmente las gracias a Helen Powell, Carla Todd, Cat Sweatman, Fiona Kirrane, Alison y Garry Naughton, la familia Frear y Jenny Quintana (y por supuesto a todos mis compañeros de CBC).

A mi madre, cuyo amor y fe en mi capacidad fueron tan constantes como el sol, y a mi padre, un narrador de historias de primera y presumiblemente la persona de la que yo heredé dichos genes. Espero que ambos os sintáis orgullosos de mí.

A Neil, absolutamente por todo. Por el té, por tus sugerencias, por hacer que conservara la cordura y por lograr que me sintiera la única chica del mundo. Eres un príncipe entre los hombres, cielo. Este libro no sería lo que es, y yo no sería lo que soy, sin ti. Mi amor eterno.

Y por último, gracias, querido lector, por haber comprado mi libro.



CAZ FREAR nació en Coventry, Reino Unido. Pasó su adolescencia soñando con mudarse a Londres y escribir una novela. Después de cumplir su primer sueño, no fue hasta que regresó a Coventry trece años más tarde que su sueño de escribir finalmente se hizo realidad, cuando ganó el concurso Richard and Judy Search de *best-seller* con su primera novela, *Sweet Little Lies (Dulces mentiras)*, publicada en 2017.

Licenciada en Historia y Política. Trabajó de camarera, dependienta, comerciante minorista y, durante los últimos doce años, cazatalentos.

Cuando no está angustiada por el diálogo ágil y la prosa incisiva, la pueden encontrar jurando en el televisor cuando el Arsenal está jugando, comprando vestidos que ya no caben en su guardarropa y debatiendo con sus amigos en el *pub*, sobre temas de los que no sabe nada.

Notas

[1] Asociación de Psicólogos del Reino Unido y Asociación Británica de Orientadores y Psicoterapeutas, respectivamente (*N. de la T.*). <<

[2] Miss Havisham es un personaje de la novela *Grandes Esperanzas* de Charles Dickens. Abandonada el día de su boda, intenta detener el tiempo en aquel instante y permanece vestida de novia durante el resto de sus días (*N. de la T.*). <<

[3] Famoso campanario de Londres. Es una expresión que define al puro *cockney* londinense (*N. de la T.*). <<

[4] ACAB son las siglas en inglés de *All cops are bastards*, «todos los policías son unos hijos de puta». (N. de la T.) <<

[5] Término anticuado que significa «pretendiente» o «novio». Aquí utilizado como eufemismo (*N. de la T.*). <<

[6] Apodo de Irlanda relativo al rápido crecimiento económico que experimentó desde mediados de los años noventa hasta 2001 o 2002 (*N. de la T.*). <<

[7] En español en el original (*N. de la T.*). <<

[8] Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales, conocido como el Old Bailey por la calle en que se encuentra (*N. de la T.*). <<